

CLIVE CUSSLER

y JACK DU BRUL

CORSARIO



«Acción, suspense y dramatismo a todo gas.» *Booklist*

Lectulandia

Un experto en historia naval descubre en Washington la correspondencia entre Henry Lafayette y su superior, en la que da noticia de un documento histórico firmado por el célebre corsario e imán Suleiman al-Jama. En él, el líder espiritual plasmó su voluntad de que sus súbditos, a quienes antes llamaba a la guerra santa contra los cristianos, convivan en paz con sus vecinos. La arqueóloga Alana Shepard, consciente de lo que podría suceder si se publicara esta declaración, viaja a Túnez para recuperarla. Al mismo tiempo, se está preparando la cumbre de Trípoli, un encuentro que promete llevar la paz a Oriente Medio. No obstante, el avión que transportaba a la secretaria de Estado norteamericana se ha estrellado en el Sáhara y no ha sido por accidente... Detrás de todo esto se encuentra uno de los terroristas más buscados del mundo.

Lectulandia

Clive Cussler & Jack B. Du Brul

Corsario

Archivos Oregon - 6

ePub r1.0

Titivillus 08.06.16

Título original: *Corsair*
Clive Cussler & Jack B. Du Brul, 2009
Traducción: Alberto Coscarelli Guaschino

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

... se funda en las leyes de su Profeta, está escrito en su Corán, que todas las naciones que no han reconocido su autoridad son pecadoras, que es su derecho y deber hacerles la guerra allí donde se encuentren, convertir en esclavos a todos los que toman prisioneros, y que todo musulmán que muera en combate irá al paraíso.

Declaración de Thomas Jefferson en el Congreso Continental al explicar la justificación que le fue manifestada por el embajador de Berbería en Inglaterra, Sidi Haji Abdul Rahman Adja, referente a sus ataques a las naves cristianas, 1786

No debemos luchar contra ellos en absoluto a menos que estemos decididos a combatirlos siempre.

John Adams al hablar de los corsarios berberiscos, 1787

*Bahía de Trípoli,
febrero de 1803*

La escuadrilla acababa de avistar las murallas de la capital berberisca cuando se desató de pronto una tormenta que obligó al queche *Intrepid* y al bergantín *Siren* a virar para volver a las aguas abiertas del Mediterráneo. A través del catalejo, el teniente Henry Lafayette, primer oficial del *Siren*, había conseguido ver por un instante los imponentes mástiles del *Philadelphia*, que era el motivo por el que los dos navíos de guerra estadounidenses se habían aventurado a acercarse tanto a la guarida de los piratas.

Seis meses atrás, el *Philadelphia*, de cuarenta y cuatro cañones, había perseguido a un corsario berberisco hasta acercarse demasiado al traicionero puerto de Trípoli y había encallado en uno de los numerosos bajíos. En aquel momento, el capitán de la fragata, William Bainbridge, había hecho todo lo posible por salvar su nave, hasta el punto de arrojar los cañones por la borda, pero estaba muy embarrancada, y faltaban horas para la marea alta. Amenazado por una docena de embarcaciones enemigas, Bainbridge no había tenido más alternativa que arriar el pabellón y rendir la fragata al bajá de Trípoli. Las cartas del cónsul holandés en la ciudad informaban que Bainbridge y los oficiales recibían un trato correcto, pero que el destino de la tripulación del *Philadelphia*, como el de casi todos los que eran capturados por los piratas de Berbería, era la esclavitud.

Los comandantes de la flota estadounidense en el Mediterráneo llegaron a la conclusión de que era imposible recuperar el *Philadelphia* y sacarlo del puerto. Por lo tanto, decidieron incendiarlo. En cuanto al destino de los marineros, se supo a través de los intermediarios que el bajá estaba dispuesto a devolverlos si se pagaba un rescate de medio millón de dólares.

Durante siglos, los corsarios de Berbería habían realizado incursiones en las costas europeas; incluso habían llegado muy al norte, hasta Irlanda e Islandia. Habían saqueado ciudades enteras y capturado a centenares de personas que habían acabado en el norte de África, convertidas en galeotes, peones y, en el caso de las mujeres más agraciadas, en concubinas en los harenes de los sultanes. Los cautivos más ricos tenían la oportunidad de ser rescatados por sus familias y amigos, pero los pobres se enfrentaban a un destino de penurias y sufrimientos.

Con el propósito de proteger sus flotas mercantes, las grandes potencias navales de Inglaterra, España, Francia y Holanda pagaban exorbitantes tributos a las tres ciudades más importante de la costa berberisca —Tánger, Túnez y Trípoli— para que los corsarios no atacasen sus barcos. Estados Unidos, que había gozado de la protección de la Union Jack hasta la independencia, también pagaba casi el diez por ciento de sus impuestos. Todo esto cambió cuando Thomas Jefferson ocupó el cargo como tercer presidente de Estados Unidos, y ordenó el cese inmediato del pago.

Los estados berberiscos, convencidos de que se trataba de una bravata de la joven

democracia, le declararon la guerra.

La respuesta de Jefferson fue enviar una flota de naves norteamericanas.

La sola visión de la fragata *Constitution* bastó para que el emperador de Tánger dejase en libertad a todos los marineros estadounidenses que tenía en su poder y renunciase al cobro del tributo. A cambio, el comodoro Edward Preble le devolvió los dos barcos mercantes berberiscos que había capturado.

El bajá de Trípoli, por su parte, no se mostró impresionado en lo más mínimo, máxime cuando sus marineros capturaron el *Philadelphia* y después de reflotarlo le dieron el nombre de *Gift of Allah*. A la vista de que se había hecho con una de las naves más importantes del enemigo, el bajá se envalentonó, rechazó cualquier negociación y exigió el inmediato pago del tributo. Aunque por parte de los estadounidenses nadie creía que los corsarios berberiscos fuesen capaces de pilotar la fragata de tres palos y navegar en corso, no dejaba de significar una amenaza para la mermada flota del comodoro Preble y una afrenta que en su mástil ondease otra bandera.

Cinco días después de que los estadounidenses hubiesen atisbado el *Philadelphia*, protegido por los ciento cincuenta cañones de la rada interior de Trípoli, se desató una tormenta de una violencia que ninguna de las dos naves había visto nunca. Pese a la pericia de los capitanes, el escuadrón acabó separándose y los barcos fueron arrastrados muy al este.

A pesar de que la situación a bordo del *Siren* era muy dura, el primer oficial Lafayette no lograba imaginar cómo lo estaría pasando la tripulación del *Intrepid*. El queche no solo era mucho más pequeño que su nave, ya que únicamente desplazaba sesenta y cuatro toneladas, sino que hasta la Navidad anterior, el *Intrepid* había sido un barco negrero llamado *Mastico*. Cuando fue capturado por el *Constitution* y los estadounidenses abrieron las bodegas se encontraron con cuarenta y dos africanos encadenados. Eran un obsequio del bajá de Trípoli al sultán de Constantinopla.

No había lejía suficiente en el mundo para borrar el hedor de la miseria humana.

La tormenta amainó el 12 de febrero, pero no fue hasta el 15 cuando las naves volvieron a encontrarse y pusieron de nuevo rumbo a Trípoli. Aquella noche, el capitán Stephen Decatur, comandante del escuadrón, celebró un consejo de guerra a bordo del *Intrepid*. Henry Lafayette, junto con ocho marineros armados hasta los dientes, fueron en una chalupa hasta el queche.

—Ha capeado la tormenta con extrema facilidad y ahora viene a bordo en busca de gloria, ¿verdad? —bromeó Decatur. Le tendió una mano para ayudarlo a pasar por encima de la baja borda. Era un hombre apuesto de hombros anchos, cabellos oscuros y unos cautivadores ojos castaños que imponían autoridad con toda naturalidad.

—No me lo perdería por nada del mundo, señor —respondió Lafayette. Si bien ambos poseían el mismo rango, tenían la misma edad y eran amigos desde sus tiempos de guardiamarinas, Lafayette mostraba a Decatur la deferencia debida como comandante del escuadrón y capitán del *Intrepid*.

Henry, que casi igualaba la estatura de Decatur, tenía el físico esbelto de un maestro de esgrima. Sus ojos eran tan oscuros que parecían negros y con las prendas nativas con las que se camuflaba ofrecía una imagen de audacia comparable a la del legendario corsario con quien esperaban enfrentarse algún día, Suleiman al-Jama. Lafayette, nacido en Quebec, cruzó a Vermont apenas cumplir los dieciséis años. Quería formar parte de la democracia estadounidense. Hablaba un inglés más que pasable, así que adaptó a esa lengua su nombre, Henry, y adoptó la ciudadanía estadounidense. Se incorporó a la marina después de trabajar una década en las naves madereras del lago Champlain.

Había ochenta hombres apiñados en el queche de veinte metros de eslora, pero solo un puñado iban disfrazados. Los demás permanecían ocultos detrás de la borda o esperaban en la bodega mientras el *Intrepid* dejaba atrás el rompeolas y entraba en el fondeadero de Trípoli.

—Henry, le presento a Salvador Catalano. Será nuestro piloto cuando nos acerquemos al muelle.

Catalano era un hombre fornido y moreno, con una larga barba que le llegaba al pecho. Llevaba la cabeza cubierta con un sucio turbante, y en la faja una daga curva con una gema en la empuñadura.

—Supongo que no me equivoco si digo que no se ofreció voluntario —susurró Lafayette a Decatur al tiempo que se acercaba para estrechar la mano al piloto.

—Nos costó casi como el rescate de un rey —respondió Decatur.

—Es un placer conocerlo, señor Catalano —dijo Henry, y apretó la mano pringosa del maltés—. En nombre de la tripulación del *Siren*, quiero darle las gracias por su valiente servicio.

Catalano le dedicó una amplia sonrisa.

—Los corsarios del bajá han asaltado mis barcos tantas veces que me pareció justo tomarme la revancha.

—Es un placer tenerlo con nosotros —repitió Lafayette, distraído. Su atención ya estaba puesta en la nave que sería su nuevo destino.

El *Intrepid* era un queche con dos mástiles muy altos, pero algunos de los estayes se veían flojos, y las velas que presentaba al viento estaban cubiertas de sal y remendadas. Aunque habían fregado la cubierta con lejía y pumita, una fétida miasma se desprendía de los tablones de roble. El olor hizo que a Henry le llorasen los ojos.

El armamento consistía en solo cuatro carronadas, un tipo de cañón naval montado en una plataforma con ruedas que se desplazaba con el retroceso. Los hombres que integraban el grupo de asalto estaban tumbados en la cubierta, cada uno con un mosquete y una espada al alcance de la mano. La mayoría de ellos aún no se habían recuperado totalmente de los cinco días de temporal.

—Vaya mando tiene aquí, señor —comentó Henry a Decatur, con una sonrisa.

—Así es, pero es mío. Hasta donde sé, señor Lafayette, en todos sus años de servicio, todavía nadie lo ha llamado capitán.

—Muy cierto. —Lafayette le dedicó un saludo impecable—. Capitán.

Transcurriría otra noche antes de que soplaste un viento lo bastante fuerte para permitir que el *Intrepid* se acercase a Trípoli. Con sus catalejos de latón, Decatur y Lafayette vieron cómo la ciudad amurallada emergía poco a poco del inmenso desierto. Colocadas a lo largo de la muralla y en las almenas del palacio del bajá había más de ciento cincuenta piezas de artillería. Debido al rompeolas que protegía el fondeadero, solo alcanzaban a ver las puntas de los tres mástiles del *Philadelphia*.

—¿Qué opina? —preguntó Decatur a Henry, al que había designado primer oficial para la incursión. Estaban hombro con hombro detrás del piloto maltés.

Henry echó una ojeada al velamen del *Intrepid* y a la estela que dejaba el pequeño queche y calculó que navegaban a cuatro nudos.

—Creo que si no reducimos la velocidad entraremos en el puerto mucho antes de la puesta de sol.

—¿Debo ordenar que recojan la gavia y el foque, capitán? —preguntó Salvador Catalano.

—Dé la orden. La luna nos proporcionará luz más que suficiente.

Las sombras se fueron alargando y los últimos rayos de sol desaparecieron por poniente. El queche entró en la bahía de Trípoli y comenzó a acercarse a las imponentes murallas de la ciudad berberisca. La luz de la media luna hacía que las piedras del malecón, la fortaleza y el castillo del bajá resplandeciesen con un brillo siniestro; las formas negras de la artillería que salpicaban la fortificación desprendían un aire de amenaza. Por encima de la muralla asomaba la estilizada silueta de un minarete de donde había sonado la llamada a la oración que los hombres del *Intrepid* habían escuchado poco antes de la puesta de sol.

Anclado debajo mismo del castillo se encontraba el *Philadelphia*. La fragata parecía estar en buen estado. Los estadounidenses vieron que los corsarios habían rescatado las piezas de artillería y habían vuelto a colocarlas en las troneras.

Henry Lafayette sintió emociones contradictorias. Estaba conmovido por el tamaño y la belleza de sus líneas, al tiempo que le dominaba la ira al ver la bandera tripolitana en la popa y saber que los trescientos siete hombres de la tripulación se encontraban cautivos en las mazmorras del bajá. Deseaba con todas sus fuerzas que Decatur ordenara a sus hombres que asaltasen el castillo, para rescatar a los prisioneros, pero sabía que eso nunca sucedería. El comodoro Preble, comandante de la flota del Mediterráneo, había dejado bien claro que no estaba dispuesto a correr el riesgo de que los corsarios de Berbería consiguiesen más cautivos estadounidenses de los que ya tenían.

Arracimados alrededor de la bahía y amarrados en el rompeolas había docenas de barcos de carga aparejados con velas latinas y esbeltas naves piratas erizadas de cañones. Lafayette dejó de contarlas cuando llegó a veinte.

Una nueva emoción le oprimió el pecho: el miedo.

Si las cosas no funcionaban según lo planeado, el *Intrepid* nunca conseguiría salir

del fondeadero, y todos los hombres a bordo morirían o, todavía peor, serían hechos prisioneros y condenados a la esclavitud.

De pronto, Henry notó la boca seca, y las innumerables horas que había dedicado a ejercitarse en el uso del alfanje le parecieron pocas. Las dos pistolas de percusión calibre 58 metidas en la faja que se había enrollado en la cintura se le antojaban inútiles. Entonces miró a los marineros ocultos detrás de la borda del *Intrepid*. Armados con hachas, picas, espadas y dagas mostraban un aspecto tan sanguinario como cualquier corsario árabe. Eran los mejores hombres del mundo, todos ellos voluntarios, y no dudaba de que saldrían victoriosos. Un guardiamarina caminaba entre ellos para comprobar que los jefes de los pelotones tuvieran los candiles encendidos y preparadas las mechas impregnadas con aceite de ballena.

Miró de nuevo la fragata. Se encontraban lo bastante cerca para poder ver a los tres centinelas en la borda, con las cimitarras bien a la vista. Sin embargo, como apenas soplaba viento, tardaron otras dos horas en llegar a la distancia que alcanzaba la voz.

—¡Ah del barco! —gritó Catalano en árabe.

—¿Qué quieres? —preguntó uno de los centinelas.

—Me llamo Salvador Catalano —respondió el piloto maltés, siguiendo el guión preparado por Decatur y Lafayette—. Este barco es el *Mastico*. Veníamos a comprar ganado para la base británica en Malta pero nos pilló una tormenta. Hemos perdido el ancla y no podemos fondear. Desearía amarrar a la borda de su magnífica nave por esta noche. Por la mañana, amarraremos en el muelle como es debido y haremos las reparaciones necesarias.

—Ya está —susurró Decatur a Henry—. Pero, si no se lo tragan, tendremos problemas.

—Se lo creerán. Mírelo desde su perspectiva. ¿Le causaría alguna inquietud este pequeño queche?

—La verdad es que no.

El capitán de la guardia se rascó la barba, mirando con desconfianza el queche, antes de gritar la respuesta.

—Puedes amarrar, pero tendrás que marcharte en cuanto amanezca.

—Gracias. Alá guarda un lugar especial en Su corazón para ti —gritó Catalano. Después susurró en inglés a los oficiales—: Han aceptado.

Lafayette permaneció junto a Decatur mientras la suave brisa acercaba poco a poco el *Intrepid* a la borda del *Philadelphia*. Los grandes cañones de la fragata, a los que habían quitado los tapabocas, asomaban por las troneras. Cuanto más se acercaban, más grandes parecían los cañones. Si los corsarios sospecharan podrían disparar una descarga; a esa distancia, convertiría el queche en astillas y haría pedazos a los ochenta hombres de a bordo.

Los corsarios de la fragata estaban unos cinco metros por encima de la cubierta del *Intrepid*. Comenzaron a murmurar entre sí y a señalar a medida que iban viendo

las siluetas de los hombres ocultos detrás de la borda del queche.

Poco más de tres metros separaban a las dos naves cuando uno de los corsarios gritó:

—¡Muerte a los americanos!

—Ordene a sus hombres que ataquen —suplicó Catalano.

—No se obedecerá ninguna orden hasta que la dé el oficial al mando —afirmó Decatur, con voz calmada.

Por encima de ellos, los corsarios berberiscos desenvainaban las cimitarras; uno de ellos intentaba coger el trabuco naranjero que llevaba colgado a la espalda. Se escuchó un griterío en el momento en el que se tocaron los dos cascos de roble.

—¡Al abordaje! —gritó Decatur.

Henry Lafayette tocó la Biblia que llevaba con él a todas horas y saltó hacia una de las troneras abiertas. Se agarró con una mano en el borde de madera y con la otra rodeó el caliente cañón de bronce. Metió las piernas por la brecha entre el arma y el costado del barco y cayó de pie, al tiempo que desenvainaba la afilada hoja. A la luz de un solitario candil colgado del techo, vio a dos corsarios que salían de otra tronera mientras más hombres se colaban a bordo. Uno de ellos lo vio. De pronto apareció en su mano una ancha cimitarra y Henry escuchó el susurro de sus pies descalzos en la cubierta. Soltó un alarido mientras cargaba, una técnica muy adecuada para enfrentarse con marinos mercantes desarmados y sin preparación.

Henry no se inmutó. El miedo que había creído que lo paralizaría se había convertido en una cólera implacable.

Dejó que el corsario se le acercara, y en el momento en el que este descargaba un golpe en horizontal que lo habría cortado por la mitad, Henry se adelantó con un grácil movimiento y hundió la hoja en el pecho de su atacante. La fuerza de la carga del berberisco hizo que el alfanje le atravesara las costillas y saliera por la espalda. La pesada cimitarra cayó al suelo y el corsario se desplomó sobre Lafayette, que utilizó la rodilla como punto de apoyo y arrancó la hoja de su pecho. Henry se volvió al ver el movimiento de una sombra y esquivó por los pelos un hacha que bajaba formando un arco hacia su hombro. Contraatacó con el alfanje; el filo cortó la tela, la piel y el músculo. El ángulo no fue el suficiente para amputarle el brazo, pero la cantidad de sangre que manó de la herida le bastó para saber que el corsario estaba fuera de combate.

La cubierta de artillería parecía una escena sacada del infierno. No se veían más que siluetas que descargaban mandobles y puñaladas. El choque de los aceros se mezclaba con los gritos de dolor cuando los filos cortaban la carne. El aire apestaba a pólvora, pero, por encima, Henry olía el olor metálico de la sangre.

Se sumó a la refriega. La cubierta de artillería, con un techo muy bajo, no era el lugar más adecuado para combatir con las espadas y picas, pero los estadounidenses luchaban con denuedo. Uno de ellos cayó al suelo, golpeado por la espalda. Henry vio cómo el corsario que lo había matado sobresalía por encima de todos los demás.

El turbante casi rozaba las vigas que sostenían el techo. El gigante descargó un golpe con la cimitarra contra Henry; cuando este lo paró, la potencia del impacto le dejó entumecido todo el brazo. El árabe atacó de nuevo, y Lafayette necesitó de todas sus fuerzas para levantar el alfanje lo suficiente como para desviar la fulgurante arma.

Henry se tambaleó hacia atrás, y el corsario aprovechó esa ventaja, lanzando golpes a diestro y siniestro para mantener a Henry desequilibrado y siempre a la defensiva. Cuando planeaban el asalto, Decatur había insistido hasta la saciedad en que debía ser lo más silencioso posible, para no alertar al resto de la gran flota berberisca anclada en la bahía. Lafayette, al ver que se le agotaban las fuerzas, no tuvo más alternativa que echar mano de una de las pistolas que llevaba en la faja. Apretó el gatillo sin siquiera tomarse un instante para apuntar. La pequeña carga de pólvora se encendió en la cazoleta, y después se escuchó la sonora detonación de la carga principal. El pesado proyectil calibre 58 impactó de lleno en el pecho del corsario.

El disparo habría tumbado inmediatamente a cualquier hombre normal, pero el gigante continuó avanzando. Henry apenas tuvo tiempo de levantar el alfanje en un intento por detener un nuevo golpe de la cimitarra. La hoja lo salvó de acabar con el brazo amputado, pero esta vez el golpe lo lanzó a través de la cubierta. Cayó encima de uno de los cañones de ocho kilos del *Philadelphia*. Con las órdenes de Decatur de mantener el máximo silencio todavía resonando en sus oídos, Lafayette buscó el candil encendido que llevaba en una bolsa colgada alrededor de la cintura y acercó la llama al fogón. Olió la carga de pólvora que ardía, aunque el chisporroteo apenas se oía entre los sonidos de la lucha que se libraba por toda la nave. Mantuvo el cuerpo entre el cañón y su atacante, seguro de que sus años de experiencia como artillero naval le permitirían saber el momento exacto.

El corsario debió de creer que su oponente estaba agotado, por la manera como permanecía allí, como si aceptase lo inevitable. Levantó la cimitarra y descargó el golpe en un amplio arco, con el cuerpo preparado para la resistencia de la hoja al cortar la carne y el hueso. De repente, el estadounidense se apartó de un salto. El berberisco, centrado en el ataque, ya no podía detener el golpe o darse cuenta del humo que salía del fogón. Una fracción de segundo después sonó la detonación en medio de una nube de humo sulfuroso.

Unas gruesas cuerdas de cáñamo disminuían la fuerza del retroceso e impedían que el cañón saliese proyectado a través de la cubierta, pero que sí permitían que retrocediese un par de palmos. La parte posterior golpeó de lleno al corsario en el bajo vientre, le destrozó la pelvis, las articulaciones de las caderas y los fémures. El cuerpo, flácido, se elevó en el aire, chocó contra una de las vigas del techo y cayó al suelo, doblado por la mitad y hacia atrás.

Henry se demoró un segundo para mirar por la tronera. El proyectil de ocho kilos había impactado en el muro de la fortaleza, al otro lado de la bahía, y una avalancha de cascotes caía del boquete.

—Dos pájaros de un tiro. No está mal, *mon ami* Henry, nada mal —dijo John Jackson, el colosal contramaestre.

—Si el capitán Decatur pregunta, fue uno de estos tipejos quien disparó el cañón, ¿de acuerdo?

—Es lo que vi, señor Lafayette.

El disparo del cañón fue como el pistoletazo de salida de una carrera. Los corsarios desistieron de defender y comenzaron a correr hacia las troneras para saltar a las tranquilas aguas de la bahía. Aquellos que subieran las escalerillas para alcanzar la cubierta principal se encontrarían con Decatur y sus hombres.

—Vamos a trabajar.

Los marineros del grupo de asalto volvieron a la banda de estribor, donde los tripulantes a bordo del *Intrepid* los esperaban para pasarles los explosivos. Seguido por Jackson y otros seis hombres cargados con barriletes de pólvora negra, Henry Lafayette bajó una escalerilla y pasó por el sollado de la tripulación, donde aún colgaban las hamacas aunque habían saqueado todo lo demás. Continuaron bajando hasta llegar a la última cubierta de la fragata y entraron en una de las bodegas. Se habían llevado casi todos los pertrechos pero quedaba suficiente para que los hombres prendieran fuego a la fragata.

Trabajaron deprisa. Henry señaló dónde debían colocar las mechas, y cuando acabaron de colocarlas las encendió con el candil. Las llamas crecieron rápido, mucho más rápido de lo que esperaban. En un instante, la bodega se llenó de un humo apestoso. Empezaron la retirada, tapándose la boca con la manga para poder respirar. De pronto, el techo se incendió con un rugido que sonó como un cañonazo. John Jackson cayó al suelo y habría acabado debajo de una viga en llamas de no haber sido porque Henry lo sujetó por una de las piernas y lo arrastró por las ásperas tablas. Ayudó al contramaestre a ponerse de pie y echaron a correr, seguidos por el equipo. Tuvieron que saltar y esquivar los maderos incendiados que llovían desde lo alto.

Llegaron a una escalerilla y Henry se volvió para gritar a sus hombres que se diesen prisa.

—Vamos, vamos, maldita sea, o moriremos todos aquí abajo.

Siguió las enormes posaderas de Jackson justo cuando una bola de fuego avanzaba por el pasillo. Henry apoyó el hombro en las nalgas del contramaestre y empujó con todas sus fuerzas.

Ambos salieron por la escotilla. Apenas tuvieron tiempo de rodar sobre sí mismos antes de que un surtidor de fuego se elevara de la bodega, tocara el techo y se extendiera como un fulgurante dosel.

Estaban metidos en un mar de fuego. Los mamparos, la cubierta y el techo ardían con furia, y el humo era tan espeso que las lágrimas nublaban los ojos de Lafayette. Casi a ciegas, Jackson y él encontraron la siguiente escalerilla, que los llevó a la cubierta de artillería. El humo escapaba por las troneras, pero aún entraba aire fresco,

así que, por primera vez en los últimos cinco minutos, pudieron llenar los pulmones sin toser.

Una pequeña explosión sacudió el *Philadelphia* y lanzó a Henry contra el cuerpo del contramaestre.

—Vámonos, muchacho —dijo Jackson.

Salieron por una de las troneras. Los hombres del *Intrepid* estaban allí para ayudarlos a subir al pequeño queche. Los tripulantes palmearon a Henry en la espalda. El joven creyó que lo felicitaban por un trabajo bien hecho, pero en realidad intentaban apagar la tela encendida de la camisa nativa.

Stephen Decatur estaba por encima de ellos con un pie apoyado en la borda.

—Capitán —gritó Lafayette—, las cubiertas inferiores están despejadas.

—Muy bien, teniente. —Esperó a que un par de hombres se descolgasen por los cabos antes de bajar a su barco.

El *Philadelphia* ardía de proa a popa. Las llamas escapaban por las troneras y comenzaban a extenderse por los aparejos. Muy pronto, el calor alcanzaría la temperatura suficiente para encender las cargas de pólvora de los cañones, ocho de los cuales apuntaban al *Intrepid*.

Soltaron sin problemas la amarra de proa que los unía a la fragata, pero la de popa se enganchó. Henry apartó a los marineros y desenvainó el alfanje. El cabo tenía el grosor de un brazo, y el filo del arma estaba mellado por el combate; no obstante, lo cortó de un único tajo.

Como la combustión consumía tanto aire, el queche no podía henchir las velas y el foque corría el peligro de enredarse en cualquier momento con los aparejos en llamas del *Philadelphia*. Los hombres se valían de los remos para apartar la embarcación de la pira en la que se había convertido la fragata; sin embargo, en cuanto conseguían separarse un poco, el vacío creado por el fuego volvía a juntarlas.

Trozos de velas en llamas caían del palo mayor de la fragata como si fuesen confeti. Uno de ellos pegó fuego al pelo de un marinero.

—Henry —gritó Decatur—, arríe la chalupa y remólquenos.

—A la orden.

Henry, Jackson y otros cuatro hombres arriaron la chalupa. Con un cabo sujeto a la proa del *Intrepid*, empezaron a alejarse del queche. En cuanto se tensó el cabo, se inclinaron sobre los remos y bogaron para ganar unos pocos palmos. Sin embargo, en cuanto levantaron las palas fuera del agua para remar de nuevo, perdieron la mitad de la distancia ganada por culpa del viento que levantaba el incendio.

—Remad, hijos de perra —gritó Henry—. ¡Remad!

Así lo hicieron. En una titánica lucha contra el peso muerto de las sesenta y cuatro toneladas de su barco y la poderosa succión del fuego, remarón con toda su alma. Los hombres tiraron de los remos hasta que les crujieron las vértebras y las venas se hincharon en los cuellos. Remolcaron el barco y a la tripulación lejos del *Philadelphia* hasta que Decatur consiguió izar las velas del palo mayor y henchirlas

con la ligera brisa que ahora soplaba del desierto.

De repente, un súbito estallido de luz apareció en lo alto de uno de los muros del castillo. Un momento más tarde lo siguió el estruendo del cañonazo. El proyectil cayó mucho más allá del queche y la chalupa, pero al instante lo siguieron una docena más. El agua se llenó de pequeños surtidores a consecuencia de los disparos de las armas de los vigías y centinelas que corrían por el rompeolas.

A bordo del *Intrepid*, los hombres remaban con todas sus fuerzas. Detrás de ellos, el *Philadelphia* resplandeció como un sol cuando se incendió el resto de las velas.

Durante veinte minutos cargados de tensión, los hombres continuaron remando sin hacer caso de las balas de cañón que impactaban en el agua. Una de ellas atravesó el juanete, pero ninguna más hizo blanco en el barco. Muy pronto cesaron los disparos de las armas cortas; luego, se encontraron fuera del alcance de las baterías del bajá. Los hombres, exhaustos, se desplomaron los unos sobre los otros al tiempo que reían y cantaban. En su estela, la muralla de la fortaleza se veía iluminada por el resplandor de las llamas que consumían la fragata.

Henry mandó virar y llevó la chalupa hasta debajo de los pescantes.

—Bien hecho, amigo mío. —Decatur sonreía, con el rostro alumbrado por el reflejo del incendio.

Henry, incapaz de hablar por el agotamiento, saludó a Decatur con un leve movimiento de la mano.

De pronto, todas las miradas se volvieron hacia el fondeadero; las torres en llamas que eran los mástiles de la fragata se derrumbaban poco a poco sobre la banda de babor en una explosión de chispas. Después, como un último saludo, los cañones dispararon una salva que envió unos cuantos proyectiles al agua y otros contra las paredes del castillo.

Los marineros saludaron con un estruendoso griterío este último desafío a los corsarios berberiscos.

—¿Ahora qué, capitán? —preguntó Lafayette.

Decatur miró hacia el mar mientras respondía a Henry.

—Esto no acabará esta noche. Reconocí uno de los barcos en el fondeadero. Era el de Suleiman al-Jama. Se llama *Saqr*. Significa halcón. Puede apostar hasta el último centavo que ahora mismo se está preparando para perseguirnos. El bajá no se vengará con nuestros marineros capturados por lo que hemos hecho esta noche, ya que son muy valiosos para él, pero al-Jama sí querrá la revancha.

—Era un religioso, ¿verdad?

—Hasta hace unos pocos años —respondió Decatur—. Era lo que los musulmanes llaman un imán. Algo así como un sacerdote. Llevado por el odio que sentía por la cristiandad decidió que predicar no era suficiente, así que tomó las armas contra todas las naves en las que no ondease una bandera musulmana.

—Me han dicho que no hace prisioneros.

—Yo también lo he oído. No creo que eso agrade al bajá, porque puede cobrar un

rescate por los prisioneros, pero poco puede hacer con al-Jama. El bajá pactó con el diablo cuando dejó que al-Jama utilizase Trípoli como su base de vez en cuando. También me han dicho que son centenares los voluntarios que quieren acompañarlo en sus incursiones. Sus hombres no temen morir por él.

»Normalmente, el corsario berberisco ve lo que hace como un oficio, como una manera de ganarse la vida. Es algo que llevan haciendo desde hace generaciones. Esta noche ha visto cómo la mayoría de ellos escaparon del *Philadelphia* en cuanto lo abordamos. No estaban dispuestos a morir en un combate que no podían ganar.

»Pero los seguidores de al-Jama son de otra pasta. Responden a una llamada santa. Incluso tienen una palabra para nombrarla: yihad. Lucharán hasta la muerte si eso significa que se llevarán con ellos a otro infiel.

Henry pensó en el gigantesco pirata que había continuado atacándolo implacablemente después de haber recibido un balazo en el pecho. Se preguntó si era uno de los seguidores de al-Jama. No había conseguido ver sus ojos, pero había intuido una locura asesina en él; de algún modo, matar a un estadounidense era más importante que impedir que se quemara la fragata.

—¿Por qué cree que nos odian? —preguntó.

Decatur lo miró con severidad.

—Teniente Lafayette, en mi vida he escuchado una pregunta más irrelevante. —Respiró hondo—. De todas maneras, le diré una cosa: nos odian porque existimos. Nos odian porque somos diferentes de ellos. Pero, por encima de todo, nos odian porque creen tener derecho a odiarnos.

Henry permaneció en silencio durante unos momentos mientras intentaba digerir la respuesta de Decatur. Le resultó imposible, porque era incapaz de comprender una creencia que se le escapaba. Esa noche había matado a un hombre, pero no lo odiaba. Lo había hecho porque eran las órdenes. Punto. No había habido nada personal y no podía entender cómo alguien podía convertirlo en algo así.

—¿Cuáles son sus órdenes, capitán? —preguntó finalmente.

—El *Intrepid* no es rival para el *Saqr*; máxime cuando llevamos el doble de tripulación. Nos reuniremos con el *Siren* tal como habíamos planeado, pero en lugar de regresar a Malta todos juntos quiero que usted y el *Siren* se queden aquí y demuestren a Suleiman al-Jama que la Marina estadounidense no los teme ni a él ni a los de su laya. Dígale al capitán Stewart que no debe fracasar.

Henry no pudo evitar una sonrisa. Durante dos años no habían hecho gran cosa, excepto capturar el queche y ahora incendiar la fragata. Le entusiasmó la perspectiva de combatir cara a cara con los corsarios.

—Si podemos capturarlo o matarlo —dijo—, obrará maravillas en nuestra moral.

—Y debilitará mucho la de ellos.

Una hora después del alba, el vigía en la cofa del palo mayor del *Siren* dio el aviso:

—¡Vela a la vista! ¡Vela a la vista! ¡Cinco grados por la banda de estribor!

Henry Lafayette y el teniente Charles Stewart, el capitán de la nave, llevaban esperando el aviso desde el amanecer.

—Ya era hora —comentó Stewart.

Stewart, a sus veinticinco años recién cumplidos, había recibido su nombramiento un mes antes de que el Congreso aprobase la creación de la Marina. Se había formado con Stephen Decatur y, como él, era una estrella ascendente en la Armada. Los rumores decían que sería ascendido a capitán antes de que la flota regresara a Estados Unidos. Era de constitución delgada, de rostro alargado y tenía los ojos muy separados y hundidos. Severo pero justo, las tripulaciones que estaban bajo su mando se consideraban afortunadas.

El reloj de arena marcó que habían pasado diez minutos cuando el vigía volvió a gritar.

—¡Navega paralelo a la costa!

—El condenado sospecha que estamos aquí —masculló Stewart—. Intenta rodearnos para después ir a por el *Intrepid*. —Se volvió para dirigirse al contraamaestre Jackson, que se encargaba del aparejo—. Soltad las velas.

Jackson gritó la orden a los tripulantes en las jarcias, y en una maniobra sincronizada a la perfección desplegaron una docena de velas que al instante se hincharon con la fuerte brisa. El trinquete y el palo mayor crujieron con la tensión mientras la nave de doscientas toneladas de desplazamiento aumentaba la velocidad a través de las aguas mediterráneas.

Stewart miró por encima de la borda la espuma blanca que se deslizaba por el casco de roble. Calculó que navegaban a una velocidad de diez nudos y que, con ese tiempo, podían ganar otros cinco.

—¡Nos ha visto! —comunicó el vigía—. ¡Está soltando trapo!

—No hay ningún barco de vela latina en estas aguas que sea más veloz que nosotros —afirmó Henry.

—Sí, pero cala la mitad que nosotros. Si quiere, puede mantenerse al abrigo de la costa y fuera del alcance de nuestros cañones.

—Cuando hablé con el capitán Decatur, me dio la impresión de que el tal Suleiman al-Jama no es de los que temen la pelea.

—¿Cree que vendrá a nuestro encuentro?

—Eso cree Decatur.

—Bien.

Durante las siguientes catorce horas, el *Siren* persiguió al *Saqr*. Gracias a su mayor velamen, el bergantín estadounidense era varios nudos más rápido que el barco de al-Jama, pero el capitán berberisco conocía aquellas aguas mejor que nadie. Una y otra vez atraía al *Siren* a los peligrosos bajíos y lo obligaba a interrumpir la persecución para ir a buscar aguas profundas. Además, el *Saqr* se beneficiaba del viento más fuerte que soplaba cerca de tierra, un viento procedente del ardiente

desierto que estaba más allá de los acantilados que formaban una muralla sin fisuras a lo largo de la costa.

La distancia entre las naves se redujo en cuanto el sol comenzó a descender hacia el ocaso y disminuyó el viento de tierra.

—Lo alcanzaremos dentro de una hora —señaló Stewart, mientras cogía el vaso de agua tibia que le ofrecía su ordenanza.

Echó una ojeada a la cubierta. Los artilleros esperaban junto a los cañones, con la expectativa del combate en los ojos. La munición y las cargas de pólvora se apilaban junto a las piezas, aunque no en gran cantidad, para evitar mayores consecuencias si el cañón recibía un impacto. Los llamados «monos de la pólvora» —chiquillos de diez años o poco más— se encargaban de ir y venir de la santabárbara para abastecerlos. Los marineros estaban en las jarcias, preparados para cambiar las velas según requiriera el desarrollo de la batalla. Las parejas de francotiradores subían a las cofas del trinquete y el palo mayor. Una de ellas estaba formada por dos hermanos de los Apalaches, y si bien no había nadie en la tripulación que pudiese entenderlos cuando hablaban, eran capaces de cargar y disparar cuatro veces por minuto y hacer diana con los cuatro disparos.

De pronto dos columnas blancas de humo aparecieron en la popa del *Saqr*, y un momento más tarde se escuchó el tronar de los disparos. Uno de los proyectiles cayó a unos cincuenta metros de la proa por la banda de estribor y el otro levantó un surtidor de agua muy lejos de la popa.

Stewart y Lafayette se miraron. Henry dio voz a la preocupación de ambos.

—Sus cañones de popa son de largo alcance. Como mínimo doblan el de los nuestros.

—Señor Jackson, diez grados a babor —ordenó Stewart, para despistar a los artilleros corsarios—. Realice la misma maniobra después de cada disparo. Vire hacia donde caiga el proyectil más cercano.

—¿Cuál es la orden si nos alcanzan? —preguntó el contramaestre, sin poder contenerse.

En otras circunstancias, Stewart habría mandado azotar a Jackson por aquella insolente pregunta; en cambio, respondió:

—Descuéntese un día de paga, y confiemos en tener más barco que usted salario.

El viento de tierra cesó de pronto. Las grandes velas triangulares del *Saqr* perdieron la tensión y flamearon inútiles mientras que las del bergantín permanecían hinchadas. Se acercaron a la popa de la nave berberisca formando un ligero ángulo que les permitía evitar los cañones de popa. Cuando estaban a una distancia de ciento cuarenta metros, el *Saqr* disparó tres cañonazos que crearon una cortina de humo en su flanco y lo ocultó totalmente. Dos de los proyectiles volaron muy alto, pero un tercero golpeó el casco del *Siren*, aunque sin llegar a perforarlo.

Stewart permaneció en silencio a la espera de acortar la distancia y aumentar las posibilidades de conseguir un impacto directo con cada metro ganado. Vio que no los

apuntaban otros cañones, así que esperó a que los corsarios se apartaran de las armas que acababan de limpiar y cargar.

—¡Fuego a discreción! —ordenó.

Dispararon cuatro cañonazos con un tremendo rugido que repercutió en el pecho de Henry como si le hubiesen dado una coz. La proa quedó envuelta en una densa nube de humo que ocultaba el bergantín que cargaba contra el *Saqr*. En las cofas, los francotiradores estaban muy ocupados con sus mosquetes matando a los corsarios que, ocultos en la cubierta de la nave enemiga, se creían invisibles detrás de las bordas.

Otros dos cañones hicieron fuego antes de que se pudiese ver el resultado de la primera salva. El *Saqr* respondió con una certera andanada. Un proyectil dio de lleno en una carronada con la mecha encendida y la tumbó en el mismo momento en el que disparaba. La bala alcanzó a los artilleros del cañón contiguo; dos murieron en el acto y el tercero se desplomó, agonizando. Los sacos de pólvora ardieron como bengalas. Otro de los proyectiles alcanzó al palo mayor aunque sin llegar a tumbarlo, pero las afiladas astillas arrancadas de las bordas surcaban el aire con la fuerza suficiente para atravesar a un hombre.

—Señor Jackson —gritó Stewart, por encima del estruendo del combate—, recoja parte de las velas del palo mayor antes de que lo perdamos del todo. Señor Lafayette, encárguese de la proa. Apague los fuegos y organice de nuevo las carronadas.

—Sí, señor. —Henry saludó y echó a correr hacia la proa sin preocuparse de los disparos de los mosquetes enemigos que barrían la cubierta.

Dirigió la mirada al barco berberisco y vio las llamas de un incendio incontrolado. El bergantín respondía a cada golpe con otro. En medio de la confusión, vio una figura que gritaba órdenes con una calma que desmentían los hechos. Vestía una túnica blanca que resaltaba su barba negra y unos bigotes canosos que caían por las comisuras de la boca. Tenía la nariz grande y tan ganchuda que casi le tocaba el labio superior.

Suleiman al-Jama debió de intuir que lo observaban, porque escogió aquel momento para mirar hacia la nave estadounidense. A una distancia de casi cien metros, Henry podía notar el odio de aquel hombre. El humo de una nueva descarga ocultó al capitán corsario por un momento. Inmediatamente, Henry tuvo que agacharse porque, a su espalda, la borda voló hecha trizas. Cuando miró de nuevo, al-Jama continuaba observándolo.

Henry volvió a su cometido.

Llegó a la proa y rápidamente organizó una cadena de cubos para apagar las llamas. La carronada que había recibido el impacto estaba destrozada, pero la siguiente no había sufrido daños. Henry controló sus emociones. El guardiamarina que había estado al mando de esta sección de artillería no era más que un cadáver calcinado imposible de reconocer.

Apuntó el cañón y acercó la llama a la mecha. El arma disparó y el retroceso hizo

que se deslizara por las correderas. Lafayette ordenó a los artilleros que limpiaran el cañón antes de mirar los daños que había sufrido el *Saqr*. El proyectil había impactado junto a una de las troneras; a través del boquete en la madera vio a los piratas caídos que se retorcían agonizando.

—¡Carguen!

Los artilleros continuaron disparando casi a quemarropa, sin dar cuartel, como dos boxeadores que no saben cuándo parar el combate. Comenzaba a oscurecer, pero estaban tan cerca los unos de los otros que las tripulaciones podían apuntar con la ayuda del resplandor de los incendios.

La potencia de fuego del *Saqr* comenzó a disminuir. Los estadounidenses estaban destruyendo sus cañones uno tras otro. Cuando el barco tripolitano dejó de disparar durante casi un minuto, Stewart ordenó que el *Siren* se acercara.

—¡Preparados los grupos de abordaje!

Algunos marineros empuñaron los garfios que sujetarían ambas naves, y otros se apresuraron a repartir picas, hachas y alfanjes. Henry comprobó la carga de las dos pistolas que llevaba en la faja y desenvainó el alfanje.

El *Siren* cortó el agua formando una ola de espuma cuando cargó como un toro contra el enemigo. Apenas los separaban tres metros en el momento de lanzar los garfios. En el instante en el que chocaron los cascos, Henry saltó a la otra nave.

No había acabado de poner los pies sobre la cubierta cuando escuchó el estruendo de una andanada a todo lo largo de la nave pirata. Sus cañones no estaban inutilizables en absoluto. Habían fingido estar desarmados para atraer al *Siren*. Doce cañones descargaron sus proyectiles contra el bergantín estadounidense, y barrieron a los hombres que ya estaban preparados en la borda. Stewart tuvo que virar a fondo. Los marineros cortaron los cabos de los garfios a golpes de alfanje en un desesperado intento por apartarse.

Ver caer a sus compañeros como segados por una hoz le dolió tanto como si hubiese sido su propia carne, pero Henry no tuvo tiempo de volver al bergantín, que ya se había separado seis metros del *Saqr*. Estaba atrapado en el barco corsario. Las balas de los mosquetes de los francotiradores silbaban por encima de su cabeza.

Los artilleros del *Saqr* no lo habían visto saltar. La única vía de escape que le quedaba era lanzarse al mar y confiar en ser lo bastante buen nadador como para recorrer la distancia hasta su nave. Se movió con mucha cautela hacia la borda más apartada; ya casi había llegado cuando una figura apareció de pronto a su lado.

Llevado por el instinto cargó antes de que el hombre supiera qué veía. Henry empuñó una de sus pistolas con la mano izquierda y disparó un momento antes de que su hombro golpease contra el pecho del berberisco.

Mientras caían por encima de la borda, reconoció quién era su enemigo por las canas blancas en la barba: Suleiman al-Jama.

Se sumergieron en el agua tibia agarrados el uno al otro. Henry salió a la superficie y se encontró a al-Jama a su lado, que boqueaba desesperado por llevar aire

a sus pulmones. También daba manotazos, pero de una manera extraña. Fue entonces cuando Henry vio una mancha oscura en su túnica blanca. La bala de su pistola había herido al capitán en la articulación del hombro, y no podía levantar el brazo.

Miró en derredor y vio que el *Saqr* se había apartado unos quince metros y había reanudado el duelo de artillería con el bergantín. Era imposible que alguien en cualquiera de las dos naves escuchase sus gritos, así que Henry ni siquiera lo intentó.

Los esfuerzos de al-Jama por mantener la cabeza fuera del agua eran cada vez más débiles. No conseguía respirar lo suficiente, y las pesadas prendas lo arrastraban hacia las profundidades. Henry siempre había sido un excelente nadador, pero era evidente que no era el caso del berberisco. Su cabeza desapareció debajo del agua; al asomar de nuevo, al-Jama ya había tragado agua. Sin embargo, ni una sola vez gritó pidiendo ayuda.

Se hundió de nuevo y esta vez tardó más en reaparecer. Apenas lograba mantener los labios fuera del agua. Henry se quitó las pesadas botas y empleó el puñal para cortar la túnica de al-Jama. La prenda flotó en el oleaje, pero el pirata no aguantaría ni un solo minuto más.

La costa estaba por lo menos a una distancia de tres millas. Henry Lafayette dudaba que consiguiera llegar él solo y mucho menos si arrastraba al corsario. Sin embargo, ahora la vida de al-Jama estaba en sus manos y era su responsabilidad hacer todo lo posible por salvarlo.

Pasó un brazo alrededor del pecho desnudo de al-Jama. El capitán intentó resistirse.

—Desde el momento en el que caímos del barco —dijo Henry—, dejó de ser mi enemigo. Pero juro por Dios que si opone resistencia dejaré que se ahogue.

—Lo prefiero —respondió Suleiman en un inglés con un acento muy marcado.

—Pues entonces lo haremos a su manera. —Henry cogió la segunda pistola y descargó un culatazo en la sien de al-Jama.

Con el capitán bien sujeto, comenzó a nadar hacia la costa.

Washington

St. Julien Perlmutter acomodó su considerable corpachón en el asiento trasero de su Rolls-Royce Silver Dawn de 1955. Cogió la copa de champán de la mesa plegable que tenía delante, bebió un sorbo y continuó leyendo. Apiladas junto al champán y un plato de canapés estaban las fotocopias de las cartas enviadas al almirante Charles Stewart a lo largo de su increíble carrera. Stewart había servido a todos los presidentes desde John Adams hasta Abraham Lincoln, y había desempeñado más cargos que cualquier otro oficial en la historia de Estados Unidos. Las cartas originales estaban bien guardadas en el maletero del Rolls.

Quizá por ser el principal historiador naval del mundo, Perlmutter deploraba que algún insensato hubiese sometido aquellas cartas a los estragos de una fotocopidora —la luz dañaba el papel y decoloraba la tinta— pero era una persona que sabía sacar provecho de un error, así que había comenzado a leer las copias tan pronto se había acomodado para el viaje de regreso desde Cherry Hill, en New Jersey.

Había ido detrás de esta colección durante años, y había necesitado de todo su considerable encanto, además de un cheque por una cantidad muy elevada, para conseguir que no fuese a parar a manos del gobierno, que la archivaría en algún lugar recóndito. Había decidido que si las cartas resultaban ser de poco interés, se quedaría con las copias como referencia y donaría los originales para conseguir una desgravación en los impuestos.

Miró por la ventanilla. El tráfico en la capital de la nación era terrible, como de costumbre, pero Hugo, su chófer y ayudante de toda la vida, parecía no tener problemas. El Rolls circulaba por la I-95 como si fuese el único coche en la carretera.

La colección había pasado por las manos de diversas generaciones de la familia Stewart, pero la rama que las tenía ahora se extinguía. La única hija de Mary Stewart Kilpatrick, de cuya casa Perlmutter acababa de marcharse, no tenía ningún interés en ellas, y su único nieto era autista. Perlmutter no lamentaba el precio que había pagado, ya que sabía que ese dinero ayudaría a mantener al nieto.

La carta que estaba leyendo iba dirigida al ministro de Defensa, Joel Roberts Poinsett, y se había escrito durante el primer destino de Stewart en el astillero naval de Filadelfia entre 1838 y 1841. El texto era un tanto árido: listas de suministros, los avances en las reparaciones de una fragata, comentarios de la calidad de las velas que habían recibido. Aunque parecía muy competente en su trabajo, en ese escrito quedaba claro que Stewart habría preferido volver a capitanear un barco que supervisar las instalaciones.

Perlmutter la dejó a un lado, comió un canapé y bebió otro sorbo de champán.

Ojeó un par de cartas más y se decidió por una que había escrito a Stewart un contramaestre que había servido a sus órdenes durante las Guerras Berberiscas. La escritura apenas era legible y el autor, un tal John Jackson, parecía tener una instrucción muy limitada. Relataba su participación en el ataque para quemar el *Philadelphia* y la posterior batalla contra un barco pirata llamado *Saqr*.

El historiador conocía muy bien estos hechos. Había leído el relato de primera mano del capitán Decatur sobre el incendio de la fragata estadounidense, aunque no había mucha información del combate contra el *Saqr* aparte del informe de Stewart al Ministerio de Defensa.

Al leer la carta, Perlmutter casi podía oler el humo de los cañones y escuchar los gritos cuando el *Saqr* tendió una trampa al *Siren* para que se acercase y luego descargarle por sorpresa una andanada.

En la carta, Jackson preguntaba al almirante por el destino del primer oficial del bergantín, Henry Lafayette. Perlmutter recordó que el joven teniente había saltado a bordo del barco berberisco un momento antes de que disparasen los cañones, y que se le había dado por muerto porque nunca se había pedido un rescate por él.

Continuó leyendo; sintió curiosidad al darse cuenta de que había estado en un error. Jackson había visto cómo Lafayette peleaba con el capitán del *Saqr* y cómo ambos caían juntos por la borda de babor. «Ese muchacho cayó al mar con el hereje Suleiman al-Jama». El nombre sacudió a Perlmutter. No era el contexto histórico lo que le sorprendió; recordaba vagamente el nombre del capitán del *Saqr*. Era la encarnación actual de ese nombre lo que hizo que se irguiera: Suleiman al-Jama era el nombre de guerra de un terrorista casi tan buscado como Osama bin Laden.

El «moderno». al-Jama aparecía en varios vídeos de decapitaciones y era el inspirador espiritual de innumerables ataques suicidas en Oriente Próximo, Pakistán y Afganistán. Su gran triunfo había sido dirigir un asalto a un remoto cuartel del ejército paquistaní en el que habían muerto más de cien soldados.

St. Julien buscó entre las cartas para ver si Stewart había respondido y guardado una copia, como solía hacer. Así era, la siguiente carta en la pila iba dirigida a John Jackson. La leyó una vez, a toda prisa, apremiado por el asombro, y luego la releyó con más calma. Se echó hacia atrás en el asiento de cuero, que crujió bajo su peso, y se preguntó si habría algunas implicaciones contemporáneas con lo que acababa de leer; al fin decidió que probablemente no era así.

Estaba a punto de leer otra carta cuando reconsideró su decisión. ¿Qué pasaría si el gobierno pudiese utilizar esta información? ¿Cuáles podrían ser los beneficios? Lo más probable era que no los hubiera; de todos modos, no era una decisión que le correspondiese a él tomar.

Por lo general, cuando encontraba algo interesante en sus investigaciones, solía comunicárselo a su buen amigo Dirk Pitt, el director de la National Underwater and Marine Agency, aunque en esta ocasión no tenía claro si esto entraba en el ámbito de la NUMA. Perlmutter era un viejo conocedor del mundillo de Washington y tenía

contactos por toda la ciudad. Sabía a quién llamar.

El teléfono del coche era un viejo modelo de baquelita con un disco para marcar. Detestaba los móviles, así que no llevaba ninguno. Su grueso dedo apenas entraba en los agujeros del disco, pero lo consiguió.

—Hola —respondió una mujer.

Perlmutter había llamado a su número directo, para evitar todo su ejército de ayudantes.

—Hola, Christie, soy St. Julien Perlmutter.

—¡St. Julien! —exclamó Christie Valero—. Hace un siglo que no te veo. ¿Cómo estás?

Perlmutter se frotó la barriga.

—Ya me conoces. Cada vez más delgado.

—No lo dudo. —La mujer se rió—. ¿Has preparado las *coquilles St. Jacques* de mi madre desde que conseguiste arrancarme la receta secreta?

Aparte de su vasto conocimiento de barcos y hechos navales, Perlmutter era un legendario *gourmet* y *bon vivant*.

—Ahora ya forman parte de mi repertorio —aseguró—. Cuando quieras, llámame y las prepararé para ti.

—Te tomo la palabra. Ya sabes que soy incapaz de seguir ninguna receta en la que haya más instrucciones que: «Perfore el envoltorio y colóquelo en el microondas». ¿Es una llamada social o tienes algo en mente? Estoy un poco desbordada. Aún faltan meses para la conferencia, pero la dama dragón nos hace correr.

—Ésa no es manera de referirse a ella —le reprochó él en tono amable.

—¿Estás de broma? A Fiona le encanta.

—Te creo.

—Bien, ¿qué pasa?

—Acabo de encontrarme con algo bastante interesante y me he dicho que quizá querrías echarle una ojeada. —Le repitió lo que había leído en la carta de Charles Stewart dirigida a su antiguo contramaestre.

Cuando acabó, Christie Valero solo tenía una pregunta.

—¿Cuánto tardarás en llegar a mi despacho?

—Hugo —dijo Perlmutter cuando colgó el teléfono—, hay un cambio de planes. Volvemos a Foggy Bottom. La subsecretaría de Estado para Asuntos de Oriente Próximo quiere hablar con nosotros.

*Frente a las costas de Somalia,
cuatro meses más tarde*

El océano Índico era una joya resplandeciente del más puro y cristalino azul. Pero en su superficie había una mácula con la forma de un carguero de ciento setenta metros de eslora. El barco apenas avanzaba, aunque de su única chimenea escapaba una enorme columna de apestoso humo negro. Era obvio que el barco estaba recorriendo las vías marítimas a pesar de haber sobrepasado de largo su tiempo de vida útil.

Su línea de flotación estaba tan baja que había tenido que seguir una ruta más larga desde Bombay para eludir las tormentas; cualquier mar con olas de más de un metro y medio habría barrido la cubierta. En la banda de babor habría entrado más agua, porque se escoraba un poco hacia ese lado. El casco estaba pintado de un verde desconchado, con parches de otros colores allí donde la tripulación se había quedado sin la pintura original. Lenguas de óxido tapaban las juntas, y había grandes planchas de metal soldadas en los lados para solucionar deficiencias estructurales.

La superestructura del carguero estaba apenas un poco más atrás de la manga, lo que le permitía tener tres bodegas en la cubierta de proa y dos en la de popa. Las tres grúas que se alzaban en cubierta se veían oxidadas y con los cables desgastados. Las cubiertas parecían un desguace, con barriles que goteaban, máquinas rotas y una multitud de objetos de todo tipo. Allí donde la barandilla se había caído por la corrosión del óxido, la tripulación había colocado trozos de cadena.

Para los hombres que lo observaban desde un pesquero cercano, el carguero no parecía muy prometedor, pero no estaban en disposición de desaprovechar la oportunidad que les ofrecía.

El patrón somalí era un hombre nervudo con un rostro afilado al que le faltaba un diente en el centro de la boca. Los otros dientes alrededor de la brecha se veían cariados, y las encías estaban negras de piorrea. Habló con los otros tres hombres en el puente abarrotado antes de coger el micro de la radio y pulsar el interruptor.

—¡Ah del carguero! —Su inglés era pasable aunque tenía un fuerte acento.

Al cabo de un momento, una voz sonó en el diminuto altavoz.

—¿Me llama el pesquero que tengo a babor?

—Sí. Necesitamos un médico —respondió el patrón—. Cuatro de mis hombres están muy enfermos. ¿Tienen alguno a bordo?

—Uno de nuestros tripulantes fue enfermero en la Marina. ¿Cuáles son los síntomas?

—No conozco la palabra sín-to-mas.

—¿Qué les pasa? —preguntó el operador de radio del carguero.

—Llevan días vomitando. Les habrá sentado mal algo que comieron.

—De acuerdo. Creo que podremos solucionarlo. Acérquese un poco por delante de la superestructura. Reduciremos la velocidad tanto como podamos, pero no nos detendremos completamente. ¿Lo ha entendido?

—Sí, sí. Lo entiendo. Ustedes no paran. No pasa nada. —Dedicó una sonrisa de lobo a sus camaradas y explicó en su lengua nativa—: Me han creído. No se detendrán, porque sin duda los motores no volverían a ponerse en marcha, pero no es ningún problema. Abdi, ocúpate del timón. Abarloa el barco a la superestructura e iguala su velocidad.

—Sí, Hakim.

—Salgamos a cubierta —dijo el patrón a los otros dos.

Se reunieron con los cuatro hombres que esperaban en la cabina debajo de la timonera. Llevaban unas mantas raídas sobre los delgados hombros y se movían como si tuviesen calambres.

El carguero empuñecía al pesquero de casi veinte metros de eslora, aunque, como navegaba tan bajo, la borda no estaba mucho más arriba. Los tripulantes habían colgado neumáticos de camión como defensas y habían retirado una parte de la barandilla cerca de la superestructura para facilitar el paso de los enfermos. Hakim vio que eran cuatro. Uno de ellos era un hombre asiático de baja estatura que vestía una camisa de uniforme con galones negros. Otro era un gigante africano o quizá de alguna isla del Caribe. De los otros dos no estaba muy seguro.

—¿Usted es el capitán? —gritó Hakim al oficial.

—Sí, soy el capitán Kwan.

—Gracias por su ayuda. Mis hombres están muy enfermos, pero debemos quedarnos en el mar para pescar.

—Es mi deber —afirmó Kwan, en un tono un tanto altanero—. Su embarcación tendrá que permanecer cerca mientras atendemos a sus hombres. Vamos hacia el canal de Suez y no podemos desviarnos para llevarlos a tierra.

—No es problema —manifestó Hakim con una sonrisa servil. Lanzó un cabo. El tripulante africano lo ató a uno de los balaustres.

—Muy bien, ya pueden pasar —dijo Kwan.

Hakim ayudó a uno de los enfermos a ponerse de pie en la borda del pesquero. La separación entre las dos naves no llegaba a treinta centímetros, y con la calma chicha era difícil que resbalase. Los dos primeros pasaron a la cubierta del carguero y se apartaron rápidamente para dejar paso a sus compañeros.

Fue el cuarto, que saltó a la cubierta con la agilidad de un gato, quien despertó las sospechas del capitán Kwan.

Antes de que pudiese preguntar cuál era la gravedad de su estado, los cuatro hombres dejaron caer las mantas. Ocultos debajo llevaban unos AK-47 con las culatas de madera recortada. Aziz y Malik, los otros dos tripulantes del pesquero, empuñaron los fusiles de asalto guardados en un cofre de madera y saltaron a bordo.

—¡Piratas! —gritó Kwan, antes de recibir en el estómago el golpe del cañón de una de las armas.

Cayó de rodillas, con las manos sujetándose el vientre. Hakim desenfundó una pistola que llevaba oculta a la espalda mientras que sus compañeros se llevaban a los tripulantes lejos de la borda y fuera de la vista de cualquiera que pudiese estar en el puente.

El patrón somalí obligó al capitán a ponerse de pie, con la boca de la pistola en su cuello.

—Haga lo que se le dice y nadie resultará herido.

Hubo una momentánea chispa de resistencia en los ojos de Kwan, que no pudo reprimir, pero fue fugaz, y el pirata no la vio. Asintió con un movimiento torpe.

—Llévenos a la sala de radio —prosiguió Hakim—. Comunicará a su tripulación que deben ir al comedor. Todos deben ir allí. Si encontramos a alguien caminando por el barco, lo mataremos.

Mientras hablaba, sus hombres esposaban a la atónita tripulación con bridas de plástico. Utilizaron tres para el musculoso negro, como medida de precaución.

Aziz y Malik se hicieron cargo de los otros tripulantes. Kwan, con una pistola apoyada en la espalda, llevó a Hakim y a los cuatro piratas «enfermos» a la superestructura. En el interior apenas se estaba unos grados más fresco que al sol, ya que el sistema de aire acondicionado funcionaba a duras penas. Los pasillos y las escalerillas tenían el aspecto de no haber sido limpiados desde que el carguero se había hecho a la mar por primera vez. El suelo de linóleo se veía agrietado y parcialmente pelado, y unas bolas de polvo del tamaño de conejos se amontonaban en cada rincón.

Tardaron menos de un minuto en subir al puente, donde el timonel estaba junto a la gran rueda de madera y otro oficial se inclinaba sobre una mesa de mapas cubierta con platos con restos de comida y una carta náutica tan vieja y descolorida que bien podría haber sido de la costa de Pangea. Las ventanas cubiertas por una capa de sal apenas dejaban pasar la luz.

—¿Qué tal ha ido con los pescadores? —preguntó el oficial sin alzar la mirada. Su voz tenía un extraño acento británico que no terminaba de encajar. Levantó la cabeza y el color desapareció de su rostro. Abrió como platos unos grandes ojos de mirada inocente. Los cuatro piratas cubrían todo el puente con los fusiles de asalto; el capitán ladeaba la cabeza a causa de la presión de la pistola apoyada en su cuello.

—Nada de heroísmos —dijo Kwan—. Han prometido no hacer daño a nadie si seguimos sus órdenes. Conecte la megafonía interna, señor Maryweather.

—A la orden, capitán. —El joven oficial, Duane Maryweather, pulsó el botón del intercomunicador situado junto a la radio y pasó el micro al capitán.

Hakim apoyó con más fuerza la pistola en el cuello de Kwan.

—Si da cualquier aviso, lo mataré inmediatamente y mis hombres acabarán con toda su tripulación.

—Tiene mi palabra —respondió Kwan con voz tensa. Pulsó el interruptor del micro, y su voz se escuchó por los altavoces repartidos por todo el barco—. Les habla el capitán. Toda la tripulación debe acudir al comedor para una reunión urgente. El personal de máquinas que esté de servicio también debe asistir.

—Ya es suficiente —dijo Hakim, y le arrebató el micro—. Abdul, coge el timón. —Movi6 la pistola en direcci6n a Maryweather y el timonel—. Ustedes dos, aqu6 junto al capitán.

—No puede dejar a un solo hombre en el timón —protest6 Kwan.

—Este no es el primer barco que capturamos.

—No. Supongo que no.

Sin un gobierno establecido, Somalia estaba en manos de se6ores de la guerra rivales, algunos de los cuales se dedicaban a la pirater6a para financiar sus ej6rcitos. Las aguas de este pa6s del Cuerno de 6frica figuraban entre las m6s peligrosas del mundo. Los barcos sufr6an ataques casi a diario y si bien Estados Unidos y otras naciones manten6an una presencia naval en la regi6n, el mar era demasiado grande para proteger a todos los barcos que navegaban frente a sus costas. Por lo general, los piratas utilizaban lanchas r6pidas y robaban el dinero y cualquier otro objeto de valor que hubiera en los barcos asaltados, pero lo que hab6a comenzado como vulgares robos se hab6a convertido en algo m6s grave. Ahora capturaban barcos enteros, vend6an las cargas en el mercado negro y abandonaban a las tripulaciones en botes salvavidas, cuando no las reten6an prisioneras a cambio de un rescate o, en el peor de los casos, las mataban sin m6s.

Por consiguiente, el tama6o de los barcos asaltados aumentaba en la misma medida que la brutalidad de los ataques. Mientras que antes los peque6os barcos de cabotaje eran su principal objetivo, ahora los piratas se cebaban en los superpetroleros y portacontenedores; una vez, incluso hab6an atacado con armas autom6ticas un barco de crucero durante un cuarto de hora. Desde hac6a poco, un nuevo se6or de la guerra se hab6a impuesto a los otros piratas en la costa norte; hab6a consolidado su poder hasta que todos los piratas de la regi6n tuvieron que declararle lealtad.

Se llamaba Muhammad Didi, y hab6a combatido en la capital, Mogadiscio, durante los ca6ticos d6as de mediados de los noventa, cuando las Naciones Unidas intentaban paliar la hambruna en un pa6s asolado por la sequ6a. Se hab6a labrado un nombre asaltando los camiones cargados con comida y suministros, pero el derribo del Black Hawk fue lo que ciment6 su reputaci6n. Mientras encabezaba una carga contra una posici6n estadounidense, destruy6 un Humvee con un lanzacohetes. En una 6ltima muestra de barbarie sac6 los cad6veres de los restos en llamas y los descuartiz6 a golpes de machete.

Despu6s de la vergonzosa retirada de la infanter6a de Marina estadounidense, Didi continu6 aumentando su poder hasta convertirse en uno de los escasos se6ores de la guerra que controlaban el pa6s. En 1998, se le relacion6 con los ataques de al-Qaida a

las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania. Había dado refugio a los terroristas durante las semanas previas al ataque, y también a varios hombres para que actuasen como espías. Con una orden de captura dictada por la Corte Internacional de Justicia de La Haya y una recompensa por su cabeza, Didi sabía que solo era cuestión de tiempo que alguno de sus rivales intentase lograr ese botín. Trasladó sus operaciones fuera de Mogadiscio a una región de pantanos en la costa, quinientos kilómetros al norte.

Antes de su llegada, la mayoría de las víctimas de los piratas eran puestas en libertad de inmediato. Fue Didi quien empezó a exigir el pago de rescates. Si no eran atendidos o las negociaciones no iban bien, mandaba matar a las tripulaciones. Se decía que llevaba un collar de dientes con empastes de oro arrancados a los hombres que había matado personalmente. Los piratas que se habían hecho con el viejo carguero eran de los que habían jurado lealtad a Didi.

Hakim y uno de sus hombres obligaron al capitán Kwan a que los llevase a su despacho, mientras que los otros se ocupaban de llevar al personal del puente al comedor. El despacho y su camarote estaban en la cubierta situada debajo de la timonera. Ambas estancias eran espartanas pero estaban limpias; solo había un par de pinturas sobre terciopelo de unos payasos colgados en los mamparos. Había una foto enmarcada de Kwan y una mujer, probablemente su esposa, sobre la mesa vacía.

La fuerte luz cobriza entraba por el único ojo de buey.

—Muéstreme el manifiesto de la tripulación —exigió Hakim.

Había una pequeña caja de seguridad atornillada al suelo en un rincón del despacho, detrás de la mesa de Kwan. El capitán se agachó y comenzó a teclear la combinación.

—Apártese cuando abra la puerta —ordenó el pirata.

Kwan lo miró por encima del hombro.

—Le aseguro que no llevamos armas. —Pero obedeció la orden. Abrió la puerta y se apartó de la caja.

Mientras su ayudante apuntaba a Kwan con el fusil, Hakim se agachó delante de la caja. Sacó expedientes y carpetas que amontonó sobre la mesa del capitán. Soltó una exclamación cuando al abrir un sobre muy abultado encontró fajos de billetes de diversos países. Agitó uno de los billetes de cien dólares debajo de su nariz ganchuda y los olió como si se tratase de un vino de la mejor cosecha.

—¿Cuánto hay?

—Doce mil dólares, quizá un poco menos.

Hakim se guardó el sobre debajo de la camisa. Buscó entre los papeles hasta dar con el manifiesto de la tripulación. No sabía leer ni siquiera en su propio idioma, así que mucho menos en inglés, pero identificó los pasaportes. Había veintidós. Los abrió uno tras otro y dejó aparte los de Kwan, Duane Maryweather y el del timonel. También encontró los pasaportes de los tres hombres que estaban en cubierta cuando saltaron a bordo. Pareció complacido. Ya tenían una cuarta parte de la tripulación.

—Muy bien, ahora llévenos al comedor.

Cuando llegaron, la estancia estaba muy iluminada y abarrotada. Unos pocos fumaban cigarrillos; la densa nube de humo que flotaba en el aire enmascaraba el hedor del sudor nervioso. Los había de todas las razas e incluso sin las armas que los apuntaban se veía que formaban un grupo de hombres ariscos. Eran hombres sin suerte que no encontrarían empleo en otro lugar que no fuese a bordo del viejo carguero. Lo habían mantenido funcionando más allá de su período útil por la sencilla razón de que no encontrarían otro cuando este ya no estuviera.

Uno de los marineros de Kwan se sujetaba un pañuelo ensangrentado en la nuca. Al parecer había dicho o hecho algo que había provocado a uno de los asaltantes.

—¿Qué pasa, capitán? —preguntó el jefe de máquinas. Su mono estaba cubierto de manchas de grasa.

—¿A usted qué le parece? Nos han asaltado unos piratas.

—¡Silencio! —gritó Hakim.

Buscó entre los pasaportes y comprobó las fotos con los hombres sentados en el comedor hasta que estuvo seguro de que no faltaba ningún miembro de la tripulación. En una ocasión había cometido el error de confiar en la palabra de un capitán sobre el número de tripulantes, pero luego descubrió que había dos que lograron matar a uno de los hombres de Hakim y casi transmitieron una llamada de socorro antes de ser descubiertos.

—Muy bien. Que nadie se haga el héroe. —Dejó a un lado los pasaportes y miró en derredor. Era excelente detectando el miedo y le gustó lo que vio. Envió a Abdi, uno de sus hombres, a cubierta para que soltara las amarras del pesquero y regresara a la base lo más rápido posible para informar de que habían capturado el carguero—. Mi nombre es Hakim, y ahora este barco es mío. Si siguen mis órdenes nadie resultará muerto. Cualquier intento de fuga será castigado con la muerte y los cuerpos se arrojarán a los tiburones. Recuerden estas dos cosas en todo momento.

—Mis hombres seguirán las órdenes —dijo Kwan, resignado—. Haremos lo que diga. Todos queremos volver a ver a nuestras familias.

—Eso es muy inteligente por su parte, capitán. Con su ayuda, me pondré en contacto con los armadores para negociar su liberación.

—Esos cabrones no pagarían ni un bote de pintura —murmuró el jefe de máquinas a un compañero de mesa—. Ni soñando pagarán para salvar nuestros pellejos.

Dos de los asaltantes habían estado en la cocina recogiendo cualquier objeto que pudiera utilizarse como arma. Salieron arrastrando un saco lleno de tenedores y todo tipo de cuchillos. Uno de los pistoleros se quedó en el comedor mientras el otro se llevaba el saco al pasillo con la intención de arrojarlo por la borda.

—Estos dos saben lo que hacen —susurró Duane al operador de radio—. Yo habría ido a buscar un cuchillo tan pronto como hubiesen bajado la guardia.

Maryweather no se había dado cuenta de que uno de los piratas estaba detrás de

él. El fusil de asalto le golpeó en la nuca lo bastante fuerte como para que su rostro se estrellara contra la mesa. Cuando se irguió, le sangraba la nariz.

—Hable de nuevo y morirá —dijo Hakim, y por el tono quedó claro que era la última advertencia—. Hay un cuarto de baño junto al comedor, así que se quedarán todos aquí. Solo hay una manera de entrar y salir de aquí. Cerraremos la puerta desde el exterior y estará vigilada a todas horas. —Se dirigió a sus hombres en somalí—: Vayamos a ver qué carga transportan.

Salieron del comedor y aseguraron la puerta con un alambre alrededor de la manija y luego lo ataron a la barandilla en el lado opuesto del pasillo. Hakim ordenó a uno de sus hombres que montara guardia mientras él y los demás se dedicaban a buscar por el barco.

Comparados con las grandes dimensiones del barco, los espacios interiores eran muy pequeños, y las bodegas tenían menos capacidad de la esperada. En las bodegas de popa, las hileras de contenedores estaban tan apretadas que ni siquiera el más delgado de los piratas podía pasar entre ellos. Tendrían que esperar a llegar a puerto y descargar los contenedores para saber qué contenían. Pero lo que descubrieron en las tres bodegas de proa hizo que los contenedores perdiesen toda importancia. Entre cajas con recambios de maquinaria, motores de coche fabricados en la India y planchas de acero de gran tamaño, encontraron seis camionetas. Cuando se les instalaban ametralladoras y lanzagranadas recibían el nombre de «técnicos» y eran los vehículos más codiciados en todo el continente africano. También había un camión de grandes dimensiones, pero parecía en tal mal estado que con toda probabilidad no debía de funcionar. En otra de las bodegas había palés con sacos de trigo marcados con el nombre de una ONG, pero el premio gordo eran los centenares de bidones de nitrato de amonio. Se utilizaba en la agricultura como un fertilizante de primera, pero mezclado con gasóleo, se convertía en un poderoso explosivo. Había suficiente en la bodega para volar por los aires media Mogadiscio, si era eso lo que Muhammad Didi quería hacer con él.

Hakim sabía que el exilio de Didi en los pantanos no era definitivo. Siempre hablaba de regresar a la capital y enfrentarse con los otros señores de la guerra en una batalla definitiva. Esa enorme cantidad de explosivos sin duda le daría una gran ventaja. En el plazo de como máximo un mes, Didi controlaría toda Somalia, y no dudaba que su recompensa por la captura del carguero sería mayor de lo que podía imaginar.

Ahora lamentaba haber enviado a Abdi de regreso con tanta prisa, aunque ya no podía hacer nada al respecto. Su radio no captaba ninguna señal más allá de tres kilómetros y el pesquero estaba fuera de alcance.

Regresó al puente para disfrutar del puro cubano que había cogido en el camarote del capitán. El sol se ocultaba detrás del horizonte y convertía el gran océano en una lámina de bronce pulido. Sin embargo, la belleza del crepúsculo se desperdiciaba en hombres como Hakim y su banda de piratas. Para ellos, todo se juzgaba a partir de lo

que pudiera aportarles. Algunos decían que eran el producto de un país asolado por las guerras y que nunca habían tenido una oportunidad frente a la brutalidad de su infancia. Pero en realidad, la mayor parte de la población de Somalia nunca había disparado un arma y los hombres que se ponían al servicio de un señor de la guerra como Didi, lo hacían porque disfrutaban del poder que les otorgaba sobre los demás, como en el caso de la tripulación de este barco.

Le gustaba ver al capitán cabizbajo por la derrota. Le gustaba el miedo en los ojos de los marineros. Había encontrado una foto del capitán y una mujer en el despacho, sin duda su esposa. Hakim tenía el poder de convertir en viuda a esa mujer. Para él no había mayor subidón en el mundo.

Aziz y Malik entraron en el puente. Se habían apropiado de prendas nuevas en los camarotes de los oficiales. Aziz, a sus veinticinco años y todo un veterano tras una docena de asaltos, era tan delgado que había tenido que hacer más agujeros en el cinturón para sujetarse los vaqueros nuevos. Malik era un cuarentón que había luchado en el bando de Muhammad Didi contra las Naciones Unidas y los estadounidenses. La metralla que recibió en un combate callejero contra una banda rival le había destrozado el lado derecho del rostro y había afectado su mente. Hablaba muy poco, pero cuando lo hacía sus palabras apenas tenían sentido. En cambio seguía las órdenes al pie de la letra y eso era todo lo que le pedía Hakim.

—Ve a buscar al capitán. Quiero hablar con él de la compañía propietaria de este barco. Quiero saber cuánto cree que estarán dispuestos a pagar. —Miró los ojos de Aziz—. Deja ya de fumar maría.

Los dos piratas bajaron las escalerillas hasta la cubierta principal. Con el sol en el ocaso, el interior del barco estaba en penumbra. Solo funcionaban unas pocas lámparas, así que las sombras se pegaban a los techos y a las paredes como el musgo. Aziz hizo un gesto al guardia para que quitase el alambre. Malik y él tenían las armas preparadas cuando se abrió la puerta. Los tres hombres se quedaron boquiabiertos.

El comedor estaba vacío.

Malik y Aziz acababan de entrar en el comedor vacío cuando el guardia en el pasillo intuyó una presencia. Escudriñó en la penumbra con el fusil preparado. De no haberse quedado tan sorprendido por la ausencia de la tripulación, habría recorrido el pasillo con calma. Pero cada nervio de su cuerpo se estremecía como si estuviese recibiendo una descarga eléctrica. Su dedo apretó el gatillo y descargó una ráfaga de diez disparos. Los fogonazos que salieron del cañón del AK-47 mostraron que el pasillo estaba desierto; las balas solo arrancaron más pintura de los desconchados mamparos.

—¿Qué pasa? —preguntó Aziz.

—Me pareció ver a alguien —tartamudeó el guardia.

—Malik, ve con él y revisa esa cubierta —dijo Aziz tomando una rápida decisión—. Yo le diré a Hakim lo que ha pasado.

El jefe pirata, que había escuchado los disparos, se encontró con Aziz a medio camino del puente. Empuñaba la pistola como había visto en los vídeos musicales, con el brazo extendido y el arma plana. Sus ojos chispeaban de furia.

—¿Quién ha disparado y por qué? —No aminoró el paso cuando se encontraron, así que Aziz se vio obligado a volverse deprisa.

—El comedor está vacío, y Ahmed creyó ver a alguien. Él y Malik lo están revisando ahora.

Hakim no estaba seguro de haber entendido bien.

—¿Qué quieres decir con que el comedor está vacío?

—La tripulación ha desaparecido. El alambre seguía colocado en la puerta y Ahmed estaba despierto, pero de alguna manera se han marchado.

La puerta del comedor estaba entreabierta cuando llegaron y Hakim acabó de abrirla de un puntapié descargado con todas sus fuerzas. Se estrelló contra el tope con un sonido sordo. Los veintidós miembros de la tripulación estaban sentados a las mesas en las mismas posiciones que habían ocupado antes. Todos mostraban expresiones tensas.

—¿A qué han venido esos disparos? —preguntó el capitán Kwan.

Hakim dirigió a Aziz una mirada asesina.

—Una rata.

Cogió al joven por el brazo y lo sacó a empujones del comedor. Tan pronto como la puerta se hubo cerrado detrás de Hakim, abofeteó a Aziz del derecho y del revés.

—Idiota. Estás totalmente colgado; ni siquiera sabes cuál es la mano con la que te limpias el culo.

—No, Hakim. Lo juro. Todos vimos...

—¡Basta! La próxima vez que te vea fumando maría durante una de mis operaciones, te mataré ahí mismo. ¿Entendido? —Aziz miraba al suelo y no

respondió. Hakim le sujetó la barbilla y lo obligó a mirarlo a los ojos—. ¿Entendido? —repitió.

—Sí, Hakim.

—Vuelve a poner el alambre en la puerta y busca a Malik y a Ahmed antes de que sigan disparando.

Aziz fue a obedecer la orden mientras Hakim se quedaba allí. Apoyó la oreja en la puerta pero no escuchó nada a través del grueso metal. Miró a un lado y a otro del pasillo desierto. No vio nada fuera de lo normal, pero tuvo la súbita sensación de que alguien lo espiaba. Sintió un cosquilleo en la nuca y al bajar por la espalda le provocó un estremecimiento. «Estos malditos idiotas me harán perseguir sombras».

Dos cubiertas por debajo del comedor, en una zona del barco que los piratas ni siquiera podían imaginar que existiera, Juan Rodríguez Cabrillo miró cómo se estremecía el somalí. Una sonrisa jugueteó en las comisuras de sus labios.

—Bu —dijo a la imagen en la gran pantalla plana que dominaba el frente de la habitación conocida como centro de operaciones.

Se trataba del cerebro de alta tecnología de la nave, un espacio con el techo bajo y alumbrado por el suave color azul de las múltiples pantallas de ordenador. El suelo estaba cubierto con una alfombra de goma antiestática y antideslizante, y las consolas eran de color gris humo y negro. El efecto, conseguido premeditadamente, era una versión más oscura del puente de la nave estelar *Enterprise* de la serie de televisión *Star Trek*. Los dos asientos colocados delante de la pantalla principal correspondían al timón y al puesto de control del armamento. Alrededor estaban los puestos correspondientes a la radio, el radar, el sonar, las máquinas y el control de daños.

En el centro estaba lo que se conocía como la silla Kirk. Desde allí, Cabrillo tenía una visión perfecta de todo lo que ocurría a su alrededor, y desde el ordenador instalado en el brazo de la mullida butaca podía controlar cualquier función de a bordo.

—No tendrías que permitirles hacer esto —le reprochó Max Hanley, el presidente de la corporación. Cabrillo conservaba el título de director—. ¿Qué habría pasado si los muchachos de Muhammad Didi hubiesen vuelto cuando la puerta secreta estaba abierta?

—Max, te preocupas tanto como mi abuela. Hubiésemos recuperado el *Oregon* de sus manos y habríamos pasado al plan B.

—¿Que es...?

—Te lo diré tan pronto como se me ocurra. —Juan se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza.

Era corpulento, medía casi metro ochenta y tenía un rostro fuerte y curtido y unos ojos de un azul brillante. Llevaba el pelo no muy corto. Como se había criado en las playas del sur de California y había dedicado casi una vida a nadar, el sol le había

dado un color rubio platino. Aunque ya había pasado de los cuarenta, se mantenía erguido y en perfecto estado físico.

Cabrillo tenía un atractivo que las personas notaban casi de inmediato, aunque nunca lograban saber exactamente en qué consistía. No tenía el atildamiento de un alto ejecutivo o la rigidez del soldado profesional. Daba la sensación de que sabía muy bien lo que deseaba de la vida y era capaz de conseguirlo cada día. Además de una confianza en sí mismo que no tenía límite; una confianza ganada gracias a una vida de triunfos.

Max Hanley, por su parte, acababa de cumplir los sesenta y era un veterano que había luchado dos veces en Vietnam. Era más bajo que Cabrillo, con un rostro amable y unos rizos rubios que formaban como una herradura alrededor de la calva. Sin duda le sobraban un par de kilos, algo con lo que Juan siempre lo pinchaba, pero Max era sólido como una roca en todos los sentidos.

La corporación había sido idea de Cabrillo, y la mano firme de Max la había convertido en un éxito. Administraba los asuntos del día a día de la multimillonaria compañía y también era el jefe de máquinas del *Oregon*. Si había un hombre que amaba más el barco que Juan, ese era Max Hanley.

A pesar de los siete piratas armados hasta los dientes que recorrían la nave y de los veintidós tripulantes «cautivos en el comedor», no había el menor asomo de preocupación en el centro de operaciones, y mucho menos por parte de Cabrillo.

Esta operación había sido planeada hasta el mínimo detalle. Cuando los piratas habían subido a bordo —evidentemente, el momento más crítico, porque nadie sabía cómo iban a tratar a la tripulación—, los francotiradores apostados habían mantenido a los siete somalíes en el punto de mira. Además, la tripulación llevaba debajo de las camisas unos chalecos antibalas de un grosor de apenas unos milímetros, que aún estaban perfeccionando en Alemania para la OTAN.

Había cámaras y micrófonos ocultos en todos los pasillos y camarotes de las partes «públicas» del barco, de forma que los pistoleros estaban siempre vigilados. Allí donde iban, al menos dos miembros de la corporación los seguían desde los compartimientos secretos del *Oregon* dispuestos a actuar en cualquier momento.

El viejo carguero era en realidad dos barcos en uno. En el exterior era poco más que una chatarra flotante que intentaba esquivar el desguace. Sin embargo, aquello no era más que una fachada destinada a ocultar su verdadera naturaleza a los ojos de los inspectores de aduana, prácticos de puerto y cualquier otra persona que subiese a bordo. El estado ruinoso no tenía otro objetivo que conseguir que cualquiera que viese el *Oregon* lo olvidase en el acto.

Las manchas de óxido no eran más que pintura, los trastos dispersos por las cubiertas estaban colocados allí con toda intención. La timonera y los camarotes en la superestructura no eran más que simples decorados. El pirata que estaba al timón no tenía el menor control del barco. El timonel situado en el centro de operaciones recibía la información del timón a través de un sistema informático, y se encargaba de

hacer las correcciones de rumbo.

Todo esto era tan solo una cáscara que envolvía la que quizá era la nave tecnológicamente mejor equipada del mundo. Disponía de una capacidad de fuego y de unos equipos electrónicos que podían rivalizar con cualquier destructor de la clase Aegis. El blindaje del casco bastaba para repeler la mayoría de las armas de baja tecnología utilizadas por los terroristas, como los lanzagranadas autopropulsados. Llevaba minisubmarinos que podían sumergirse a través de unas compuertas a lo largo de la quilla y un helicóptero McDonnell Douglas MD-520N en la bodega de popa, oculto detrás de un muro que simulaba ser una pila de contenedores.

En cuanto al alojamiento de la tripulación, rivalizaba con los grandes camarotes de un crucero de lujo. Los hombres y las mujeres de la corporación arriesgaban su vida a diario, y por tanto, Juan deseaba que estuviesen lo más cómodos posible.

—¿Dónde está nuestro invitado? —preguntó Max.

—Otra vez conversando con Julia.

—¿Crees que lo hace porque ella es doctora o porque es un bombón?

—El coronel Giuseppe Farina, como indica su nombre, es italiano. Se considera un galán irresistible, así que va a por ella simplemente porque es una mujer. Linda Ross y todas las demás ya se lo quitaron de encima en cuanto subió a bordo. Nuestra buena doctora Huxley es la única que queda, y dado que no puede dejar la enfermería por si se produce una emergencia, el coronel Farina dispone de una audiencia secuestrada.

—Es un maldito desperdicio tener a un observador con nosotros —comentó Max.

—Tienes que conformarte con lo que hay, no con lo que quieres —pontificó Juan—. Los jefazos no quieren que el más mínimo error estropee el juicio al que someterán a Didi en cuanto le pongan las manos encima. Farina está aquí para vigilar que cumplamos con los parámetros estipulados.

Una expresión agria cruzó el rostro de Max.

—¿Luchar contra los terroristas acatando las reglas del marqués de Queensbury? Ridículo.

—Tampoco es para tanto. Conozco a Seppe desde hace quince años. Es un buen tipo. Como no hay manera de extraditar a Didi por los canales legales, porque Somalia no tiene un sistema judicial que funcione...

—Ni nada.

Juan no hizo caso de la interrupción.

—Les ofrecimos una alternativa. El precio es la presencia de Seppe hasta que Didi esté en aguas internacionales y se lo pasemos a la Marina de Estados Unidos. Todo lo que tiene que hacer Didi es poner un pie en este barco y ya lo tendremos en el bote.

Max asintió a regañadientes.

—Por eso hemos cargado lo que parecen ser toneladas de explosivos, para que él desee verlos personalmente.

—Así es. El cebo más indicado para el gusano.

La corporación había aceptado un trabajo poco habitual para ellos. Por lo general trabajaban para el gobierno, en operaciones consideradas demasiado peligrosas para los soldados estadounidenses o los miembros de los servicios de inteligencia, con criterios estrictamente monetarios. Esta vez colaboraban con la CIA para ayudar al Tribunal Internacional de Justicia a llevar a Muhammad Didi a juicio. Las autoridades estadounidenses querían enviar a Didi a Guantánamo, pero habían llegado a un acuerdo con los aliados para que fuese juzgado en Europa, siempre que fuese capturado, y no se entregara.

Langston Overholt, el contacto de la corporación en la CIA, había llamado a su protegido, Juan Cabrillo, para encomendarles la difícil tarea de capturar a Didi de manera que no pudiera considerarse un secuestro. Como no podía ser menos, Cabrillo y su gente habían elaborado un plan en menos de veinticuatro horas, mientras que todos los demás llevaban meses devanándose los sesos.

Juan consultó el cronómetro en una esquina de la pantalla principal. Comprobó la velocidad del barco y el rumbo y calculó que no llegarían a la costa hasta el amanecer.

—¿Cenas conmigo? Creo que hoy sirven langosta termidor.

Max se palmeó la barriga.

—Hux me ha reservado media hora en la cinta de correr.

—La batalla por la reducción de la tripa —bromeó Juan.

—Ya me gustaría ver tu cintura dentro de veinte años, amigo mío.

El barco llegó a la costa poco después del amanecer. Los manglares se extendían por todo el ancho del horizonte. Hakim se encargó del timón, porque era quien mejor conocía los canales que les permitirían llegar a la base secreta. Aunque este era el buque más grande que habían capturado, tenía la confianza de llegar al campamento sin encallar, o por lo menos lo bastante cerca como para no tener muchos problemas cuando descargaran las bodegas.

Una bruma espesa cubría la zona, pero en el momento en el que el sol asomó por encima del horizonte, la temperatura subió en el acto.

A medida que el gran carguero avanzaba entre los esteros, la estela fue tomando un color fangoso debido a los sedimentos que levantaban las máquinas. Hakim no sabía cómo leer el indicador de profundidad situado en el mamparo junto al timón, pero poco menos de dos metros separaban la quilla del fondo. Los árboles se fueron haciendo cada vez más densos, rodeando el barco, hasta que sus copas casi se cruzaban por encima.

El canal apenas tenía el ancho suficiente para permitir maniobrar. No recordaba que fuera tan pequeño, pero lo cierto era que nunca lo había visto desde el puente de un barco tan grande. La proa apartó un tronco sumergido que habría hecho un agujero

en el casco de su pesquero, pero que para el mercante no era más que una brizna de paja que se deslizaba junto al casco. Les quedaba un último recodo antes de llegar a la base, pero era el más cerrado. La ribera opuesta se veía a una distancia menor que la eslora de la nave.

—¿Crees que podrás hacerlo? —preguntó Aziz.

Hakim no lo miró. Aún seguía furioso por el incidente de la noche anterior.

—Estamos a menos de un kilómetro del campamento. Incluso si no lo consigo, podremos descargar el barco y llevarlo todo hasta allí.

Agarró con fuerza el timón y separó un poco los pies. La proa entró en el recodo, pero Hakim esperó hasta el último segundo para girar la rueda. El barco no respondió con la rapidez que había esperado y continuó avanzando hacia la orilla.

Luego, muy poco a poco, la proa comenzó a desviarse, pero parecía que ya era demasiado tarde. Iban a chocar. Hakim movió la palanca del telégrafo para poner los motores marcha atrás con la esperanza de aminorar el impacto.

Varias cubiertas más abajo, Cabrillo ocupaba su asiento en el centro de operaciones. Eric Stone era el mejor timonel del *Oregon*; sin embargo, ahora mismo estaba encerrado en el comedor fingiendo ser Duane Maryweather. De todas maneras, en este caso, Cabrillo no lo habría querido en el puente. En una navegación tan complicada no confiaba en nadie más que en sí mismo para controlar la nave. Aunque Hakim había ordenado marcha atrás, Cabrillo no hizo caso de la orden y en cambio puso en marcha el impulsor de proa. También viró al máximo las toberas de las bombas direccionales que impulsaban el barco.

En el puente tuvo que parecer un milagro que de pronto se levantara el viento, aunque ninguno de los árboles se movía. La proa realizó un viraje cerrado como si hubiese sido empujada por una mano invisible. Hakim y Aziz intercambiaron una mirada de sorpresa. No podían creer que el carguero hubiese virado tan rápido, y tampoco se dieron cuenta de que el barco se había colocado en el centro del canal al salir de la curva. Hakim hizo girar la rueda, convencido de que tenía el control.

—Sin duda Alá ha bendecido esta misión desde el principio —manifestó Aziz, aunque ninguno de los dos era muy religioso.

—O quizá sé lo que hago —señaló Hakim en tono mordaz.

El campamento pirata estaba en la ribera derecha, que se alzaba casi hasta el mismo nivel que la cubierta del carguero. El terreno alto protegía esa zona de las mareas y de las inundaciones de primavera. Habían construido un muelle de troncos de treinta metros de largo, al que se podía acceder desde la ribera por medio de varios tramos de escalerillas con peldaños de acero clavadas en el duro talud. Las habían conseguido de uno de los primeros barcos que habían secuestrado. El pesquero de Hakim estaba amarrado en el muelle junto con otras dos embarcaciones más pequeñas.

Más allá del borde de la ribera estaba el campamento, compuesto de un montón de casuchas colocadas al azar y construidas con todo tipo de materiales. Había

tiendas que debían de estar destinadas a los refugiados y tradicionales chozas de barro, junto a estructuras hechas de madera del lugar y forradas con planchas de zinc onduladas. Era el hogar de más de ochocientas personas, trescientas de ellas, niños. El perímetro estaba delimitado por cuatro torres de vigilancia hechas con tubos y tablones. El suelo aparecía cubierto con desperdicios y excrementos humanos. Las jaurías de perros casi salvajes rondaban por el lugar.

En la ribera, se había formado una multitud que los vitoreaba y que llenaba el muelle hasta tal punto que amenazaba con hundirlo. Había chiquillos medio desnudos, mujeres con vestidos sucios y bebés sujetos a la espalda, y centenares de hombres armados con fusiles de asalto. Muchos disparaban al aire; el ruido de las detonaciones debía de ser tan habitual que los bebés continuaron durmiendo sin inmutarse. En el centro del muelle, y rodeado por sus más leales ayudantes, se encontraba Muhammad Didi.

A pesar de su temible reputación, Didi no era un hombre que impusiera físicamente. Apenas llegaba al metro setenta, y su uniforme, diseñado por él mismo, colgaba de su cuerpo delgado como los harapos de un espantapájaros. La mitad inferior de su rostro quedaba oculta por una barba rala salpicada de gris. Sus ojos eran legañosos y con un halo rosado, mientras que el blanco se veía inyectado en sangre. Didi era tan flaco que el pistolón que llevaba a la cintura torcía sus caderas como si sufriese de escoliosis.

No había el menor asomo de una sonrisa o cualquier otra expresión en su rostro. Esta era otra de sus características. Nunca mostraba ninguna emoción, ni siquiera cuando mataba a un hombre o sostenía en brazos por primera vez a uno de sus innumerables hijos.

Alrededor del cuello llevaba un collar hecho de unas irregulares cuentas blancas que, vistas de cerca, resultaban ser dientes humanos con empastes de oro.

A Hakim le llevó quince minutos acercar el gran carguero al muelle, pero una vez lo logró, lo hizo a tal velocidad que las personas que estaban allí escaparon ribera arriba. Habría tardado más, pero Cabrillo se había hartado de los patéticos intentos del somalí y se ocupó él mismo de atracarlo. Desde la borda, los piratas arrojaron cabos a la multitud y el barco quedó amarrado al muelle. El espeso humo que había salido de la chimenea se redujo apenas a un hilo. Hakim hizo sonar la bocina, y la multitud redobló sus vítores. Envió a Aziz a buscar ayuda para colocar la escalerilla y permitir que Muhammad Didi pudiese ver por sí mismo lo que habían capturado.

En el centro de operaciones, Giuseppe Farina señaló la pantalla.

—Ahí está nuestro hombre, en el centro.

—¿Ese tipo con un plumero en la cara? —preguntó Max Hanley.

—Sí. No parece gran cosa, pero es un despiadado asesino. —Farina vestía el uniforme de combate del ejército italiano, y las botas negras relucían tanto que

parecían de charol. Era apuesto, con los ojos y el pelo oscuros, la piel morena y un rostro que parecía esculpido. Las arrugas que aparecían en la comisura de su boca y en la frente cuando reía se las había ganado gracias a su sentido del humor y a sus bromas. Cuando Juan, que trabajaba entonces en la CIA, había establecido contacto con un ruso en Roma, él y Seppe habían puesto la ciudad patas arriba en más de una ocasión.

—Solo para que nuestras órdenes queden bien claras, debemos esperar a que Didi esté a bordo del *Oregon*, ¿correcto? —preguntó Juan. Farina asintió, y Cabrillo añadió—: Y después ¿qué?

—Después lo capturas como quieras. Este navío lleva una bandera, y por lo tanto es propiedad soberana de... ¿Dónde está registrado este barco?

—En Irán.

—Bromeas.

—No —dijo Juan con una sonrisa—. ¿Se te ocurre otro país mejor para desviar las sospechas de que somos un barco espía estadounidense?

—No —admitió Giuseppe, que frunció el entrecejo—, pero eso podría provocar algunas reticencias en La Haya.

—Tranquilo, Seppe. También tenemos documentos donde el *Oregon* aparece en los registros de Panamá con el nombre de *Grandam Phoenix*.

—Un nombre curioso.

—Era el nombre de un barco que salía en un libro que leí años atrás. Me gustó. No tendrás ningún problema una vez que lleves a Didi ante el Tribunal Internacional.

—Esperemos que así sea. Desde el momento en el que ponga un pie en tu barco, ya no estará en Somalia. Por lo tanto, es un blanco legítimo.

—¿Cómo pensáis explicar en el tribunal que un coronel italiano estaba en un carguero secuestrado por un tipo por el que se ofrece una recompensa de medio millón de dólares y que tiene una acusación pendiente?

—No lo explicaremos —respondió Farina—. Nadie sabrá que has participado en esta operación. Llevo conmigo una droga que borrará sus recuerdos de las últimas veinticuatro horas. Se despertará con la peor resaca de su vida, pero no sufrirá ningún daño permanente. Hemos capturado un pesquero pasado el límite territorial de las doce millas de Somalia. Tú transferirás a Didi en aguas internacionales; luego, un crucero estadounidense que realiza tareas de interceptación, lo abordará y encontrará el premio. Algo fácil y sencillo, y sin ninguna rendición.

—Una locura —protestó Max.

—Director —dijo Mark Murphy para llamar la atención de Juan.

Murphy era el encargado de las defensas del barco. Desde su puesto junto al timón, podía disponer del impresionante arsenal instalado en el viejo carguero. Podía lanzar torpedos, misiles tierra-tierra y tierra-aire, disparar las numerosas ametralladoras calibre 30 ocultas a bordo además de los cañones Vulcan de 20 mm guiados por radar, el Orlikon de 40 mm y la gran pieza de artillería de 120 mm

emplazada en la proa.

Cabrillo miró más allá de Murphy y vio en la pantalla que habían bajado la escalerilla y que Muhammad Didi se acercaba a ellos.

—Pase usted a mi salita —le dijo la araña a la mosca.

*Bahiret El Bibane,
Túnez*

A Alana no le importaba la arena ni el terrible calor que llegaba desde el desierto en constantes oleadas. Lo que la incordiaban eran los tábanos. No importaba cuánta crema se untase en la piel o la frecuencia con la que controlara el mosquitero durante la noche, no parecía haber escapatoria de esos demonios alados. Después de casi dos meses en la excavación, no sabía dónde acababa una roncha y dónde empezaba la siguiente. Para su desesperación, los trabajadores nativos no parecían notar las picaduras de los insectos. A modo de pequeño consuelo, había intentado pensar en algunas incomodidades de su Arizona natal que estas personas no pudiesen soportar, pero no había encontrado nada peor que un atasco de tráfico.

Había once estadounidenses y casi cincuenta trabajadores en el yacimiento arqueológico, todos bajo el mando del profesor William Galt. Seis de los once eran doctores, como Alana Shepard. Los otros cinco aún cursaban el doctorado en la Universidad de Arizona. Los hombres superaban en número a las mujeres por ocho a tres, pero hasta el momento eso no había sido un problema.

A primera vista, estaban excavando un yacimiento romano situado un kilómetro tierra adentro de la costa mediterránea. Desde siempre se había creído que se trataba de una casa de veraneo de Claudio Sabino, el gobernador de la región, pero el conjunto de ruinas estaba resultando ser mucho más interesante. Había lo que parecía ser un gran templo totalmente desconocido hasta entonces. La teoría que corría entre los arqueólogos era que Sabino había sido el cabecilla de una secta, y, dada la época en la que había gobernado la región, quizá se había hecho cristiano.

El profesor Bill, como le gustaba a Galt que lo llamasen, no estaba muy de acuerdo con esa conjetura, pero no podía impedir que el grupo lo comentase en las horas de la comida.

Pero aquello no era más que una tapadera. Alana y su pequeño equipo estaban allí por un motivo completamente distinto. Si bien tenía un componente arqueológico, su misión no era descubrir el pasado sino salvar el futuro.

Hasta ahora, las cosas no habían ido bien. Tras siete semanas de búsqueda no habían encontrado nada, y comenzaban a pensar que los habían mandado a una misión sin sentido.

Recordó su entusiasmo por el proyecto cuando recibió la primera llamada de Christie Valero del Departamento de Estado, pero el desierto se había encargado de derretir cualquier entusiasmo hacía mucho tiempo.

Con una estatura de metro sesenta y cinco, a menudo tomaban a Alana Shepard

por una de sus estudiantes, aunque solo le faltaba un año para cumplir los cuarenta. Divorciada dos veces —el primer matrimonio había sido un gran error cometido cuando tenía dieciocho años, y el segundo un error todavía mayor cuando estaba a punto de cumplir los treinta— tenía un hijo, Josh, que se quedaba con su abuela cuando Alana hacía trabajo de campo.

Como para estar en el desierto era más cómodo llevar el cabello corto, se había cortado los rizos oscuros y se había dejado un flequillo; por atrás, el pelo apenas le cubría la nuca. No era hermosa, pero Alana era lo bastante bonita para que la consideraran una monada, un término que decía detestar pero que en el fondo le encantaba. Tenía dos doctorados por la Universidad de Arizona, uno en geología y otro en arqueología, lo que la hacía muy adecuada para el trabajo. Sin embargo, ninguno de los diplomas colgados en la pared de su despacho en Phoenix la ayudaría a encontrar algo que no estaba allí.

Ella y su equipo habían recorrido el lecho seco del río, kilómetros tierra adentro, sin encontrar la menor anomalía. El cañón de arenisca abierto por el río millones de años atrás llegaba a lo que una vez había sido una catarata sin presentar ninguna característica especial.

No era necesario buscar más allá del salto de agua. Cuando el río fluía, doscientos años atrás, la catarata habría sido un obstáculo insalvable.

El estrépito de una perforadora sacó a Alana de su ensimismamiento. La máquina estaba montada en la parte de atrás de una camioneta y en posición horizontal, para taladrar en la pared del acantilado. La broca de punta de diamante atravesaba la arenisca friable con toda facilidad. Mike Duncan, un geólogo de Texas que había trabajado en explotaciones petrolíferas, se ocupaba de los controles en una esquina del equipo. Perforaban los viejos deslizamientos de tierra para ver si ocultaban la entrada a algún tipo de cueva. Después de más de un centenar de perforaciones, no tenían nada aparte de media docena de brocas gastadas.

Observó el trabajo durante varios minutos, un tiempo que aprovechó para secarse el sudor que le corría por el cuello. Cuando llevaban perforados doce metros, Mike apagó el motor diésel. El ruido fue disminuyendo hasta que Alana escuchó de nuevo el soplar del viento.

—Nada —dijo Mike.

—Insisto en que deberíamos hacer algunos agujeros más en aquel deslizamiento que está kilómetro y medio corriente abajo —manifestó Greg Chaffee, el representante del gobierno.

Alana sospechaba que pertenecía a la CIA pero prefería no saber si estaba en lo cierto. Chaffee no tenía ninguna cualificación académica o profesional para estar con ellos, y, por lo general, nadie hacía caso de sus opiniones. Pero al menos cumplía con el trabajo que ella le asignaba y hablaba el árabe como un nativo.

Emile Bumford era el cuarto miembro del pequeño grupo. Bumford era un experto en el Imperio otomano, y se había especializado en los estados berberiscos.

Alana lo consideraba un patán insoportable y presumido. Se negaba a abandonar el campamento instalado cerca de las ruinas romanas, con la excusa de que sus conocimientos no eran necesarios hasta que encontrasen algo.

Era verdad, pero en Washington, en la reunión con la subsecretaría Valero, se había vanagloriado de tener una gran experiencia en el trabajo de campo, y había dicho que le «encantaba la sensación de la tierra debajo de las uñas». Pero hasta el momento, no había levantado ni una sola de sus perfectamente cuidadas uñas para otra cosa que no fuese arreglarse la chaqueta safari que vestía con mucha afectación.

—¿Otra de tus intuiciones? —preguntó Mike a Chaffee. Compartían el interés por las carreras de caballos y confiaban en su instinto para elegir a los posibles ganadores tanto como en la información que leían en las revistas especializadas.

—No hará ningún mal. —Chaffee se encogió de hombros.

—Pero tampoco ayudará —manifestó Alana en un tono más áspero de lo que habría deseado. Se puso en cuclillas a la sombra de la camioneta—. Lo siento, no pretendía que sonase como un reproche. Pero aquí los acantilados son muy altos y empinados. Sería imposible hacer bajar a los camellos para descargar una nave.

—¿Estamos seguros de que este es el lecho? —preguntó Mike—. No es habitual encontrar grandes cavernas en la arenisca. Es demasiado blanda. El techo se habría hundido antes de que la erosión la hiciera lo bastante grande para ocultar una embarcación.

Alana había pensado lo mismo. Tendrían que haber buscado piedra caliza, el material perfecto para las cavernas porque era lo bastante blanda para permitir el trabajo de la erosión y tenía la resistencia necesaria para aguantar milenios. El problema era que no habían encontrado otra cosa que arenisca y algunos afloramientos de basalto.

—La carta de Charles Stewart era muy clara respecto a la ubicación de la base secreta de al-Jama —les recordó—. No olvidéis que Henry Lafayette estuvo allí durante dos años, antes de que el viejo pirata muriera. Las imágenes del satélite muestran que este es el único cauce posible en un radio de ciento sesenta kilómetros de donde Lafayette dijo que vivían.

—Bueno, al menos está a este lado de la frontera de Libia —señaló Greg. El pelo rubio y la piel muy blanca lo hacían muy sensible al sol, así que llevaba manga larga y un gran sombrero de paja. Sus camisas siempre tenían manchas de sudor en el cuello y las axilas, y había que lavarlas cada noche—. A pesar de la próxima cumbre en Trípoli, no creo que al viejo Muammar al-Gadafi le guste tenernos cavando en su patio trasero.

—Mi padre trabajaba en los yacimientos petrolíferos libios antes de que Gadafi los nacionalizara —comentó Mike. Era más alto y musculoso que Greg; una vida de trabajo al aire libre lo había endurecido y las arrugas alrededor de sus ojos azules nunca desaparecían. Tenía las manos callosas como la corteza de un roble, y un costado de su boca se veía abultado por una bola de tabaco de mascar del tamaño de

una pelota de golf—. Me contó que los libios son las personas más encantadoras del mundo.

—La gente sí. El gobierno no tanto. —Alana bebió un sorbo de su cantimplora. El agua estaba caliente como la de una bañera—. Aunque sean los anfitriones de la conferencia de paz, la verdad es que no los veo cambiando de discurso. —Miró a Greg Chaffee y le preguntó con mucha intención—: ¿No es cierto que la CIA cree que una vez protegieron a Suleiman al-Jama, el terrorista que tomó su nombre del pirata que estamos buscando?

Greg no mordió el anzuelo.

—Por lo que he leído en los periódicos, al-Jama intentó entrar en el país pero no se lo permitieron.

—Hemos estado yendo y viniendo por este cauce durante semanas. Aquí no hay nada —manifestó Mike, irritado—. Esta misión es una pérdida de tiempo.

—Los tipos que saben de esto no opinan lo mismo —respondió Alana, pero con reservas.

Recordó su encuentro en Washington con Christie Valero. En el despacho de la subsecretaría había conocido a uno de los hombres más corpulentos que había visto nunca. Tenía el nombre inolvidable de St. Julien Perlmutter, y le recordaba a Sidney Greenstreet, con la diferencia de que el viejo actor siempre le había parecido siniestro; en cambio, Perlmutter era la quintaesencia del gordo jovial, con unos ojos de un azul brillante. Valero era una mujer rubia delgada y bonita, unos pocos años mayor que Alana. Las paredes del despacho estaban adornadas con fotografías de los lugares donde había estado destinada en sus veinte años de carrera, todos en Oriente Próximo.

Valero se levantó de la mesa cuando Alana entró en la habitación, pero Perlmutter no se movió del sofá y le estrechó la mano sentado.

—Gracias por aceptar la invitación de reunirse con nosotros —dijo Christie.

—No se recibe cada día una invitación para encontrarse con un subsecretario.

—En esta ciudad van a un dólar la docena. —Perlmutter soltó una carcajada—. Enciendes la luz en una fiesta y desaparecen como las cucarachas.

—Otro chiste como ese —le advirtió Christie— y haré que te borren de todas las listas de invitados a las cenas en las embajadas.

—Ése es un golpe bajo —se apresuró a decir Perlmutter, y de nuevo se rió—. Lo que se dice pegar por debajo de la cintura.

—Doctora Shepard...

—Alana, por favor.

—Alana, nos encontramos ante un desafío muy interesante y que parece hecho a medida para sus talentos. Hace unas pocas semanas, Julien encontró una carta escrita por el almirante Charles Stewart en 1820. Narra una historia un tanto increíble acerca de la supervivencia de un oficial perdido durante la guerra en la costa de Berbería en 1803. Se llamaba Henry Lafayette.

Christie Valero le hizo un rápido resumen de la participación de Lafayette en la quema del *Philadelphia* y cómo al parecer se le dio por desaparecido en el mar después del ataque al *Saqr*. A partir de ese punto, Perlmutter continuó con el relato.

—Lafayette y Suleiman al-Jama llegaron a la costa. Henry le extrajo la bala con los dedos y rellenó la herida con la sal que rascó de las piedras. El capitán pirata deliró durante tres días, pero luego la fiebre bajó y sanó del todo. Por fortuna para ellos, Henry había conseguido almacenar agua de lluvia para beber, y también se las apañó para buscar comida a lo largo de la costa. Hay algo que debe tener muy claro: al-Jama no se dedicaba a la piratería por el botín. Lo hacía impulsado por su odio a los infieles. Ese hombre era el Osama bin Laden de su tiempo.

—¿Suleiman al-Jama tomó prestado su nombre? —Alana se refería al terrorista moderno.

—Así es.

—No tenía ni idea de que su nombre tuviese un antecedente histórico.

—Lo escogió cuidadosamente. Para muchos de los radicales islamistas, el al-Jama original es un héroe y un guía espiritual. Antes de dedicarse a la piratería era un imán. Muchos de sus escritos han llegado hasta nuestros días y se analizan a fondo porque dan muchas justificaciones para atacar a los no creyentes.

—Existe un retrato suyo pintado antes de su primer viaje por mar —manifestó la subsecretaría Valero—. Solemos encontrar retratos suyos en lugares de honor cada vez que descubrimos un refugio terrorista. Es la inspiración para los terroristas de todo el mundo musulmán. Para ellos, es el primer yihadista, el primero en llevar el combate a Occidente.

Alana estaba confundida.

—Lo siento, pero ¿qué tiene todo esto que ver conmigo? Yo soy arqueóloga.

—Ahora llego a esa parte —respondió Perlmutter. Se escuchó un gruñido de su estómago y se lo palmeó con afecto—. Seré muy breve.

—Lafayette y al-Jama no serían más diferentes si uno de ellos hubiese provenido de Marte. Pero compartían un extraño vínculo. Henry le había salvado la vida a Suleiman no una sino dos veces. La primera cuando lo llevó a la costa, y la segunda cuando le curó la herida de bala. Era una deuda que el musulmán no podía pasar por alto. Además, Henry, que era francocanadiense, se parecía mucho al hijo de al-Jama muerto hacía tiempo.

»Estaban perdidos en el desierto, a por lo menos ciento sesenta kilómetros de Trípoli. Suleiman sabía que si llevaba a Henry allí, el sultán lo encerraría con la tripulación del *Philadelphia* o, todavía peor, lo juzgaría por el incendio de la nave y lo mandaría ejecutar.

»Sin embargo, había una alternativa. Aparte de utilizar la bahía de Trípoli como base, al-Jama tenía otro escondrijo secreto en el desierto, muy lejos al oeste. Desde allí lanzaba muchos de sus ataques, ya que le permitía evitar los bloqueos navales. Estaba convencido de que su barco podría derrotar al *Siren* y que sus hombres se

reunirían con él en su guarida.

Perlmutter, que era un narrador innato, puso un énfasis especial en la última palabra para aumentar la tensión.

—Así que se dirigieron al oeste, siguiendo la costa cuando podían, pero muchas veces se vieron obligados a marchar tierra adentro. Henry nunca supo cuántos días tardaron. Cuatro semanas sería un cálculo aproximado; tuvo que ser un verdadero infierno. El agua siempre escaseaba y en más de una ocasión creyeron que morirían de sed. «Agua, agua, por todas partes/ni una gota para beber». Coleridge lo expresó muy bien. Se salvaron gracias al agua de algún chubasco y al líquido de las almejas que encontraban.

»Entonces ocurrió algo curioso. Los dos hombres comenzaron a hacerse amigos. Al-Jama hablaba algo de inglés, y como Henry era bilingüe no le costó demasiado aprender el árabe. No puedo imaginar de qué discutieron, pero sé que hablaron mucho. Cuando por fin llegaron a la base, al-Jama no mantenía a Henry vivo por obligación, quería de verdad al joven. Más tarde, llamaría “hijo” a Henry, y el joven se referiría a él como “padre”.

»En la base secreta encontraron el *Saqr*, pero los hombres, que habían creído que su capitán había muerto, habían vuelto a sus hogares en la costa berberisca. En su informe al Ministerio de Marina, Charles Stewart afirmaba que el *Saqr* se había incendiado y que se había hundido tras la batalla, pero es obvio que se salvó.

»Según el relato de Henry, la base estaba bien provista; incluso había un viejo sirviente para atender sus necesidades. Cada pocos meses llegaba una caravana para cambiar comida por algo del botín que al-Jama había acumulado, aunque les hizo prometer que no dirían a sus hombres que estaba vivo.

—¿Botín? —preguntó Alana.

—Las palabras exactas de Henry fueron «una montaña de oro» —respondió Perlmutter—. También existe la creencia de que al-Jama tenía en su poder la Joya de Jerusalén.

Alana miró a la subsecretaría Valero.

—¿Quiere enviarme a buscar un tesoro?

—Por decirlo de alguna manera —dijo Valero—, pero no estamos interesados en el oro o en una joya mítica. ¿Sabe qué son las *fatwas*?

—¿No es algo así como una proclama para los musulmanes? Hubo una en la que se ordenaba matar a Salman Rushdie por escribir *Los Versos Satánicos*.

—Así es. Según quien la pronuncie, tiene una enorme influencia en el mundo musulmán. El ayatolá Jomeini emitió una durante la guerra de Irán contra Irak, en la que se daba permiso a los soldados para que se inmolasen en ataques suicidas. Debe tener presente que el suicidio está específicamente prohibido en el Corán, pero las fuerzas de Jomeini estaban siendo derrotadas por las de Sadam y estaba desesperado. Por lo tanto, dijo que no pasaba nada si te inmolabas y de ese modo te llevabas a enemigos contigo. Su estrategia funcionó; quizá demasiado bien, desde nuestra

perspectiva. Los iraníes rechazaron al ejército iraquí y consiguieron un alto el fuego, pero la *fatwa* permaneció en vigor, y todavía se utiliza como una justificación de los atentados suicidas desde Indonesia a Israel. Si de alguna manera se pudiese dar una réplica con las palabras de otro hombre muy respetado, quizá se reducirían los ataques suicidas en todo el mundo.

Alana comenzaba a entender.

—¿Suleiman al-Jama?

Perlmutter se inclinó hacia delante y el sofá crujió con el movimiento.

—Según Henry le dijo a Charles Stewart a su regreso a Estados Unidos, al-Jama había cambiado absolutamente su posición inicial respecto a los cristianos. Nunca había hablado con ninguno hasta que Lafayette lo rescató. Henry le leyó fragmentos de la Biblia que llevaba, y al-Jama comenzó a fijarse en las similitudes entre las dos religiones en lugar de en las diferencias. En los dos años que transcurrieron antes de su muerte en el escondite, estudió el Corán a fondo y escribió sobre cómo la cristiandad y el islam debían coexistir en paz. Por eso creo que quería ocultar a sus marineros que había sobrevivido, ya que estos querían volver a los ataques y él no.

—Si esos documentos existen —intervino Christie Valero—, podrían ser una herramienta muy poderosa en la guerra contra los terroristas, porque destruirían la base intelectual de muchos de los terroristas más fanáticos. Los asesinos que siguen ciegamente los primeros edictos de al-Jama de matar a cristianos se verían obligados por respeto a por lo menos considerar lo que el viejo pirata había escrito hacia el final de su vida.

»No sé si sabe que dentro de dos meses se celebrará en Trípoli una conferencia de paz. Será la mayor reunión de este tipo celebrada en la historia, y quizá nuestra mejor oportunidad para acabar con los ataques definitivamente. Todas las partes hablan de hacer importantes concesiones y los países productores de petróleo están dispuestos a dedicar sumas multimillonarias en ayudas económicas. Me encantaría que la secretaria de Estado tuviese la oportunidad de leer algo que al-Jama escribió sobre la reconciliación. Creo que eso inclinaría la balanza a favor de la paz.

Alana hizo un gesto.

—¿Eso no sería, no sé, un tanto simbólico?

—Claro que sí —respondió St. Julien—. Pero gran parte de la diplomacia es simbólica. Todos quieren la reconciliación. Si pudieran escucharse las palabras de un reverenciado imán, una poderosa inspiración a la violencia que cambió de opinión, sería un gran golpe diplomático y lo que necesitan estas conversaciones para ser un éxito.

Alana recordó el entusiasmo que había sentido después de su reunión con Valero y Perlmutter, al pensar en la posibilidad de colaborar en la estabilidad de Oriente Próximo, pero después de semanas de buscar en vano la base secreta de al-Jama ya solo sentía cansancio, calor y suciedad. Se levantó. El descanso había terminado.

—Vamos, muchachos. Nos queda poco más de una hora antes de tener que

regresar a las ruinas romanas y presentarnos al supervisor de la excavación. —Como parte del acuerdo para unirse a la otra expedición, Alana y el equipo debían volver al campamento cada noche. Era una molestia, pero las autoridades tunecinas habían insistido en que nadie pasara la noche solo en el desierto—. Podríamos aprovechar para verificar si la intuición de Greg acierta con el lugar del descubrimiento, porque de momento la geología no nos dice nada.

El plan de Cabrillo para capturar a Muhammad Didi era sencillo. En cuanto él y su comitiva entrasen en la superestructura, los equipos armados los rodearían con una fuerza abrumadora. La sorpresa bastaría para asegurar que la captura fuera fácil y sin problemas. Una vez que lo tuviesen, se alejarían del muelle y regresarían a mar abierto. Ninguno de los pesqueros tenía posibilidades de alcanzar al carguero camuflado, y Juan no había visto nada que indicara que los piratas tuviesen un helicóptero.

Era tanta su confianza que ni siquiera tenía la intención de participar. Eddie Seng, que había fingido ser el capitán Kwan, dirigiría el equipo. Eddie era otro veterano de la CIA, como Cabrillo, y uno de los mejores combatientes del *Oregon*. Lo acompañaría, como siempre, Franklin Lincoln. El gigantesco ex SEAL estaba en cubierta cuando los piratas subieron a bordo, y lo habían tomado por africano. Linc había nacido en Detroit y era el hombre más tranquilo que Cabrillo había conocido.

Pero mientras Cabrillo miraba la pantalla, vio que sus planes se iban al garete.

La cámara montada en lo más alto de una de las grúas mostraba una visión panorámica del muelle. Momentos antes de que Didi subiese por la pasarela, hizo una pausa, habló unos momentos con sus seguidores y se apartó. Docenas de somalíes subieron en tropel por la pasarela, gritando y saltando como posesos.

—¡Director! —gritó Mark Murphy al ver que la multitud invadía el barco.

—Ya lo veo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Giuseppe Farina.

—Dame un segundo. —Juan no podía apartar los ojos de la pantalla. Pulsó el interruptor del micrófono en el brazo del sillón—. Eddie, ¿me copias?

—Lo estoy viendo en un monitor aquí abajo. Por lo que parece, el plan A queda descartado. ¿Qué propones?

—Permanece fuera de la vista hasta que se me ocurra algo.

Muhammad Didi se decidió por fin a subir por la pasarela, pero ya había al menos un centenar de nativos a bordo del viejo barco y muchos más seguían a su líder.

Juan fue descartando opciones. El *Oregon* y su tripulación disponían de suficiente potencia de fuego para matar a todos los somalíes, pero era una posibilidad que ni siquiera consideró. La corporación era una empresa mercenaria que se dedicaba a la seguridad y a la vigilancia por dinero, pero había unos límites que no estaban dispuestos a cruzar. Matar indiscriminadamente a civiles era algo que jamás se perdonaría. Acabar con los tipos armados con los AK-47 no le pesaría mucho en la conciencia, pero había mujeres y niños entre la multitud.

Eric Stone entró a toda prisa en el centro de operaciones por la puerta del fondo.

Aún vestía como Duane Maryweather.

—Siento llegar tarde. Al parecer tenemos más invitados de la cuenta.

Ocupó su asiento en el puesto del navegante y chocó los nudillos con Murphy. Eran grandes amigos. Stone nunca había superado ser un tímido empollón de instituto, a pesar de haber pasado cuatro años en Annapolis y haber servido seis en la Marina. Vestía casi siempre pantalón y camisa, y utilizaba gafas en lugar de lentes de contacto.

Murphy, por el contrario, prefería el estilo de surfista punk, aunque no acababa de conseguirlo del todo. Era un auténtico genio. Había sido diseñador de armamento para el ejército, donde había conocido a Eric. Ambos rondaban los treinta. Mark solía vestir de negro, y llevaba el pelo desgredado. Desde hacía dos meses intentaba dejarse la barba, pero no se podía decir que hubiera conseguido su propósito.

Aunque eran polos opuestos en muchos sentidos, funcionaban como uno de los mejores equipos del barco y solían adelantarse a las órdenes de Cabrillo como si fuesen capaces de leerle el pensamiento.

—Preparad... —comenzó Cabrillo.

—... los cañones de agua —acabó Murphy—. Ya está.

—No los pongáis en marcha hasta que dé la orden.

—De acuerdo.

Juan miró a Linda Ross. Era la vicepresidenta de operaciones de la corporación. Linda, también miembro de la Marina, había estado a bordo de un crucero de la clase Aegis y había servido como ayudante en la Junta de Jefes de Estado Mayor, con lo cual estaba muy capacitada para el combate naval y los trabajos de despacho. Tenía un rostro de elfo, con brillantes ojos almendrados y pecas en las mejillas y la nariz. Sus cabellos, que cambiaban de color frecuentemente, ahora eran de un color rubio bermejo y cortado en un estilo que ella llamaba «pijo». Su voz aguda, casi de niña, resultaba incongruente cuando daba órdenes de combate. Pero era tan buena oficial como cualquiera de sus compañeros varones.

—Linda —dijo Cabrillo—, quiero que vigiles a Didi. No lo pierdas por las cámaras internas, yavísame en cuanto entre en la bodega.

—Hecho.

—Seppe, ¿has comprobado que Didi haya subido a bordo de este barco por su voluntad?

—Es todo tuyo.

Juan pulsó de nuevo el interruptor del micro.

—Eddie, Linc, bajad ahora mismo al taller de magia.

Juan guardó en el bolsillo un radiotransmisor y se colocó los auriculares para mantenerse en la red de comunicaciones. Cuando ya salía a toda prisa del centro de operaciones, pidió por encima del hombro a Hali Kasim que llamase a Kevin Nixon, el jefe del taller de magia. Cabrillo, que prefirió bajar por la escalerilla de teca en lugar de esperar uno de los ascensores, comunicó al antiguo maquillador de

Hollywood lo que tenía en mente. Después, llamó a Max Hanley y le dio sus órdenes. Max protestó al enterarse de las intenciones de Juan, porque significarían un quebradero de cabeza para los mecánicos encargados del mantenimiento, aunque admitió que era una buena idea.

Cabrillo llegó al taller de magia pisando los talones a Eddie y a Linc. El taller parecía una mezcla entre un salón de belleza y un almacén de utillaje teatral. Había una mesa de maquillaje con un espejo en uno de los mamparos; el resto del espacio lo ocupaban percheros, equipos de efectos especiales y todo tipo de decorados.

Los dos mastines, como los llamaba Max, vestían uniformes de combate negros festoneados, con bolsillos para la munición, puñales de combate y otros pertrechos. Iban armados con fusiles de asalto Barrett REC7, un posible sucesor de las armas derivadas del M16.

—Dejad la artillería —ordenó Cabrillo en tono brusco.

Kevin entró en el taller de magia por una de las puertas que comunicaban con los enormes almacenes donde guardaba los disfraces. En los brazos llevaba varias *dishdashas*, una prenda larga como un camisón que era la vestimenta habitual en esta parte del mundo. El algodón, en otro tiempo blanco, había sido tratado para que tuviese la apariencia de viejo y gastado. Dio una a cada hombre, y se las pusieron por encima de los uniformes. Linc parecía embutido como una salchicha, pero la camisa le cubría todo menos las botas de combate.

Nixon también les dio unos turbantes, y mientras ellos procedían a enrollarlos alrededor de sus cráneos, maquilló a Eddie y a Juan para oscurecerles la piel. Kevin, un perfeccionista, detestaba el trabajo chapucero, pero Cabrillo era incapaz de disimular su impaciencia.

—No tiene que ser perfecto —protestó Juan—. Las personas ven lo que quieren ver. Esa es la primera regla del disfraz.

La voz de Linda sonó en el auricular de Juan.

—Didi está a unos dos minutos de la bodega principal.

—Demasiado pronto. No estamos preparados. ¿Hay alguien en el puente?

—Un par de chicos están jugando con el timón.

—Pon en marcha la sirena de niebla y transmítela a la bodega por los altavoces.

—¿Por qué?

—Confía en mí —fue la respuesta de Juan.

La sirena atronó todo el manglar. Los pájaros, aterrados, remontaron el vuelo y los perros que vagaban por el campamento corrieron a esconderse con la cola entre las patas. En el pasillo por el que Muhammad Didi y sus acompañantes caminaban hacia el botín, el sonido atacó todos sus sentidos. Taparse los oídos con las manos apenas les sirvió para mitigar el efecto.

—Buena jugada —dijo Linda al director—. Didi se ha detenido para enviar a uno de sus hombres al puente. Esos chicos se llevarán una buena reprimenda cuando llegue allí.

—¿Qué está pasando en los otros lugares?

—La sirena no ha impedido que la gente continúe con el saqueo. Veo a dos mujeres que cargan con el colchón del camarote del capitán. Otra pareja se lleva aquellos espantosos cuadros de payasos. Y no me preguntes por qué, pero hay un tipo que intenta llevarse el inodoro.

—También conocido con el nombre de trono —apuntó Juan.

Kevin acabó con el maquillaje justo cuando el lugarteniente de Didi llegaba al puente y daba un sopapo a cada uno de los chicos.

Linda desconectó la sirena cuando el pirata tendió la mano hacia los controles, aunque miró el panel con expresión intrigada porque no había llegado a pulsar ningún botón. Se encogió de hombros y se apresuró a volver con el señor de la guerra.

Un armero había entrado en el taller de magia para entregar tres Kalashnikov AK-47. Las armas parecían tan usadas como las que llevaban los piratas, pero como todo lo demás en el *Oregon* era un engaño. Los fusiles estaban en perfecto estado. También les dio unas máscaras de filtro que guardaron en los bolsillos de las *dishdashas*.

—Nos has traído aquí abajo —dijo Linc—, y has hecho que nos vistamos como un par de nativos, pero todavía no sé cuál es el plan.

—No podemos acercarnos a Didi como unos ninjas con tantos piratas armados a bordo. Necesitamos acercarnos a él sin provocar alarma.

—Por consiguiente, toca ir de paisano —resumió Eddie.

—Con todo este bullicio —explicó Juan—, nos confundiremos con ellos y esperaremos nuestro momento.

—Si Didi decide abrir los bidones de nitrato de amonio y descubre que están llenos de agua de mar, se olerá una trampa y saldrá pitando del *Oregon*.

—¿Por qué crees que me doy tanta prisa, grandullón? Kevin...

Nixon dio un paso atrás y observó su trabajo. Buscó en un cajón y dio a Juan y a Eddie unas gafas de aviador. El tono de la piel era el correcto, aunque sin los rellenos de látex poco podía hacer con sus facciones. De haber tenido tiempo, los habría convertido a ambos en gemelos de Didi, pero tras añadir las gafas se dio por satisfecho. Asintió e iba a anunciar que había terminado, pero Juan ya salía acompañado por los otros.

—Linda, ¿dónde está Didi ahora? —preguntó Cabrillo por la radio.

—Están delante mismo de la bodega. Hay unos doce hombres con él. Todos ellos van armados hasta los dientes. Y ya que hablamos de dientes, el cabecilla de los piratas, Hakim, sonrío de oreja a oreja.

—No lo dudo —dijo Juan—. Pero pronto dejará de hacerlo.

Llevó a Linc y a Eddie hacia una puerta sin rótulo en uno de los elegantes pasillos del *Oregon*. Abrió una mirilla que daba a un espejo de doble sentido, y cuando vio que la habitación al otro lado estaba a oscuras abrió la puerta y los tres hombres entraron. Juan encendió la luz tirando del cordoncillo de la lámpara y vieron un

armario donde había cubos, fregonas y estanterías con productos de limpieza. Era uno de los muchos pasadizos secretos entre las dos secciones del barco.

Hasta que Juan apoyó la mano en el pomo para abrir la puerta de acceso a la parte pública del *Oregon* no pensó en que estaba entrando en una posible situación de combate. Una descarga de adrenalina recorrió sus venas. Los viejos sentimientos estaban allí —el miedo, la ansiedad, y también cierta euforia— pero cuantas más veces se enfrentaba al peligro, más tardaba en reprimirlos y vaciar su mente de cualquier distracción.

Este era uno de esos momentos que ninguno de los miembros de la corporación solía mencionar o admitir. Podía imaginar la sorpresa de Linc y Eddie si se volvía hacia ellos y les preguntaba si tenían tanto miedo como él. Esto era esencial en cualquier buen soldado: la capacidad de admitir su miedo y tener la disciplina necesaria para canalizarlo en algo útil durante el combate.

Juan no se detuvo. Abrió la puerta y entró en la zona pública. Dos mujeres somalíes pasaron a toda prisa cargadas con una alfombra enrollada que habían cogido en uno de los camarotes. Ni siquiera se fijaron en el grupo de Cabrillo.

Los tres hombres se apresuraron a ir a popa, hasta una escalerilla que los llevaría hacia las profundidades del barco. Había un guardia armado apostado al pie de la escalerilla. Cuando Juan intentó pasar lo sujetó por el brazo y dijo en somalí algo que Cabrillo no comprendió.

—Necesito hablar con el jefe Didi —respondió Juan en árabe, con la esperanza de que el hombre conociera el idioma.

—No. No se le puede molestar —afirmó el guardia en tono altanero.

—Como quieras —murmuró Juan en inglés, y le atizó un puñetazo que levantó del suelo al delgado somalí.

Cabrillo sacudió la mano mientras Linc y Eddie ocultaban al guardia debajo de los peldaños de acero.

—Asegurémonos de que no nos olvidamos de este tipo cuando todo termine —dijo Juan y emprendió la marcha hacia la bodega. Según había dicho Linda Ross, Muhammad Didi llevaba allí tres minutos y aún continuaba inspeccionando las camionetas.

—¿De qué humor está?

—Como un crío en una tienda de golosinas.

—Muy bien. Creo que ya es la hora. Dile a Max que ponga en marcha las bombas de humo y que prepare los cañones de agua. Recuérdalo, quiero que la gente se marche, no que continúe subiendo a bordo para llevarse lo que sea.

—Comprendido.

Quizá la característica oculta más importante del *Oregon* era que no lo propulsaban los tradicionales motores de barco. Utilizaba un principio llamado magnetohidrodinámica. Los imanes enfriados por el helio líquido liberaban los electrones del agua de mar, con lo que proporcionaban al barco un suministro de

electricidad casi ilimitado. La electricidad se utilizaba para poner en marcha cuatro turbinas de reacción que lanzaban agua a través de pares de boquillas direccionales colocadas en el casco. El revolucionario sistema de propulsión podía mover sus once mil toneladas sobre las olas a una velocidad inimaginable. Para mantener la ilusión de que era un cascajo, disponía de unos generadores que lanzaban humo por la chimenea, para simular unos motores en mal estado.

Este humo era el que Max estaba ahora enviando por el sistema de ventilación a los sectores del barco que los piratas somalíes creían tener controlado.

Al acercarse a la puerta abierta de la bodega número tres, Juan vio la nube negra que comenzaba a salir por las rejillas de ventilación colocadas en el techo. No tardarían más de quince minutos en llenar todo el barco con aquel apestoso humo. Escucharon el rumor de las voces en la bodega.

—¿Preparados? —preguntó Juan.

Linc y Eddie asintieron y los tres entraron corriendo en la bodega.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritó Cabrillo a voz en cuello.

Didi y su comitiva de doce hombres los miraron desde donde estaban examinando los detalles de una de las camionetas.

—¿Qué ocurre?

—Hay fuego. Humo —respondió Juan, a sabiendas de que su árabe con acento saudí debía de sonarle extraño al somalí—. Llega de todas partes.

Didi miró los bidones de nitrato de amonio. Juan no estaba seguro de si pensaba llevárselos antes de que las llamas envolviesen el barco o si le preocupaba que detonaran. Ya empezaban a oler el humo en la bodega sin ventilación; una nube flotaba cerca de la entrada. Juan miró a Hakim. El pirata intuyó que lo observaban y devolvió la mirada. No tenía ni idea de qué pasaba detrás de las gafas de sol de Cabrillo, pero habría desenfundado la pistola y disparado de haber sabido el odio que Juan sentía por los piratas.

La voz de Linda sonó en los auriculares ocultos debajo del turbante.

—Te hago saber que las mujeres y los niños van hacia la escalerilla, pero la mayoría de los soldados no parecen preocupados.

—¿Tú has visto las llamas? —preguntó Muhammad Didi.

—No, señor.

Una mirada de desconfianza pasó momentáneamente por los ojos del señor de la guerra.

—No te conozco, ¿cómo te llamas?

—Faruk, señor.

—¿De dónde eres?

Juan no podía creerlo. Había un incendio en el barco, Didi había visto el humo y sin embargo quería conocer la historia de su vida.

—Señor, no hay tiempo.

—Está bien. Vayamos a ver por qué estás tan asustado. Es probable que a alguien

se le haya quemado la comida en la cocina.

Juan hizo un gesto a Eddie para que los precediese por el pasillo hacia la escalerilla. Didi caminaba a paso lento, siempre en medio del grupo, a pesar de que Juan lo urgía a darse prisa. Eddie miró atrás antes de cruzar el escalón de la compuerta. Cabrillo asintió.

En el instante en el que Muhammad Didi, precedido por Juan y Linc, cruzó el umbral, un panel de acero oculto en el techo bajó impulsado por un mecanismo hidráulico. Ocurrió tan rápido que los hombres atrapados al otro lado no tuvieron tiempo de reaccionar. El camino que había estado abierto hasta hacía unos segundos, ahora estaba cerrado por una barrera de metal que les impedía abandonar el pasillo.

La puerta trampa había dividido por la mitad el número de guardias, pero seguían siendo demasiados para reducirlos en un espacio tan pequeño.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Didi sin dirigirse a nadie en particular.

Hakim recordó la descabellada historia de Malik y Aziz acerca del comedor vacío. Miró en derredor con un temor supersticioso. Algo no iba bien en ese barco, y sus ansias de marcharse no tenían nada que ver con el supuesto incendio.

Dos piratas intentaron sin éxito levantar la plancha de acero, mientras sus camaradas la aporreaban desde el otro lado. El humo era cada vez más espeso.

—Déjalos —gritó Didi, que también comenzaba a creer que las cosas no eran lo que parecían.

Encabezó la marcha escalerillas arriba sin advertir que el centinela que había colocado allí ya no estaba. Lo que había empezado como un paso rápido se convirtió en un trote y luego en una carrera desesperada.

«Este tipo tiene el instinto de una rata», pensó Juan. Aminoró el paso para poder hablar con el centro de operaciones sin llamar la atención.

—Linda, ¿nos sigues?

—Te tengo.

—No puedo pillar a Didi con todos estos guardias. Cuando llegemos a cubierta quiero que nos empapes. ¿Entendido?

—Entendido.

Subieron más allá del pasillo en el que se encontraba la puerta secreta más cercana y salieron a la cubierta principal junto a la pasarela. En el momento en el que pusieron un pie fuera de la superestructura y quedaron expuestos al sol ardiente, el potente chorro de agua de uno de los cañones golpeó a Didi en el pecho. El impacto lo lanzó contra sus hombres, y derribó a tres de ellos. Linc rodeó con sus grandes brazos a dos que habían conseguido mantenerse de pie y les chocó las cabezas con un ruido sordo. De haber querido, podría haberles partido el cráneo, pero se dio por satisfecho cuando se desplomaron en la cubierta.

Hakim no hizo caso del torrente que mojaba sus pies y miró a Juan, incrédulo. El chorro de agua de mar se había llevado el maquillaje de su rostro y había arrancado las gafas de sol para dejar a la vista sus penetrantes ojos azules. Su grito de alarma se

escuchó por encima de los chillidos de las mujeres empapadas. Ya estaba levantando el AK desde la cadera cuando Juan lo embistió con el hombro y lo lanzó contra la borda. El impacto fue suficiente para que el dedo del pirata apretase el gatillo.

Una ráfaga escapó del arma. Por fortuna, los proyectiles pasaron por encima de las cabezas de las mujeres y los niños sin herir a nadie, pero convirtió lo que hasta entonces había sido una salida ordenada en una estampida que llamó la atención de los otros hombres armados.

Juan descargó su ira en el somalí soltándole un tremendo codazo en el estómago. El Kalashnikov cayó en la cubierta. Mientras el pirata, con los ojos desorbitados, boqueaba como un pez fuera del agua, Cabrillo volvió a golpearlo esta vez en la barbilla y lo lanzó por encima de la borda. Juan se asomó y vio que Hakim había tenido la mala suerte de no caer en la angosta franja de agua que separaba el barco del muelle, sino en la popa del pesquero que había utilizado en el ataque al *Oregon*. El ángulo que formaba el cuello de Hakim le indicó que se lo había partido; el pirata estaba muerto.

Juan no podía estar más complacido.

Se abrió paso entre la multitud de somalíes aterrorizados. El agua continuaba saliendo del cañón de incendios, rociando el barco como si estuviese atravesando un ciclón. Nadie pareció fijarse en su piel blanca hasta que un niño de unos seis años cargado con una pila de sábanas y toallas lo vio y abrió la boca dispuesto a gritar un aviso. Juan le pellizcó el brazo con la esperanza de conseguir que el niño se echase a llorar, como ya hacían otras docenas de niños que intentaban dejar el barco con sus madres. En cambio, el chiquillo se tiró sobre la cubierta y se abrazó a la pierna de Juan. Cabrillo intentó zafarse, pero el chico se aferraba con la tenacidad de una sanguijuela. Entonces, el chico cometió el error de morder la pantorrilla de Juan. Como nunca había visto ni oído hablar de un dentista, lo único que consiguió al morder con todas sus fuerzas fue perder cuatro dientes de leche. Comenzó a llorar a lágrima viva mientras la sangre goteaba de sus labios hinchados.

Cabrillo se libró del chico y se reunió con sus camaradas.

—Adelante, muchachos.

Muhammad Didi ya casi se había levantado. El agua, que le había arrancado la camisa dejando a la vista un pecho lleno de cicatrices de metralla, le chorreaba de la barba. Con el aspecto de una rata a punto de ahogarse, estaba más decidido que nunca a escapar del *Oregon*. Se lanzó hacia delante pero fue a chocar contra el proverbial objeto inamovible.

Franklin Lincoln se irguió delante del señor de la guerra somalí.

—No tan rápido, amigo —dijo el gigante, y sujetó a Didi por el brazo al mismo tiempo que le arrebató la pistola de la funda.

—¡Ayudadme! —gritó Didi a sus hombres.

El poderoso chorro de agua y las salpicaduras que levantaba al golpear la cubierta hacían imposible ver qué ocurría a tres metros de distancia, pero el grito movilizó a

los hombres de Didi. Avanzaron, protegiéndose los ojos de la espuma, con los fusiles en la mano y los dedos a punto de presionar los gatillos para disparar una cortina de fuego.

—¡Vámonos! —Juan ayudó a arrastrar a Didi al interior de la superestructura, mientras Eddie les cubría la retaguardia.

Los piratas se abrieron paso entre el chorro de agua, pero en cuanto sus ojos se acomodaron a la penumbra interior, comprendieron que su líder estaba en apuros. Uno de ellos efectuó seis disparos, sin preocuparse del peligro que significaba para Didi.

Juan sintió el calor de las balas rozándole el cuello antes de que impactasen en el techo y rebotasen en el pasillo. Eddie, que corría de espaldas abatió al pistolero con dos disparos de su AK; luego puso el selector en automático y disparó una larga ráfaga. Los tres piratas restantes se lanzaron cuerpo a tierra, con lo que dieron tiempo al equipo para que desapareciera por una esquina.

Juan iba en cabeza, atento a las palabras de Linda que le informaba de las posiciones de los otros piratas que continuaban a bordo. Se detuvo en una esquina cuando ella le advirtió que había un somalí armado a unos pocos pasos por delante. Asomó la cabeza y al ver que el hombre le daba la espalda, le descargó un culatazo en la nuca.

Ya fuese porque había calculado mal o porque el pirata tenía el cráneo más duro del mundo, el hombre se volvió para enfrentarse con Juan y respondió al ataque clavándole el cañón del arma en el estómago. Su intención era apartarlo para poder dispararle.

Juan descargó un puntapié con el pie izquierdo cuando el arma giró hacia él, y luego sujetó el cañón contra la pared. El pirata intentó liberarlo pero no pudo. Cabrillo, utilizando el AK como un bate de béisbol, golpeó al pirata en la cabeza una segunda vez. El golpe le abrió un corte en la mejilla y lo hizo caer rodando por el suelo.

El siguiente aviso de Linda llegó justo en el instante en el que Juan escrutaba el pasillo. Otros dos piratas salieron del comedor disparando sus armas. Juan recibió un balazo por encima del tobillo derecho y el impacto hizo que se tambaleara. Estaba a punto de caer, pero Eddie alcanzó a sujetarlo de un brazo y lo arrastró rodeando la esquina.

—¿Estás bien? —preguntó Seng.

Juan flexionó la rodilla.

—La pata de palo parece estar bien.

Debajo de la rodilla, Juan Cabrillo llevaba una prótesis porque había perdido la pantorrilla al recibir el impacto de un obús disparado por un destructor chino durante una misión para la NUMA. Era la misma con la que el niño en cubierta se había roto los dientes.

Cabrillo se acomodó los auriculares y el micro, que se le habían soltado.

—Dime, Linda.

—Los dos que acaban de disparar se están poniendo a cubierto tras la puerta del comedor y tienes a otra media docena que llegan por detrás.

—Eddie, vigila nuestras espaldas.

Juan corrió por el pasillo hasta uno de los camarotes. Los somalíes no habían tenido tiempo de forzar la puerta, así que se había salvado del saqueo. La abrió con la llave maestra. Se suponía que ese camarote era el del jefe de máquinas y, por lo tanto, algo más pequeño que el del capitán, que Eddie había ocupado antes. El mobiliario era barato para mantener el engaño de que el *Oregon* no era más que un cascajo, y la decoración consistía en carteles de corridas de toros españolas y modelos de barcos en botellas. Fue al lavabo. Encima de la pila había un espejo pegado al mamparo. Rompió el espejo con un golpe del cañón de su fusil. Cogió un trozo del tamaño de un naipe y salió corriendo del camarote.

Volvió a la esquina y asomó el trozo de espejo por el pasillo para ver a los dos pistoleros. Estaban apostados en la puerta del comedor tal como le había dicho Linda; uno agachado y el otro de pie. Ambos apuntaban sus armas a la esquina, pero en la penumbra no veían el espejo.

Con la misma lentitud de una cobra que acecha a su presa, Cabrillo fue asomando el cañón del fusil de asalto por la esquina de tal forma que solo se viera un trocito.

Algunos llaman sexto sentido a la capacidad del cuerpo para saber su posición con respecto al entorno, su orientación en el espacio. El sexto sentido de Cabrillo estaba tan afinado que incluso mirando por el espejo, agachado en el suelo y con seis terroristas que lo apuntaban, intuyó el ángulo preciso que debía levantar el cañón del Kalashnikov. Alzó la mira medio centímetro y disparó.

Los proyectiles golpearon en el mamparo junto a la entrada y rebotaron con la fuerza suficiente para impactar en la puerta y estrellarla contra los cañones de las armas de los piratas. En el mismo momento en el que la puerta comenzaba a cerrarse, Cabrillo avanzó disparando para protegerse. Los piratas no hicieron ningún intento de utilizar las armas o abrir la puerta, ya que las balas la golpeaban desde el exterior; gracias a ello, Juan la alcanzó sin ser visto. Metió el cañón por la abertura entre la puerta y el marco y disparó otra ráfaga a quemarropa. La sangre chisporroteaba en el cañón caliente cuando apartó el arma. Miró por la rendija y vio a los dos asaltantes en el suelo, con los cuerpos perforados por las balas.

Llamó a sus hombres y ellos lo siguieron corriendo. Linc llevaba al señor de la guerra somalí casi en volandas para obligarlo a avanzar.

—Ya llegan —avisó Linda.

Juan sabía que se refería a los seis piratas que había mencionado antes. Quitó el cargador vacío y puso otro. Aún quedaba un proyectil en la recámara —no importaba lo duro que fuera el combate, Cabrillo nunca dejaba su arma totalmente descargada —, lo que le evitaba tener que amartillarla. En cuanto vio una sombra que pasaba por la esquina que acababan de utilizar para cubrirse, apretó el gatillo y disparó en un

desesperado intento de dar a sus hombres el tiempo necesario para ponerse a cubierto.

El ruido era ensordecedor en aquel espacio cerrado y la combinación del humo que salía por las rejillas de ventilación y el humo de tantos disparos hacían imposible respirar o ver bien.

Un destello de luz al final del pasillo indicó que estaban respondiendo a los disparos. Eddie Seng cayó de bruces como si de pronto le hubiesen empujado por detrás. Incapaz de amortiguar la caída con las manos, golpeó con todo el peso en la cubierta y rodó hasta chocar con el director. Juan lo cogió del cuello y lo arrastró al interior del comedor al tiempo que disparaba con la mano izquierda.

Didi continuaba debatiéndose entre los poderosos brazos de Linc mientras lo entraba en el comedor. Había desaparecido todo el mobiliario y, aunque pareciese imposible, un par de hombres estaban sacando unos fogones por la puerta de la cocina pese al tiroteo que se libraba en el exterior. Cuando comprendieron que los hombres que acababan de entrar no eran sus amigos, soltaron la carga y echaron mano a las armas que habían dejado sobre los quemadores.

Juan disparó inmediatamente y sin subir el arma de la cadera, pero así y todo lo hizo con una puntería extraordinaria. En el pecho de los dos hombres aparecieron manchas de sangre y carne destrozada.

De repente, se abrió una puerta secreta en el mamparo. Linda, que los había estado observando a través de una cámara oculta, tenía a los hombres preparados para que acudiesen en su ayuda. Dos de ellos entraron corriendo en el salón y al cabo de diez segundos ya tenían a Muhammad Didi esposado con bridas de plástico. Se lo llevaron por la puerta secreta y la cerraron tras ellos. Eddie gemía mientras intentaba levantarse. Juan lo ayudó a incorporarse con mucho cuidado y ambos salieron por la puerta secreta. Una vez fuera, Juan se recostó en la pared con las manos en las rodillas; el agua de las prendas empapadas goteaba sobre la mullida alfombra. Tardó un momento en recuperar el aliento.

—Esto podría haber ido mejor —opinó entre jadeos.

—Desde luego —asintió Eddie.

—¿Estás bien?

—La bala rozó una de las placas del chaleco. Me duele horrores, pero estoy preparado para seguir. Dame solo un minuto.

Giuseppe Farina se acercó con Huxley. La doctora vestía la bata blanca de rigor encima de las prendas de cirujano y en la mano derecha llevaba el clásico maletín de cuero. Acababa de cumplir los cuarenta, llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta y la mirada de sus ojos dejaba claro que no estaba para bromas.

—¿Crees que no hemos sido lo bastante duros? —Juan sonrió al observador italiano.

Farina dirigió una mirada asesina a Didi.

—Quizá esperaba un poco más.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Didi en un inglés con marcado acento—. No

pueden detenerme. Soy un ciudadano somalí. Tengo derechos.

—No en el momento en el que puso un pie en este barco sin pasar por la aduana —le informó Juan—. Ahora está en mi territorio. —Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no arrancar el siniestro collar que Didi llevaba alrededor del cuello y hacérselo tragar.

Julia dejó el maletín en el suelo, buscó en el interior y se levantó con una jeringuilla en la mano y un par de guantes de cirujano. Con Didi bien sujeto en los brazos de Linc, le cortó la manga de la camisa y le frotó la piel con alcohol.

—¿Qué hace? —Didi abrió los ojos como platos. Intentó zafarse, pero los brazos de Linc eran como cerrojos de hierro alrededor de su cuerpo—. Esto es tortura.

Juan se plantó delante del señor de la guerra antes de que nadie se diese cuenta de su movimiento. Arrancó a Didi de los brazos de Linc. Con una mano alrededor de la garganta de Didi, utilizó el mamparo como punto de apoyo para levantar al somalí hasta ponerlo a la altura de sus ojos. Didi comenzó a ahogarse, pero nadie hizo el menor gesto para acudir en su ayuda. Incluso el observador europeo estaba atónito ante la terrible furia que se había apoderado del director y le congestionaba el rostro.

—¿Quieres ver qué es torturar? Yo te enseñaré lo que es la tortura, asesino de mierda. —Empleó el pulgar y el índice de la otra mano para pellizcar un nervio en el hombro de Didi.

El somalí debió de sentir como si le hubiesen quemado con un hierro al rojo porque soltó un alarido que se escuchó por todo el pasillo. Juan presionó un poco más; el sonido de los gritos del pirata cambiaba como si estuviese interpretando un instrumento musical.

—Ya es suficiente, Juan —dijo la doctora Huxley.

Cabrillo aflojó la mano y Didi, que se aferraba a su garganta y a su hombro, cayó al suelo entre sollozos; un hilillo de baba escapaba por la comisura de su boca.

—Tal como suponía —comentó el director como si el episodio no hubiese ocurrido—, en el pecho de cada matón hay un cobarde. Es una pena que sus hombres no lo vean ahora.

Hux se inclinó sobre el asesino caído y le clavó la jeringuilla. Un momento más tarde, Didi se quedó con los ojos en blanco. La doctora se inclinó de nuevo para cerrarle los párpados.

—Enhorabuena, Juan. —Seppe le tendió la mano—. Misión cumplida.

—No hasta que estemos fuera de las aguas somalíes y eche a esta basura de mi barco. —Pulsó el interruptor de la radio—. Linda, dile a Max que corte el humo y dame un informe de la situación.

—Los piratas que te perseguían están dando vueltas por el comedor. Uno de ellos se ocupa de los tipos que tumbaste, pero no están en condiciones de contarle gran cosa. En cubierta, los cañones de agua están teniendo el efecto deseado. La gente abandona el barco tan rápido como puede.

—¿Cuántos calculas que quedan a bordo?

—Cuarenta y tres, incluidos los rebeldes que encerraste cerca de la bodega. Ya nos hemos ocupado del guardia que dejaste inconsciente debajo de la escalera. Se despertó cuando lo arrojaron al agua.

—Dile a Eric que se prepare para alejarse del muelle.

—¿Qué hacemos con los piratas que todavía rondan por la superestructura? —preguntó Linda.

—Enciérralos, y que el armero traiga armas tranquilizadoras y gafas de visión nocturna.

En el centro de operaciones, Linda transmitió las órdenes de Juan. A través del gran monitor observó a un grupo de chiquillos que habían convertido en un juego esquivar el potente chorro y la espuma de uno de los camiones de agua. Desde su asiento en medio de la sala, pulsó un interruptor para cerrar el chorro de agua. Los chicos dejaron de saltar de un lado a otro como si les hubiesen arrebatado su juguete preferido. Linda ajustó la puntería y volvió a ponerlo en marcha. El chorro apuntado a las rodillas los hizo caer a los seis y los arrastró hacia la pasarela. No dejaron de rodar hasta que acabaron en el muelle, empapados y hechos un lío de piernas y brazos. Se levantaron de un salto y escaparon hacia la aldea.

—Cierro la superestructura —comunicó Mark Murphy mientras tecleaba la orden. Pulsó una última tecla, y por todo el barco las puertas de acero ocultas bajaron sobre las escotillas y ventanas sellando toda la superestructura.

Un gato podía moverse en la oscuridad, pero un hombre sin gafas de visión nocturna estaba ciego.

Linda pasó las cámaras internas al modo de visión térmica y miró las imágenes hasta comprobar todos los compartimientos y pasillos. Aún quedaban trece personas encerradas en el barco. Cuando pasó las cámaras al modo de poca luz, vio que todos iban armados. Por los altavoces escuchó cómo se llamaban los uno a los otros, pero ninguno se atrevía a moverse de donde estaba. En el mismo momento en el que Linda acababa el barrido, la voz de Juan sonó en la radio.

—¿Cuál es la situación?

—Tenemos a trece. Los piratas que estaban en el comedor han salido al pasillo para reunirse con los otros a los que ya te enfrentaste antes, así que yo diría que tienes el camino despejado.

—De acuerdo.

—Buena caza.

Dos cubiertas más arriba, Juan apagó las luces del pasillo y se puso las gafas de visión nocturna de tercera generación. En la mano llevaba una pistola de aire comprimido con las cachas de roble y un cañón muy largo. Podía disparar diez dardos sedantes lo bastante fuertes para tumbar a un hombre de tamaño mediano en diez segundos. Aunque parecía poco tiempo, era suficiente para que un pistolero vaciara el cargador de un arma automática; de ahí la oscuridad.

Eddie y Linc llevaban armas similares.

Cabrillo abrió de nuevo la puerta secreta. A través de las gafas, el mundo tenía un siniestro color verde. Las superficies reflectantes brillaban con un color blanco que, de no estar acostumbrados a las gafas de visión nocturna, podría haber distraído a Juan y a los suyos. Cuando la escotilla se cerró detrás de ellos, avanzaron hasta llegar a la puerta del comedor. El olor a humo todavía era muy fuerte.

—Tienes a tres a tu derecha —le comunicó Linda por la red táctica—. A tres metros por el pasillo y alejándose de ti.

Juan transmitió la información a sus hombres con el lenguaje de los signos y, como espectros sacados de una pesadilla, salieron del comedor y apuntaron al mismo tiempo. Las pistolas tranquilizadoras sonaron con un suave susurro e incluso antes de que los dardos alcanzaran sus objetivos, Cabrillo y sus hombres ya habían vuelto al comedor.

Los dardos alcanzaron a los intrusos en los hombros; las agujas ultrafinas atravesaron fácilmente las prendas y se clavaron en la carne. El fuerte pinchazo hizo que se volvieran; uno de ellos, aterrado, abrió fuego. El fogonazo mostró un pasillo vacío, y, por segunda vez en doce horas, Malik y Aziz creyeron que perseguían fantasmas.

—Este barco está tripulado por espíritus malignos —alcanzó a gritar Aziz antes de caer por los efectos de la droga.

Malik, que era más fornido, se tambaleó por un momento antes de acabar desplomándose dormido sobre el tercer pirata.

—Te quedan diez —avisó Linda—. Pero tenemos otro problema.

—¿Cuál? —preguntó Juan.

—Los piratas en tierra comienzan a organizarse. Hay un tipo que los está reuniendo para que vuelvan a subir al *Oregon*. Son unos veinticinco o treinta y parece que van a intentarlo.

—¿Estoy en los altavoces?

—Afirmativo.

—Mark, abre una de las ametralladoras en cubierta y dispersa a la multitud. Eric, apártanos del muelle.

Eric Stone y Mark Murphy se sonrieron el uno al otro y ejecutaron las órdenes de Cabrillo. Murphy tecleó el comando para activar una de las ametralladoras de calibre 30 oculta en un bidón de combustible en cubierta.

Se abrió la tapa y emergió el arma en posición vertical; luego se inclinó en el trípode hasta alcanzar la horizontal y giró sobre los cojinetes para apuntar el cañón al dique que se levantaba detrás del muelle. En la pantalla de Murphy, la imagen transmitida por una cámara colocada en la ametralladora M60 incorporaba una retícula de tiro.

Descargó una andanada por encima de las cabezas de la multitud; las vainas cayeron sobre la cubierta formando una lluvia metálica. Los piratas armados se echaron a tierra o desaparecieron por encima del dique. Unos pocos de los que

estaban cuerpo a tierra devolvieron el fuego, apuntando al lugar donde la ametralladora dirigida por control remoto aún humeaba. Sus balas de calibre 7.62 eran tan inútiles como escupir a un rinoceronte.

Junto a Murphy, Eric Stone puso en marcha los motores magnetohidrodinámicos. El agua, a tanta profundidad del estuario, tan solo era ligeramente salobre, porque se había mezclado con agua dulce, pero aún tenía la salinidad suficiente para mover el barco a un ochenta por ciento de su capacidad. Conectó la marcha atrás. El poder de las enormes bombas hidráulicas hizo hervir el agua en la proa del *Oregon*, y el gran barco comenzó a apartarse del muelle de madera.

Las maromas que los piratas habían utilizado para amarrarlo perdieron la comba y se tensaron como cuerdas de violín antes de que el cáñamo gastado se partiese. Eric apartó el barco del muelle unos quince metros antes de conectar el sistema de posición dinámica, que mantendría el *Oregon* en las coordenadas exactas del GPS.

Era imposible que pudiese maniobrar el barco y sacarlo de allí si el director no estaba en cubierta para echarle una mano si surgían problemas.

Pero, entonces, alguien tomó la decisión por él.

Como una descarga lanzada por un grupo de arqueros, una nube de granadas autopropulsadas aparecieron por encima del dique. El humo de sus estelas parecía llenar el cielo de una punta a la otra del horizonte.

Eric descargó un puñetazo sobre el botón de la alarma de colisión. El aullido electrónico se escucharía en todas las cubiertas y compartimientos del barco. Era un sonido que la tripulación conocía bien.

Con una salva disparada casi a quemarropa no había tiempo para desplegar la Gatling de 20 mm del sistema de defensa a corta distancia; por lo tanto, Mark Murphy se preparó para la segunda andanada que, estaba seguro, no tardaría en llegar.

Unas pocas granadas erraron totalmente el blanco; volaron en espiral hasta acabar en el agua o en los manglares, donde detonaron sin causar daño alguno. A pesar de ofrecer la proa al ataque, el *Oregon* seguía siendo un blanco lo bastante grande como para no errar el tiro. Los proyectiles que alcanzaron el objetivo volaron parte de la barandilla y arrancaron la uña de una de las anclas. Otros volaron por encima de la borda y estallaron contra la superestructura debajo de las ventanas blindadas del puente.

De haber sido un barco cualquiera, las andanadas lo habrían convertido en chatarra. En cambio, el blindaje del *Oregon* aguantó. Se habían abierto algunos cráteres en el acero, y no quedaba rastro de pintura en la superestructura, pero ninguna de las granadas autopropulsadas había penetrado el casco. No obstante, aún quedaban puntos vulnerables. El barco no estaba protegido totalmente contra un ataque con cohetes. La chimenea ocultaba la compleja antena del radar, y un disparo afortunado podía destruirlo con toda facilidad.

—¡Proyectil! —Escuchó Juan en el auricular un instante antes de que la primera granada estallase contra su barco.

El estallido en la proa tardó lo suficiente para que él y su equipo pudieran taparse los oídos con las manos y abrir la boca para impedir que la diferencia de presión en los senos les reventasen los tímpanos.

La superestructura retumbó como si fuese una gigantesca campana. Cada explosión hacía que los hombres se tambalearan, aunque no se encontrasen cerca de las zonas que recibían el castigo. En los compartimientos que sí los recibían, las sacudidas eran letales. Uno de los piratas, apoyado en un mamparo que recibió un impacto directo, acabó con los intestinos convertidos en gelatina por la explosión, y los dos hombres que lo acompañaban se quedaron sordos para siempre.

—Dile a Eric que nos saque de aquí a toda leche —gritó Juan por el micro. Apenas oía su propia voz, y la de Linda era un chillido ininteligible.

Eric apartó la mano del interruptor de la alarma de colisión, desconectó el GPS y reconfiguró la imagen en la pantalla principal de forma que una mitad mostrara la

imagen de la popa del *Oregon* y la otra, la guarida pirata. No había ni tiempo ni espacio para dar la vuelta a aquel barco de ciento cincuenta y dos metros de eslora.

Continuó con la marcha atrás.

El canal se veía tan angosto que tenía la sensación de estar enhebrando una aguja con las manoplas de cocina puestas. Al menos, la primera milla era en línea recta, así que añadió más potencia y continuó llevando el gran carguero marcha atrás con la mayor cautela posible. No ayudaba que se hubiese levantado una brisa y que el casco y la superestructura actuasen como una vela.

Dispararon otro par de granadas desde el muelle. Esta vez, Mark ya había abierto las puertas del emplazamiento de la Gatling de seis cañones y que giraba a casi mil revoluciones por minuto.

Se escuchó el tableteo del Vulcan y las granadas autopropulsadas de fabricación rusa se encontraron con la cortina de proyectiles de 20 mm que había disparado. Las cabezas explosivas detonaron sobre el agua y volaron grandes trozos del dique alcanzado por las balas que no habían impactado en las granadas. Mark vio que los piratas se disponían a perseguir al *Oregon* en sus barcas de pesca. No sería un problema cuando llegasen al mar, pero mientras Eric los llevara a través de los manglares, los pesqueros tendrían la ventaja.

Mark apuntó al casco de la primera embarcación casi en la línea de flotación y disparó una ráfaga de un segundo. Las balas cortaron el agua al lado mismo del pesquero, salpicando a los piratas y, lo más importante, dándoles un aviso. Saltaron de nuevo al muelle y ya estaban a medio camino del dique cuando Murphy disparó de nuevo.

El pequeño pesquero se desintegró en una nube de polvo, de madera destrozada, fragmentos de cristal y metralla. A los pocos segundos, estalló el depósito de combustible; la onda expansiva derribó a los piratas mientras un humo espeso se elevaba en el aire.

Los hombres del segundo pesquero ya se habían apartado del muelle incluso antes de darse cuenta de que ellos eran los siguientes. Mark casi soltó una carcajada al ver lo ridículos que resultaban mientras saltaban del barco condenado, sin pensar en sus camaradas. En cuanto salieron todos, disparó. La timonera se deshizo como un cobertizo de jardín pillado en un tornado. La destrucción de la proa fue tal que, con el motor en marcha, el agua entró en el casco hasta que el pesquero se hundió completamente. Le recordó a un submarino que se sumergiera bajo las olas, solo que esta embarcación no volvería a emerger nunca más.

En la superestructura, Juan y sus dos compañeros reanudaron la persecución. Incapaz de escuchar a Linda, porque aún le zumbaban los oídos, Cabrillo confió en su instinto de cazador. Se movían lenta y metódicamente, entraban en un camarote y si lo encontraban limpio pasaban al siguiente. Llegaron al camarote donde había hecho impacto una de las granadas. A través de las gafas de visión nocturna vieron a los dos piratas sordos, y les dispararon los dardos anestésicos. El tercer hombre parecía un

muñeco de trapo al que le hubiesen quitado la mitad del relleno.

Las explosiones y el movimiento del barco hicieron que los piratas se asustaran. Se llamaban a gritos los unos a los otros en la oscuridad, y cuando encontraban una puerta cerrada rascaban el metal con las manos desnudas. No sabían que los estaban cazando hasta que un dardo disparado en las tinieblas los tumbaba.

De no haber sido porque esos hombres atacaban a barcos indefensos en altamar, Juan quizá se habría apiadado. Pero sentía el arraigado odio de los marinos hacia los piratas y la piratería; por lo tanto, no le remordió la conciencia cuando disparó una vez más y envió al último de ellos al país de los sueños.

—De acuerdo, Linda, ya está —informó Juan—. Abre la superestructura y mándanos a alguien de apoyo. Dile a Hux que se ocupe de los heridos lo mejor que pueda, pero quiero a toda esta escoria fuera del barco en media hora.

Se quitó las pesadas gafas de visión nocturna en cuanto se levantaron las planchas que cerraban las puertas exteriores y los ojos de buey y se encendieron los fluorescentes. Se enjugó el sudor de la frente con la manga. Al verla empapada pensó que la temperatura solo era en parte responsable del sudor. Le temblaban los miembros a consecuencia del subidón de adrenalina.

Unos minutos más tarde, aparecieron los equipos para ocuparse de los piratas inconscientes. Giuseppe se acercó a Juan para darle una botella de agua bien fría, y luego fueron juntos al centro de operaciones. El italiano tenía que alargar el paso para mantenerse a la par del director.

—Estaba pensando, amigo, que sería prudente llevarnos a algunos de estos tipos y dejarlos con Didi en el barco pesquero.

—¿Te parece una tapadera mejor que un simple viaje de placer de Didi? —preguntó Cabrillo, en cuanto acabó de beber.

—Sí.

—¿Tienes bastante de esa droga amnésica?

—Creo que tengo para dos más.

—Pues por mí de acuerdo —asintió Juan, despreocupado. Entraron en el centro neurálgico del barco.

Cabrillo no necesitó más que una ojeada para tomar nota de la situación. Estaban lo bastante lejos de la base pirata para haberse librado del ataque con las granadas autopropulsadas, y al no ver ninguna embarcación que los persiguiera dedujo que Murphy se había ocupado de ellas. Eric había llevado el *Oregon* hasta muy cerca de la curva cerrada.

—¿Qué tal lo lleva, señor Stone? —preguntó.

—Es como pasar por el ojo de una aguja, señor. Entre la marea que sube, el viento que va en aumento y los bajíos, no entiendo cómo consiguió meternos en este lugar.

—¿Quiere que me haga cargo?

—Primero me gustaría intentarlo yo.

—¡Proyectil! —gritó de pronto Murphy.

La tripulación no había visto que había una pista a lo largo del canal que los piratas habían despejado para construir una carretera. Mientras el barco retrocedía poco a poco fuera del pantano, los piratas habían subido a varias camionetas y perseguían al carguero. Al reducir la marcha en el poco espacio de la curva cerrada, dispararon de nuevo las granadas autopropulsadas.

Murphy aún tenía abiertas las puertas de la Gatling, pero había permitido que los cañones dejaran de rotar. Los puso en marcha pulsando un interruptor y abrió fuego. Fue demasiado tarde para las dos primeras granadas, que golpearon el casco y detonaron sin causar daños, pero consiguió destrozar otras dos en el aire.

—Me encargo del timón —dijo Cabrillo.

—Recibido —respondió Eric en el acto.

Eric se había acercado a la difícil curva de forma lenta y metódica; en cambio, Juan aceleró los motores y puso en marcha el propulsor de proa, sin olvidar que navegaban marcha atrás y, por lo tanto, tenía que apoyarse en la banda opuesta.

El Vulcan sonó como una sierra industrial cuando disparó de nuevo. En la pista, una de las camionetas acabó con el tren delantero arrancado. El vehículo cayó sobre el morro y dio una vuelta de campana hacia delante. Los hombres con los lanzagranadas que iban en la caja salieron despedidos por los aires, en medio de una lluvia de cristales rotos. La camioneta cayó sobre el techo y abrió un profundo surco en la tierra rocosa, con las ruedas traseras girando a toda velocidad.

Los disparos alcanzaron de lleno una segunda camioneta. La energía cinética de las balas de tungsteno tumbaron de lado el vehículo de dos toneladas y un segundo más tarde estalló el depósito de gasolina en una erupción de llamas y humo. Mark ya tenía a la tercera en la mira cuando desapareció detrás de la densa vegetación. Esperó a que saliese al otro lado del bosquecillo, pero pasaron los segundos sin que la avistara.

Al observar el matorral con el teleobjetivo de la cámara, le pareció ver movimiento pero no abrió fuego. Con la nave acelerando por el canal, el ángulo de tiro cambiaba constantemente. En un momento, tendría que pasar del Vulcan montado en el flanco del *Oregon* cerca de la proa a la segunda arma instalada en la popa. Mark accionó el sistema hidráulico que abriría las puertas de popa. Las planchas se apartaron para dejar a la vista el arma de cañones múltiples, pero todavía tardaría un poco en salir y ponerse en marcha la cámara conectada a su monitor. El bosquecillo que había estado observando entró en erupción con unos cegadores destellos que acabaron por convertirse en un relámpago continuo. Un segundo más tarde, los proyectiles de 20 mm disparados por un cañón antiaéreo montado en la caja de la camioneta alcanzaron el *Oregon*. A diferencia de las granadas autopropulsadas, las balas con camisa de acero se abrieron paso en el blindaje, y cuando dos de ellas golpearon en el mismo lugar lo atravesaron y comenzaron a destrozar los espacios interiores.

Tuvieron la suerte de que los tanques de lastre del barco estaban llenos, para

simular que iba cargado hasta los topes, y por lo tanto solo quedaba desprotegida una de las cubiertas secretas. Una bala entró en la sala de reuniones e hizo trizas un par de butacas de cuero antes de incrustarse en el mamparo más apartado. Otra atravesó la despensa, destrozó un palé de harina y el aire se llenó de polvo blanco en suspensión. Una tercera entró en el camarote de un mecánico fuera de servicio. Estaba sentado a su mesa, siguiendo la batalla en el circuito cerrado de televisión y eso le salvó las piernas de la metralla, pero en la espalda y el cuello fue como si un león le hubiese clavado las zarpas.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Mark era únicamente un observador impotente. No podía hacer nada hasta que el ordenador le informase de que la segunda arma estaba preparada.

—Armas, ¿qué demonios está pasando? —preguntó Juan sin desviar la atención de la delicada maniobra de girar el barco.

—Un segundo...

Una luz verde se encendió en el tablero de Murphy, y finalmente pudo descargar el arma. La vegetación donde había estado oculta la camioneta desapareció con los disparos. Los árboles de treinta centímetros de grosor caían como el trigo segado por una guadaña. Un árbol se derrumbó al suelo entre una nube de astillas de madera. Cayó sobre la caja de la camioneta y silenció los cañones gemelos, pero Mark continuó con la implacable lluvia de proyectiles hasta que desaparecieron los árboles y todo lo que quedó de la camioneta y los hombres no fue más que una humeante ruina de metal retorcido y carne destrozada.

El *Oregon* ya estaba en mitad de la curva. Cabrillo había calculado con exactitud. Pilotaba marcha atrás con la mano firme de un camionero que aparca en paralelo un gran remolque. La popa pasó a un palmo de la fangosa ribera. Estaban tan cerca de ella que alguien junto al mástil de la bandera podría haber arrancado las hojas de los árboles. Luego giró, casi sobre sí mismo, de forma que la popa apuntó al este, hacia mar abierto. Eric dirigió a Cabrillo una mirada de respeto rayana en la veneración. Nunca había visto a nadie que maniobrara un barco en un canal tan angosto.

—¿Crees que podrá sacarnos a partir de aquí? —preguntó el director al timonel.

—Ya lo tengo, jefe.

El barco recuperó su posición de forma automática utilizando la constelación de satélites GPS. Todo lo que Stone debía hacer ahora que habían salido de la curva más difícil era continuar marcha atrás siguiendo el rumbo calculado por el ordenador; el barco se pilotaría a sí mismo por los traicioneros pantanos y los cambiantes bajíos. Ya tenía las coordenadas donde habían fondeado el pesquero que esperaba a Muhammad Didi. Juan se levantó de su sillón de mando y se acercó a Giuseppe Farina.

—Vamos a ver a qué tipos quieres quedarte y cuáles tiraremos por la borda. Quiero a los piratas fuera de este barco antes de que salgamos de los manglares.

Llevó al observador italiano varias cubiertas más abajo, hasta la bodega de embarcaciones del *Oregon*. Muy cerca de la línea de flotación, había una compuerta

que se abría al mar, provista con una rampa forrada con teflón para que fuese resbaladiza. Desde allí, la tripulación podía lanzar las Zodiac, las motos de agua, o la neumática de casco rígido. Esta embarcación, diseñada para los SEAL, llevaba una cámara de aire alrededor del casco para aumentar su flotabilidad en cualquier condición y un par de poderosos motores fuera borda capaces de propulsarla a través de las olas a más de cincuenta nudos. La iluminación la proporcionaban tubos fluorescentes, pero también contaba con lámparas de combate rojas para las operaciones nocturnas.

La tripulación ya tenía preparada una gran balsa negra con los piratas dormidos atados con los nudos flojos a las bordas. Cuando se despertaran, podrían soltarse los unos a los otros y remar hasta la playa. Hux aún tenía a los heridos en la enfermería. A los muertos les daría sepultura el mar.

—Nos llevaremos a este, a aquel y a aquel tipo que está allá —dijo Farina señalando a Malik y a Aziz—. Cuando tomaron el barco, parecían tener cierta autoridad. Quién sabe, quizá resulten valiosos para inteligencia.

—El más joven no te servirá. Este tipo fuma más droga que un *hippy* en un concierto de los Grateful Dead.

—No sé si sabes que ya no hacen giras —bromeó Seppe.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Lo utilizaremos de todas maneras. Un poco de desintoxicación forzada le hará bien.

Media hora más tarde, Hux entró en la bodega con un par de tripulantes que lo ayudaban como enfermeros. Llevaban las camillas con los piratas heridos.

—¿Qué tal están? —preguntó Juan.

—Tenemos una baja —respondió Hux.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No tenía sentido informarte hasta que estuviera estable.

—¿Quién es? ¿Qué pasó?

—Una de esas balas antiaéreas entró en el camarote de Sam Pryor. La metralla lo alcanzó en la espalda. Le saqué unos veinte fragmentos pequeños. Ha perdido mucha sangre y hay algunos músculos cortados, pero se pondrá bien.

—Gracias a Dios —susurró Juan. Pensó en la bronca que le esperaba a Mark Murphy. Tendría que haber tenido preparada la Gatling de popa mucho antes—. ¿Qué pasa con estos tipos?

—Dos han perdido el oído —respondió la doctora Huxley en tono severo—. No sé si será permanente, en cualquier caso no hay mucho que pueda hacer. Un par más tienen heridas superficiales, les he sacado la metralla, he limpiado las heridas y las he vendado. Les he inyectado todos los antibióticos que he podido. Si se infectan, lo pasarán muy mal a la vista de las condiciones en las que viven.

Los dos somalíes heridos de bala llevaban unas bolsas. Caballo supuso que contenían frascos de antibióticos e instrucciones escritas de cómo usarlos. También

adivinó que los hombres no se los tomarían y acabarían vendiendo los medicamentos en el próspero mercado negro de Somalia.

Colocaron a los heridos en la balsa y abrieron la compuerta. Juan llamó al centro de operaciones para que Eric detuviese el barco. A la baja velocidad que navegaban, los impulsores apenas tardaron unos minutos en frenar el barco, que se quedó chapoteando en la marejadilla como un viejo cerdo en una charca. El agua lamía el borde de la rampa. Cabrillo vio que estaban a punto de dejar atrás los manglares. Dado que entraba la marea, la balsa iría a la deriva en dirección oeste hasta acabar encallada en el pantano. Los hombres se despertarían al cabo de una hora y, aparte de una ligera deshidratación, estarían bien.

Ayudó a empujar la balsa hasta que se deslizó por la rampa. Cayó al agua sin un chapoteo; el impulso la apartó unos metros del barco.

Juan pulsó el botón del intercomunicador.

—Muy bien, Eric, sácanos de aquí a marcha lenta y cuando la balsa esté a unos cuatrocientos metros a popa pon los motores a tope y llévanos al pesquero.

—Recibido.

Treinta minutos más tarde, Juan y Seppe Farina se encontraban en el puente. Los tripulantes se ocupaban en reparar los daños superficiales causados por los ataques con los lanzagranadas. Reemplazaron las barandillas y cubrieron las zonas quemadas con una gruesa capa de pintura. Luego instalaron unos andamios colgantes en los costados para que los soldadores repararan los boquetes abiertos por los proyectiles antiaéreos que habían perforado el blindaje. Otros, en el interior, se ocupaban de llevar colchones y muebles a los camarotes. Max Hanley estaba preparando una lista de todo lo que tenían que comprar para dejar «como nuevo» el viejo carguero.

El *Oregon* navegaba por el mar en calma a más de treinta nudos, lejos de su velocidad máxima, cuando la voz aguda de Linda Ross sonó en el auricular.

—Director, tenemos un contacto de radar cuatro millas a proa.

Juan se llevó los prismáticos a los ojos y al cabo de un momento vio un punto en el océano desierto. Después de unos pocos minutos descubrió que era un pesquero muy parecido al que los había atacado la primera vez.

—¿Cuándo llegará el crucero estadounidense a esta zona? —le preguntó Juan a su amigo.

—Mañana al amanecer. Tiempo más que suficiente para que desaparezcamos en la noche. Didi y los otros aún no se habrán despertado, y si lo han hecho, se sentirán tan mal por la droga que estarán mansos como corderos. No te preocupes, la embarcación no tiene radio ni combustible, y las probabilidades de que alguien los encuentre antes que tu Marina son nulas.

Eric llevó el *Oregon* junto a la borda del viejo pesquero de forma que los hombres en la bodega de las embarcaciones no tuvieron más que saltar a bordo con los cabos para amarrarla al carguero. Cabrillo y Farina se encargaron personalmente de trasladar a Muhammad Didi al apestoso pesquero. Lo llevaron hasta un camarote

debajo de la timonera; cuando lo arrojaron a la litera deshecha quizá lo hicieron con demasiada fuerza. La cabeza golpeó contra el mamparo con un sonido muy satisfactorio.

Cabrillo miró al señor de la guerra con absoluto desprecio.

—Tendríamos que matarte por todo el sufrimiento que has causado, pero no me toca a mí hacerlo. La celda más infame de la peor cárcel del mundo es demasiado buena para ti. Cumplir condena en Europa seguramente será como disfrutar de unas vacaciones, después de haber vivido como lo has hecho, así que la única esperanza que tengo es que cuando te condenen a cadena perpetua tengas la decencia de morir de inmediato.

En la cubierta no pudo evitar reírse. Linc y Eddie habían atado a Aziz en una silla con una caña de pescar en una mano y una botella de cerveza en la otra.

No habían acabado de soltar los cabos cuando Hali Kasim, el encargado de comunicaciones del *Oregon*, lo llamó por el intercomunicador.

—Director, tiene una llamada urgente de Langston Overholt.

—Pásamela aquí. —Juan esperó un momento—. Lang, soy Juan. Para que lo sepas, estás en el altavoz. Conmigo está nuestro enlace italiano.

—Por ahora dejaré a un lado las formalidades —dijo Overholt desde su despacho en Langley—. ¿Cuánto tiempo te llevará llegar a Trípoli?

—Según el tráfico que encontremos en el canal de Suez, quizá cuatro días. ¿Por qué?

—La secretaria de Estado iba de camino hacia allí para unas conversaciones preliminares. Acabamos de perder el contacto con su avión. Nos tememos que se haya estrellado.

—Estaremos allí en tres días.

Sobre el desierto del Sahara

Cuando el dedo resbaló de la cuerda, Fiona maldijo. Se apresuró a mirar en derredor para asegurarse de que nadie la había escuchado, pese a estar sola en el dormitorio privado en la sección de popa del avión. Su madre había sido una firme partidaria de lavarle la boca con jabón siempre que decía algún taco, así que su reacción había sido automática incluso cuarenta años después.

El violín era su refugio del mundo. Con el arco en la mano lograba vaciar la mente de todas las distracciones y concentrarse solo en la música. No había ninguna otra actividad o pasatiempo que consiguiera serenar sus pensamientos de manera tan absoluta. A menudo atribuía a esa afición el mérito de mantenerla cuerda, sobre todo desde que había aceptado el cargo de secretaria de Estado.

Fiona Katamora era una de aquellas extraordinarias criaturas de las que aparecen solo una por generación. A los seis años ya daba conciertos como solista. Sus padres, que habían estado internados durante la Segunda Guerra Mundial porque ambos habían nacido en Japón, le habían enseñado japonés y ella, además, había aprendido árabe, mandarín y ruso. Había entrado en Harvard a los quince y a la facultad de derecho a los dieciocho.

Antes de presentarse al examen para ejercer la abogacía, se tomó un tiempo para perfeccionar su técnica de esgrimista, y habría formado parte del equipo olímpico de no haberse lesionado un ligamento de la rodilla una semana antes de la ceremonia inaugural.

Podía hacer todas estas actividades sin ningún esfuerzo. Fiona Katamora poseía una memoria fotográfica y solo necesitaba dormir cuatro horas cada noche. Además de sus talentos atléticos, académicos y musicales, era encantadora, graciosa y poseía una sonrisa contagiosa que alegraba cualquier fiesta.

Recibió más de un centenar de ofertas de trabajo tras aprobar el examen, incluso un cargo de profesora en su universidad, pero quería dedicarse al servicio público. Se unió a un comité de sabios en Washington especializado en cuestiones energéticas, y muy pronto se ganó una gran reputación por su capacidad para detectar causas donde otros no veían nada. Después de cinco años, presentó uno de sus trabajos como tesis doctoral, que fue calificado con un *summa cum laude*.

Su fama en la capital creció hasta el punto que muy pronto era una consultora habitual de la Casa Blanca para presidentes de ambos partidos. Solo era cuestión de tiempo que fuese escogida para un puesto en el gabinete.

Soltera a los cuarenta y seis años, Fiona Katamora seguía siendo una belleza despanpanante, con el pelo negro azabache y sin una arruga en el rostro. Delgada, y

con una estatura de un metro sesenta y cinco, era alta dados sus orígenes. En las entrevistas, se limitaba a decir que estaba demasiado ocupada para crear una familia, y si bien las revistas del corazón a menudo intentaban relacionarla con hombres ricos e influyentes casi nunca tenía una cita.

En sus dos años como secretaria de Estado, había hecho milagros por todo el mundo. Había devuelto la credibilidad a Estados Unidos como defensor de la paz y árbitro imparcial. Había ayudado a negociar el más prolongado alto el fuego entre el gobierno de Sri Lanka y los separatistas tigres tamiles, y había sido una pieza fundamental para poner de acuerdo a los candidatos de unas elecciones en Serbia tan disputadas que habían amenazado con estallar en violencia.

Fiona también había puesto orden en las oficinas del Departamento de Estado. Se había ganado el apodo de «la dama dragón» porque había hecho una limpieza a fondo, eliminando a todo el personal superfluo hasta que el departamento se convirtió en un modelo de eficacia para el resto del gobierno.

Ahora viajaba para lo que sería el momento estelar de una notable carrera. Las conversaciones preliminares debían establecer un marco de trabajo para lo que se llamarían los Acuerdos de Trípoli. Si alguien podía llevar la paz a Oriente Próximo después del fracaso de diez administraciones presidenciales, esa era Fiona Katamora.

Acabó de interpretar la pieza de Brahms que había estado ensayando y dejó el violín y el arco a un lado. Se secó el sudor de los dedos con un pañuelo con su monograma y realizó unos pocos ejercicios para aliviar un leve calambre. Se temía que la artritis comenzaba a hacer notar sus efectos.

Llamaron a la puerta de la cabina.

—Adelante.

Grace Walsh, su secretaria privada, asomó la cabeza. Grace llevaba acompañando a su jefa de un puesto a otro desde hacía más de una década.

—Querías que te avisara a las cuatro.

—Gracias, Gracie. ¿Cuál es la hora estimada de llegada?

—Como sabía que me lo preguntarías, he hablado con el piloto. Llegaremos dentro de cuarenta y cinco minutos. Pronto volaremos sobre territorio libio. ¿Quieres que te traiga algo?

—Una botella de agua me vendría muy bien. Gracias.

Fiona se ocupó de la montaña de papeles colocados sobre la cama. Había informes acerca de todos los hombres importantes que acudirían a la cumbre, incluidas breves biografías y fotos. Ya las había leído antes y había grabado en su memoria lo más importante, pero quería verificar que no se le hubiera pasado nada por alto. Se puso a prueba preguntándose con qué gobernantes estaba relacionado cada ministro, los nombres de las esposas e hijos, historial educativo y cualquier otro detalle personal que pudiera ayudarla.

Le intrigaba mucho el nuevo y dinámico ministro de Asuntos Exteriores libio, Ali Ghami. El suyo era el expediente más reducido. Al parecer, Ghami había sido un

simple funcionario hasta que el presidente de Libia se interesó por él. Al cabo de unos días y de diversas reuniones entre los dos hombres, Ghami había sido designado para el cargo. En los seis meses transcurridos desde entonces había viajado por toda la región buscando apoyos para la conferencia de paz. En varias de las capitales de Oriente Próximo lo habían recibido con frialdad, pero su dinámica personalidad y gran encanto habían conseguido poco a poco que cambiasen de opinión. En muchos sentidos era como Fiona; quizá por eso era quien más la preocupaba.

Grace llamó de nuevo y entró en la cabina. Dejó una botella de agua sobre la mesita de noche y se volvió dispuesta a marcharse.

—Espera un segundo —le pidió Fiona y le mostró la fotografía de Ghami—. ¿Qué te dice tu intuición de mujer?

Grace cogió la foto y la sostuvo cerca de una de las ventanillas del Boing 737. En la foto oficial, Ghami vestía un traje de corte occidental hecho a medida. Tenía el pelo y los bigotes canosos.

Grace le devolvió la foto.

—A mí no deberías preguntármelo. Me enamoré de Omar Sharif cuando vi *Doctor Zhivago* en la adolescencia, y este tipo me produce las mismas vibraciones.

—Apuesto, sí, pero mírale los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Grace.

—No sé definirlo, pero en ellos hay algo, o falta algo. No lo sé.

—Quizá la foto no es buena.

—O quizá es porque no me gusta meterme en este asunto sin saber casi nada de nuestro anfitrión.

—No puedes tener informes de todos desde el momento en que nacieron —bromeó Grace con amabilidad—. ¿Recuerdas cuando hiciste una investigación acerca de aquel apuesto abogado con el que querías...?

Un estruendo interrumpió a Grace en mitad de la frase. Las dos mujeres se miraron con los ojos muy abiertos. Ambas habían volado innumerables horas a lo largo de los años y sabían que aquel sonido no presagiaba nada bueno.

Esperaron un instante para ver si ocurría algo más. Pasados unos segundos, ambas soltaron el aliento contenido y rieron nerviosamente.

Fiona se levantó dispuesta a preguntar al piloto si ocurría algo. No había llegado a la puerta cuando el avión se sacudió violentamente y comenzó a caer en picado. Grace soltó un alarido cuando la terrible caída la lanzó contra el techo. Fiona consiguió mantenerse de pie gracias a que apoyó las manos en el techo de plástico moldeado.

Escuchó los gritos de los pasajeros en la parte delantera del avión que intentaban luchar contra los efectos de la ingravidez.

—No sé qué está pasando —dijo el piloto, un coronel de la fuerza aérea, por el sistema de megafonía—, pero permanezcan en sus asientos y abróchense los cinturones de seguridad lo más rápidamente posible. —Dejó el micrófono abierto

mientras él y el copiloto intentaban recuperar el control del aparato que caía en picado, así que Fiona y los demás podían escuchar la tensión en su voz—. ¿Qué quieres decir con que no puedes contactar con nadie? Hace dos minutos estábamos hablando con Trípoli.

—No me lo explico —contestó el copiloto—. La radio no funciona, sin más.

—Ahora no te preocupes por eso, ayúdame. Maldita sea, el motor de babor acaba de pararse. Intenta arrancarlo de nuevo. —Las voces se apagaron de pronto cuando cerraron el micrófono.

—¿Vamos a estrellarnos? —preguntó Grace. Había conseguido ponerse de nuevo de pie, y Fiona y ella se cogían de la mano como dos niñas pequeñas en una casa embrujada.

—No lo sé —respondió Fiona con más calma de la que sentía. Notaba mariposas en el estómago y tenía las palmas pegajosas.

—¿Qué debe de haber pasado?

—No lo sé. Supongo que algún fallo mecánico.

La respuesta no la satisfacía en absoluto. No había ninguna razón para que el avión cayese en picado de esa manera con los motores en marcha. Podía volar incluso con un solo motor. Alguna otra cosa tenía que haber provocado aquella súbita caída. Además, ¿qué había sido aquel fuerte estrépito? Su primer y único pensamiento era que los había alcanzado un misil que pretendía averiar el aparato, pero no destruirlo.

El brutal descenso comenzó a disminuir hasta que el avión se niveló. Los pilotos habían recuperado el control lo suficiente para sacarlos de la caída libre, pero continuaban bajando a una velocidad vertiginosa. Fiona y Grace fueron hasta la cabina principal para sentarse en las grandes butacas de cuero y se abrocharon los cinturones. La secretaria de Estado Katamora dirigió unas palabras de ánimo a su gente, aunque deseó poder hacer más para calmar el miedo que veía reflejado en sus rostros. La verdad era que apenas controlaba sus emociones. Tenía miedo de que si hablaba, su terror saliera a la superficie y estallara como la lava que sale de un volcán.

—Damas y caballeros —dijo el copiloto—. No sabemos qué ha pasado. Hemos perdido uno de los motores y el otro apenas tiene potencia. Vamos a aterrizar en el desierto. No quiero que nadie se preocupe. El coronel Markjam ya se encontró en la misma situación cuando pilotaba un F-16 durante la primera guerra del Golfo. A mi señal, quiero que todos se pongan en posición de choque. Metan la cabeza entre las rodillas y abrácenlas. En cuanto el avión se detenga, la azafata abrirá la puerta de la cabina lo más rápido posible. Los encargados de la seguridad de la secretaria de Estado Katamora la sacarán primero a ella.

Solo había un agente del servicio secreto a bordo. El resto de la escolta de Fiona, además de varios miembros de su equipo, llevaban en Libia una semana preparándose para su llegada.

El agente Frank Maguire se desabrochó el cinturón de seguridad, esperó hasta que

el avión dejase de sacudirse durante un segundo y cambió de asiento para colocarse entre Fiona y la puerta. Se apresuró a ponerse el cinturón de seguridad cuando el Boeing se sacudió de nuevo. Llegado el momento, la cogería y la sacaría por la puerta en cuestión de segundos.

Fiona sujetó la mano de Grace y comenzó a hacer algo que no había hecho en años: rezar. Pero no rezaba por sus vidas; en su oración pedía que si ocurría lo peor y moría en el accidente no se perdiese para siempre la oportunidad de celebrar esa cumbre de paz. Desinteresada hasta el final, a Fiona Katamora le preocupaba más la causa de la paz que su propia vida.

Miró a través de la ventanilla. El terreno debajo del avión era puro desierto con algunas colinas rocosas. Aunque no era piloto, sabía que las probabilidades de salvarse eran escasas pese a las afirmaciones de la tripulación.

—Muy bien, amigos —anunció el copiloto—, allá vamos. Por favor, pónganse en la posición de choque y sujétense bien.

Los pasajeros escucharon cómo el piloto preguntaba: «¿Has visto aquel...?» antes de que se apagase de nuevo el micrófono. No tenían ni idea de qué había visto, aunque de todas maneras era mejor no saberlo.

Alana ocupaba el asiento del pasajero en la camioneta que llevaba la máquina perforadora y Mike Duncan conducía. El viejo lecho fluvial estaba sembrado de peñascos de gran tamaño. Algunos se podían rodear, pero otros había que pasarlos por encima. Tenía la espalda y las nalgas llenas de morados después de tantas semanas de recorrer el mismo terreno.

La noche anterior, en el campamento, habían tratado de convencer al representante tunecino, que los creía ocupados buscando un molino de agua romano, que regresar al yacimiento arqueológico cada noche era una precaución innecesaria. Le suplicaron que les permitiera ausentarse durante unos días y le recordaron que Greg Chaffee disponía de un teléfono móvil; por tanto, nunca perderían completamente el contacto con el equipo arqueológico principal.

A diferencia de los verdaderos miembros de la misión, que estaban haciendo grandes progresos con las ruinas romanas, el equipo de Alana no tenía nada que mostrar tras semanas de esfuerzo. Confiaban en que si podían permanecer en el desierto más tiempo, y en consecuencia ampliar el territorio que recorrerían, quizá podrían encontrar una pista del viejo corsario berberisco, Suleiman al-Jama.

Lo único que conseguía animarla eran las charlas por el Messenger que mantenía cada noche con su hijo en Phoenix. Estaba maravillada por los avances de la tecnología. En su primera excavación como estudiante, en un yacimiento en el desierto de Arizona a unos trescientos kilómetros de la escuela, había estado más aislada de lo que estaba ahora en este lugar abandonado de la mano de Dios, gracias a las modernas comunicaciones vía satélite.

El funcionario tunecino continuó negándose a la petición hasta que Greg se lo llevó a un aparte durante un par de minutos. Cuando regresaron a la tienda que servía de comedor, el burócrata miró a Alana con una amplia sonrisa y les concedió el permiso, siempre que llamasen cada día y regresaran al cabo de setenta y dos horas.

—Soborno —respondió Greg a su mirada de interrogación.

—¿Qué habría pasado si se hubiera negado a aceptar el dinero y te hubiera denunciado? —preguntó Alana, pálida.

—Esto es Oriente Próximo. Habríamos tenido problemas si no lo hubiese hecho.

—Pero... —Alana se interrumpió porque no sabía qué decir.

Ella siempre había vivido fiel a una simple norma: obedece las reglas. Nunca había hecho trampas en un examen, declaraba hasta el último centavo en su declaración de la renta, y siempre conducía dentro de los límites permitidos. Para ella, el mundo era blanco y negro; esto hacía que las cosas fuesen sencillas en un sentido y muy difíciles en otro. Siempre se sentía bien con las decisiones morales que tomaba, pero se veía forzada a vivir en una sociedad que dedicaba todos sus esfuerzos

a buscar zonas grises donde se evitaran las responsabilidades.

No es que fuera ingenua en su percepción de cómo funcionaba el mundo, pero no podía permitir que sus mezquinas corrupciones entrasen en su vida. Nunca se le habría ocurrido sobornar al representante del Ministerio de Cultura de Túnez, porque estaba mal.

Pero, por otro lado, de ninguna manera estaba dispuesta a desperdiciar la oportunidad que le ofrecían las acciones de Greg. Así que otra vez estaban en marcha, dispuestos a encontrar la manera de pasar la cascada con la vana esperanza de que la base secreta de Suleiman al-Jama estuviese más allá.

La camioneta llevaba agua y comida suficiente para tres días. Llevaban una sola tienda, pero Alana se sentía cómoda con sus compañeros, así que eso no sería un problema. También llevaban un bidón de combustible de doscientos litros en la caja, lo que les daba una autonomía de otros quinientos kilómetros, aunque dependía de cuánto gastasen en el funcionamiento de la perforadora.

Ninguno de ellos era optimista respecto a sus probabilidades. La cascada era demasiado alta para permitir el paso de un barco de vela. No obstante, estaban desesperados. Los Acuerdos de Trípoli estaban muy cerca. Alana sabía que la secretaria de Estado volaba ese mismo día a Libia para una breve ronda de conversaciones preliminares, así que temía una presión añadida.

—¿Es necesario que te metas en todos los baches? —preguntó Greg desde el asiento trasero de la camioneta.

—En realidad, sí —respondió Mike, imperturbable.

Greg se movió a la derecha para colocarse detrás de Alana.

—Entonces hazlo con las ruedas de la izquierda.

Era otro día despejado, lo que significaba que la temperatura rondaba los cincuenta grados cuando se detuvieron a comer. Alana repartió las botellas de agua fría que había sacado de la nevera y dio a cada hombre uno de los bocadillos preparados por los cocineros del campamento. Según el podómetro, habían recorrido unos cien kilómetros, así que si no se equivocaba les faltaban otros cincuenta para la catarata.

—¿Qué te parece aquello de allí? —preguntó Mike con la boca llena. Utilizó el bocadillo como un puntero para señalar la ribera opuesta del cauce. Donde por lo general había unos acantilados muy altos, en aquel meandro del lecho, la erosión había excavado una rampa que subía hasta el desierto.

—A primera vista diría que forma una pendiente de sesenta grados, o quizá más —dijo Greg.

—Si encontráramos algo allá arriba para enganchar el cable de la polea, podríamos subir sin problemas.

—Me gusta la idea —aprobó Alana.

Tan pronto como acabaron de comer, algo que el calor hacía poco atractivo para todos, Mike condujo la camioneta hasta el pie de la ribera. Vista de cerca, la

pendiente parecía más pronunciada de lo que habían calculado y era unos diez metros más alta. Subieron hasta que las ruedas traseras perdieron tracción y patinaron levantando unas espesas nubes de polvo. Alana y Greg saltaron de la cabina. Alana comenzó a desenrollar el cable de acero de la polea montada en el parachoques delantero, y Greg Chaffee, el más fuerte del grupo, empezó a subir la pendiente arrastrando el cable. Sus botas provocaban pequeños deslizamientos de tierra y cascotes con cada paso, y muy pronto se vio forzado a subir utilizando los brazos y las manos además de las piernas. Maldijo cuando su gran sombrero de paja salió volando y acabó al pie de la ladera. Sin otra alternativa, sujetó el gancho en el cinturón y continuó subiendo sin hacer caso de los cortes en las manos provocados por las filosas piedras.

Greg tardó casi diez minutos en llegar a la cumbre, y, cuando lo hizo, tenía la camisa empapada en sudor y la calva le ardía horrores por el sol. Desapareció de la vista por un momento arrastrando el cable.

Cuando reapareció, gritó a los otros dos:

—He sujetado el cable a un peñasco. Vamos, intentadlo, y de paso recoged mi sombrero.

La polea se controlaba desde el interior de la cabina, así que Alana recogió el sombrero antes de que volviera a salir volando y ocupó de nuevo su asiento. Mike puso la primera, aceleró un poco y conectó el motor de la polea. Aunque no tenía mucha potencia, el motor y la caja de transmisión bastaban para darle la fuerza que necesitaba. La camioneta comenzó a subir lenta y majestuosamente. Alana y Mike intercambiaron una sonrisa, mientras desde arriba les llegaba el grito de triunfo de Greg.

Una sombra que pasó sobre su rostro llamó la atención de Alana; miró hacia lo alto, esperando ver un halcón o un buitre.

Un enorme bimotor a reacción voló por encima de sus cabezas a menos de trescientos metros de altura. Alana se sorprendió al darse cuenta de que apenas se escuchaba el rugir de los escapes; le pareció que planeaba. Recordaba que no había ninguna pista de aterrizaje en la zona, al menos a ese lado de la frontera libia, así que dedujo que el aparato tenía problemas.

Se fijó en dos detalles cuando el avión se desvió un poco. Uno de ellos era que había un gran boquete con los bordes desgarrados en el timón y que estaba manchado con lo que debía de ser líquido hidráulico. El otro eran las palabras escritas en el fuselaje: Estados Unidos de América.

Greg había dejado de gritar. Con una mano por encima de los ojos para protegerlos del sol, se volvió para seguir la trayectoria del avión averiado.

Alana soltó una sonora exclamación al comprender qué avión era y quién iba a bordo.

Mike Duncan, concentrado en conducir la camioneta hasta arriba, no había visto nada, así que al escuchar la exclamación de su compañera creyó que algo le ocurría al

cable de la polea.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Llega a lo alto lo más rápido que puedas.

—Es lo que hago. ¿A qué viene tanta prisa?

—El avión de la secretaria de Estado está a punto de estrellarse.

Evidentemente, no había nada que Mike pudiese hacer. Estaban a merced de la polea, que giraba poco a poco.

—¿Puedes ver algo? —gritó Alana a Greg.

—No —respondió Greg por encima del estrépito del motor—. El avión ha sobrevolado unas colinas a unos tres kilómetros de aquí. No veo ninguna señal de humo. Quizá el piloto ha conseguido aterrizar sano y salvo.

Durante ocho minutos que se hicieron eternos, la camioneta subió por la ladera como una mosca sobre un mendrugo. Greg continuaba informando que no veía humo, lo que era un enorme alivio.

Cuando por fin salieron del cauce seco, Greg desenganchó el cable que rodeaba un peñasco del tamaño de una locomotora. El cable se había incrustado en la piedra arenisca, así que tuvo que apoyar un pie en la roca para soltarlo.

—Quizá ha caído en Libia —murmuró Mike.

—¿Qué has dicho? —preguntó Alana.

—Que tal vez ha aterrizado al otro lado de la frontera, en Libia. —Lo dijo lo bastante alto como para que Greg lo escuchase.

Alana era la jefa del equipo, pero miró a Chaffee para tener una confirmación. Su sospecha de que pertenecía a la CIA lo convertía en un experto en este tipo de situaciones.

—Puede que seamos las únicas personas que hay en un radio de más de ochenta kilómetros —añadió Greg—. Si han conseguido aterrizar, puede que haya heridos, y nosotros disponemos del único vehículo en la zona.

—¿Para quién trabajas en realidad? —preguntó Alana.

—Estamos perdiendo el tiempo.

—Greg, es importante. Si tenemos que entrar en Libia, necesito saber para quién trabajas.

—De acuerdo, estoy con la agencia. La CIA. Mi trabajo es manteneros vigilados a vosotros tres. Mejor dicho, a vosotros dos, porque el doctor Bumford no se ha movido del campamento desde que llegamos. Has reconocido el avión, ¿verdad? —Alana asintió—. Entonces, ¿sabes quién va a bordo?

—Sí.

—¿Estás dispuesta a dejar que muera aquí porque tienes miedo de encontrarte con una patrulla libia? Demonios, ellos la invitaron. No nos harán nada si intentamos rescatarlos.

Alana miró a Mike Duncan. El curtido rostro del petrolero era una máscara impasible. Por la preocupación que mostraba, podrían haber estado hablando del

tiempo.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó.

—No soy ningún héroe, pero creo que deberíamos ir a echar una ojeada.

—Entonces, no discutamos más —afirmó Alana.

Iniciaron la marcha a través del desierto. Era como conducir en la superficie de la luna. No había ningún indicio de presencia humana, ni la menor señal de que estuviesen en el mismo planeta. Desde el río seco hasta la cadena de colinas mencionada por Greg no había más que una planicie cubierta de peñascos carente de vida. En pleno desierto, solo podían sobrevivir unos pocos insectos y lagartos, pero tenían la sensatez de permanecer ocultos durante las infernales tardes.

Mientras Mike conducía, Greg intentó sin éxito comunicarse con sus superiores por el móvil. El suyo utilizaba un sistema de comunicaciones del gobierno, similar al de los militares; por lo tanto, no había ninguna razón para no poder comunicarse. Después de varios intentos fallidos, cambió la batería por otra que llevaba en la mochila.

—Menudo cacharro —se lamentó—. Un presupuesto de treinta mil millones al año y me envían aquí con un teléfono que tiene cinco años de antigüedad. Debería haberlo adivinado. Escuchadme un momento. Debéis saber que esta no es una misión prioritaria. Si encontramos los documentos de al-Jama, fantástico. Pero si no tenemos suerte, la conferencia seguirá adelante de todas maneras.

—Pero Christie Valero dijo...

—Cualquier cosa con tal de que aceptaras. Mike y yo llevamos jugando a las carreras desde hace mucho tiempo y sabemos que a veces hay sorpresas, pero esto ha sido una farsa desde el primer día. En mi caso, creo que esta misión es un castigo por una metedura de pata que cometí en Bagdad unos meses atrás. En vuestro caso no lo sé, pero a mí me enviaron con un equipo que es una mierda, así que ya os lo podéis imaginar.

Después del revelador estallido de Greg, el equipo se quedó en silencio; el humor en la cabina era sombrío. Alana se sentía dividida entre pensar en lo que Greg había dicho y lo que encontrarían cuando llegasen al avión de la secretaria de Estado Katamora. Ambas opciones eran descorazonadoras. No conocía a Fiona Katamora, pero la admiraba muchísimo. Era el modelo que Estados Unidos necesitaba. Pensar que hubiese muerto en un accidente de avión era algo demasiado horrible.

Claro que pensar en las palabras de Greg también dolía, así que decidió que el agente de la CIA estaba en un error. Quién sabía qué experiencias había vivido para estar tan amargado. Christie Valero y Perlmutter le habían dado unas razones muy convincentes. La posibilidad de eliminar las justificaciones que los radicales islamistas utilizaban para dar validez a sus acciones asesinas podía resultar un gran avance en la guerra contra el terrorismo. Más que nunca, estaba segura de que esta misión, aunque iban casi a ciegas, era vital para las conversaciones de paz, y no le importaba lo que Greg hubiese dicho.

Mike los llevó por un cañón entre las colinas donde, gracias a la sombra que daban, se estaba mucho más fresco que en pleno desierto. Recorrieron el sinuoso camino en las estribaciones de las colinas durante casi un kilómetro antes de salir al otro lado. Seguían sin ver ninguna prueba de que el avión de la secretaria de Estado se hubiese estrellado, ya que no había ninguna columna de humo negro que subiese hacia el cielo. A la vista de lo bajo que volaba el avión ya tenía que estar en tierra, así que Alana se permitió la ilusión de pensar que había aterrizado sin más problemas.

Continuaron durante otra hora, conscientes de que en algún lugar habían cruzado una frontera sin marcar y ahora se encontraban ilegalmente en territorio libio. Su único consuelo era que Greg hablaba árabe. Si se encontraban con una patrulla, le correspondería a él aclarar cualquier malentendido.

El desierto subía y bajaba en interminables dunas de arena que desprendían ondulantes cortinas de calor. Hacían que el lejano horizonte pareciese líquido. La camioneta pasó por encima de otra colina, y cuando Mike estaba a punto de iniciar la bajada frenó de pronto.

Puso la marcha atrás y se giró en el asiento para mirar a su espalda.

—¿Qué pasa? —gritó Alana mientras el vehículo bajaba por la ladera que acababan de subir.

La respuesta no se la dio Mike sino Greg.

—¡Una patrulla!

Alana miró hacia delante justo en el momento en el que un vehículo militar pasaba por lo alto de la colina con un soldado asomado en la escotilla del techo de la cabina. Se sujetaba a lo que parecía ser una ametralladora. Con la suspensión muy alta, los neumáticos balón y una cabina cuadrada, parecía el vehículo ideal para el desierto.

—Olvídalo, Mike —gritó Greg por encima del estrépito del motor—. Escapar de ellos solo complicará todavía más las cosas.

Mike Duncan pareció dudar por un momento antes de asentir. Sabía que Chaffee estaba en lo cierto. Levantó el pie del acelerador y pisó el freno. Cuando la camioneta se detuvo, apagó el motor y apoyó las manos en el volante.

El vehículo de la patrulla libia se detuvo a una distancia de veinte metros, para dar al soldado en la escotilla una posición óptima para vigilarlos. Se abrieron las puertas de atrás y cuatro soldados vestidos con uniformes de camuflaje salieron a toda prisa, con los AK preparados.

Alana nunca había tenido tanto miedo en su vida. Lo inesperado de la situación la había dejado atónita. Un segundo antes estaban solos y al siguiente les estaban apuntando con un arma. Mejor dicho, con varias armas.

Los soldados libios les gritaban y hacían movimientos con los fusiles para que bajasen del vehículo. Greg Chaffee intentaba hablar con ellos en árabe, pero sus esfuerzos de nada servían. Un soldado retrocedió un paso y disparó. Los proyectiles levantaron granos de arena que el viento disipó.

El ruido era ensordecedor y Alana gritó.

Mike, Greg y Alana levantaron las manos por encima de la cabeza en la señal universal de rendición. Un soldado sujetó a Alana por la muñeca y la sacó de un tirón de la cabina. Mike fue a protestar por la rudeza del tratamiento pero le descargaron un culatazo en el hombro lo bastante fuerte para entumecerle el brazo.

Alana cayó tendida en la arena, con el orgullo más herido que el cuerpo. Greg saltó del asiento trasero con los brazos bien altos.

—Por favor —dijo en árabe—, no sabíamos que estábamos en territorio libio.

—Háblales del avión —le pidió Alana, que se había levantado y se estaba quitando la arena de los fondillos.

—De acuerdo. —Chaffee se dirigió de nuevo a los soldados—. Vimos un avión que parecía a punto de estrellarse. Intentábamos averiguar si así había sido.

Aunque ninguno de ellos llevaba insignias en los uniformes, uno de los soldados destacaba como su jefe.

—¿Dónde lo vieron? —preguntó.

Greg se tranquilizó un poco al ver que había iniciado un diálogo.

—Formamos parte de una expedición arqueológica que está trabajando al otro lado de la frontera, en Túnez. El avión voló por encima de nosotros a una altura de unos trescientos metros.

—¿Vio que el avión se estrellara? —preguntó el soldado sin afeitar.

—No vimos nada. Creemos que quizá encontró algún lugar donde aterrizar, porque no hemos visto humo.

—Ésa es una buena noticia para ustedes —fue la respuesta del libio.

—¿Qué significa esto? —preguntó Greg.

El libio no hizo caso de la pregunta y se acercó a su vehículo. Volvió un momento más tarde con algo en las manos. Ninguno de los estadounidenses supo qué era hasta que se lo dio a uno de sus hombres. Esposas.

—¿Qué hace? —preguntó Alana en inglés mientras uno de los soldados la sujetaba por los hombros desde atrás—. No hemos hecho nada malo.

Cuando el acero caliente se cerró alrededor de las muñecas se volvió para escupirle al rostro. El hombre respondió con un bofetón que la arrojó al suelo.

Mike apartó al soldado que iba a esposarlo, pero no había dado más de dos pasos hacia donde Alana yacía aturdida, cuando el jefe del grupo reaccionó de manera todavía más agresiva. Desenfundó la pistola que llevaba sujeta a la cadera y con toda la calma descerrajó un balazo entre los ojos del petrolero.

La cabeza de Mike Duncan se movió hacia atrás y su cuerpo cayó a medio metro de Alana. Mareada por el golpe, no pudo hacer otra cosa que mirar el tercer ojo en la frente de Mike. Un reguero de líquido negro brotó de él.

Sintió que la ponían de pie pero no pudo hacer nada para resistirse o ayudar mientras la metían en la parte de atrás del vehículo militar. Greg Chaffee también parecía conmocionado cuando lo sentaron en el asiento a su lado. En el interior hacía

calor, más calor incluso que en el desierto, pero todavía fue peor cuando un soldado le tapó la cabeza con una bolsa de tela oscura.

La tela absorbía las lágrimas de Alana Shepard tan pronto como escapaban de sus ojos.

*Hotel Corinthia Bab Africa,
Trípoli, Libia*

El embajador Charles Moon se levantó de detrás de su mesa en cuanto su secretario abrió la puerta del despacho y se *hizo* a un lado. En una muestra de respeto, Moon recibió a su invitado a medio camino.

—Ministro Ghami, le agradezco que encontrase un momento en su apretada agenda para venir a verme en persona. —El tono de Moon era grave.

—En un momento como este, el presidente Gadafi desearía expresarle personalmente la preocupación de nuestro gobierno, pero los asuntos de Estado no esperan. Por favor, acepte mi humilde presencia como testimonio de que compartimos su ansiedad por este desastroso acontecimiento. —Le tendió la mano.

El embajador estadounidense se la estrechó y señaló los sofás junto a la cristalera que se abría a las resplandecientes aguas del Mediterráneo. En el horizonte, un buque cisterna navegaba hacia el oeste. Los dos hombres tomaron asiento.

Moon era de estatura baja y llevaba su traje como si fuese un saco de arpillera. El ministro de Asuntos Exteriores libio medía un metro ochenta de estatura con un rostro apuesto y un peinado impecable. Su traje tenía el corte distintivo de Savile Row, y sus zapatos mostraban un brillo de espejo. Su inglés era casi perfecto; solo con un muy ligero acento que se añadía a su refinamiento urbano. Cruzó las piernas y se acomodó el pantalón para que la tela tuviese la caída apropiada.

—Mi gobierno quiere informarle de que hemos enviado equipos de búsqueda y rescate a la zona, además de aviones. No nos detendremos hasta saber exactamente qué le sucedió al avión de la secretaria de Estado Katamora.

—Se lo agradecemos, ministro Ghami —respondió Charles Moon formalmente. Diplomático de carrera, Moon sabía que el tono y el timbre de la conversación eran tan importantes como las palabras—. La respuesta de su gobierno a esta crisis es todo lo que podíamos desear. Su visita me confirma su sincera preocupación por lo que podría acabar siendo una terrible tragedia.

—Sé que la cooperación entre nuestras dos naciones apenas está en sus inicios. —Ghami hizo un amplio gesto que abarcaba la habitación—. Su embajada ni siquiera dispone de un edificio y debe trabajar en una habitación de hotel, pero no deseo que esto interfiera de ninguna manera en lo que está siendo una muy exitosa colaboración.

—Desde mayo de 2006, cuando restablecimos las relaciones diplomáticas, no hemos recibido más que apoyo de su gobierno, y en este momento no creemos que haya ocurrido nada digamos... deliberado. —Enfatizó la palabra y para recalcar el

mensaje añadió—: A menos que surjan a la luz nuevas informaciones, consideramos lo ocurrido como un trágico accidente.

Esta vez le tocó a Ghami asentir. Mensaje recibido.

—Un trágico accidente, desde luego.

—¿Hay algo en lo que mi gobierno pueda ayudarlos? —preguntó Moon, aunque ya sabía la respuesta—. El portaaviones *Abraham Lincoln* está ahora mismo en Nápoles, y podría colaborar en la búsqueda en un par de días.

—Nada me gustaría más que aceptar su amable oferta, embajador. Pero creemos que nuestros equipos de búsqueda militares y civiles se bastan para la tarea. No quiero ni pensar en las consecuencias diplomáticas si ocurriese otro accidente de aviación. Además, el pueblo de Libia no ha olvidado la última vez que los aviones de guerra estadounidenses volaron en nuestro cielo.

Se refería a los ataques aéreos efectuados por los bombarderos FB-111 de la fuerza aérea y los aparatos de los portaaviones el 14 de abril de 1986, que habían arrasado varios cuarteles militares y dañado gravemente el sistema de defensa antiaéreo libio. Los ataques habían sido la respuesta a una serie de atentados terroristas en Europa que Estados Unidos había relacionado con un grupo respaldado por Libia. El gobierno de Trípoli había negado cualquier participación, pero la realidad era que no hubo más atentados hasta que al-Qaida apareció una década más tarde.

Ghami esbozó una sonrisa.

—Por supuesto, aceptamos que algunos de sus satélites espías vuelvan a sobrevolar nuestra nación. Si encuentran el aparato no protestaremos por la fuente de dicha información, siempre y cuando ustedes decidan compartirla. —Moon iba a protestar, pero el libio se lo impidió con un gesto—. Por favor, señor embajador, no es necesario que haga ningún comentario.

Moon sonrió por primera vez desde que el transpondedor del avión de Fiona Katamora se había quedado en silencio doce horas atrás.

—Sólo iba a decir que por supuesto compartiremos dicha información.

—Hay otra cuestión de la que deberíamos hablar —dijo Ghami—. En este momento, por supuesto con su aprobación, no veo ningún motivo para cancelar o siquiera aplazar la conferencia de paz prevista.

—He hablado con el presidente esta mañana —le informó Moon—, y ha expresado el mismo sentimiento. Si, Dios no quiera, ha ocurrido lo peor, sería hacer un flaco servicio a la memoria de la secretaria de Estado Katamora cancelar lo que ella creía que sería la mejor oportunidad para conseguir la estabilidad en la región. Creo que ella más que nadie querría que siguiésemos adelante.

—En el caso de que, como usted acaba de decir, haya ocurrido lo peor, ¿sabe quién representaría a su gobierno en la conferencia?

—No puedo responderle. El presidente ni siquiera ha pensado en ello.

—Lo comprendo perfectamente —manifestó Ghami.

—La secretaria de Estado Katamora y él estaban muy unidos.

—Me lo imagino. Por lo que he leído y he visto en las noticias era una mujer notable. Perdón, es una mujer notable. —Ghami se levantó, irritado por su error—. Señor embajador, no lo entretendré más. Solo quería expresarle con mi presencia nuestra preocupación y darle mi palabra de que en cuanto sepa algo lo llamaré, no importa qué hora sea.

—Se lo agradecería mucho.

—Desde mi punto de vista personal, Charles —Ghami utilizó el nombre de pila con toda intención—, si esta es la voluntad de Alá, desde luego no la comprendo.

Moon reconoció que solo el sentimiento más sincero podía llevar a Ghami a insinuar que ponía en duda la voluntad de su Dios.

—Muchas gracias.

El embajador estadounidense acompañó al ministro de Asuntos Exteriores libio hasta los ascensores. Como si acabase de ocurrírsele, Moon preguntó:

—Si se encuentran los restos, ¿cómo debemos proceder?

—No lo entiendo.

—Si se estrelló, mi gobierno sin duda solicitará que se permita a un equipo de expertos estadounidenses que inspeccionen los restos en el lugar. El personal de la National Transportation Safety Board es experto en determinar con precisión las causas de que un avión se estrelle.

—Sí, ya lo entiendo. —Ghami se rascó la barbilla—. Aquí también tenemos especialistas que realizan la misma función. No creo que vaya a ser un problema. Sin embargo, tendré que consultarlo con el presidente.

—Muy bien. Muchas gracias.

En cuanto Moon regresó a su despacho, llamaron a la puerta.

—Adelante.

—¿Qué opina? —preguntó Jim Kublicki, el jefe de la sección de la CIA en la embajada. Kublicki, una vieja estrella de fútbol universitario, llevaba quince años en la agencia. Era casi tan alto como el marco superior de la puerta, lo cual le había impedido ser un agente de operaciones encubiertas, ya que destacaba en cualquier lugar, pero era un administrador competente, y los cuatro agentes asignados a la embajada lo respetaban y lo apreciaban.

—Si están relacionados de alguna manera, Ali Ghami no participa en el juego —señaló Moon.

—Por lo que he oído, Ghami es la niña de los ojos de Gadafi. Si son ellos los que derribaron el avión, lo sabría.

—Pues mi instinto me dice que los libios no tuvieron nada que ver, así que sea lo que sea lo que ocurrió fue un accidente.

—Nunca lo sabremos a ciencia cierta hasta que encontremos los restos y un equipo nuestro lo examine.

—Por supuesto.

—¿Le ha preguntado si podemos traer a un equipo de la NTSB?

—Lo he hecho. Ghani ha aceptado, si bien quiere hablarlo con Gadafi. Creo que Ghani no estaba preparado para la pregunta y quiere disponer de un poco de tiempo para ver cómo acepta sin admitir que nuestros hombres son mejores. No se pueden permitir el desliz diplomático de rechazar.

—Si lo hacen, desde luego nos diría algo —manifestó Kublicki dando muestras de la paranoia propia de los servicios de inteligencia—. ¿Cómo es en persona, me refiero a Ghani?

—Ya había tratado con él anteriormente, por supuesto, pero esta vez he conocido mejor al hombre que se esconde tras las cortesías diplomáticas. Es encantador y amable, incluso en estas circunstancias. Yo diría que se siente muy perturbado por lo ocurrido. Se está jugando su reputación en esta conferencia, y no quiere fracasar antes de que comience. Está muy alterado. Cuesta creer que un régimen como este pueda tener a alguien como él.

—Gadafi vio las orejas al lobo en cuanto derribamos a Sadam Husein. ¿Cuánto tiempo transcurrió desde que lo sacamos de aquel agujero hasta que los libios aceptaron abandonar su programa nuclear y renunciar al terrorismo?

—Si no recuerdo mal, unos pocos días.

—Ya lo ve. Un leopardo puede cambiar sus manchas en cuanto ve las consecuencias de tocarle las narices a Estados Unidos.

Las comisuras de los labios de Moon se curvaron hacia abajo. No le gustaba el patriotismo, y desde el principio se había opuesto a la invasión de Irak, si bien aceptaba que sin ella la cumbre de paz quizá nunca se habría convocado. Se encogió de hombros. ¿Quién lo sabía? Los acontecimientos se habían desarrollado de aquella manera y ahora de nada servía recordar acciones pasadas.

—¿Se ha enterado de algo? —preguntó a Kublicki.

—La National Reconnaissance Office ha desviado del Golfo a uno de sus pájaros espía para cubrir el desierto occidental de Libia. Los especialistas en imágenes ya tienen las primeras fotos. Si el avión está allí, lo encontrarán.

—Estamos hablando de miles y miles de kilómetros cuadrados —le recordó Moon—, y hay una parte muy montañosa.

Kublicki no le dio importancia.

—Esos satélites pueden leer los números de una matrícula desde mil seiscientos kilómetros de altura.

Moon estaba demasiado preocupado por la situación para señalarle que leer los detalles de un blanco específico no tenía ninguna relación con buscar algo en una zona del tamaño de Nueva Inglaterra.

—¿Tiene algo más para mí?

Al comprender que se estaba despidiendo de él, Kublicki se levantó.

—No, señor. Ahora solo es cuestión de esperar y ver.

—Muy bien, gracias. ¿Puede decirle a mi secretaria que me traiga una aspirina?

—Por supuesto. —El agente salió de la oficina.

Charles Moon se apretó las sienes con los pulgares. Desde que se había enterado de la desaparición del avión había conseguido mantener controladas sus emociones, pero el cansancio comenzaba a resquebrajar su fachada profesional. Tenía muy claro que si Fiona Katamora había muerto, la conferencia de paz de Trípoli nunca llegaría a buen puerto. Había mentido a Ali Ghani. El presidente y él habían hablado de quién representaría a Estados Unidos. El primer mandatario le había dicho que enviaría al vicepresidente, ya que un subsecretario no tenía suficiente peso. El problema era que el vicepresidente era un congresista joven y apuesto que había formado parte de la candidatura electoral únicamente para equilibrarla. Carecía de experiencia diplomática y, todos estaban de acuerdo, tampoco tenía una pizca de cerebro.

En cierta ocasión en la que el vicepresidente se reunió con los representantes kurdos en una fiesta en la Casa Blanca no dejó de hacer chistes malos sobre «pillar una curda». En una cena de Estado ofrecida al presidente chino, señaló al mandatario una naranja china y con todo descaro le preguntó: «¿Cómo llaman a la naranja china en China?». También corría por internet un videoclip de gran éxito en el que aparecía mirándole los pechos a una actriz y lamiéndose los labios. Charles Moon no era muy dado a la oración, pero de pronto sintió la necesidad de ponerse de rodillas y suplicarle a Dios por la vida de Fiona. También quería rezar por los centenares, los miles de personas que continuarían muriendo en aquel ciclo de violencia, al parecer interminable, si ella había desaparecido.

—Su aspirina, señor embajador —dijo la secretaria.

Moon la miró.

—Deje el frasco, Karen. Voy a necesitarlo.

Tan pronto como se abrieron las puertas de latón pulido del ascensor en la cubierta inferior del *Oregon*, Juan Cabrillo notó en su pecho el impacto de las ondas sonoras. No eran los revolucionarios motores del barco los que producían aquel redoblar en el pasillo, sino lo que debía de ser el equipo de estéreo más caro que podía llevar un barco. Para él, la música que llegaba del único camarote que había en esa sección del carguero era como una continua explosión acompañada por una voz que parecía imitar los maullidos de diez gatos que estuvieran luchando dentro de un saco. Los aullidos bajaban y subían sin ninguna relación con el ritmo, y cada pocos segundos escapaba de los amplificadores un alarido.

El gusto musical de Mark Murphy, si a eso se le podía llamar música, era el motivo principal de que no hubiese más camarotes en esa parte del *Oregon*.

Cabrillo se detuvo al llegar a la puerta abierta. Los miembros de la corporación habían recibido generosas aportaciones para que decoraran sus camarotes como más les gustase. El suyo estaba hecho con diversas maderas exóticas y parecía más la habitación de una mansión inglesa que un camarote. Franklin Lincoln, que había sufrido muchas privaciones cuando crecía en las calles de Detroit y había pasado veinte años en la Marina durmiendo allí donde le decían, había equipado su camarote simplemente con un catre, un zapatero y un armario metálico. El resto del dinero lo gastaba en su Harley. El de Max era un batiburrillo de muebles desparejos que parecían comprados en la liquidación de alguna ONG.

Después estaban el de Mark y el de su compinche, Eric Stone. El camarote de Eric era la fantasía de cualquiera de esos tipos fascinados por la tecnología y la informática a los que dan el nombre de *geek*, con todas las consolas de videojuegos y controladores imaginables. Los mamparos estaban cubiertos con fotografías de chicas despampanantes y pósters de juegos. Centenares de metros de cables se entrecruzaban en el suelo de goma. La cama era un verdadero revoltijo de sábanas y mantas amontonadas en un rincón.

A Mark le había dado por la vena minimalista. Había pintado los mamparos de su camarote de un color gris mate, con una moqueta a juego. En uno de ellos, docenas de pantallas planas formaban un panel de casi seis metros de ancho. Había dos sillones de cuero, una cama grande y una cómoda. El elemento dominante eran los altavoces. Los cuatro tenían una altura de dos metros diez y se parecían al museo Guggenheim diseñado por Frank Gehry en Bilbao. Mark afirmaba que los ángulos agudos en un sistema de altavoces afectaban la calidad del sonido. Aunque a la vista de la porquería que escuchaba, Juan no tenía claro cómo su joven especialista en armamentos podía saberlo.

Murphy y Stone estaban ante las pantallas de vídeo, atentos a las imágenes de satélite que les proporcionaba Langston Overholt. Mientras el *Oregon* navegaba a toda máquina hacia Libia, Cabrillo había cerrado un trato con Lang para actuar como un grupo encubierto de busca y rescate y había empezado a informar a su gente de con qué podrían encontrarse al llegar a su destino. También había pedido las imágenes de satélite sin procesar que estaba seguro de que la NRO había conseguido a las pocas horas de la desaparición de la secretaria de Estado Katamora.

Mark y Eric habían modificado el *software* de los patrones de reconocimiento básicos para que los ayudara a buscar la imagen de un avión caído. La NRO tenía a docenas de personas haciendo lo mismo, con un equipo y un *software* mucho más avanzado del que estaba a disposición de su gente, pero Juan confiaba en que encontrarían primero al 737.

Juan encendió la luz para llamar su atención.

Murphy apuntó el mando a distancia al equipo estéreo y apagó los altavoces.

—Muchas gracias —dijo Juan—. Solo para evitar que por error compre ese CD, ¿quiénes son?

—Las Musas Vomitonas —contestó Mark como si Cabrillo tuviese que saberlo.

—Perfecto. Ya no cometeré ese error.

Mark vestía unos vaqueros andrajosos y una camiseta que llevaba la leyenda Pedro for president. Su cabellera parecía las crines de un caballo y, para sorpresa de Juan, se había afeitado los cuatro pelos que él llamaba barba. Eric, como siempre, vestía una camisa de manga larga y un pantalón de loneta.

Cabrillo se tocó la barbilla.

—Ya era hora de que te quitases ese pajarraco muerto de la cara.

—La chica con la que chateo opina que estoy mejor sin barba. —Después de la reprimenda del director por el error cometido en Somalia, la insolencia de Mark ya había vuelto. Sam Pryor, el mecánico herido, había dicho que no le guardaba ningún rencor, pero que convertiría a Murphy en su esclavo en cuanto saliese de la enfermería.

—Una mujer lista. Cásate con ella. ¿Qué habéis conseguido hasta ahora? Espera. Antes de que respondáis, ¿qué es aquello?

Señaló en la pantalla la zona del mapa en la que el desierto del Sáhara se encontraba con el Mediterráneo, a unos ochenta kilómetros al oeste de Trípoli y sus suburbios. Allí donde la costa era un trazo bastante regular, había una zona en la que el mar entraba tierra adentro en un rectángulo perfecto. No había duda de que se trataba de algo hecho por el hombre y, por la escala en los monitores, enorme.

—Es una nueva central eléctrica que funciona con las mareas —respondió Eric—. Está en marcha desde hace un mes.

—No creía que el Mediterráneo tuviese mareas con la altura suficiente —murmuró Juan.

—No las tiene, pero la central no necesita el flujo y el reflujo de las mareas. El

lugar donde la construyeron había sido una bahía mucho más angosta y más profunda de lo que es habitual en esta región. Construyeron un muro de contención en la boca y la vaciaron. Luego excavaron el lecho seco para hacerla mucho más ancha y profunda de lo que era originalmente. Hay una serie de compuertas en lo alto del muro. Durante la marea alta, el agua entra por las compuertas, baja por la pendiente del dique y las tuberías la llevan hasta las turbinas para producir electricidad.

—Eso no tiene mucho sentido. Llegará un momento en el que la bahía se llenará de agua. No importa lo grande que la hayan hecho.

—Olvidas la ubicación —dijo Eric con una leve expresión de burla. Cuando había leído por primera vez el proyecto, había comprendido de inmediato cuál era el secreto. Al ver que Juan lo miraba desconcertado, añadió—: El desierto.

El director lo entendió en el acto.

—La evaporación. Brillante.

—El embalse tiene que ser ancho y largo pero no necesariamente profundo. Calcularon los promedios de evaporación para obtener el tamaño adecuado a la cantidad de electricidad que querían producir. Cuando el sol se pone, el lago artificial está casi vacío. Al subir la marea, el agua entra de nuevo y el ciclo se repite.

—¿Qué pasa con...?

—¿El exceso de sal? Se la llevan en camiones por la noche y la venden a municipios europeos, que la utilizan en las carreteras cuando hiela. Una energía limpia y completamente renovable con el añadido de varios millones de dólares al año por la venta de la sal.

—Hay un posible problema —señaló Mark—. Con el paso del tiempo, el exceso de evaporación cambiará los patrones meteorológicos del lugar.

—El informe que leí decía que el riesgo es insignificante —afirmó Eric, que defendió el proyecto ante la habitual paranoia de Mark.

—El informe fue escrito por la compañía italiana que realizó la construcción. Por supuesto, tenían que decir que era despreciable, pero en realidad no lo saben.

—No es nuestro problema —dijo Cabrillo antes de que Mark se lanzara a elucubrar otra de sus supuestas conspiraciones—. Lo importante es encontrar el avión de la secretaria de Estado. ¿Qué tenéis hasta ahora?

Murphy se bebió media lata de Red Bull antes de responder.

—Bien, tenemos dos escenarios. En el primero, el avión estalla en el aire, ya sea debido a un fallo catastrófico, como el TWA 800, sobre la costa sur de Long Island, o por el impacto de un misil, también como el TWA 800, según a quien creas. Si ese último es el caso, tendremos restos dispersos en una superficie de unos doscientos cincuenta kilómetros cuadrados cuando introduzcamos la altura y la velocidad del avión.

—Es casi imposible ver cualquier resto sin tener una idea aproximada de dónde ocurrió —señaló Eric, que se limpió las gafas en el faldón de la camisa.

—Sabemos el momento en el que se apagó la radio y el transpondedor —dijo

Mark—. Una rápida extrapolación del rumbo, la velocidad y la hora estimada de llegada al aeropuerto internacional de Trípoli situaría el acontecimiento apenas pasada la frontera de Túnez, y el aterrizaje forzoso se habría producido en Libia.

—¿Es eso lo que tenéis allí? —preguntó Juan y señaló las imágenes del desierto en las diversas pantallas.

Murphy sacudió su greñuda cabeza.

—No, ya lo hemos comprobado y nada. Vimos una camioneta abandonada y muchas huellas de neumáticos que suponemos dejaron las patrullas de frontera, pero ningún avión.

—Entonces, es una buena noticia —dijo Juan—. El avión no estalló en el aire.

—O tal vez mala —puntualizó Eric—. Dado que no sabemos qué provocó el episodio, resulta mucho más difícil deducir qué pasó. ¿Falló el sistema de oxígeno y mató a la tripulación, de forma que el avión continuó volando hasta quedarse sin combustible? Si ese es el caso, podría haber caído a ochocientos o más kilómetros al este de Trípoli, incluso en el Mediterráneo. También pudieron tener un fallo mecánico. Si ocurrió eso, el avión pudo planear durante muchos kilómetros antes de estrellarse.

—Pero eso no explicaría el silencio de la radio —señaló el director—. La tripulación tendría que haber transmitido una señal de emergencia.

—Ya lo sabemos —admitió Mark, un poco a la defensiva—. Aun así debemos investigar todas las teorías posibles para definir nuestra zona de busca. Es poco probable que la radio se apagara en el mismo momento que los motores, pero cosas más extrañas se han visto. Eso me recuerda una cosa: ¿los federales han hablado con el personal de tierra que hizo la última revisión mecánica del aparato? Quizá lo sabotearon.

—Lang dijo que el FBI está realizando interrogatorios en este mismo momento.

—También tendrían que investigar a la tripulación de vuelo. Uno de ellos podría ser de al-Qaida o algo así.

—Todo el personal de a bordo pertenece a las fuerzas aéreas —respondió Juan—. Dudo que sean una amenaza para la seguridad.

—La CIA dijo lo mismo de Aldridge Ames, y estoy seguro de que el FBI investigó a Robert Hanssen. —A pesar de su genial intelecto, o quizá debido a ello, a Murphy le encantaba señalar los errores de los demás—. No hay ninguna razón para que a un tipo de las fuerzas aéreas no puedan sobornarlo. Pudo haber llevado el avión hasta alguna remota base libia, donde ahora mismo podrían estar torturando a la secretaria de Estado. —Miró a Eric, con los ojos brillantes por la inspiración—. ¿Qué te apuestas a que ahora le están haciendo el submarino? Dio resultado con los tipos que tenemos en Guantánamo, ¿verdad? Tal vez le han conectado electrodos al...

—Caballeros, no adelantemos acontecimientos —interrumpió Juan antes de que comenzasen a citar otras técnicas de tortura más espantosas.

—Oh, lo siento —murmuró Eric, aunque había permanecido en silencio durante

las explicaciones de Mark—. Veamos, en el caso de que los dos motores hubiesen fallado, hemos incorporado al cálculo la velocidad, la altura y un descenso de quinientos metros por minuto. Eso nos da una zona de impacto de poco más de doscientos kilómetros cuadrados.

—¿Es eso lo que sale en la pantalla? —preguntó Cabrillo.

—No exactamente —contestó Eric.

Mark se adelantó a las siguientes palabras de su compañero.

—Verás, tuvimos que considerar la posibilidad de que fallaran los motores y se apagara la radio, pero no tardamos en descartarlo y entonces se nos ocurrió algo mejor.

Juan comenzaba a perder la paciencia con aquellos dos cerebritos, pero se calló. Sabía que a Murphy y a Eric les encantaba hacer gala de su gran intelecto, y no iba a privarlos de esa diversión.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta?

—La cola del avión se desprendió.

—O al menos una parte —lo corrigió Eric.

—Un fallo estructural en la cola podría haber dañado las antenas de radio, lo que explicaría el silencio —continuó Mark—. También podría haber acabado con el transpondedor en el mismo momento.

—Según fuese la magnitud del daño —prosiguió Eric—, el avión aún pudo volar cierta distancia. Aunque se habría vuelto muy inestable y el piloto habría tenido un control mínimo sobre él. Solo hubiese podido pilotarlo alternando los motores.

—El mayor riesgo se debe a que el 737 no dispone del mecanismo de descarga de combustible. El piloto hubiese tenido que volar en círculos, para quemar el combustible, o arriesgarse a aterrizar con demasiado peso. —Juan se dispuso a formular una pregunta, pero Mark se le adelantó—. Repostaron en Londres, cuando hicieron una escala para una rápida reunión con el ministro de Asuntos Exteriores inglés. Según mis cálculos, les quedaba combustible para más de una hora después de que se cortaran las comunicaciones.

—Incluso con los aceleradores al mínimo, pudo haber volado otros trescientos kilómetros —señaló Cabrillo.

—Pero no lo hicieron —manifestó Eric—, o habrían intentado un aterrizaje de emergencia en Trípoli.

—Bien visto. Entonces, ¿dónde demonios están?

—Hemos combinado los dos posibles escenarios. El fallo de los motores y la pérdida de la cola —dijo Mark, orgulloso—. Es verosímil. Poco probable, pero podría ser. Eso reduciría nuestra zona a unos doscientos sesenta kilómetros cuadrados. Encontramos un lugar posible, pero resultó ser una formación geológica con la vaga silueta de un aeroplano. —Señaló la pantalla central—. Después, encontramos eso.

Juan se adelantó. La pantalla mostraba una zona montañosa, casi inaccesible para

cualquier cosa que no fuese un helicóptero o un vehículo de doble tracción. Mark pulsó un botón en el panel de control y amplió la imagen.

—Allí está —susurró el director.

Cerca de la cumbre de una de las montañas estaba el avión, o lo que quedaba de él. La zona del impacto se extendía casi un kilómetro por la ladera. Vio las marcas donde había hecho el primer contacto; después rebotó y cayó de panza, destrozándose en el arrastre hasta detenerse. El fuego había quemado el suelo entre el segundo impacto y los restos. El fuselaje, del que al menos quedaban enteros unos dos tercios, era un tubo carbonizado rodeado de trozos de alas. Uno de los motores estaba a unos treinta metros del avión. Juan no vio el segundo.

—¿Alguna señal de supervivientes? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—Lo siento, jefe —contestó Eric—. Si están allí, no han hecho nada para pedir socorro. El señor Overholt ha dicho que recibiríamos otro juego de imágenes del satélite dentro de unas diez horas. Las compararemos para ver si ha cambiado algo en el lugar. Pero ya lo ves. No parece probable que alguien haya podido sobrevivir a un impacto como ese, y menos con el incendio.

—Tienes razón. Lo sé. Solo que no me gusta. Fiona Katamora era uno de los buenos. Es una maldita pena que haya tenido que morir así. Sobre todo cuando faltaba tan poco para la conferencia de paz. —La certeza de que estaba muerta era como una pesada piedra en la boca del estómago de Cabrillo—. De todos modos, os felicito, muchachos, habéis hecho un buen trabajo encontrando los restos. Mandadme una nota a mi ordenador con las coordenadas exactas para que pueda transmitir las. No tiene sentido que los especialistas del gobierno pierdan el tiempo buscando si nosotros ya lo hemos encontrado. Estoy seguro de que Lang querrá que investiguemos el lugar antes de pasar la información a los libios. Por cierto, ¿dónde están buscando?

—Están a unos centenares de kilómetros del lugar —dijo Mark—. Si quieres mi opinión, solo están haciendo el paripé. Saben que tenemos los satélites, así que se limitan a dar vueltas hasta que nuestro gobierno les diga dónde deben mirar.

—Es probable que estés en lo cierto —asintió Juan—. De todas maneras, tenemos que llegar hasta allí, y no podemos utilizar el helicóptero, así que trazad una ruta para el Pig.

—A Max no le gusta que lo llames así —le recordó Eric.

—Él fue quien le puso el ridículo nombre de Powered Investigator Ground que no puede ser más ridículo, así que nosotros lo llamamos Pig^[1]. Si cerraba los ojos, podía imaginar el terror que debieron de sentir cuando el avión estaba a punto de estrellarse contra la ladera. Se preguntó cuáles fueron los últimos pensamientos de Fiona Katamora. Solo protesta por el apodo porque le gusta protestar.

—Juan intentó utilizar un tono divertido, pero sus pensamientos permanecían con las víctimas del accidente aéreo.

Una hora más tarde estaba solo en su camarote, sentado con los pies encima de la

mesa y un puro cubano en la mano. Observaba cómo el humo ascendía poco a poco hasta el techo artesonado. Todo estaba preparado para su llegada a Trípoli la noche siguiente. Se había puesto en contacto con un oscuro personaje en Nicosia, Chipre, apodado L'Enfant, un hombre que Juan no conocía pero que tenía contactos por todo el Mediterráneo. Por cierta cantidad de dinero, había solucionado todo el papeleo de la aduana para poder descargar el Pig. También había conseguido los visados para el equipo que Cabrillo se llevaría con él a las montañas. Langston había insistido hasta la saciedad en que debían comprobar que la secretaria de Estado estaba muerta.

Juan detestaba buscar entre los restos, pero era imprescindible tener la seguridad absoluta.

Miró de nuevo la copia en papel que tenía sobre la mesa de la imagen tomada por uno de los satélites. Había algo en la dispersión de los restos que le inquietaba, aunque no lograba saber qué era. Buscó en internet fotografías de aviones estrellados pero no vio ninguna discrepancia notable. No había dos accidentes aéreos idénticos, pero tampoco encontró nada que fuese muy obvio a primera vista. Sin embargo, había algo.

Dado que Cabrillo hablaba con fluidez el árabe, no tenía nada de particular que hubiese estado en Libia durante sus años con la CIA. Aunque las dos misiones que le habían asignado no eran nada extraordinario. Una había sido ayudar a un general y a su familia a escapar del país. En la segunda había mantenido un encuentro secreto con un científico que afirmaba conocer el programa de fabricación de armas de destrucción masiva de Gadafi. Al final, resultó que el tipo no tenía ninguna información útil, así que fue una pérdida de tiempo. A Juan le habían gustado las personas a las que había conocido, pero intuyó que pese a su desencanto con el gobierno, el miedo a la represión les impedía hacer algo al respecto. Así era la vida en un estado policial.

Se preguntó si eso había cambiado. ¿Libia se abría realmente a Occidente o seguía viéndolo como un enemigo? Hasta donde él sabía, ambas facciones coexistían en las altas esferas del poder. De todas maneras, tomó una decisión. No creería que lo ocurrido al avión de Katamora había sido un accidente hasta que no escuchara las grabaciones de la caja negra. Tampoco iba a creer que estuviese muerta hasta que no viera los resultados de las muestras de ADN que Langston seguramente querría que recogieran.

Había destacado como agente de la CIA porque tenía buen olfato y confiaba en él. Y le había ido incluso mejor en la corporación por ese mismo motivo.

Algo no encajaba y él estaba decidido a descubrir qué era.

Resultó que el práctico asignado para llevar el *Oregon* al puerto de Trípoli era su contacto. Se trataba de un hombre afable, de mediana estatura, con una abundante cabellera rizada donde solo se veían unas pocas canas. Sus cejas formaban una línea continua, y uno de los incisivos estaba partido. Se lo tocaba con la lengua cuando no hablaba, así que Cabrillo dedujo que se lo había roto hacía poco. También vio huellas de un morado en una de las comisuras, lo que reforzó su suposición.

El hombre explicó que hacía aquello porque necesitaba más dinero para cuidar de su numerosa familia. Su cuñado había perdido su trabajo de obrero de la construcción en Dubai, así que la familia se había mudado a su casa. Sus padres también vivían, bendito fuera Alá, pero se llevaban la parte del león de sus ingresos. Además, pronto tendría que pagar dos celebraciones de boda. Y por si todo eso fuera poco, debía contribuir al mantenimiento de varias tías, tíos y primos.

Toda esa información le llegó en el tiempo que tardaron en ir desde la cubierta hasta al camarote de Juan en la superestructura.

—Desde luego es usted un hombre honorable, señor Assad —manifestó Juan con el rostro imperturbable. No había creído ni una palabra. Sospechaba que las ganancias de la corrupción de Assad servían para mantener a una amante, y o ella o la esposa le habían dado un puñetazo lo bastante fuerte como para partirle el diente.

El piloto hizo un gesto con la mano y el cigarrillo que sujetaba entre los dedos se movió como un meteorito en el camarote en penumbra. El sol ya se había puesto y, dada la distancia que separaba al *Oregon* del puerto, apenas se filtraba un poco de luz de la ciudad por el ojo de buey sucio de sal. Juan solo había encendido la bombilla de baja potencia de la lámpara del escritorio. Se había disfrazado un poco —una peluca oscura, gafas y unos rellenos en la boca para abultar el rostro—, pero de todos modos no quería que Assad lo viese bien, aunque sabía por experiencia que los hombres como Assad nunca querían mirar bien a nadie.

—Debemos hacer lo necesario para salir adelante —pontificó Assad. Dejó un maltratado maletín de cuero sobre la mesa de Cabrillo y lo abrió—. Nuestro amigo común en Chipre me dijo que deseaba descargar un vehículo y que necesitaba visados y sellos para tres hombres y una mujer. —Sacó un puñado de documentos y también un sello de aduanas. Juan conocía la rutina, así que le dio cuatro pasaportes. Provenían del taller de magia de Kevin Nixon y, excepto las fotografías, no contenían ninguna información correcta del equipo que acompañaría a Cabrillo al desierto.

Al práctico le llevó unos pocos minutos escribir los nombres, números y otras informaciones antes de sellar una página de cada uno de los pasaportes y devolvérselos. Luego, entregó a Juan unos documentos.

—Entregue esto a los inspectores de aduanas. Son los papeles por el camión. Y

estas —sacó dos placas de matrícula y las dejó sobre la mesa— le facilitarán mucho viajar por mi país.

Cabrillo se evitaría la molestia de tener que robar las matrículas de un vehículo en la ciudad.

—Muy amable de su parte. Gracias.

—Lo más importante en cualquier negocio —dijo el libio con una sonrisa— es el servicio al cliente, ¿no cree?

—Por supuesto —asintió Juan.

—¿Qué tal se le da recordar números?

—¿Perdón?

—Números. Voy a darle el número de un móvil, pero no quiero que lo escriba.

—Ah. Muy bien. Adelante.

Assad recitó una serie de números.

—Dé a la persona que responda un número donde se le pueda encontrar y yo lo llamaré al cabo de una hora. —Assad se rió—. Siempre que no esté con mi esposa.

Juan sonrió como se esperaba al escuchar el chiste.

—Estoy seguro de que no necesitaremos de nuevo sus servicios, pero una vez más, gracias.

La afabilidad del práctico desapareció de pronto y sus ojos se entornaron debajo de la única ceja.

—No veo cómo tres hombres y una mujer en un camión pueden representar un peligro para mi país, pero si escucho en las noticias algo que me haga sospechar, no vacilaré en ponerme en contacto con las autoridades. Sé cómo evitar verme mezclado en cualquier asunto.

Juan no se molestó ante la advertencia. La esperaba, ya que la había escuchado de docenas de hombres como ese a lo largo de los años. Algunos tenían la capacidad de cumplirla. Assad podía ser uno de ellos. Tenía todo el aspecto. Juan sabía que lo siguiente, si Assad correspondía al modelo, sería un breve interrogatorio.

—Supongo que el gobierno estadounidense debe de estar muy inquieto por la muerte de la secretaria de Estado —comentó Assad.

A Juan le encantaba no equivocarse.

—No me cabe la menor duda. Pero, como habrá visto por mi pasaporte, soy ciudadano canadiense. No tengo ningún control sobre lo que ocurre con nuestro vecino del sur.

—De todos modos, deben de estar muy ansiosos por encontrar los restos del aparato.

—Estoy seguro de que sí. —Cabrillo mantenía el rostro de un jugador de póquer profesional.

—¿De dónde es usted? —soltó Assad de pronto.

—De Saint John.

—Eso está en Nueva Escocia.

—En Terranova.

—Ah, parte de la península de Gaspé.

—Es una isla.

Assad asintió. Había aprobado el examen. Podía ser verdad que el capitán fuese ciudadano canadiense.

—Quizá su gobierno está dispuesto a ayudar a sus amigos del sur en este asunto —manifestó.

Juan comprendió que Assad necesitaba tener la garantía de que habían ido allí por el accidente aéreo y no por otra cosa. Era la única suposición lógica que Assad podía hacer, dado el momento de su llegada, y el director no veía ningún motivo para negar al libio un poco de tranquilidad.

—Estoy seguro de que están dispuestos a prestar toda la ayuda posible.

La sonrisa de Assad reapareció.

—El ministro Ghami apareció anoche en televisión. Pidió que las personas que tuviesen cualquier información sobre el accidente se presentaran de inmediato. Por el interés de todos es necesario encontrar el avión.

—Eso creo —dijo Juan. Comenzaba a cansarse de las preguntas de Assad. Abrió el cajón de la mesa. Assad se inclinó hacia delante cuando Cabrillo sacó un sobre abultado—. Creo que esto cubre nuestra transacción.

Se lo tendió. Assad lo guardó en el maletín sin abrirlo.

—Nuestro amigo común en Chipre me dijo que es usted un hombre honorable. Aceptaré su palabra y no contaré el dinero.

Juan hizo lo imposible por no reír. Sabía muy bien que antes de llevar el *Oregon* al muelle, lo habría contado dos veces.

—Antes ha dicho que lo más importante es la atención al cliente. Yo añadiría que también la reputación.

—Muy cierto. —Ambos hombres se levantaron y se estrecharon las manos—. Ahora, capitán, si tiene la bondad de conducirme hasta el puente, no lo entretendré más.

—Será un placer.

Cabrillo siempre había sostenido la teoría de que el crimen organizado se había iniciado en los muelles de los viejos marineros fenicios cuando una pareja de estibadores robó un ánfora de vino. Imaginaba que habían dado un par de copas a los guardias, para que mirasen a otro lado, y también creía que alguien los había visto y los había extorsionado para que robasen más. Aquel sencillo acto incluía los tres elementos necesarios para una organización criminal: los ladrones, los guardias corruptos y un jefe que reclamaba un tributo. Lo único que había cambiado en los miles de años transcurridos desde entonces era la escala del robo. Los puertos eran mundos cerrados y, por muy autoritario que fuese el gobierno local, mantenían un

grado de autonomía que solo los corruptos podían explotar a fondo.

Lo había visto una y otra vez durante sus años en el mar, y había utilizado la corrupción de los puertos para entrar en los bajos fondos en varias ciudades durante sus servicios en la CIA. Con tantos productos que entraban y salían, los puertos eran el sitio ideal para robar. No tenía nada de particular que la mafia hubiese invertido tanto en el sindicato de estibadores en sus días de gloria.

La utilización de contenedores había disminuido en parte los pequeños robos, debido a que los productos estaban encerrados en cajones metálicos. Pero, muy pronto, los jefes descubrieron que también podían robar contenedores enteros.

Juan estaba en el puente, mirando el muelle, con Max Hanley a su lado. El humo aromático que escapaba de la pipa de Max ayudaba a disimular el olor de combustible y de pescado podrido que inundaba el puerto. Al otro lado del amarre, una grúa móvil estaba cogiendo un contenedor de un barco de cabotaje. No había luces en la grúa, y las lámparas en el brazo estaban apagadas. El remolque que esperaba la carga ni siquiera tenía encendidos los faros. Una solitaria linterna que sujetaba un tripulante cerca del contenedor daba a la escena algo de luz. El señor Assad había desembarcado del *Oregon* para ir a supervisar la descarga. Cabrillo apenas veía su silueta, junto al capitán del barco. Estaba demasiado oscuro para ver el intercambio del sobre, pero Eric había informado del movimiento después de verlo a través de una de las cámaras del *Oregon*.

—Parece que L'Enfant conoce a sus hombres —comentó Max—. Nuestro señor Assad es un tipo muy atareado.

—¿Qué era aquello que decía Claude Rains en *Casablanca*: «Solo soy un pobre oficial corrupto»?

Sonó la radio de Cabrillo.

—Director, hemos retirado la tapa de la bodega. Estamos preparados.

—Recibido, Eric. Assad ha dicho que podemos utilizar nuestra propia grúa para descargar el Pig, así que ponía en marcha.

—Hecho.

Al igual que el misterioso barco amarrado en el muelle opuesto, el *Oregon* estaba a oscuras. Al otro lado del puerto, unas gigantescas grúas móviles descargaban un enorme portacontenedores alumbrado de proa a popa por las resplandecientes lámparas de sodio. Más allá, había una gran extensión de contenedores apilados, y a continuación una valla y una serie de almacenes y tanques de combustible.

La pluma de una de las grúas del *Oregon* comenzó a moverse a través del horizonte. El cable se desenrollaba en el tambor al mismo tiempo que el brazo se colocaba sobre la bodega abierta. El cable desapareció en el interior de la bodega durante unos cinco minutos antes de volver a subir a través del agujero. El brazo levantó el peso con facilidad.

Aunque no podía ver los detalles en la oscuridad, Juan reconoció la silueta del Pig. Era la creación de Max. Exteriormente, era como cualquier otro camión de carga

con el rótulo de una ficticia compañía de exploraciones petrolíferas, pero debajo de su vulgar aspecto había un chasis Mercedes Unimog, la única parte no modificada del vehículo. El motor turbodiésel estaba preparado para dar una potencia de casi ochocientos caballos, y con la inyección de óxido de nitrógeno podía pasar de los mil. Llevaba unos enormes neumáticos antipinchazos y la suspensión articulada permitía que se alzara hasta casi sesenta centímetros sobre el suelo, quince más que el famoso Humvee del ejército. La cabina para cuatro personas colocada encima de los neumáticos delanteros disponía de un blindaje capaz de soportar el disparo de un fusil a quemarropa. La caja cuadrada contaba con la misma protección.

Cuando Eric y Mark habían escuchado por primera vez los planes de Max para Pig, lo habían llamado Q, en homenaje al armero de las películas de James Bond. Debajo del parachoques delantero había una ametralladora de calibre 30. También disponía de misiles teledirigidos que se lanzaban desde los soportes abatibles en los costados y de un generador de humo para crear una densa nube en su estela. Desde una escotilla en el techo podía disparar andanadas de mortero, y permitía montar otra ametralladora o un lanzagranadas automático. La zona de carga se adaptaba a los parámetros de la misión: desde un quirófano móvil a una estación de radar encubierta, o como transporte de tropas para diez soldados con equipo completo.

Sin embargo, aparte de los neumáticos más grandes de lo normal, ningún otro aspecto del Pig permitía descubrir sus verdaderas posibilidades. Era la versión terrestre del *Oregon*. Si un inspector abriera las puertas traseras, se encontraría con seis bidones de doscientos litros apilados del suelo al techo. Si se daba el caso de que el inspector fuese muy curioso se podía retirar la primera hilera para dejar a la vista una segunda. Los primeros eran bidones de combustible que le daban una autonomía de mil doscientos kilómetros. La segunda hilera era una fachada para ocultar el interior del camión, así que siempre coman el riesgo de que alguien pudiese pedirles que la retirasen.

—Bien, Max, creo que ha llegado el momento de ver si este invento tuyo ha valido el esfuerzo.

—Hombre de poca fe —respondió Max, mosqueado.

—¿Ya tienes claro lo que debes hacer? —preguntó Cabrillo.

—En cuanto salgas de Trípoli, abandonaré el puerto y me dirigiré hacia el oeste. Tomaremos posición en aguas internacionales al norte del lugar del accidente, con el helicóptero dispuesto en diez minutos.

—Sé que estarás al máximo de la autonomía de vuelo del helicóptero, pero no está de más contar con un seguro, por si acaso. Si las cosas salen como están planeadas, nos seguirás cuando entremos en Túnez.

—¿Qué pasa si las cosas no salen de acuerdo con los planes?

Juan le dirigió una mirada de falso horror.

—¿Cuándo fue la última vez que las cosas no salieron como esperábamos?

—Hace un par de días en Somalia; hace unos meses en Grecia, el año pasado en

el Congo; antes de eso en...

—Vale, vale...

Se escuchó una descarga de estática en el altavoz de la timonera. Juan se acercó al mamparo para coger el micro.

—Cabrillo.

—Director, el Pig está en el muelle y listo para partir. Las últimas informaciones sitúan al equipo de busca y rescate libio a quinientos kilómetros del lugar del accidente.

—Bien, Linda, gracias. Me reuniré contigo en la pasarela en cinco minutos. — Volvió al puente.

Max golpeó la cazoleta de la pipa contra la borda, que descargó una lluvia de chispas que se deslizaron junto al barco y fueron apagándose una tras otra.

—Te veo dentro de un par de días.

—De acuerdo. —En contadas ocasiones se deseaban buena suerte antes de una misión.

Juan iba al volante, con Mark Murphy a su lado y Linda Ross y Franklin Lincoln en el asiento trasero. Los cuatro vestían monos caquis, el uniforme de los trabajadores de la industria petrolera en el norte de África y Oriente Próximo. Linda se había recogido el pelo y llevaba una gorra de béisbol. Con su constitución delgada, podía pasar por un joven que hacía su primer trabajo en el extranjero.

Aún no había amanecido cuando las luces de Trípoli se perdieron en el espejo retrovisor. Casi no había tráfico en la carretera costera; al cabo de una hora seguían sin haber encontrado un control de carreteras. Un coche de la policía, con las luces giratorias encendidas y la sirena a tope, los había adelantado sin incidentes y había desaparecido en la distancia.

Cabrillo confiaba en los documentos falsos, pero prefería mantener el anonimato todo el tiempo posible. No le preocupaba un control auténtico de las autoridades, sino los policías corruptos que montaban controles para extorsionar a los conductores. Llevaban dinero para dicha situación; sin embargo, sabía que las cosas podían escaparse de las manos en un momento.

Mark había introducido los datos en el sistema de navegación del Pig que los guiaría hasta el lugar de la catástrofe; solo fue cuestión de mala suerte que se encontrasen con un control a menos de treinta metros del lugar donde debían dejar la carretera para meterse en el desierto. Había dos coches patrulla aparcados de forma que cortaban uno de los carriles. Un agente con un chaleco reflectante estaba inclinado hacia un coche que iba en la dirección opuesta; su linterna alumbraba el interior. Juan vio a otros dos en uno de los coches. Sospechó que había un cuarto que se mantenía fuera de la vista.

Al tiempo que reducía la velocidad, preguntó:

—Murphy, ¿podemos pasar y salir un poco más adelante?

El joven especialista en armas sacudió la cabeza.

—Tracé la ruta exactamente con las fotos del satélite. Si no doblamos aquí, nos encontraremos con algunos acantilados muy altos. No puedes verlo en la oscuridad, pero hay un sendero que vuelve hacia atrás a nuestra izquierda que nos llevaría a lo alto.

—¿Así que es ahora o nunca?

—Eso me temo.

Cabrillo pisó el freno del gran camión lo bastante lejos del control para permitir el paso del coche una vez que los polis hubiesen acabado. En un bolsillo oculto en la parte derecha del asiento notó la culata de su pistola favorita, la Fabrique Nationale FN5-7. Las balas militares SS190 tenían un increíble poder de penetración y, debido a su pequeño tamaño, llevaba veinte en el cargador. La dejó allí por el momento.

A esa distancia, Juan vio que había una familia en el coche. La mujer llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo, así que su rostro era un óvalo pálido en el resplandor de la linterna. Sujetaba a un bebé apoyado en el hombro y lo mecía con suavidad. El viento les llevó su llanto. Un segundo niño estaba de pie en el asiento trasero. Aunque no comprendía las palabras, percibía la tensión en las voces mientras el padre discutía con el policía.

—¿Es un control de verdad o se trata de la típica «mordida»? —preguntó Linc, que utilizó la palabra española para morder y el eufemismo mexicano para soborno.

Juan ya abría la boca para responder cuando el poli se apartó de pronto de la ventanilla y desenfundó la pistola. El grito de horror de la mujer sonó en la noche, más agudo que el llanto del bebé. El marido en el asiento del conductor levantó las manos en un gesto de súplica.

Los otros dos agentes que hasta entonces habían permanecido en su vehículo, se apearon rápidamente y echaron mano de las armas. Uno se acercó a la puerta del pasajero del coche detenido mientras que el otro corría hacia Cabrillo y su equipo con la pistola apuntando a la cabina.

El cauto temor de Cabrillo se convirtió en un instante en una furia rabiosa, porque comprendió que llegarían demasiado tarde.

Mark Murphy abrió la guantera, de la que salió una bandeja con una pantalla plana y un teclado con un pequeño joystick. Escribía la orden para activar la ametralladora frontal, cuando el poli que había estado inclinado junto a la ventanilla abrió fuego.

La cabeza del infortunado conductor estalló en una mancha roja que tiñó el interior del parabrisas con sangre y restos de huesos y masa encefálica. Cabrillo no pudo ver cómo el agente disparaba dos veces más. La mujer y los llantos del bebé se apagaron de pronto. Tras un cuarto disparo, Juan tuvo la seguridad de que el niño en el asiento trasero estaba muerto en lo que ahora sabía que era un intento de soborno que había salido mal.

Se impuso el instinto. Cabrillo puso la marcha y pisó el acelerador. El arranque no era el punto fuerte del Pig, pero se lanzó como un animal furioso. El poli que corría hacia ellos se detuvo y abrió fuego. Las balas no hicieron la menor mella en el cristal de seguridad y rebotaron en el blindaje del camión.

—Lo tengo —gritó Mark.

Juan miró por un segundo. La pantalla de vídeo mostraba una cámara debajo de una ametralladora oculta que le daba a Mark la referencia para hacer puntería. El arma bajó sola de forma que el cañón asomó por debajo del parachoques.

—¡Hazlo! —ordenó Juan.

Mark pulsó el interruptor, y una vibración sacudió el camión cuando una lengua de fuego salió por debajo de la cabina. Las balas destrozaron la carretera siguiendo una línea que apuntaba recto al pistolero más cercano. El poli corrupto intentó correr a la izquierda pero hizo el movimiento demasiado pronto. Dio a Murphy el tiempo suficiente para ajustar la puntería. Las balas alcanzaron al policía en la pantorrilla, y después subieron por su cuerpo, abriendo agujeros a un ritmo de cuatrocientas balas por minuto. La fuerza cinética lo lanzó al asfalto, lo hizo rodar y se quedó boca arriba. Su torso parecía haber sido atacado por un león.

El poli que había matado a la familia corrió hacia su coche mientras el tercero volvía al suyo. Mark soltó el gatillo tan pronto como el primer hombre cayó y movió el cañón para apuntar al tercer asesino. Las balas acribillaron el coche, destrozaron el parabrisas y las ventanillas laterales e hicieron trizas la carrocería. Los neumáticos reventaron y el morro del vehículo cayó sobre la carretera. El pistolero encontró un refugio momentáneo detrás de la puerta entornada pero sabía que su posición era insostenible. Se lanzó a través del asiento, abrió la otra puerta y se arrojó al suelo al otro lado del coche. Se acurrucó detrás de los restos y la llanta del neumático delantero y permaneció agachado mientras los disparos perforaban el vehículo.

Por el momento, estaba neutralizado, así que Juan giró el volante y fue hacia el otro coche. El asesino estaba a medio camino cuando los poderosos faros halógenos del Pig barrieron el vehículo y después se centraron en él. El policía disparó tan rápido como pudo, pero sus balas no tuvieron más efecto que las de su compañero en las del camión que se le echaba encima.

Cabrillo solo sentía furia mientras conducía hacia el asesino.

—Sujetaos —dijo innecesariamente un instante antes de que el Pig embistiese el coche.

Se oyó un terrible estrépito de metal cuando la puerta golpeó en el cuerpo del pistolero como una guillotina. Le cortó una pierna a la altura del tobillo, un brazo por la muñeca y la cabeza. El impacto arrastró al vehículo hasta que sus neumáticos se clavaron en el asfalto y el coche volcó sobre el techo.

—¡El primer coche! ¡El primer coche! —gritó Linda desde el asiento trasero.

Juan vio que el conductor buscaba algo en el vehículo. Sin duda intentaba coger la radio. No tenía tiempo de girar el camión y apuntar con la ametralladora, así que

cogió la FN5-7 de la funda oculta y se la pasó a Linda. Ella la cogió al vuelo con una mano mientras que con la otra abría la ventanilla a prueba de balas.

Quitó el seguro y comenzó a disparar en cuanto tuvo espacio para sacar el arma. Linc tendió un brazo para seguir bajando el cristal y darle un mejor campo de tiro.

El ángulo de Linda no era el correcto para alcanzar al pistolero, así que en cuanto pudo asomó medio cuerpo por la abertura y se sujetó con la mano izquierda al gran espejo retrovisor lateral. Entonces abrió fuego. Apretaba el gatillo con tanta rapidez que las características detonaciones de la FN que sonaban como el chasquido de un látigo ahora parecían una traca.

Cabrillo iba a avisar a Linda de que sospechaba de la presencia de un cuarto tirador cuando apareció el policía detrás de una duna cerca del arcén y abrió fuego con una metralleta. El arma no tenía ninguna precisión a esa distancia, y con una velocidad de disparo de quinientas balas por minuto, solo tardó cuatro segundos en vaciar el cargador. Las balas pasaron alrededor del Pig, rebotando cuando golpeaban el blindaje o abriendo grietas en el cristal cuando daban en el parabrisas. Un proyectil entró por la ventanilla abierta, por encima de la espalda de Linda, y se incrustó en el marco de la puerta a dos centímetros de la cabeza de Linc. El impacto arrancó una astilla de metal que se clavó en el cuello del ex SEAL.

Si el ángulo se hubiera desplazado unas décimas de grado, el trozo de metralla le habría seccionado la yugular.

Con una mano sobre la herida, Linc reaccionó y sujetó los tobillos de Linda cuando Juan giró el volante para colocar el vehículo de lado y poner el blindaje entre ellos y el tirador. Linc consiguió evitar por los pelos que ella cayese a la carretera.

—Estás herido —dijo Linda al ver la sangre que corría entre los dedos de su compañero.

—Me hago cortes más profundos cuando me afeito por la mañana —respondió Linc, imperturbable. Sin embargo, no protestó cuando Linda cogió el botiquín de primeros auxilios que estaba debajo de su asiento.

Cabrillo había hecho un viraje cerrado para que la ametralladora de calibre 30 pudiese disparar de nuevo. Los disparos de Linda les habían proporcionado los pocos segundos que necesitaban. El fuego de protección había inmovilizado al pistolero detrás del coche una vez más, y solo ahora intentaba llegar a la radio.

Mark abrió fuego tan pronto como estuvo alineado. No apuntaba a la cabina, ya que el policía estaba muy bien protegido. En cambio, Mark acribilló la parte trasera hasta que la gasolina comenzó a derramarse del depósito perforado. Como cada séptima bala era una trazadora con punta de magnesio, solo fue necesaria una segunda ráfaga para encender el charco cada vez más grande. Las llamas brotaron debajo del coche con tal fuerza y violencia que levantaron de la carretera la parte trasera del coche. El libio echó a correr hacia el desierto pero no fue lo bastante rápido.

La mezcla de combustible y oxígeno en el depósito explotó en una bola de fuego

y el coche voló por los aires; el chasis, convertido en un meteoro, giraba sobre sí mismo. Cayó al suelo a unos pocos pasos del pistolero que huía, en medio de una nube de fuego que envolvió al fugitivo. Cuando esta se disipó, sus ropas ardían como una tea. Se tiró al suelo y comenzó a rodar sobre sí mismo para apagar las llamas, pero estaba empapado en gasolina y el fuego no se apagaba.

Murphy le disparó otra ráfaga. Fue un disparo misericordioso.

—¿Dónde está el último tipo? —gritó Juan.

—Creo que se ha largado al desierto —contestó Linc. Linda le había puesto un vendaje en el cuello y se estaba limpiando la sangre de las manos.

Cabrillo soltó una maldición.

Solo era cuestión de tiempo que apareciese otro vehículo. Pero no tenía otra alternativa. No podían permitirse dejar ningún testigo. Giró el volante y salió de la carretera.

La suspensión reforzada no tenía problemas con la arena blanda, así que muy pronto empezaron a avanzar a casi setenta kilómetros por hora. Las huellas del policía se veían con toda claridad a la luz de los faros halógenos; las marcas muy separadas les dijeron que el poli corría con todas sus fuerzas. Solo tardaron un minuto en verlo huyendo como una liebre asustada. A pesar de que el gran camión se le echaba encima no hizo el menor gesto de rendirse. Continuó corriendo. Juan acercó el vehículo hasta casi tocarle los talones, para que pudiese sentir el calor del motor quemándole en la espalda.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Mark. Había una preocupación sincera en su voz.

Juan no respondió. Había visto morir y había matado de un centenar de formas diferentes, pero detestaba asesinar a sangre fría. Aunque lo había hecho, más veces de las que quería recordar, cada vez perdía un poco de su alma. Deseaba que el libro se volviese para dispararle, pero vio que había dejado su arma en el falso control. Lo más inteligente sería atropellado y acabar de una vez.

Cabrillo movió el pie para acelerar, pero luego lo apartó. Tenía que haber otra manera. De pronto, el poli intentó apartarse del camino del Pig. Resbaló en la arena blanca y cayó. Juan pisó el freno y dio un volantazo que hizo derrapar el camión, en un desesperado intento de no arrollar al caído. Los cuatro ocupantes de la cabina sintieron el impacto.

Antes de que el vehículo se estabilizara sobre la suspensión, Juan ya había abierto la puerta y había saltado al suelo. Se inclinó sobre el cuerpo. Una rápida mirada le dijo todo lo que necesitaba saber. Volvió a la cabina, con los labios apretados.

Centró su mente en la imagen del hombre disparando contra el Pig, en Linda asomada por la ventanilla, en la herida superficial en el cuello de Linc, pero sabía que nada haría que se sintiera mejor por lo ocurrido. Cuando volvieron a la carretera, fue hacia el vehículo de la familia. El otro coche de la policía continuaba ardiendo.

Juan cogió su pistola de la mano de Linda, puso un cargador nuevo, y movió la

corredera. Saltó de la cabina, con el arma sujeta con las dos manos y apuntando alternativamente a un coche y al otro. Llegó al primero. Arrancó el micrófono de la radio y lo arrojó al desierto por si aparecía un buen samaritano y se le ocurría llamar a las autoridades. La segunda radio no era más que una masa de plástico derretido así que se despreocupó de ella.

Se acercó al coche de la familia y contuvo la respiración cuando se inclinó a través de la ventanilla. El olor de la sangre era como una película de cobre que se le pegaba al fondo de la garganta. Los esposos, y también los hijos, estaban muertos. El único consuelo que encontró fue que habían muerto en el acto. Aunque no disminuyó en nada su furia ante estas muertes sin razón. Vio una cartera en el regazo del padre. Sin hacer caso de las manchas de sangre la cogió. El nombre del conductor era Abdul Muhammad. Había vivido en Trípoli y, según su carnet de identidad, era maestro de instituto. También en la cartera, Juan encontró solo un par de dinares.

Ya no se sintió tan mal por haber atropellado al cuarto policía.

La joven familia había muerto porque eran demasiado pobres para pagar un soborno.

Juan iba al volante, con Mark Murphy a su lado y Linda Ross y Franklin Lincoln en el asiento trasero. Los cuatro vestían monos caquis, el uniforme de los trabajadores de la industria petrolera en el norte de África y Oriente Próximo. Linda se había recogido el pelo y llevaba una gorra de béisbol. Con su constitución delgada, podía pasar por un joven que hacía su primer trabajo en el extranjero.

Aún no había amanecido cuando las luces de Trípoli se perdieron en el espejo retrovisor. Casi no había tráfico en la carretera costera; al cabo de una hora seguían sin haber encontrado un control de carreteras. Un coche de la policía, con las luces giratorias encendidas y la sirena a tope, los había adelantado sin incidentes y había desaparecido en la distancia.

Cabrillo confiaba en los documentos falsos, pero prefería mantener el anonimato todo el tiempo posible. No le preocupaba un control auténtico de las autoridades, sino los policías corruptos que montaban controles para extorsionar a los conductores. Llevaban dinero para dicha situación; sin embargo, sabía que las cosas podían escaparse de las manos en un momento.

Mark había introducido los datos en el sistema de navegación del Pig que los guiaría hasta el lugar de la catástrofe; solo fue cuestión de mala suerte que se encontrasen con un control a menos de treinta metros del lugar donde debían dejar la carretera para meterse en el desierto. Había dos coches patrulla aparcados de forma que cortaban uno de los carriles. Un agente con un chaleco reflectante estaba inclinado hacia un coche que iba en la dirección opuesta; su linterna alumbraba el interior. Juan vio a otros dos en uno de los coches. Sospechó que había un cuarto que se mantenía fuera de la vista.

Al tiempo que reducía la velocidad, preguntó:

—Murphy, ¿podemos pasar y salir un poco más adelante?

El joven especialista en armas sacudió la cabeza.

—Tracé la ruta exactamente con las fotos del satélite. Si no doblamos aquí, nos encontraremos con algunos acantilados muy altos. No puedes verlo en la oscuridad, pero hay un sendero que vuelve hacia atrás a nuestra izquierda que nos llevaría a lo alto.

—¿Así que es ahora o nunca?

—Eso me temo.

Cabrillo pisó el freno del gran camión lo bastante lejos del control para permitir el paso del coche una vez que los polis hubiesen acabado. En un bolsillo oculto en la parte derecha del asiento notó la culata de su pistola favorita, la Fabrique Nationale FN5-7. Las balas militares SS190 tenían un increíble poder de penetración y, debido a su pequeño tamaño, llevaba veinte en el cargador. La dejó allí por el momento.

A esa distancia, Juan vio que había una familia en el coche. La mujer llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo, así que su rostro era un óvalo pálido en el resplandor de la linterna. Sujetaba a un bebé apoyado en el hombro y lo mecía con suavidad. El viento les llevó su llanto. Un segundo niño estaba de pie en el asiento trasero. Aunque no comprendía las palabras, percibía la tensión en las voces mientras el padre discutía con el policía.

—¿Es un control de verdad o se trata de la típica «mordida»? —preguntó Linc, que utilizó la palabra española para morder y el eufemismo mexicano para soborno.

Juan ya abría la boca para responder cuando el poli se apartó de pronto de la ventanilla y desenfundó la pistola. El grito de horror de la mujer sonó en la noche, más agudo que el llanto del bebé. El marido en el asiento del conductor levantó las manos en un gesto de súplica.

Los otros dos agentes que hasta entonces habían permanecido en su vehículo, se aparearon rápidamente y echaron mano de las armas. Uno se acercó a la puerta del pasajero del coche detenido mientras que el otro corría hacia Cabrillo y su equipo con la pistola apuntando a la cabina.

El cauto temor de Cabrillo se convirtió en un instante en una furia rabiosa, porque comprendió que llegarían demasiado tarde.

Mark Murphy abrió la guantera, de la que salió una bandeja con una pantalla plana y un teclado con un pequeño joystick. Escribía la orden para activar la ametralladora frontal, cuando el poli que había estado inclinado junto a la ventanilla abrió fuego.

La cabeza del infortunado conductor estalló en una mancha roja que tiñó el interior del parabrisas con sangre y restos de huesos y masa encefálica. Cabrillo no pudo ver cómo el agente disparaba dos veces más. La mujer y los llantos del bebé se apagaron de pronto. Tras un cuarto disparo, Juan tuvo la seguridad de que el niño en el asiento trasero estaba muerto en lo que ahora sabía que era un intento de soborno que había salido mal.

Se impuso el instinto. Cabrillo puso la marcha y pisó el acelerador. El arranque no era el punto fuerte del Pig, pero se lanzó como un animal furioso. El poli que corría hacia ellos se detuvo y abrió fuego. Las balas no hicieron la menor mella en el cristal de seguridad y rebotaron en el blindaje del camión.

—Lo tengo —gritó Mark.

Juan miró por un segundo. La pantalla de vídeo mostraba una cámara debajo de una ametralladora oculta que le daba a Mark la referencia para hacer puntería. El arma bajó sola de forma que el cañón asomó por debajo del parachoques.

—¡Hazlo! —ordenó Juan.

Mark pulsó el interruptor, y una vibración sacudió el camión cuando una lengua de fuego salió por debajo de la cabina. Las balas destrozaron la carretera siguiendo una línea que apuntaba recto al pistolero más cercano. El poli corrupto intentó correr a la izquierda pero hizo el movimiento demasiado pronto. Dio a Murphy el tiempo

suficiente para ajustar la puntería. Las balas alcanzaron al policía en la pantorrilla, y después subieron por su cuerpo, abriendo agujeros a un ritmo de cuatrocientas balas por minuto. La fuerza cinética lo lanzó al asfalto, lo hizo rodar y se quedó boca arriba. Su torso parecía haber sido atacado por un león.

El poli que había matado a la familia corrió hacia su coche mientras el tercero volvía al suyo. Mark soltó el gatillo tan pronto como el primer hombre cayó y movió el cañón para apuntar al tercer asesino. Las balas acibillaron el coche, destrozaron el parabrisas y las ventanillas laterales e hicieron trizas la carrocería. Los neumáticos reventaron y el morro del vehículo cayó sobre la carretera. El pistolero encontró un refugio momentáneo detrás de la puerta entornada pero sabía que su posición era insostenible. Se lanzó a través del asiento, abrió la otra puerta y se arrojó al suelo al otro lado del coche. Se acurrucó detrás de los restos y la llanta del neumático delantero y permaneció agachado mientras los disparos perforaban el vehículo.

Por el momento, estaba neutralizado, así que Juan giró el volante y fue hacia el otro coche. El asesino estaba a medio camino cuando los poderosos faros halógenos del Pig barrieron el vehículo y después se centraron en él. El policía disparó tan rápido como pudo, pero sus balas no tuvieron más efecto que las de su compañero en las del camión que se le echaba encima.

Cabrillo solo sentía furia mientras conducía hacia el asesino.

—Sujetaos —dijo innecesariamente un instante antes de que el Pig embistiese el coche.

Se oyó un terrible estrépito de metal cuando la puerta golpeó en el cuerpo del pistolero como una guillotina. Le cortó una pierna a la altura del tobillo, un brazo por la muñeca y la cabeza. El impacto arrastró al vehículo hasta que sus neumáticos se clavaron en el asfalto y el coche volcó sobre el techo.

—¡El primer coche! ¡El primer coche! —gritó Linda desde el asiento trasero.

Juan vio que el conductor buscaba algo en el vehículo. Sin duda intentaba coger la radio. No tenía tiempo de girar el camión y apuntar con la ametralladora, así que cogió la FN5-7 de la funda oculta y se la pasó a Linda. Ella la cogió al vuelo con una mano mientras que con la otra abría la ventanilla a prueba de balas.

Quitó el seguro y comenzó a disparar en cuanto tuvo espacio para sacar el arma. Linc tendió un brazo para seguir bajando el cristal y darle un mejor campo de tiro.

El ángulo de Linda no era el correcto para alcanzar al pistolero, así que en cuanto pudo asomó medio cuerpo por la abertura y se sujetó con la mano izquierda al gran espejo retrovisor lateral. Entonces abrió fuego. Apretaba el gatillo con tanta rapidez que las características detonaciones de la FN que sonaban como el chasquido de un látigo ahora parecían una traca.

Cabrillo iba a avisar a Linda de que sospechaba de la presencia de un cuarto tirador cuando apareció el policía detrás de una duna cerca del arcén y abrió fuego con una metralleta. El arma no tenía ninguna precisión a esa distancia, y con una velocidad de disparo de quinientas balas por minuto, solo tardó cuatro segundos en

vaciar el cargador. Las balas pasaron alrededor del Pig, rebotando cuando golpeaban el blindaje o abriendo grietas en el cristal cuando daban en el parabrisas. Un proyectil entró por la ventanilla abierta, por encima de la espalda de Linda, y se incrustó en el marco de la puerta a dos centímetros de la cabeza de Linc. El impacto arrancó una astilla de metal que se clavó en el cuello del ex SEAL.

Si el ángulo se hubiera desplazado unas décimas de grado, el trozo de metralla le habría seccionado la yugular.

Con una mano sobre la herida, Linc reaccionó y sujetó los tobillos de Linda cuando Juan giró el volante para colocar el vehículo de lado y poner el blindaje entre ellos y el tirador. Linc consiguió evitar por los pelos que ella cayese a la carretera.

—Estás herido —dijo Linda al ver la sangre que corría entre los dedos de su compañero.

—Me hago cortes más profundos cuando me afeito por la mañana —respondió Linc, imperturbable. Sin embargo, no protestó cuando Linda cogió el botiquín de primeros auxilios que estaba debajo de su asiento.

Cabrillo había hecho un viraje cerrado para que la ametralladora de calibre 30 pudiese disparar de nuevo. Los disparos de Linda les habían proporcionado los pocos segundos que necesitaban. El fuego de protección había inmovilizado al pistolero detrás del coche una vez más, y solo ahora intentaba llegar a la radio.

Mark abrió fuego tan pronto como estuvo alineado. No apuntaba a la cabina, ya que el policía estaba muy bien protegido. En cambio, Mark acribilló la parte trasera hasta que la gasolina comenzó a derramarse del depósito perforado. Como cada séptima bala era una trazadora con punta de magnesio, solo fue necesaria una segunda ráfaga para encender el charco cada vez más grande. Las llamas brotaron debajo del coche con tal fuerza y violencia que levantaron de la carretera la parte trasera del coche. El libio echó a correr hacia el desierto pero no fue lo bastante rápido.

La mezcla de combustible y oxígeno en el depósito explotó en una bola de fuego y el coche voló por los aires; el chasis, convertido en un meteoro, giraba sobre sí mismo. Cayó al suelo a unos pocos pasos del pistolero que huía, en medio de una nube de fuego que envolvió al fugitivo. Cuando esta se disipó, sus ropas ardían como una tea. Se tiró al suelo y comenzó a rodar sobre sí mismo para apagar las llamas, pero estaba empapado en gasolina y el fuego no se apagaba.

Murphy le disparó otra ráfaga. Fue un disparo misericordioso.

—¿Dónde está el último tipo? —gritó Juan.

—Creo que se ha largado al desierto —contestó Linc. Linda le había puesto un vendaje en el cuello y se estaba limpiando la sangre de las manos.

Cabrillo soltó una maldición.

Solo era cuestión de tiempo que apareciese otro vehículo. Pero no tenía otra alternativa. No podían permitirse dejar ningún testigo. Giró el volante y salió de la carretera.

La suspensión reforzada no tenía problemas con la arena blanda, así que muy pronto empezaron a avanzar a casi setenta kilómetros por hora. Las huellas del policía se veían con toda claridad a la luz de los faros halógenos; las marcas muy separadas les dijeron que el poli corría con todas sus fuerzas. Solo tardaron un minuto en verlo huyendo como una liebre asustada. A pesar de que el gran camión se le echaba encima no hizo el menor gesto de rendirse. Continuó corriendo. Juan acercó el vehículo hasta casi tocarle los talones, para que pudiese sentir el calor del motor quemándole en la espalda.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Mark. Había una preocupación sincera en su voz.

Juan no respondió. Había visto morir y había matado de un centenar de formas diferentes, pero detestaba asesinar a sangre fría. Aunque lo había hecho, más veces de las que quería recordar, cada vez perdía un poco de su alma. Deseaba que el libio se volviese para dispararle, pero vio que había dejado su arma en el falso control. Lo más inteligente sería atropellado y acabar de una vez.

Cabrillo movió el pie para acelerar, pero luego lo apartó. Tenía que haber otra manera. De pronto, el poli intentó apartarse del camino del Pig. Resbaló en la arena blanca y cayó. Juan pisó el freno y dio un volantazo que hizo derrapar el camión, en un desesperado intento de no arrollar al caído. Los cuatro ocupantes de la cabina sintieron el impacto.

Antes de que el vehículo se estabilizara sobre la suspensión, Juan ya había abierto la puerta y había saltado al suelo. Se inclinó sobre el cuerpo. Una rápida mirada le dijo todo lo que necesitaba saber. Volvió a la cabina, con los labios apretados.

Centró su mente en la imagen del hombre disparando contra el Pig, en Linda asomada por la ventanilla, en la herida superficial en el cuello de Linc, pero sabía que nada haría que se sintiera mejor por lo ocurrido. Cuando volvieron a la carretera, fue hacia el vehículo de la familia. El otro coche de la policía continuaba ardiendo.

Juan cogió su pistola de la mano de Linda, puso un cargador nuevo, y movió la corredera. Saltó de la cabina, con el arma sujeta con las dos manos y apuntando alternativamente a un coche y al otro. Llegó al primero. Arrancó el micrófono de la radio y lo arrojó al desierto por si aparecía un buen samaritano y se le ocurría llamar a las autoridades. La segunda radio no era más que una masa de plástico derretido así que se despreocupó de ella.

Se acercó al coche de la familia y contuvo la respiración cuando se inclinó a través de la ventanilla. El olor de la sangre era como una película de cobre que se le pegaba al fondo de la garganta. Los esposos, y también los hijos, estaban muertos. El único consuelo que encontró fue que habían muerto en el acto. Aunque no disminuyó en nada su furia ante estas muertes sin razón. Vio una cartera en el regazo del padre. Sin hacer caso de las manchas de sangre la cogió. El nombre del conductor era Abdul Muhammad. Había vivido en Trípoli y, según su carnet de identidad, era maestro de instituto. También en la cartera, Juan encontró solo un par de dinares.

Ya no se sintió tan mal por haber atropellado al cuarto policía.

La joven familia había muerto porque eran demasiado pobres para pagar un soborno.

La música subía en oleadas cada vez mayores a medida que se acercaba el *crescendo*. La orquesta nunca había tocado mejor, nunca con tanta pasión. El rostro del director estaba bañado en sudor, y su batuta se movía como una centella. El público, detrás de los resplandecientes focos, estaba extasiado por la interpretación, consciente de que experimentaba algo mágico. El rítmico golpear de la percusión sonaba como una descarga de artillería, aunque sin apagar las maravillosas notas del violín y los chelos.

Entonces sonó una nota falsa.

Los músicos titubearon en su interpretación, pero lograron salvar el tropiezo.

El golpe sordo se repitió seguido de un chasquido agudo, y la música cesó completamente.

Fiona Katamora salió del concierto que había estado interpretando en su mente; la mano derecha sujetaba un arco imaginario y la izquierda, con los dedos curvados, descansaba sobre las cuerdas.

Este ejercicio había sido la única manera de mantener la cordura desde que la habían hecho prisionera.

Su celda era una caja metálica con una sola puerta y una bacinilla que no vaciaban muy a menudo. De una bombilla de baja potencia, rodeada con una jaula metálica, procedía la única iluminación. Le habían quitado el reloj, así que no tenía manera de saber cuánto tiempo llevaba cautiva. Calculaba que unos cuatro días.

Momentos antes de que el avión hiciese el aterrizaje de emergencia en pleno desierto, el piloto les había avisado por los altavoces que lo que veían era un viejo campo de aviación. Consiguió planear unos pocos kilómetros más y posó el aparato. El aterrizaje en la pista de tierra había sido brusco, pero había conseguido salvarlos a todos. Los gritos de alegría que sonaron cuando las ruedas dejaron de rodar fue ensordecedor. Todos se levantaron para abrazarse entre carcajadas y lágrimas de alegría.

Cuando los pilotos salieron de la cabina los trataron como héroes. Les palmearon tanto las espaldas que se las llenaron de morados, y los apretones de mano se las dejaron entumecidas. Frank Maguire abrió la puerta, y la brisa cálida del desierto barrió el olor de miedo de la cabina.

Pero de repente su cabeza estalló, cubriendo de sangre y restos a la azafata que estaba detrás.

Una multitud de hombres emergió de los costados de la pista, donde habían estado escondidos en trincheras cubiertas con lonas y arena. Vestían uniformes caquis y llevaban las cabezas envueltas en pañuelos. Varios llevaban escaleras de mano; antes de que a alguien se le ocurriese cerrar la puerta, ya habían colocado una de las escaleras en el borde inferior. El piloto corrió a apartarla, como un caballero que

defiende un castillo, pero el mismo francotirador que había matado a Maguire le disparó en el hombro. Cayó tapándose la herida con la mano. Un instante más tarde, tres hombres armados con AK-47 entraron en la cabina.

La secretaria de Fiona, Grace Walsh, soltó tal alarido que, más tarde, Fiona recordó haberse enfadado con ella al tiempo que temía por su vida.

Todo ocurrió muy rápido. Los apartaron de la puerta para permitir que más hombres subiesen al avión. Los terroristas no dejaban de repetir en árabe: «Al suelo. Todos al suelo».

Finalmente, Fiona consiguió recuperar la voz.

—Haremos lo que digan. La violencia no es necesaria. —Y se puso de rodillas.

Al ver que tomaba la iniciativa, la tripulación y los pasajeros siguieron su ejemplo.

Uno de los hombres levantó a Fiona y la empujó hacia la salida al mismo tiempo que otro tipo subía por la escalera. A diferencia de los demás, vestía un pantalón negro y una camisa blanca de tela Oxford.

Fiona supo en cuanto lo vio que nunca olvidaría su rostro. Era angelical, con la piel tersa color café y largas pestañas curvadas detrás de unas gafas de montura metálica. No aparentaba más de veinte años, delgado y con aspecto de intelectual. Fiona era incapaz de relacionarlo con los salvajes armados que gritaban a su gente. Entonces, vio que sujetaba algo en las manos; parecía un rosario árabe y un ejemplar del Corán.

Él sonrió con timidez cuando pasó por su lado para ir hacia la cabina.

Fiona miró de nuevo a su gente y vio que los esposaban a los asientos; entonces comprendió lo que sucedería y el horror la sacudió como un golpe físico.

—Por favor, no lo hagan —rogó al hombre que le sujetaba el brazo.

Él la empujó todavía con más fuerza hacia la escalera. Fiona se debatió como una fiera, le arañó el rostro e intentó clavarle la rodilla en la entrepierna. Consiguió arrancarle el pañuelo y vio que no tenía las clásicas facciones semíticas de un libio. Se dijo que debía de ser paquistaní o afgano. El terrorista respondió con un puñetazo que le hizo perder momentáneamente el conocimiento. Un segundo antes había estado dando puntapiés y arañando, y al siguiente estaba tumbada en la moqueta, con el lado izquierdo de la cara latiendo de dolor. Los hombres que estaban en la escalerilla comenzaron a arrastrarla fuera del avión.

Fiona logró cruzar una mirada con Grace antes de que se la llevarsen. De alguna manera consiguió contener las lágrimas. Grace también se había dado cuenta de lo que iba a ocurrir.

—Dios te bendiga —dijo Grace moviendo únicamente los labios.

—A ti también —respondió Fiona de la misma manera.

Luego, la bajaron en volandas hasta el suelo. La llevaron a unos treinta metros del aparato y la obligaron a ponerse de rodillas, con las muñecas esposadas a la espalda. A través de la pequeña ventanilla de la cabina de mando distinguió al joven que se

ocupaba de los controles. También vio que había un agujero en la sección de cola del fuselaje. Parecía que un misil hubiese alcanzado al aparato, pero sin llegar a explotar. Dedujo que esa había sido la intención. Querían capturarla y al mismo tiempo hacer creer al mundo que estaba muerta.

El último de los terroristas acabó de sujetar a las personas que quedaban a bordo. El piloto suicida salió de la cabina y abrazó al último terrorista en el umbral de la puerta. Se quedó allí un momento para saludar a los demás agitando los brazos; un saludo que fue correspondido con sonoros gritos de entusiasmo. En cuanto el terrorista pisó el suelo quitaron la escalera, el piloto cerró la puerta y volvió a su puesto en la cabina de mando.

Las lágrimas caían por las mejillas de Fiona. Veía los rostros apretados en las ventanillas. Aquella era su gente; hombres y mujeres con los que había trabajado durante años. Por ellos, no quería mostrar ninguna debilidad, así que se obligó a dejar de llorar.

El único motor se puso en marcha; el aullido sonó cada vez más fuerte hasta que le dolieron los tímpanos. Había vehículos ocultos a lo largo de la pista, debajo de las lonas de camuflaje; uno de ellos era uno de esos pequeños tractores que se ven en todos los aeropuertos del mundo. Se acercó al tren de aterrizaje delantero del gran avión, y el conductor lo sujetó con el gancho de arrastre.

Tardó varios minutos en llevar el avión a la cabecera de la pista. Pasó otro momento antes de que cambiase el ritmo del motor y el Boeing comenzó a carretear.

Fiona rezó para que el daño causado por el impacto del misil fuese lo bastante grave para impedir que el avión alcanzase la velocidad de despegue, pero con tan poco combustible en los tanques y solo un puñado de pasajeros a bordo vio que ganaba velocidad muy rápidamente. Pasó como un rayo a su lado, con el escape soltando un apestoso aliento ardiente. Los terroristas dispararon los AK al aire y gritaron de entusiasmo cuando las ruedas delanteras se separaron poco a poco del suelo. Colgaron como un apéndice inútil durante un momento y luego la cola golpeó la pista, a consecuencia de los daños del aparato y de la inexperiencia del piloto.

Cuando el morro comenzó a bajar, Fiona tuvo la seguridad de que sus plegarias habían sido atendidas. Se estaban quedando sin pista. No podría despegar.

Entonces, el avión se elevó majestuoso con una ligera inclinación. Los gritos redoblaron, y aumentó la cantidad de munición disparada al aire.

Fiona se mordió el labio inferior mientras el aparato ganaba altura poco a poco. No tenía idea de a qué distancia pretendían llevarlo. Tal vez se dirigían a Trípoli para estrellarlo contra el edificio donde se celebraría la cumbre de paz. Sin embargo, ninguno de los terroristas se comportaba como si estuviesen a punto de marcharse. Todos miraban hacia el cielo donde el avión se perdía en la distancia. Le producía un terrible sufrimiento mirarlo, pero no podía apartar la vista.

El avión comenzó a virar, con el morro apuntando hacia una colina. El piloto hizo un esfuerzo por recuperar el control, y, por un momento, el aparato se equilibró. De

repente, con una violenta maniobra se puso del revés y se estrelló contra una colina. El suelo se sacudió con la violencia del impacto. Trozos del avión saltaron por los aires. Las alas se desprendieron del fuselaje antes de incendiarse. Uno de los motores se desprendió y en una voltereta mortal saltó por encima de la colina arrancando terrones de tierra. El polvo levantado por el impacto oscureció la escena durante muchos minutos antes de comenzar a disiparse poco a poco. Las alas ardieron y el cilindro blanco del fuselaje rodó sobre sí mismo hasta quedar fuera del alcance del fuego.

Fiona soltó una exclamación de horror que se perdió entre los redoblados gritos de euforia de los hombres que estaban a su alrededor.

Incluso a esa distancia, sabía que nadie había sobrevivido. Aunque se habían evitado el horror de quemarse vivos, era imposible que alguien hubiera salvado la vida después del terrible choque. A su lado, apenas fuera del alcance del oído, varios de los terroristas comenzaron a hablar en voz baja. Por su lenguaje corporal comprendió que estaban decepcionados porque no todo el avión se había convertido en pasto de las llamas. Probablemente, estaban decidiendo qué hacer.

Al otro lado de la pista, quitaron la lona que tapaba una gran pala mecánica. El motor se puso en marcha y muy pronto comenzó a borrar las pruebas del aterrizaje. Iba y venía levantando la tierra apisonada de la pista que habían preparado para engañar a los pilotos y hacerlos aterrizar allí. Al paso que llevaba, en unas pocas horas no quedaría el menor rastro de su presencia.

La conversación acabó de pronto. La persona que Fiona suponía que era el jefe del grupo dio órdenes a los demás. Se perdió la mayor parte, pero pudo escuchar: «Asegúrense de eliminar cualquier rastro de que el avión fue alcanzado por un misil, y no olviden las esposas». Después, se acercó donde ella continuaba de rodillas en el suelo pedregoso.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó ella en árabe.

Él se acercó. Lo único que veía eran sus ojos, oscuros charcos de locura.

—Porque Alá quiso que sucediese. —Llamó a uno de sus hombres—. Llévatela. Suleiman al-Jama querrá ver su recompensa.

Le cubrieron la cabeza con una capucha y la metieron en la parte trasera de una camioneta. Cuando volvió a ver, se encontraba en esta celda, cubierta con algo que parecía un burka que identificó como un *chadri* afgano. Tenía todo el cuerpo cubierto excepto los ojos, ocultos detrás de un delgado tejido de encaje.

El ruido que había escuchado y que había puesto fin al concierto en su cabeza era el de una llave que alguien había metido en la cerradura y el movimiento del cerrojo. La puerta se abrió con un chirrido. Aún no había visto el rostro de ninguno de sus captores, aparte del piloto suicida y el hombre al cual había arañado en el avión. Los dos hombres que aparecieron en el umbral eran bastante parecidos a ellos. Vestían uniformes caquis sin insignias y llevaban los tradicionales pañuelos.

Uno de ellos gruñó furioso al ver que había conseguido quitarse el burka a pesar

de las manos esposadas. Desvió la mirada para no verle el rostro, lo recogió del suelo, donde le había servido de almohada, y se apresuró a pasárselo por encima de la cabeza y el cuerpo.

—Mostrarás respeto —dijo.

—Reconozco tu acento —respondió Fiona—. Eres cairota. De las chabolas de Imbaba, si no estoy equivocada.

El terrorista levantó una mano dispuesto a golpearla pero se contuvo.

—La próxima vez que te atrevas a hablar te daré un puñetazo.

Los guardias la sacaron de la celda y la condujeron fuera del edificio. Agradeció el tejido de encaje, que la protegía de la cegadora luz del sol que caía sobre el desierto. Dedujo por el ángulo que era casi mediodía, y al parecerle que no hacía un calor insoportable llegó a la conclusión de que estaban a una gran altura en la montaña.

Mantenerse atenta a detalles como este e interpretar música clásica en su mente la ayudaban a no pensar en su situación y en el destino de sus amigos y compañeros de trabajo.

El campamento terrorista tenía el mismo aspecto que los centenares que había visto en las fotos de vigilancia. Distinguió unas pocas tiendas sacudidas por el viento agrupadas junto a un acantilado donde había innumerables cuevas. En la más grande debía de ser donde se refugiarían si alguna vez atacaban el campamento, y no dudaba que habían colocado explosivos suficientes para volar media montaña.

Un instructor dirigía a un grupo de hombres que se ejercitaban en el patio de armas. A juzgar por la precisión de sus movimientos, estaban a punto de acabar la instrucción. Un poco más allá, a sotavento de la montaña que se alzaba sobre el campamento, otro grupo hacía prácticas de tiro con los AK-47. Los blancos estaban demasiado lejos para que Fiona pudiese valorar su precisión, pero los grupos terroristas como el de al-Jama recibían ingentes cantidades de dinero y se podían permitir derrochar la munición necesaria para entrenar al peor de los reclutas.

Unos ochocientos metros más allá del campo de tiro vio un valle poco profundo con un macizo de montañas todavía más altas al otro lado. En el fondo del valle había algo que parecía una mina a cielo abierto y una vía férrea. Había varios vagones de carga en un ramal junto a una hilera de ruinosos edificios de madera. Pasadas estas estructuras distinguió una enorme locomotora diésel que volvía pequeña a la máquina de maniobras parecida al camión que habían utilizado para llevarla hasta allí. El velo del burka hacía imposible apreciar los detalles.

Una vez más, no tenía ninguna información suplementaria acerca de ese lugar. En ninguno de los innumerables informes de la CIA, la Agencia Nacional de Seguridad y el FBI se había mencionado un campamento terrorista cerca de una terminal ferroviaria. Después de tantos años dedicados a la guerra contra el terror y aún iban por detrás.

Los guardias la llevaron a una cueva relativamente cerca de la caverna principal.

Había cables eléctricos en el techo y unas bombillas desnudas cada diez metros. El aire era mucho más fresco, pero notaba esa sensación pegajosa que suelen tener los viejos sótanos de un edificio abandonado. Llegaron a una barrera de madera construida a través de la cueva; había una puerta. El guardia que había amenazado con pegarle llamó y esperó a que lo autorizasen a entrar.

Abrió la puerta. Estaban en el fondo de la cueva. La habitación tenía tres paredes de roca viva. Cuatro o cinco gruesas alfombras persas, amontonadas, cubrían el suelo, y un brasero humeaba en una esquina, conectado al exterior a través de un tubo de chimenea que seguía el trazado de los cables.

Un hombre estaba sentado en la posición del loto en medio de la habitación. Vestía una impecable túnica blanca y tenía la cabeza y el rostro cubiertos con un pañuelo a cuadros blancos y negros. Leía un libro en la escasa luz; Fiona sospechó que era el Corán. Él no alzó la mirada ni pareció percatarse de su presencia.

La escena no podía ser más ensayada, pensó Fiona. De haber sido este su despacho, ella habría estado sentada a su mesa, inclinada sobre un documento en apariencia muy importante con una estilográfica en la mano. Habría dejado a la persona esperando unos treinta segundos, pero este hombre no la miró durante un minuto entero. Su técnica de dominación no surtía efecto con ella.

—¿Sabe quién soy? —preguntó, y cerró el Corán con respeto.

—¿Alí Babá? —replicó ella para irritarlo.

—¿Querrá ser mi Sherezade?

—Sobre mi cadáver.

—No es así como lo preferiría, pero le aseguro que se puede arreglar.

Fiona no tenía ningún deseo de permitirle que fingiera ser otra cosa que el monstruo que ella veía.

—Nadie sabe su verdadero nombre, pero se hace llamar Suleiman al-Jama. Sus metas declaradas son la destrucción de Israel y de Estados Unidos y la creación de un Estado islamista que se extienda desde Afganistán a Marruecos, con usted como... ¿sultán?

—No estoy seguro del título que tomaré —contestó aljama—. El de sultán no está mal, pero tiene connotaciones decadentes, ¿no le parece? Harenes, intrigas palaciegas.

Se puso de pie con un rápido y ágil movimiento y se sirvió un té de una tetera de latón. Sus movimientos eran gráciles, pero tenían algo de depredador en su rapidez. Se sirvió un vaso pero no le ofreció a Fiona.

Ahora que estaba de pie, vio que medía casi un metro ochenta de estatura, con los hombros anchos y, a juzgar por el grosor de sus muñecas, con un físico corpulento. No alcanzaba a ver sus facciones, y en la luz vacilante y a través del encaje del burka apenas conseguía distinguir sus ojos, más allá de la impresión de que los tenía hundidos y eran oscuros.

—Su Jesús dijo: «Benditos sean los que buscan la paz». ¿Sabía que es un profeta

del islam? No el último, por supuesto. Ese es Mahoma, la paz sea con él. Pero su salvador es reconocido como un gran maestro.

—Ambos creemos en el Dios de Isaac y Abraham —comentó Fiona.

—Pero no creen en los pronunciamientos finales que dirigió a su último profeta escogido: palabras sagradas escritas a través de Mahoma y reproducidas en el Corán.

—Mi fe comienza y termina con la muerte y la resurrección.

Al-Jama no hizo ningún comentario, pero Fiona supo que él tenía dispuesta una réplica punzante. Sin embargo, se conformó con decir:

—Volviendo a la cita, ¿se cree usted bendecida?

—Si consigo el final de la violencia, creo que el trabajo en sí mismo es el bendecido, no aquellos que participan en él.

—Bien dicho —admitió el hombre—. Pero ¿por qué? ¿Por qué desea la paz?

—¿Cómo puede preguntar eso?

A pesar de sus reservas iniciales, se sintió atraída por la conversación. Había esperado una perorata sobre los males de Occidente, no un intercambio de preguntas y respuestas. Era obvio que ese hombre que se hacía llamar Suleiman al-Jama estaba bien educado, y por lo tanto, sentía curiosidad por saber cómo justificaría sus asesinatos. Había escuchado grabaciones de los delirios de Bin Laden, leído las transcripciones de los detenidos en Guantánamo y visto docenas de vídeos de suicidios. Quería saber en qué se diferenciaba, aunque ya sabía que esa diferencia, si existía, no significaba nada.

—La paz equivale a estancamiento, mi querida secretaria de Estado. Cuando el hombre está en paz, su alma se atrofia y su espíritu creativo se ahoga. Es solo a través del conflicto cuando de verdad somos los seres que pretendía Alá. La guerra saca a la luz nuestro coraje y sacrificio. ¿Qué nos trae la paz? Nada.

—La paz nos trae prosperidad y felicidad.

—Esas son cosas que atañen a la carne, no al espíritu. Su paz se refiere a tener un mejor televisor y un coche más lujoso.

—Mientras que su guerra trae sufrimiento y desesperación —prosiguió Fiona.

—¿Ve como lo comprende? Porque esas son las cosas que atañen al espíritu, no al cuerpo. Son cosas que estamos destinados a sentir. No la comodidad de una gran casa sino la experiencia del sufrimiento compartido. Esto es lo que nos acerca a Alá. No la democracia, ni la música *rock*, ni las películas pornográficas. Esas cosas nos distraen de la verdadera razón de nuestra existencia. Nuestro propósito en la tierra no es otro que el de someternos a la voluntad de Alá.

—¿Y quién sabe cuál es Su voluntad? —le preguntó Fiona—. ¿Quién dice que usted conoce mejor sus intenciones que cualquier otro? El Corán prohíbe el suicidio, y sin embargo envió a un joven a que estrellase un avión cargado de pasajeros contra una montaña.

—Murió como un mártir.

—No —exclamó ella con viveza—. Usted convenció a un pobre muchacho de

que moriría como un mártir y que así tendría a sus setenta y siete vírgenes en el cielo, pero no pretenda que me lo crea ni por un momento. No es más que un vulgar matón que intenta arrebatar el poder a otros y se aprovecha de la fe ciega de unos pocos para obtener sus metas.

Suleiman al-Jama aplaudió y soltó una risa divertida. Pasó al inglés.

—Bravo, secretaria de Estado Katamora. Bravo.

Aunque él no podía verlo debido al burka, una expresión de sorpresa pasó por el rostro de Fiona. El súbito cambio de lenguaje y la intensidad de la conversación la confundió por un momento.

—Parece que se da cuenta de que siempre se ha tratado de una cuestión de tener poder en el escenario mundial. Siglos atrás, Inglaterra lo obtuvo gracias a la superioridad de su flota. Estados Unidos lo tiene ahora debido a su riqueza y a su arsenal nuclear. ¿Qué tienen las naciones de Oriente Próximo, aparte de la voluntad de algunos de sus ciudadanos de volarse en pedazos? Es un arma burda, por supuesto. Pero permítame que le pregunte cuánto ha gastado su país en la seguridad interior desde que un puñado de hombres con unos vulgares cuchillos de cocina derribaron dos de sus mayores edificios. ¿Cien mil millones? ¿Quinientos mil millones?

La cantidad se acercaba a un billón, pero Fiona no dijo nada. Las cosas no iban como ella había esperado. Había creído que al-Jama le soltaría un montón de pasajes del Corán erróneamente interpretados para explicar lo que había hecho, en lugar de mostrarse como un hombre que buscaba el poder.

—Antes de los ataques a las Torres Gemelas, uno de cada quinientos mil musulmanes estaba dispuesto a convertirse en mártir. Desde entonces, el número se ha doblado; lo que significa diez mil hombres y mujeres dispuestos a inmolarsse en la guerra santa contra Occidente. ¿De verdad cree que podrán detener diez mil ataques una vez que hayan comenzado? Las personas como aquel muchacho que pilotó el avión y Bin Laden en su cueva en Pakistán pueden creer en la causa de la guerra santa, señora secretaria de Estado, pero no son más que simples peones, herramientas para usar y tirar. Ahora tenemos una fuente casi ilimitada de mártires, y muy pronto comenzaremos a utilizarlos en ataques coordinados que harán que los límites mundiales se configuren tal como siempre he imaginado.

No hablaba como un fanático sino como el presidente de una empresa que explica las expectativas de crecimiento de su compañía.

—No es necesario que haga esto —le suplicó Fiona.

—Ya es demasiado tarde para detenerlo. —Se apartó el pañuelo hasta dejarlo por debajo de su barbilla. Fiona tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no desmayarse cuando vio su rostro—. Su muerte será el primer ataque.

Linc apenas se había puesto al volante del Pig y encendido el motor cuando Mark Murphy activó el sistema de comunicación por la voz.

—Llamar a Max.

El timbre de un teléfono sonó en el interior del vehículo. El Pig estaba tan bien aislado que apenas escucharon el motor cuando Linc lo sacó del escondite y apuntó el morro chato hacia la frontera tunecina.

Una voz que nadie reconoció respondió a la llamada.

—Pizzería Max. ¿Entrega a domicilio o pasará a recogerla?

—Menudo servicio si son capaces de traerla hasta aquí —comentó Linc—. La verdad es que me tomaría una porción.

—Lo siento. Me he equivocado de número. —Mark cortó la comunicación y probó de nuevo—. Llamar a Max Hanley.

Esta vez la voz de Max murmuró hola cuando atendió la llamada.

—Max, soy Mark Murphy. Estoy en el Pig con Linda y Linc.

—Me alegra que por fin hayas llamado —dijo Max—. Se ha armado una buena desde que habéis cortado las comunicaciones.

—Me lo imagino. ¿Estás en el centro de operaciones?

—Sí.

—Pídele a alguien que ponga en pantalla los chips de rastreo.

—Espera un momento. —Hubo una breve pausa. Mientras esperaban, Mark utilizó el ordenador del Pig para conectar con el circuito cerrado de televisión del barco; la imagen del ultramoderno centro de operaciones apareció en la pantalla. Max estaba de pie junto al puesto de comunicaciones y miraba por encima del hombro del oficial de servicio.

—Esto es interesante —comentó Hanley—. Tengo a tres de vosotros yendo hacia el oeste a una velocidad de sesenta y cinco kilómetros por hora, supongo que a bordo del Powered Investigator Ground, y al director en dirección nordeste a ciento sesenta kilómetros por hora. ¿Qué ha pasado, habéis discutido?

—Muy gracioso. No lo pierdas. Nosotros vamos de camino a la frontera tunecina. Juan está con la gente que sabemos que derribó el avión de la secretaria de Estado. No creemos que esté muerta.

—¿Has dicho que derribaron el avión?

—Así es, y no creo que Fiona Katamora estuviese a bordo cuando se estrelló.

—¿Cómo demonios consiguieron hacer eso? Dímelo en un segundo. Tenéis que salir pitando de allí. Hace veinte minutos, los libios han anunciado que habían encontrado los restos. El gobierno ha dado permiso para que un equipo de la NTSB lo

examine. Estaba a la espera en El Cairo y llegará a Trípoli a mediodía, pero estoy seguro de que los libios invadirán esa zona dentro de muy poco.

—Pues no encontrarán nada —informó Mark—. Llegó un equipo en un helicóptero para destruir el escenario y evitar cualquier posibilidad de una reconstrucción. Movieron algunos restos, se llevaron otros y aplastaron todo lo que encontraron. Incluso utilizaron un camello cojo para que dejara huellas por todo el lugar.

—¿Un camello cojo?

—Para que pareciese que los nómadas habían hecho esos daños —explicó Mark.

—Alguien va un par de pasos por delante de nosotros —protestó Max.

—¿La llegada de nuestros expertos a Libia es del conocimiento general? —preguntó Linda.

—No. Langston me ha dicho que recibieron la autorización desde el más alto nivel y que se mantiene en secreto.

—Eso significa que los terroristas tienen alguna fuente en el gobierno, si supieron que debían volver y arrasarlo la escena.

—Si es que no están patrocinados por el gobierno... —señaló Max—. Mark, has dicho que no creías que la secretaria de Estado Katamora estuviese en el avión.

—Había pruebas muy convincentes de que el avión aterrizó en el desierto antes del choque.

—¿Crees que se la llevaron?

—¿Por qué si no iban a aterrizar y a despegar de nuevo para estrellarlo contra la cumbre de una montaña? Quieren que todo el mundo la dé por muerta.

—¿Qué ganarían con eso?

—Vamos, Max —dijo Linda—. Es la secretaria de Estado. Es un golpe de mucha repercusión o la mejor carta negociadora en la historia. Recuerda que ella fue la consejera de Seguridad Nacional del anterior presidente. Si la damos por muerta, no la buscaremos. Podrían sacarle información hasta el día del Juicio Final y nunca nos enteraríamos.

Hubo una pausa en la conversación mientras todos pensaban en las implicaciones de la teoría de Linda. Que los terroristas tuviesen en sus manos a Fiona Katamora era quizá más grave que si hubiesen secuestrado al presidente. Puesto que era un político en su primer año de mandato, se le mantenía apartado de los detalles operativos que formaban parte de la guerra contra el terror. Fiona, en cambio, gracias a los cargos que había desempeñado a lo largo de los años y la inagotable capacidad de su mente para retener detalles, sabía más de las operaciones en marcha y de los planes de futuro de la nación que el titular del Ejecutivo.

—Tenemos que rescatarla —dijo Max.

No fue necesario responder a un propósito tan obvio.

—¿Hay algo más que necesitemos saber? —preguntó Mark.

—Sí. Langston me habló de una misión encargada por el Departamento de Estado

que se desarrolla en Túnez, muy cerca de la frontera libia.

—¿El Departamento de Estado también se ha metido en operaciones? —preguntó Linc.

—Fue autorizada por la CIA, y enviaron a un agente con el equipo para que les hiciera de niñera. Se le dio una prioridad media porque no había muchas probabilidades de que fuese un éxito.

—¿Qué hacen en Túnez?

Max le habló de la carta descubierta por St. Julien Perlmutter y de su relación con el pirata Suleiman al-Jama durante las guerras berberiscas. Mencionó la posibilidad de que el viejo corsario hubiese dejado escritos en una cueva secreta en algún lugar de un lecho seco en los que exponía los pasos que conducirían a una coexistencia pacífica entre el islam y la cristiandad.

—Parece disparar a ciegas —comentó Linda cuando Max acabó—. ¿Esto tiene alguna relación con la catástrofe?

—Es una coincidencia que estos dos acontecimientos ocurriesen al mismo tiempo y cerca del mismo lugar, aunque no hay ninguna prueba concreta que indique una relación. La secretaria de Estado ni siquiera estaba enterada de la expedición. Se llevó a cabo a través de una subsecretaría llamada Christie Valero. Al parecer, ella creyó que valía la pena. Creo que quizá está en lo cierto. Los pronunciamientos de clérigos influyentes tienen un enorme peso en la región. Fue el ayatolá Jomeini quien declaró que cualquiera que...

—... cometiese un acto de suicidio para atacar al enemigo sería considerado un mártir —acabó Linda por él—. Conocemos la historia, Max, aunque estoy dispuesta a apostar que tú te has enterado de esto cuando hablaste con Overholt.

Hanley no lo negó.

—En cualquier caso, a tres de las cuatro personas que el departamento envió a Túnez ahora se las da por desaparecidas. Habían obtenido permiso del funcionario local que los controla para permanecer ausentes del campamento durante setenta y dos horas, pero su vehículo no ha regresado.

—¿La suposición en Langley es que está relacionado con el secuestro de Fiona? —preguntó Mark con escepticismo.

—No suponen nada —respondió Max en un tono que indicaba lo poco que le importaba el escepticismo de Mark—. Pero Lang quiere que lo comprobemos de todas maneras.

—No creo que sea una buena idea —intervino Linda—. Acabamos de ver cómo Juan se ha ido con un grupo de terroristas o con miembros de las fuerzas especiales libias, pero sean quienes sean están relacionados con el accidente. No tendríamos que estar dando vueltas por el desierto buscando a unos arqueólogos perdidos cuando él puede necesitarnos en cualquier momento.

—Espera un segundo —la interrumpió Murphy con voz ansiosa—. ¿Dónde está Stone?

—Ahora mismo no está de servicio, así que estará en su camarote.

—Max, pasa la llamada a su camarote. Ahora mismo volvemos. —Max hizo el cambio. Eric Stone apareció en la pantalla un segundo más tarde bebiendo una bebida energética.

—Hola, ¿qué tal es jugar a ser Lawrence de Arabia? —preguntó.

—¿Te estás bebiendo mi Red Bull? —lo acusó Murphy.

Eric se apresuró a apartar la lata de la lente de la cámara.

—No.

—Gilipollas. Escucha, cuando buscábamos entre las fotos del satélite vimos una camioneta abandonada en el desierto, no muy lejos de nuestra ruta de vuelo estimada.

—La recuerdo.

—Mándame un primer plano y dame las coordenadas.

—Espera. —Eric dejó de mirar a la cámara y comenzó a teclear. Por encima de su hombro, un avatar de un juego online que parecía un sapo con una armadura medieval unía puntos en un macroprograma para crear un cesto de flores.

—Me parece que estás perdiendo el tiempo con un juego bastante idiota, Eric —comentó Linc cuando vio la pantalla del ordenador delante de Murphy—. Déjame adivinar, ¿el Caballero Remache y el Ramillete de la Muerte?

Stone miró por encima del hombro; estaba claro que nunca lograría explicarle a un guerrero como Linc lo que estaba haciendo, así que apagó la pantalla con el mando a distancia.

—Bien, acabo de mandarte un *mail* con las coordenadas y un primer plano de la camioneta. Ahora te estoy buscando la información de rastreo. Solo estáis a unos ciento sesenta kilómetros. No tendrías que tardar más de un par de horas.

—A vuelo de pájaro, Stone, pero no tal como el Pig se arrastra. De todos modos, gracias. ¿Te importaría enviar la foto a la pantalla central en el centro de operaciones y pasar esta llamada de nuevo a Max?

—Marchando.

—Ya hablaremos más tarde.

—¿Es ese el vehículo? —preguntó Mark a Hanley tan pronto como se restableció el contacto.

—Overholt dijo que había una perforadora montada en la caja, así que diría que lo es. ¿Cómo sabías dónde encontrar una foto?

—Soy un genio, Max —contestó Murphy sin el menor asomo de ironía—. Ya lo sabes.

—Muy bien, genio, acabas de ganar un paseo. Quiero que vayáis a investigar aquella camioneta y que luego os entrevistéis con el cuarto miembro del equipo de busca, un tal doctor Emile Bumford. Continúa en el yacimiento arqueológico romano que el equipo del Departamento de Estado utiliza como tapadera. Ya ha hablado con la subsecretaría que montó todo esto. Por lo que Lang me dijo, Bumford no sabe nada, pero un cara a cara podría darnos algo.

—¿Qué pasa con el director? —insistió Linda—. Tengo la sensación de que lo estamos abandonando.

—Cariño —la tranquilizó Max—, estamos hablando de Juan Cabrillo. Con la suerte que tiene, ese helicóptero debe de estar dirigiéndose a un hotel de cinco estrellas junto a la playa, y diez minutos después de aterrizar tendrá una copa en una mano y una mujer en la otra.

Tardaron casi ocho horas en cruzar el desierto hasta el lugar donde Eric y Mark habían situado las fotos de la camioneta abandonada. El paisaje era una superficie donde se alternaban interminables colinas y cauces que les sacudían los órganos hasta tener la sensación de que sus cuerpos no eran más que líquido que retenía su piel.

Mark y Linda habían cambiado sus posiciones, y ahora ella ocupaba el asiento del acompañante. Linc conducía con los brazos sueltos y una postura relajada, como si el áspero terreno no fuese más molesto que algún bache en una autovía interestatal. El sol estaba cerca del lejano horizonte cuando se acercaron a las coordenadas facilitadas por Eric Stone. El Pig continuaba comportándose como se había prometido, y les quedaba combustible suficiente para cruzar la frontera y entrar en Túnez. Allí tendrían que repostar. Linc confiaba en poder hacerlo en el yacimiento arqueológico, pero lo más probable era que tuviesen que traerlo en helicóptero desde el *Oregon*. Debería hablar con Max para que dispusiera el envío de una carga en el nuevo helicóptero McDonnell Douglas MD-520N de la corporación. Con su capacidad para llevar una tonelada de carga, George Adams, el piloto, les proporcionaría el combustible necesario para llenar los diversos depósitos del vehículo.

Algo que sobresalía en el desolado paisaje llamó la atención de Linc. Estaba a su izquierda a menos de cuatrocientos metros. Aunque no estaba seguro de qué era, a lo lejos y con la luz incierta, parecía latir. Se lo señaló a Linda y a Mark. Ninguno de los dos sabía qué podía ser. Les faltaba un kilómetro y medio para llegar al vehículo abandonado, pero Linc consideró que valía la pena echarle una ojeada, así que aparcó el Pig detrás de una duna y apagó el motor.

—Mark, por favor, pásame mi REC7 —pidió Linc. A su lado, Linda desenfundó una Glock 19, la versión compacta de la 17, una de las pistolas de combate más populares en el mundo.

Mark abrió la puerta que daba al compartimiento trasero y le pasó a Linc su fusil de asalto. Como él no tenía la misma habilidad en el manejo de las armas pequeñas, pese a ser el mejor artillero del *Oregon*, Murph llevaba la antigua pistola Colt 45 modelo 1911 en la cintura cuando bajó del vehículo.

Los tres se mantuvieron agachados y utilizaron las protecciones naturales mientras se acercaban al objeto desconocido que se alzaba del suelo. Cuando estaban a unos cincuenta metros, escucharon un sonido parecido a un chillido; aunque no era

humano, les recordó el grito de un bebé.

—¿Qué demonios es esa cosa? —preguntó Mark con un temor supersticioso.

Linc se había adelantado a sus compañeros, con la culata del fusil apoyada en el hombro, mientras miraba con atención en un intento por descubrir qué estaba viendo. El objeto parecía una cruz invertida, y había dos formas oscuras que se movían a cada lado, como si se arrastrasen con un movimiento desgarbado.

De repente, una de las siluetas desplegó unas grandes alas negras y Linc supo de inmediato qué estaba viendo. Había un hombre crucificado con la cabeza apuntando al suelo y una pareja de buitres estaba sentada en la cruz de sus axilas. Las plumas alrededor de sus cabezas estaban manchadas con restos del cadáver. Uno había arrancado una tira de carne que ahora colgaba de su pico. Movi6 la cabeza hacia atr6s y hacia delante para engullir el bocado.

Linc sabía por su experiencia en África Central cuando estaba con los SEAL que los disparos de advertencia no espantarían a los repugnantes carroñeros de su bocado favorito. Les disparó dos veces, y los proyectiles arrancaron a los buitres de la cruz. Un par de plumas cayeron y, arrastradas por la suave brisa, se posaron a unos pocos pasos de ellos.

—Oh, Dios... oh, Dios... oh, Dios —repiti6 Mark Murphy. Sin embargo, continu6 junto a Linc y Linda mientras se acercaban.

Las aves habían causado unas heridas horribles en el cuerpo. Habían tenido días para arrancar la carne de aquel hombre, pero quedaba la suficiente para ver que era caucásico y que había muerto de un disparo en la cabeza. Como la sangre había empapado el suelo debajo de la cruz, era imposible saber si le habían disparado antes o después de colgarlo. Dado que la camioneta se encontraba a un kil6metro y medio, resultaba l6gico suponer que los restos correspondían a una de las personas del Departamento de Estado.

La mente de Linc podía aceptar que los terroristas lo hubieran matado porque lo requería la operaci6n. Pero profanar el cadáver en una perversi6n intencionada de la muerte de Cristo lo habían hecho solo para divertirse.

Sin decir una palabra, Linc fue al vehículo para buscar una pala.

Le llev6 veinte minutos cavar en el suelo blando, pero cuando acab6, solo una fina pátina de sudor bañaba su torso y su cabeza afeitada. Mientras él trabajaba, Linda y Mark fueron hasta la camioneta y descubrieron que la habían movido desde el paso del satélite. Encontraron unas huellas muy claras que venían del oeste. También vieron un segundo juego de huellas más livianas. Entre los dos juegos de huellas había un solitario casquillo de bala que todavía olía a pólvora y una mancha roja y negra en la arena que las hormigas habían borrado grano a grano.

Cuando le dijeron a Linc lo que habían visto, todos coincidieron en que el equipo del Departamento de Estado debía de haber cruzado la frontera sin darse cuenta y los había sorprendido una patrulla libia. Por alguna raz6n, uno del grupo había recibido un disparo en la cabeza y los otros habían sido hechos prisioneros. Luego, habían

llevado el cuerpo un poco más allá para crucificarlo.

—Es posible que vieran pasar el avión de Katamora —aventuró Mark—, y al darse cuenta de que tenían problemas, quizá decidieron ir a investigar.

—¿Crees que por casualidad se encontraron con una patrulla fronteriza? —El comentario de Linda expresaba más una duda que una pregunta.

—No pudo ser una patrulla fronteriza —señaló Linc al intuir lo que quería decir Linda—. Probablemente, los terroristas enviaron equipos a lo largo de la trayectoria de vuelo para eliminar a cualquiera que viese al avión.

—A juzgar por donde tuvo lugar la emboscada, la gente del Departamento de Estado se encontraba muy al sur de su campamento —señaló Mark—. Estaban en el lugar correcto solo que en el momento equivocado.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Linc a Linda Ross.

Como vicepresidenta de operaciones de la corporación, era el miembro de mayor rango del equipo. Pensó en llamar a Max y dejar que él tomase la decisión, pero Hanley no había visto el estado del cadáver y por tanto no podía sentir lo que ella había sentido en el momento en el que había comprendido qué era. Cuando se trataba de cuestiones tácticas, Linda casi nunca permitía que sus emociones interfiriesen en sus decisiones. Ningún buen comandante lo hace. Sin embargo, esta vez, miró a sus compañeros y comprendió que la decisión correcta era ir a por los asesinos. Con un poco de suerte podrían capturar a uno de ellos con vida. Era dudoso que un soldado raso conociera con detalle el plan que esa gente tenía para la secretaria de Estado, pero cualquier información sería mejor que nada.

—Nos llevan muchísima ventaja —dijo Linda. Su mandíbula apenas se movió debido a la cólera.

—A mí no me importa —afirmó Linc.

—Si os consuela —intervino Mark—, hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que hicieran prisioneros a los otros dos estadounidenses cuando los libios se apoderaron de la furgoneta.

Linda no había pensado en ello, pero fue la última información que necesitaba para tomar la decisión.

—Vayamos al coche.

Siguieron las huellas de la camioneta a través del desierto con la misma facilidad con la que se sigue la línea continua en una carretera rural. El vehículo era lo bastante pesado como para que las marcas aún no hubiesen desaparecido a pesar del constante azote del viento. Cuando el sol se puso detrás de las montañas, Mark activó el sistema Forward Looking Infrared del Pig. Diseñado para los helicópteros de ataque, el sistema podía detectar fuentes de calor y dar un aviso a muchos kilómetros de distancia si se acercaban al motor caliente de un camión.

Linc se puso las gafas de visión nocturna. Con los iluminadores infrarrojos pasivos y activos podía conducir sin problema en la más absoluta oscuridad si era necesario. Sin embargo, la luna creciente que asomaba detrás de ellos daba al sistema

de tercera generación luz más que suficiente.

Nadie habló mientras circulaban a través del desierto. No era necesario. Los tres compartían los mismos pensamientos, las mismas preocupaciones, y también el mismo deseo de vengar al muerto. A ninguno de ellos le importaban las rodadas y los baches en los que se metía el poderoso camión. Los que no absorbieran los amortiguadores, los soportarían sus cuerpos.

—¿A qué distancia estamos de la frontera tunecina? —preguntó Linda al cabo de un par de horas.

Mark comprobó la posición en el ordenador.

—A casi trece kilómetros.

—Manteneos alerta. Dudo que la crucen.

Las fantasmales sombras proyectadas por la luna se apagaron repentinamente cuando una cortina de nubes pasó por delante. Las gafas de visión nocturna de Linc no tenían luz suficiente para procesar, así que puso en marcha los iluminadores activos, que enviaban longitudes de onda en el espectro cercano al infrarrojo, indetectables para la visión humana pero que veía con toda claridad con sus gafas.

Condujeron así durante otro kilómetro y medio. Mark Murphy sabía que cualquiera equipado con un aparato de visión nocturna podía ver la señal activa de las gafas de Linc, así que no desvió los ojos del FLIR en ningún momento. Hasta ahora, el desierto permanecía a oscuras y vacío en los escáneres termales.

Entonces apareció un punto diminuto. Pensó que era demasiado pequeño para tratarse de un hombre, así que decidió que sería algún animal nocturno, pero de pronto una luz estalló en la cabina del camión en casi todas las longitudes de onda.

La estela caliente de una granada autopropulsada apareció como un relámpago blanco en la pantalla de Mark mientras que Linc, con sus gafas de visión nocturna, quedó deslumbrado por el escape del cohete. Habían caído en una emboscada muy bien preparada. Si el hombre del lanzagranadas hubiese disparado un momento antes habrían acabado hecho trizas con la primera salva.

El Pig estaba en lo alto de la colina, así que contaban con la ventaja de la altura, pero sin ningún lugar para ponerse a cubierto no les servía de nada. El impulso hacia delante no dio a Linc el tiempo suficiente para poner la marcha atrás; por lo tanto, utilizó la única opción que le quedaba. Mientras el cohete se aproximaba en una trayectoria plana, el ex SEAL pisó el acelerador a fondo y se lanzó ladera abajo. Pulsó un botón en el tablero para activar la suspensión hidráulica y hacer que el centro de gravedad del vehículo bajase al empujar los neumáticos más allá de las aletas de los guardabarros.

Murphy ya no disponía del espacio despejado necesario para utilizar la ametralladora de calibre 30 montada debajo del parachoques delantero, pero la maniobra de Linc había dado al camión la estabilidad suficiente para bajar por la ladera de la duna sin volcar. Linc pulsó otro interruptor para bajar las cadenas de detrás de los neumáticos traseros y cubrir las huellas. A la velocidad que se movían, los pesados trozos de cadena levantaban una densa nube de polvo, que no era un obstáculo para ver a través del FLIR y en cambio representaba un obstáculo insalvable para las gafas de visión nocturna del agresor.

La granada impactó en el suelo y levantó un enorme pero inofensivo surtidor de piedras y arena donde había estado el Pig segundos antes. Las balas trazadoras comenzaron a perforar las tinieblas y a converger en el camión como los chorros de las mangas de incendios.

—Linda... —comenzó a decir Linc, pero ella lo interrumpió.

—Estoy en ello.

Abrió la puerta que daba al compartimiento de carga trasero y se lanzó con los pies por delante. De inmediato buscó el interruptor que abría la escotilla superior, y en el mismo instante en el que se abrió, colocó la segunda ametralladora en las monturas instaladas en el techo. Las tapas de la escotilla la protegían por los lados, así que apuntó a los tiradores que les disparaban de frente. La ametralladora rugió en sus manos y los casquillos salieron por la brecha en un relámpago. Dirigió los disparos hacia una zona donde parecía concentrarse el fuego. En la oscuridad, no sabía qué pasaba a cien metros de distancia, pero el torrente de trazadoras que perseguían al Pig cesó de inmediato.

Movió la ametralladora para contrarrestar los erráticos movimientos de Linc, y abrió fuego contra otra trinchera. Debía de ser el lugar donde estaba el hombre con el lanzagranadas junto con los otros atacantes, porque una terrible explosión destrozó la trinchera y vio cómo volaban por los aires los cuerpos despedazados.

Otra granada apareció en la oscuridad, pero tan desviada que Linc ni se molestó

en esquivarla. Llevó el Pig hacia un montículo tras el que se protegían varios tiradores. Subió la ladera de lado y luego hizo derrapar al pesado vehículo, de forma que cuando acabaron la bajada, Linda tenía a toda la hilera de tiradores en la mira. Comenzó a disparar en un barrido que acabó con todos ellos en unos segundos.

—Tengo una enorme imagen termal —avisó Mark, sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Alcance?

—Cuatrocientos metros. Está parcialmente oculta por la topografía, pero allí hay algo grande, y cada vez más caliente.

—Misiles —ordenó Linc.

Pese a los saltos en el áspero terreno, Mark no falló ni una tecla en su ordenador. Los paneles accionados hidráulicamente en los costados del camión se abrieron lo suficiente para dejar a la vista los conos de cuatro misiles antitanque FGM-148 Javelin. Era un arma que se disparaba desde el hombro, dotada con una cabeza explosiva de ocho kilos, que había demostrado ser capaz de destrozar a cualquier vehículo acorazado.

El proyectil tenía un sistema de guía por infrarrojos, así que en cuanto Mark fijó la retícula de tiro en la fuente de calor desconocido, el misil estaba preparado.

—¡Misil fuera! —gritó a Linda para prevenirla, y lanzó el cohete.

Salió del tubo en medio de una nube de gases calientes y voló a través del desierto. Linc giró el volante para que Linda pudiese ocuparse de otro nido de ametralladoras desde el que acibillaban el costado del camión. Al parecer era el único enemigo activo con voluntad de enfrentarse a ellos.

El misil se dirigió hacia la fuente de calor, sin hacer el menor caso de la batalla que se libraba ni de los inútiles intentos de un par de hombres que querían derribarlo mientras volaba hacia la base secreta en el desierto. A quince metros del objetivo, el buscador perdió de pronto la señal, aunque detectó otro contacto más frío y cercano. Sin embargo, no hizo caso del cebo y mantuvo el curso original.

Lo que el misil no sabía era que un camión cisterna acababa de cruzarse en su trayectoria hacia el objetivo, y la imagen termal más fría correspondía al motor. El misil impactó en la cuba justo detrás de la cabina. El conductor murió al instante cuando el combustible detonó formando una inmensa bola de fuego que pareció lamer el cielo. Un grupo de tiendas cercanas quedó convertido en harapos por la onda expansiva, las cuerdas transformadas en hilos y los postes reducidos a astillas. Las redes de camuflaje colgadas de las palmeras para ocultar el campamento de las cámaras de los satélites ardieron como la yesca. Los trozos de metralla segaron como una guadaña a la tripulación de tierra que había estado trabajando en la base, pero la metralla no hizo nada a la máquina en la que estaban ocupados.

A la luz de las imponentes llamaradas del camión cisterna, Linc, Mark y Linda vieron dos cosas al mismo tiempo. Una era la camioneta del equipo del Departamento de Estado tumbada y con el chasis en llamas. La segunda era lo que los guardias del

perímetro habían estado protegiendo.

En un bunker hecho con sacos de arena había un helicóptero artillero Mi-24 de fabricación rusa, quizá el más temido de los helicópteros de combate en toda la historia. El calor que desprendían las turbinas gemelas Isotov en marcha era lo que Mark había visto en el FLIR. Los rotores enturbiaban el aire mientras el piloto preparaba el tanque volador para el despegue.

—¡Mierda! —gritó Murphy—. Si despega con esa cosa, estamos fritos.

Apenas acababa de decirlo cuando el helicóptero, designado con el nombre en código Hind, despegó. El piloto lo hizo girar sobre el eje mientras aún estaba parcialmente cubierto por el muro de sacos de tierra. Montada debajo del morro del Hind había una Gatling de cuatro cañones que, en cuanto superó la barrera, disparó.

Linda consiguió meterse dentro de la escotilla justo cuando el desierto alrededor del Pig parecía cobrar vida con el impacto de centenares de balas calibre 50. Las balas golpearon en el parabrisas blindado con la fuerza suficiente para agrietarlo, y si los disparos continuaban aunque solo fuesen unos segundos más acabarían por desintegrarlo.

Linc redujo una marcha y pisó el acelerador. Un surtidor de arena que semejaba la cola de un gallo se levantó en su estela. El suelo a la izquierda del vehículo explotó bajo una nueva andanada. Luego llegaron los misiles, media docena, lanzados desde las vainas colocadas debajo de las cortas alas del helicóptero. Era como conducir en medio de una tormenta de arena. Los misiles no guiados estallaron en las colinas a su alrededor. Linc los esquivaba lo mejor que podía avanzando en zigzag entre cada impacto, con la esperanza de conseguir unos pocos segundos. Un misil alcanzó el parabrisas trasero y sacudió la suspensión del Pig, pero le hizo poco daño más allá de hundir algo el acero endurecido.

Linc miró a Murphy.

—¿Preparado?

—¡Hazlo!

Linc giró el volante y pisó el freno con todas sus fuerzas. El camión derrapó sobre las ruedas traseras, deslizándose sobre las arenas resbaladizas; solo la amplia distancia entre los neumáticos impidió que volcase. En el instante en el que el morro apuntó de nuevo hacia el helicóptero, Mark lanzó un par de misiles. Rogó para que los sensores de calor encontrasen el objetivo, porque no tenía tiempo para fijar la puntería.

El piloto del Hind perdió de vista al camión en la nube de polvo y detuvo el fuego por un momento, a la espera de que el viento disipase la nube. Fue por esta impenetrable cortina por donde aparecieron los dos misiles. El sistema de enfriamiento criónico de uno de ellos no había alcanzado la temperatura adecuada, y, en consecuencia, no consiguió encontrar el blanco entre las ondas de calor que aún se desprendían del suelo. Acabó estallando muy lejos del helicóptero.

Encarado a los misiles, el helicóptero ofrecía una sección transversal térmica

pequeña, porque el fuselaje ocultaba los escapes de las turbinas. El piloto lo sabía y no hizo nada, confiando en que si se quedaba quieto el misil pasaría de largo. Pero el Javelin lo localizó de todas maneras. El ordenador de a bordo decidió que los cuatro tubos resplandecientes debajo del morro del helicóptero eran lo bastante tentadores para continuar el ataque.

El sensor envió las adecuadas correcciones a las aletas del proyectil para mantenerlo apuntado hacia los cañones todavía calientes de la Gatling. El piloto intentó levantarlo en el último segundo, así que el misil pasó por debajo del arma e impactó directamente debajo de la cabina. La explosión partió el helicóptero en dos, y la sección frontal casi se desintegró, mientras que el fuselaje y la cola se levantaron por la fuerza del estallido. Debido a que el rotor principal aún estaba conectado, el aparato perdió la estabilidad y comenzó a girar sobre sí mismo; el humo escapaba del agujero negro que había sido la cabina. Cuando el helicóptero se inclinó casi noventa grados, las palas perdieron impulso y el aparato de diez toneladas cayó a tierra. Los rotores de aluminio abrieron surcos en el suelo y quedaron reducidos a metralla que salió despedida a velocidades casi supersónicas. Entró tanta arena en las turbinas que se apagaron.

Los depósitos de combustible sellados del helicóptero habían hecho su trabajo. No hubo explosiones secundarias, y las llamas alrededor de los escapes se apagaron.

Mark soltó un largo suspiro.

—Buen disparo, muchacho —dijo Linc. Luego llamó a Linda—. ¿Estás bien allí atrás?

—Ahora sé cómo se siente un Martini de James Bond.

—Lo siento.

Linda asomó la cabeza en la cabina.

—Chicos, habéis derribado el helicóptero, así que era una observación, no una queja. ¿Qué es este lugar? ¿Algo así como un puesto fronterizo?

—Lo más probable —contestó Linc.

—Acércanos al Hind —pidió Mark. Estaba observando el helicóptero caído a través del FLIR.

—No es una buena idea. Tendríamos que largarnos de aquí mientras podamos.

—No creo que esto sea un puesto fronterizo —afirmó Murphy—. Necesito acercarme al helicóptero para estar seguro. Además, deberíamos hacer un barrido para saber si hay algún equipo de comunicaciones intacto. Si queda algún superviviente por aquí, lo último que necesitamos es que pida refuerzos.

Linc puso la marcha y recorrió los cuatrocientos metros que los separaban de los restos. El camión aún no se había detenido cuando Mark abrió la puerta. Como un cazador primitivo que se acerca a una presa peligrosa sin saber si está muerta, Mark caminó agachado hasta el helicóptero caído. Linda estaba de nuevo en la escotilla y vigilaba las ruinas humeantes del campamento por encima de la mira de la ametralladora.

—¿Qué estás buscando? —preguntó ella sin mirar abajo desde su puesto.

—No estoy buscando nada —la corrigió Mark—. Estoy mirando.

—De acuerdo.

—Las tomas de aire no son normales. Están sobredimensionadas. Al igual que las puntas de las palas de los rotores.

—¿Y? —preguntó Linc desde la cabina.

Mark se volvió para mirarlo.

—Este helicóptero ha sido modificado para realizar operaciones a gran altura. Estoy seguro de que si compruebo las tuberías de combustible de las turbinas, serán más grandes de lo normal. Y esto —golpeó un montante debajo del ala del aparato—, es el riel lanzador de un misil AA-7 Apex.

—¿Y qué pasa?

—Normalmente, el Apex no forma parte del armamento de estos helicópteros. Estos aparatos se utilizan para atacar objetivos terrestres. En cambio, el Apex está diseñado para el combate aire-aire, específicamente para el MiG-23 Flogger.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Linda.

—Antes de entrar en la corporación me dedicaba al diseño de armas. Me pasaba el día en ello. Ya habéis sumado dos y dos, ¿no?

—Misil aire-aire, helicóptero adaptado para vuelos a gran altitud. —Linc hizo un movimiento como si estuviese sopesando dos elementos en sus manos—. No es precisamente un misterio digno de Sherlock Holmes. Utilizaron este pájaro para derribar el avión de la secretaria de Estado.

—Entonces, ¿este lugar pertenece a los militares libios o a algún grupo terrorista? —preguntó Linda.

—Esa es la pregunta del millón de dólares —respondió Mark y montó de nuevo en el camión—. Vamos a comprobarlo y veamos si podemos encontrar una respuesta.

Entraron en el perímetro de la base. Las tiendas no eran más que cenizas y no quedaba ni una sola rama en las palmeras. Linc frenó cerca del cadáver de uno de los mecánicos del helicóptero y aparcó entre el cuerpo y el desierto. Mark se apeó y dio la vuelta al cadáver. A la vacilante luz de los incendios cercanos vio que un trozo de metal, con toda probabilidad del camión cisterna, se había clavado en el pecho del hombre. Lo que Mark no encontró fue alguna insignia en el uniforme o cualquier tipo de identificación en los bolsillos, ni siquiera las placas que suelen llevar todos los soldados.

Buscó entre los otros cuerpos, sin apartarse mucho de la protección del vehículo blindado. Ninguno llevaba identificación o galones. Entre los restos de las tiendas encontró un móvil, que se guardó en el bolsillo, y un gran radiotransmisor destrozado por el incendio, pero ninguna pista de quiénes eran aquellos hombres o a quién servían.

—¿Y bien? —preguntó Linda cuando subió de nuevo a la cabina del Pig y cerró la puerta.

—Este lugar es un absoluto misterio. —Mark se pasó las manos por el pelo en un gesto de enfado—. Sabemos el cómo del accidente, pero seguimos sin saber el quién o el porqué.

—Eso a mí no me preocupa —dijo Linc mientras se alejaba del campamento para ir hacia la frontera tunecina—. Estoy seguro de que el director ha encontrado la respuesta a esas preguntas en cuanto ha aterrizado con el otro helicóptero.

Tan pronto como se abrieron las puertas de la bodega del helicóptero y los ojos de Juan se acomodaron a la fuerte luz que llegaba desde el exterior, comprendió que había conseguido meterse dentro. Hasta el cuello.

Evitar que lo descubriesen en una base aérea libia habría sido bastante sencillo. Allí se habría encontrado con un millar de hombres, docenas de edificios donde ocultarse y el anonimato que proporciona la transitoriedad de la vida del personal militar, que cambia constantemente de destino.

Pero el Mi-8 no había aterrizado en una base de la fuerza aérea; lo había hecho muy alto en las montañas, en una meseta resguardada desde donde se veía el impresionante panorama que ofrecían varios valles. Más abajo de la pista de tierra apisonada había un campo de entrenamiento. Al salir con los demás por la parte trasera del helicóptero, vio docenas de tiendas, un campo de ejercicios, una pista de obstáculos y un polígono de tiro.

Juan no se apresuró a sacar ninguna conclusión. El hecho de que pareciera un campamento de terroristas no significaba necesariamente que no estuviese respaldado por el gobierno. Después de todo, seguía estando en Libia.

A un lado del recinto había un almacén construido con andamios metálicos cubierto con arpilleras, que parecía tener la altura de un edificio de oficinas de tres plantas, estaba rodeado por un muro, con un techo en voladizo que se extendía desde la entrada sobre el camino de coches, y tenía un ala que a Juan le recordó un solarío, excepto que la estructura era demasiado grande para tratarse de una residencia particular. La parte trasera era un espacio cerrado, y si bien no había muchos detalles que correspondieran al lugar, sí que habían colocado cercas de telas para representar unos setos.

Cuando las turbinas se apagaron, Cabrillo escuchó los generadores que funcionaban más abajo y el grito de un muecín que llamaba a los fieles para la oración del mediodía. Los hombres se movían por todo el campamento, cada uno cargado con su estera. Comenzaron a reunirse en el patio, con las esteras orientadas al este, hacia la ciudad santa de La Meca. Calculó que serían unos doscientos, un número bastante grande, por supuesto, pero no lo suficiente para que pudiera mantener el anonimato durante mucho tiempo. Alguien acabaría por echar de menos al verdadero Muhammad y lo buscarían a fondo.

Por mucho que necesitase recoger información acerca de este grupo, su única posibilidad era escapar cuanto antes y regresar por la noche para un reconocimiento nocturno.

—Muévete —le ordenó alguien que bajaba por la rampa del helicóptero.

Al otro lado del valle, Juan vio algo que parecía una obra en construcción o una

excavación. Se ajustó mejor el pañuelo que le tapaba el rostro y comenzó a bajar por el sendero que llevaba al campamento. Se mantuvo cerca del hombre que tenía delante, así evitaría que nadie lo mirara a los ojos, y se aseguró de caminar un tanto encorvado, para disimular que superaba en estatura a la mayoría.

No sabía si los hombres que habían sido enviados para sabotear el escenario de la catástrofe compartían la misma barraca, pero parecía lo lógico. Los había visto trabajar y, si bien no eran disciplinados como los soldados profesionales, mostraban una cohesión que procedía de trabajar y entrenar juntos en un grupo muy unido. En cuanto llegasen al alojamiento, Juan sabía que su vida se mediría en segundos.

El sendero se movía por el borde de una profunda garganta; el flanco estaba cortado por barrancos y cauces secos, y cubierto con piedras sueltas y arena. Había una cornisa a medio camino de la pendiente por encima de un acantilado vertical de unos diez metros de altura. Juan calculaba que las probabilidades de llegar hasta el fondo con vida eran casi nulas; de repente, el jefe del equipo que iba en cabeza de la pequeña columna se volvió y empezó a recoger los pañuelos.

Los hombres conocían la rutina, así que ya habían comenzado a quitárselos. Juan miró de nuevo el campamento a su izquierda. Nadie llevaba la cabeza cubierta. Era un símbolo de unión. Solo eran anónimos para los extraños. Seguros en su campamento y entre sus hermanos, se mostraban abiertamente.

Las probabilidades ya no tenían importancia.

Clavó las palmas de las manos en la espalda del hombre que tenía delante y gritó:

—¡Vigila lo que haces!

El hombre se volvió con una mirada belicosa.

—¿Por qué me empujas?

—Me has dado un codazo en el estómago —replicó Juan—. Debería matarte por este insulto.

—¿Qué está pasando allá atrás?

—Este hijo de una cerda me ha empujado —gritó Juan.

—¿Quién eres? —preguntó el jefe—. Muéstrate.

—Solo cuando él se disculpe.

—No lo haré. Tú me pegaste primero.

Juan lanzó un puñetazo al rostro del árabe, pero fue un golpe lento que solo llevaba una décima parte de la fuerza de la que era capaz. El hombre lo vio venir, se agachó por debajo del brazo de Juan y le descargó dos rápidos golpes en el estómago. Era la excusa que Cabrillo necesitaba. Le arrancó el pañuelo al tiempo que se giraba para dar la espalda a los demás e impedir que le viesan el rostro.

—¡No te conozco! —gritó Juan, con fingida sorpresa—. Este hombre es un impostor, un infiltrado.

—¿Te has vuelto loco? Llevo aquí siete meses.

—Mentiroso —lo acusó Cabrillo.

El hombre intentó apartarlo de un empujón. Más que resistirse, Cabrillo lo cogió

por las muñecas y dio un paso fuera del sendero. De inmediato sus pies comenzaron a deslizarse. La pendiente era gradual al principio, pero de pronto se empinaba. Comenzaron a ganar velocidad, y cuando llegó el momento en el que iban a caerse, Juan se echó hacia atrás y lanzó al desafortunado terrorista por encima de su cabeza sin soltarlo, de forma que Cabrillo quedó sobre el pecho del hombre. Ahora era el cuerpo del terrorista el que chocaba contra las afiladas rocas mientras bajaban por la pendiente con Juan montado encima.

Llegaron al primer barranco. Cabrillo escuchó cómo los huesos se rompían por encima del ruido de la grava que los acompañaba en la caída. El libio gritó en el oído de Juan cuando entraron en el barranco a toda velocidad. Bajaban como esquiadores, solo que el terrorista era el esquí. A su alrededor, cada vez se soltaban más y más rocas con el paso de la pareja hasta que una nube de polvo los ocultó de las miradas de los terroristas que estaban en el sendero. Las piernas del hombre, que estaban rotas por debajo de la rodilla, rebotaban flácidamente mientras Juan y él continuaban el descenso dando saltos de un lado a otro según los accidentes del terreno.

Cabrillo utilizó la prótesis como si fuese un timón, para mantenerlos en el centro del barranco. Cada vez que extendía la pierna sentía como si le estuviesen golpeando el muñón con un martillo, pero era el único modo de que no cayeran descontroladamente.

Más piedras y arena comenzaban a desprenderse a su alrededor, y de pronto se encontraron en lo alto de la avalancha que habían creado. La fricción del cuerpo destrozado del terrorista contra el suelo desapareció sin previo aviso y la velocidad pareció doblarse. Juan ya no tenía el control de la caída. Cuando el barranco comenzó a torcerse hacia la izquierda, el volumen del desprendimiento que bajaba por la ladera ya no podía contenerse, así que desbordó los márgenes como una riada que se llevaba con ella a Juan y al árabe. Volaron por los aires mientras la tierra desaparecía de pronto debajo de ellos. Cuando volvieron a caer, el terrorista ya no gritaba y habían sacado unos preciosos metros de ventaja al muro de grava que los perseguía.

Este nuevo valle era más ancho y profundo que el primero, pero tenía más vueltas. Una vez más los alcanzó el desprendimiento y de nuevo Juan se montó en el hombre como si estuviese bajando unos rápidos sobre un tronco. Delante de él, vio que las piedras caían por la cornisa que había distinguido desde lo alto. Se arriesgó a mirar ladera arriba. Detrás de la masa de piedras y arena, los peñascos se sumaban a la avalancha, vencidos por la fuerza de la gravedad y el peso que los embestía. Era como mirar la boca de carga de una trituradora de madera. Los peñascos chocaban entre sí y se convertían en polvo a medida que caían.

Miró hacia abajo. El desprendimiento se curvaba formando un arco de tres metros en el espacio por encima de la cornisa antes de caer a tierra. De haber sido agua, Juan se habría dejado arrastrar por la catarata y habría nadado hasta el fondo, para emerger más allá. Pero no era este el caso.

Cabrillo hundió la pierna ortopédica en las piedras hasta sentir que tocaba el

suelo. Segundos antes de que él y el árabe se viesen lanzados al precipicio, empujó con todas sus fuerzas y saltó del cadáver del terrorista en un torpe tumbo que lo llevó al borde de la avalancha.

A gatas comenzó a subir en una terrible lucha contra el implacable empuje de las piedras que se deslizaba por debajo. Era como ir en dirección contraria sobre una cinta transportadora a máxima velocidad. No había manera de ganar terreno. El desprendimiento iba demasiado rápido. Solo podía confiar en conseguir unos pocos segundos si se movía hacia un costado del barranco, en un intento por escapar de las garras del deslizamiento antes de que lo lanzase por el precipicio.

A tres metros del abismo, aún seguía metido en el borde del desprendimiento. Los dedos ensangrentados se hundían con la tenacidad de una máquina, y sus piernas eran pistones que levantaban tierra con cada movimiento. Pero no era suficiente. Estaba demasiado lejos del límite para saltar.

Pero Juan no era de los que se rendían, así que hizo un último esfuerzo titánico. El deslizamiento reclamó los restos destrozados de su compañero en el mismo instante en el que sus dedos tocaron suelo sólido. Cabrillo palpó para buscar dónde sujetarse, y sus manos rozaron algo duro y redondo. Sin otra alternativa, se agarró con la mano izquierda y se columpió para buscar dónde sujetarse con la derecha.

La primera regla de la escalada era no confiar nunca en la vegetación. Podía desprenderse sin previo aviso. Pero como no había nada más, se aferró a la raíz de un árbol retorcido que había quedado al sol.

Casi de inmediato, la raíz comenzó a desprenderse de la tierra mientras él tiraba como si se tratase del extremo de una cuerda que había quedado enterrada debajo de la superficie. Aunque había conseguido sacar todo el cuerpo salvo los pies, dependía de la resistencia de la raíz, pero a medida que se iban rompiendo las sujeciones subterráneas, más se acercaba hacia el abismo.

Sus piernas pasaron por encima del borde; después, las caderas. Se sujetó a la raíz con toda su alma mientras que a menos de treinta centímetros un continuo torrente de arena y piedras pasaba junto a su hombro. Controlada la caída momentáneamente, intentó subir, pero entonces la raíz se rompió todavía más. Resbaló por encima del borde y quedó colgado de los brazos. Justo antes, vio que el muro de rocas estaba a un segundo de alcanzar el abismo.

Se obligó a arrastrarse a lo largo de la cara del acantilado a su derecha —aunque los cascotes más pequeños le golpeaban la cabeza y los hombros— y aumentar el ángulo entre él y la raíz anclada en el costado del barranco. Luego se movió hacia atrás muy rápido para atravesar el torrente de piedras un segundo antes que los peñascos. Salió del aluvión, balanceándose como un péndulo. Tendió la mano izquierda y logró sujetarse a un saliente del tamaño de un puño.

Sus movimientos hicieron que la raíz rozara contra el borde afilado, como un trozo de cordel contra la hoja de una sierra. Cabrillo casi no tuvo tiempo de sujetarse al trozo de piedra cuando se cortó la raíz. Su cuerpo se estrelló contra la pared del

acantilado. La raíz que le había salvado la vida pasó a su lado, tragada por los cascotes que continuaban cayendo por la ladera.

Colgado de una mano, miró hacia abajo con desesperación. Al principio, el acantilado parecía liso como una mesa de billar y vertical como la pared de un rascacielos, pero unos centímetros por debajo de sus pies había un reborde del ancho de un libro de bolsillo.

El saliente de piedra arenisca en el que se sujetaba comenzó a deshacerse en su mano.

Juan respiró a fondo y se soltó. No había espacio suficiente para amortiguar el golpe flexionando las rodillas, y notó el vacío debajo de los talones. El móvil, que no había perdido durante la caída, se desprendió con el impacto, se deslizó por la pernera y salió por el dobladillo. No había nada que pudiera hacer cuando golpeó en el reborde y desapareció en el valle.

No oyó cómo caía entre el estruendo de los cascotes, pero comprendió que lo había perdido para siempre. Se aferró a la pared. Sintió el calor de la piedra en la mejilla.

A su lado, las nubes de polvo se levantaban de la roca y la arena y caían por encima del borde aunque con mucha menos violencia; una señal de que el deslizamiento comenzaba a aminorar. Con el viento que soplaba en lo alto de la montaña, el polvo no tardaría en disiparse y Cabrillo quedaría a la vista de cualquiera que mirase desde lo alto. La caída vertical hasta la siguiente parte de la ladera era de unos diez metros y después había otros treinta de terreno escabroso hasta el fondo del valle.

Miró a la derecha. El deslizamiento estaba acabando. Los peñascos más grandes cubrían el suelo y solo unos chorros de arena caían por el borde.

La segunda regla de la escalada dice que nunca se debe descender por la pared de un acantilado a menos que conozcas la ruta.

Juan no tenía ni idea de qué había ahí abajo, ni de las sujeciones que encontraría, pero con veinte terroristas armados que sin duda miraban desde arriba para saber qué les había pasado a sus camaradas, las reglas de una escalada segura probablemente no tenían mucha importancia.

Se agachó todo lo que pudo, sacó una pierna fuera de la cornisa y comenzó a buscar un punto de apoyo con la punta del pie. También trabó la articulación del tobillo de la pierna ortopédica. Encontró una ligera depresión, apenas lo bastante grande para meter la punta pero suficiente para aguantar el peso. Se agachó todavía más hasta que pudo apoyar los codos en la angosta cornisa. Cambió de posición los pies en el pequeño agujero y de nuevo buscó a ciegas otra irregularidad. No encontró nada. La piedra era lisa.

De pronto, un pesado rollo de cuerda pasó junto a su cara, desenrollándose a medida que caía. Al mirar hacia arriba vio que la cornisa lo ocultaba de la vista de los terroristas. No le habían arrojado una cuerda salvavidas, sino que alguien iba a bajar

para ver si estaban con vida. Era mala suerte que hubiesen escogido enviar a alguien precisamente en él mismo lugar donde se sujetaba a la roca.

Se apresuró a subir a la cornisa y se quitó la bota. Se desabrochó unos cuantos botones de la camisa y se metió la bota contra el pecho. Después, pasó la cuerda dos veces alrededor del pie de la prótesis, como si su pierna artificial fuese una polea. Notó que la cuerda se movía al compás de los movimientos del hombre que se había ofrecido voluntario para ver qué les había pasado a sus camaradas. Cabrillo se sujetó a la cuerda y dio un paso en el vacío. Con la espalda apoyada en la pared de piedra, fue soltando cuerda poco a poco con las manos. Gracias a que estaba enrollada alrededor del pie y el tobillo trabado, se descolgó mano sobre mano con tanta suavidad que el terrorista por encima de su cabeza no se dio cuenta.

Tardó menos de un minuto en llegar al pie del acantilado. De no haber sido por el pie artificial, un descenso tradicional hubiese alertado al terrorista de su presencia o habría destrozado la carne del miembro hasta que solo hubiese quedado hueso. Corrió a través de la pendiente y se zambulló en una grieta un segundo antes de que el escalador llegase a la cornisa y mirase abajo.

Se escuchó su voz por el valle.

—No veo nada, aparte de un montón de rocas. Creo que ambos están muertos.

Juan se arriesgó a mirar hacia arriba. El soldado —o el terrorista, según lo que Cabrillo descubriese acerca de ese lugar— observó la montaña de cascotes por un momento, y luego comenzó a subir otra vez. Juan se desplomó y se dejó llevar por primera vez por el dolor. No tenía nada roto, pero sabía que su cuerpo estaría lleno de morados. Se permitió descansar solo diez minutos; más habría significado quedarse rígido hasta la absoluta inmovilidad.

Se consideró afortunado cuando encontró su pañuelo medio enterrado en un montículo de arena. Se cubrió la cabeza y destrabó el tobillo de la prótesis. Su plan era encontrar un lugar seguro donde ocultarse durante el resto del día y luego subir de nuevo por el lado de la obra en construcción que había visto en el otro valle. Dada su proximidad con el campamento terrorista supuso que ambas instalaciones estaban conectadas.

Una vez allí, tendría que confiar de nuevo en la suerte para descubrir qué era, y rogar que la secretaria de Estado Katamora estuviese prisionera en alguno de los dos lugares.

Aunque, en lo más profundo de su ser, sabía que nadie tenía tanta suerte.

Linda Ross y Franklin Lincoln se acercaron a pie al campamento arqueológico una hora antes del amanecer. Ambos habían dormido muy poco y se sostenían gracias a la adrenalina. Murphy se había llevado el Pig al desierto para encontrarse con George Adams, que transportaba el combustible necesario para completar la misión.

A ninguno de ellos le había gustado la idea de separarse. Encontrar solo un cuerpo cerca de la camioneta y ningún rastro de los otros dos estadounidenses en el lugar donde había quedado el helicóptero significaba que se los habían llevado a algún otro sitio. Suponían que sería él mismo donde estaba el director. Si era así, el interrogatorio sería rápido, brutal y, lo más probable, exitoso. En ese momento, un grupo de terroristas podría estar volando hacia el yacimiento en el Mi-8.

Se les acababa el tiempo. Faltaba muy poco para que se celebrara la cumbre, y lo que era más importante, cuanto más tiempo tuviesen prisionera a la secretaria de Estado, más probable sería que también la torturasen.

Con la salida del sol, el campamento comenzó a despertarse. Linda y Linc advirtieron que la mayoría de los arqueólogos eran estudiantes que dedicaban el verano al trabajo de campo. Había unas pocas personas mayores que debían de ser profesores y consejeros universitarios, además de unos diez trabajadores tunecinos, uno de los cuales vestía un traje barato que le quedaba bastante mal. Parecía muy agitado y apenas se movía, por lo que se dijeron que debía de ser un funcionario del gobierno.

Tuvieron que esperar casi una hora antes de que el doctor Emile Bumford saliese de su tienda. Para ser un hombre que había perdido a tres cuartas partes de su equipo, el atildado doctor no parecía muy preocupado. Se desperezó con muchos aspavientos cuando salió al sol, como si hubiese disfrutado de un sueño muy tranquilo. Vestido con un ridículo traje de explorador y un sombrero panamá, fue hasta la tienda comedor. Los cocineros se afanaban en unas parrillas colocadas detrás de la tienda, y aunque el olor no llegaba hasta Linda y Linc, ambos se imaginaron el aroma de los huevos y las patatas fritas. Su desayuno había consistido en raciones de emergencia frías. El desayuno duró mucho; sin duda habían mantenido una reunión después de comer. Los estudiantes fueron los primeros en salir del comedor y, después de pasar por las tiendas para recoger las mochilas y las herramientas, emprendieron el camino hacia las ruinas romanas. Los profesores se lo tomaron con un poco más de calma, pero al final ellos también desaparecieron al otro lado de la colina que separaba el campamento del yacimiento arqueológico.

Bumford volvió a su tienda después de que todos se hubiesen ido a trabajar. Estuvo en el interior solo un minuto antes de acomodarse en una silla a la sombra, junto a la entrada. El libro que abrió tenía el tamaño del volumen de una

enciclopedia. Linc quería acercarse y capturar a Bumford, pero los trabajadores nativos iban de un lado a otro recogiendo la ropa para la colada y ordenando las tiendas de los estudiantes.

—Una vez asistí a unas clases de arqueología en mi primer año en la universidad —susurró Linda—. Fuimos a una excavación durante todo el fin de semana. No teníamos sirvientes como estos.

—Probablemente porque el Departamento de Estado no pagaba para que alguien acompañase a los suyos.

—Bien dicho. ¿Qué te parece Bumford?

—Si tuviese que adivinar, diría que está aquí cobrando una pasta por no hacer nada y que no tiene ninguna prisa en averiguar qué le ha pasado a Alana Shepard y a los demás.

—Un tipo agradable —dijo Linda, en tono sarcástico.

El representante tunecino se acercó a Bumford cuando ya llevaba una hora acomodado en la silla. Hablaron solo un momento. Bumford gesticuló mucho con los brazos y acabó la conversación con un encogimiento de hombros.

Linc susurró con un acento que imitaba el árabe.

—Profesor Bumford, ¿sabe algo de su gente? —Luego imitó una voz aguda y nasal—. No tengo ni idea de qué puede haberles pasado... Sin duda ha llamado a su universidad para comunicar la desaparición... Esa no es mi responsabilidad. Solo estoy aquí como consultor... Pero ¿no está usted preocupado? Han pasado varios días... No es mi problema. El nativo sale de la escena por la derecha.

La pantomima y la predicción no podían ser más exactas. Bumford no pensó ni un segundo en la conversación y reanudó la lectura.

Esperaron otros veinte minutos a que cesara la actividad en el campamento. No se veía personal nativo por ninguna parte, así que Linc abandonó su escondite y fue hacia la parte trasera de la tienda de Bumford. Sacó una navaja del bolsillo del mono. Era una navaja Emerson CQC-7A. La hoja era tan afilada que cuando cortó la tela, no hizo más ruido que un cuchillo cortando mantequilla.

En el más absoluto silencio entró en la tienda y fue hasta la entrada. Bumford le daba la espalda, a menos de treinta centímetros, y no tenía la menor sospecha de que alguien estuviese mirando por encima de su hombro. Linc miró hacia donde estaba Linda, agachada detrás de los bidones de combustible del generador del campamento. Ella levantó una mano para indicar a Linc que esperase mientras uno de los cocineros cruzaba el campamento para ir hacia las letrinas. En cuanto desapareció, Linda apretó el puño.

Linc tendió las manos, sujetó a Bumford por las axilas y lo arrastró al interior en un rápido movimiento que arrojó al erudito al suelo. Se le había echado encima como un espectro negro, con una mano sobre la boca de Bumford y en la otra la navaja, para que pudiese verla.

Un momento más tarde, Linda entró en la tienda por el agujero abierto por Linc.

—Demonios, has hecho que pareciese muy fácil. Debe de pesar ciento diez kilos.

—Yo diría que ciento veinte.

Linda se agachó junto a la cabeza de Bumford. Los ojos amenazaban con salirse de las órbitas y el sudor le perlaba la frente abombada.

—Mi colega va a apartar la mano. Usted no se moverá ni gritará. ¿Entendido?

Bumford permaneció quieto como un pescado destripado.

—Asienta si me ha comprendido.

Siguió sin moverse, así que Linc lo ayudó moviéndole la barbilla arriba y abajo. Bumford parpadeó cuando superó la primera oleada de terror y asintió vigorosamente. Linc apartó la mano.

—¿Quiénes son ustedes? —susurró Bumford.

—No alce la voz —ordenó Linda—. Estamos aquí por Alana Shepard, Mike Duncan y Greg Chaffee.

—¿Quiénes son ustedes? —repitió Bumford—. No los conozco. No pertenecen a este grupo.

Al ver que Linda acercaba una mano a su rostro, Bumford pareció querer encogerse en el suelo. Ella le acomodó las gafas en el puente de la nariz y le pasó una de las patillas por detrás de la oreja.

—Somos amigos. Necesitamos hablar con usted sobre los demás miembros de su equipo.

—No están aquí.

—Pero ¿quién es este tipo, un idiota perdido? —preguntó Linc.

—Profesor Bumford —empezó Linda de nuevo, con la mayor amabilidad posible—. Estamos aquí para hacerle algunas preguntas. Somos parte de un equipo de busca y rescate estadounidense.

—¿Como los militares?

—Somos civiles, pero hay personas en Washington que consideran esta misión lo bastante importante para contratarnos.

—Es una pérdida de tiempo —afirmó Bumford, que recuperó parte de su control y arrogancia.

—¿Por qué dice eso?

—Ustedes saben quién soy, ¿verdad?

Linda sabía que buscaba un poco de reconocimiento para consolar su ego.

—Usted es Emile Bumford, uno de los principales expertos mundiales en el Imperio otomano.

—Entonces sabrá que no necesito explicar mis opiniones. Debe tomarlas como un hecho. Esta expedición para el Departamento de Estado es una absoluta pérdida de tiempo.

—Entonces, ¿por qué demonios ha venido? —preguntó Linc.

Bumford no respondió de inmediato, y a Linda no se le escapó una mirada furtiva en sus ojos.

—No mienta —le advirtió.

—Perdí mi cargo por tener una aventura con una estudiante, y ahora estoy en medio de un juicio de divorcio —contestó Bumford, en tono de amarga resignación—. El abogado de la que será muy pronto mi exesposa se está cebando en mi cuenta como una piraña, y yo no ganaba mucho con la enseñanza. Añada a esto que no he publicado un libro en diez años y puede imaginar el resto.

—Dinero.

—El Departamento de Estado me paga quinientos dólares por día. Los necesito.

—Es por eso por lo que está aquí tan cómodamente sentado aunque el resto de su equipo haya desaparecido. Se está embolsando una pasta por la cara.

La expresión de Bumford permaneció imperturbable ante ese último comentario.

Linda tuvo que contener las ganas de darle una bofetada; en cambio, dijo con toda la calma que pudo:

—Bien, es hora de que comience a ganarse el dinero. Dígame por qué cree que este viaje es una pérdida de tiempo.

—¿Conocen esa historia que se contaba de Suleiman aljama?, ¿aquella de su amistad con un marino estadounidense y que había cambiado de parecer respecto a la guerra santa contra Occidente?

—Estamos al corriente —dijo Linda.

—Nunca la he creído. Ni por un momento. He estudiado todo lo que al-Jama escribió. Es casi como si conociese a ese hombre. No habría cambiado. Ninguno de los corsarios berberiscos lo habría hecho. Ganaban fortunas librando una guerra contra los barcos europeos.

—Creía que al-Jama combatía por razones ideológicas, no por dinero —señaló Linc.

—Al-Jama era un hombre como cualquier otro. Estoy seguro de que se habría sentido tentado por las riquezas que conseguía con los abordajes. Puede que comenzase matando infieles solo por matarlos, pero en algunos de los escritos posteriores habla de las recompensas acumuladas. Son sus palabras, no las mías.

—Recompensa no significa obligatoriamente tesoro —señaló Linda, al comprender que Bumford interpretaba a al-Jama a través de su visión personal centrada en el dinero.

—Jovencita, me trajeron aquí porque soy el experto. Si no le interesa escuchar mis explicaciones, por favor, déjeme en paz.

—Siento curiosidad —dijo Linda—. ¿Hasta qué punto la piratería era lucrativa para los corsarios berberiscos?

—¿Qué sabe de ellos?

—Sé que los infantes de Marina les dieron una zorra como dice la canción: «Hasta las costas de Trípoli».

—En realidad fueron quinientos mercenarios al mando del antiguo cónsul estadounidense, William Eaton, y un puñado de infantes de Marina quienes

saquearon la ciudad de Dema, un oscuro rincón en los dominios del bajá de Trípoli. Es posible que sus acciones aceleraran un tratado de paz, pero distó mucho de ser una batalla legendaria digna de un himno.

Linc tenía algunos amigos infantes de Marina que habrían matado al erudito por ese comentario.

—Entre los siglos xv y xix —prosiguió Bumford—, los corsarios berberiscos controlaban una de las rutas marinas más lucrativas del mundo: el Mediterráneo y la costa europea del Atlántico Norte. Durante aquellos años, las naciones que no podían o no querían pagar los exorbitantes tributos vieron cómo sus naves caían en manos de los corsarios. Les robaban las cargas y devolvían las tripulaciones a cambio de un rescate o los vendían como esclavos. Naciones como Inglaterra, Francia y España pagaban a los corsarios millones en oro para proteger el comercio marítimo. Durante un tiempo, incluso Estados Unidos les estuvo pagando. Según algunos relatos, más del diez por ciento de los ingresos fiscales fueron a parar a los señores de la costa berberisca. Los corsarios también realizaban incursiones para secuestrar a personas de los pueblos costeros tan al norte como Irlanda. Según algunos cálculos, más de un millón y medio de europeos fueron arrancados de sus hogares y vendidos como esclavos. ¿Pueden imaginárselo?

—Sí —dijo Linc con un rastro de ironía.

Bumford se había entusiasmado con la conversación, así que prefirió no hacer caso de la pulla del afroamericano.

—Estamos hablando de una de las grandes potencias navales de su tiempo. Suleiman al-Jama era quizá el más exitoso y de lejos el más despiadado corsario de todos ellos. Si bien había estudiado para ser un imán, su familia tenía una tradición de piratería que se remontaba a generaciones. Hay relatos de antepasados suyos que asaltaban las naves que volvían de las cruzadas. Al-Jama lo llevaba en la sangre. Lo siento, pero por lo que sé, nunca habría renunciado a lo que veía como una guerra santa contra los poderes occidentales, lo mismo que haría el terrorista moderno que lleva su nombre.

Linda comprendió su error. Su enfoque no era el de la codicia personal. Veía lo que ellos intentaban conseguir como la continuación de un terrorismo inevitable y el triunfo del infatigable dogma islámico. Estaba hablando con un hombre derrotado, que nunca había disparado en la guerra contra los extremistas de una cultura que él decía estudiar pero que nunca había comprendido.

—Fue por esto por lo que Thomas Jefferson decidió que Estados Unidos ya no pagaría el tributo —manifestó Linda, de todas maneras—. Por primera vez en su historia, los corsarios se enfrentaban a una Marina poderosa y dispuesta a combatir en lugar de darles dinero. Sin duda, al-Jama debió de comprender que se había acabado el libre albedrío. La unilateral declaración de guerra de Jefferson contra la piratería significó para ellos el principio del fin. Una nación había decidido enfrentarse a su salvajismo mientras el resto del mundo continuaba acobardado.

Los paralelismos de la presente lucha contra el terrorismo hicieron que se estremecieran. Europa había pasado la última parte del siglo xx sometida a la constante amenaza del terrorismo. Se habían producido ataques a clubes nocturnos, secuestros, asesinatos y asaltos por todo el continente, y la respuesta de los gobiernos había sido tibia.

Estados Unidos había seguido una conducta similar tras el primer ataque al World Trade Center. El gobierno lo había tratado como un acto criminal en lugar de lo que era en realidad: la primera salva en una guerra. Los autores habían sido detenidos y enviados a prisión, y el asunto se había olvidado hasta el 11 de septiembre.

En vez de no hacer caso de esa realidad por segunda vez, el gobierno había respondido al ataque de 2001 con la decisión de luchar contra todos aquellos que apoyasen el terrorismo en sus diversas formas. Como había hecho doscientos años atrás, Estados Unidos había proclamado al mundo que lucharía antes que vivir sometido al miedo.

—Incluso si acepto la posibilidad de que al-Jama hubiese cambiado de opinión —dijo Bumford—, y hubiera encontrado maneras de reconciliar las diferencias entre el islam y la cristiandad habría que encontrar su barco, el *Saqr*. Es casi totalmente imposible que una nave haya permanecido oculta en el desierto durante dos siglos. La habrían destruido los elementos o la habrían saqueado los nómadas. Confíen en mí, no hay nada que encontrar.

—Solo por hablar —intervino Linc al ver que el pesimismo del profesor estaba a punto de hacer estallar a Linda—. Si quedó algo, ¿tiene alguna idea de dónde podría estar?

—Por la carta que leí en Washington, diría que en un lecho seco al sur de aquí, pero Alana, Mike y Greg lo han recorrido todo. Se detuvieron solo cuando llegaron a una cascada que, cuando el río llevaba agua hubiese sido imposible de pasar. Allí no hay ningún barco pirata berberisco oculto.

—¿Había alguna otra pista en la carta, aunque fuera insignificante?

—Henry Lafayette dijo que estaba oculta en una gran cueva que solo era accesible a través de, y cito textualmente, «un astuto artilugio». Por favor, no me pregunten qué significa. Alana me incordió durante semanas al respecto. También existe una leyenda local que dice que la nave está oculta debajo del negro que arde.

—¿De qué? —preguntó Linda.

—Del negro que arde. El relato procede del diario del segundo de al-Jama, Suleiman Karamanli. Se conservó porque era sobrino del bajá de Trípoli, así que estaba guardado en los archivos reales. Mucho me temo que el significado se me escapa. Lo siento.

—Yo también —murmuró Linda.

Si una arqueóloga como Alana Shepard no había podido encontrar la nave de al-Jama después de pasar semanas utilizando el equipo tecnológicamente más desarrollado, había pocas esperanzas de que Linc, Mark y ella pudiesen descubrirla

en los días que quedaban antes de la conferencia de paz.

Linda consultó su reloj. Tenían una hora de marcha hasta donde debían encontrarse con Mark y el camión. Después de informar de que no habían obtenido nada con Bumford, le diría a Max que la mejor estrategia era utilizar el Pig para encontrar a Juan y ver si el director había tenido más suerte.

—Vamos, Linc —dijo—. Doctor Bumford, gracias por su tiempo. No necesito recordarle que nunca hemos estado aquí.

—Sí, por supuesto —respondió el erudito—. Por cierto, ¿han encontrado algún rastro del resto de mi equipo?

Linda se mordió la lengua para no hacer ningún comentario sobre su preocupación tardía por los demás.

—Uno de los hombres ha muerto. No sabemos si es Greg Chaffee o Mike Duncan. Un disparo en la cabeza. Los buitres no dejaron lo suficiente para hacer una identificación. No sabemos nada de los otros dos.

—Dios mío. ¿Creen que es seguro que me quede aquí? Quizá debería regresar a Estados Unidos.

Linc sujetó el brazo a Linda antes de que esta le diese un puñetazo al profesor.

—Tranquila, chica. No vale la pena. Vámonos.

Salieron por la parte trasera de la tienda y cruzaron el campamento en silencio. Ninguno de los dos se fijó en un chiquillo que había estado escuchando la conversación acurrucado junto a la tienda. Esperó hasta que la pareja desapareciese de la vista para ir a buscar al funcionario tunecino. Veinte minutos más tarde, la información pasó a un contacto en Trípoli por una considerable cantidad de dinero y, tras otros cuarenta minutos, las turbinas de un helicóptero Mi-8 en un remoto campo de entrenamiento en las montañas se pusieron en marcha.

Cuando el embajador Moon vio los restos desde la cabina del helicóptero, necesitó de toda su fuerza de voluntad para no vomitar en la falda de su compañero, el ministro de Asuntos Exteriores Ali Ghami. Los restos del aparato del Departamento de Estado estaban dispersos a lo largo de casi dos kilómetros, y aparte de una sección de la cabina de quince metros de longitud y de los motores no parecía haber nada mayor que una maleta.

—Alá sea misericordioso —dijo Ghami. También él veía el lugar por primera vez.

En tierra, vigilados por un cordón de soldados libios, unos hombres examinaban los restos. Eran el equipo de avanzada de la NSTB acompañados por una pareja de expertos libios. Habían llegado poco antes que el embajador, y su helicóptero había aterrizado a dos kilómetros del lugar del accidente.

—Señor ministro —dijo el piloto a través del intercomunicador de la cabina insonorizada—. Tendremos que aterrizar junto al otro aparato, para que el viento del rotor no perturbe el escenario.

—No hay ningún inconveniente —respondió Ghami—. Creo que caminar y un poco de aire fresco nos hará bien al embajador ya mí.

—Comprendido, señor.

El ministro se volvió hacia Moon y apoyó una mano en el hombro del estadounidense.

—En nombre de mi gobierno y del mío propio, lo siento mucho, Charles.

—Gracias, Ali. Cuando llamaron con la noticia de que habían encontrado el aparato, tuve un resto de esperanza. —Miró a través de la ventanilla—. Pero ahora... —Su voz se apagó. No había nada más que decir.

El piloto tomó tierra con el EC155 de fabricación francesa junto al otro helicóptero con insignias militares. El guardaespaldas de Ghami, un hombre gigantesco de labios apretados y sin cuello llamado Mansour, abrió la puerta mientras las aspas todavía giraban. Sin hacer caso del polvo levantado por los rotores, Ghami saltó a tierra y esperó a que el más corpulento Moon lo siguiese.

Comenzaron a caminar hacia los restos. Moon ya sudaba después de dar un par de pasos, pero el ministro libio y el guardaespaldas no mostraban el menor efecto ante el sofocante calor y el sol resplandeciente. El olor de plástico quemado y combustible llegaba hasta ellos con las ráfagas de viento.

Al acercarse a los restos, a Moon le pareció que tenían peor aspecto que vistos desde el aire. Todo estaba ennegrecido y retorcido por el fuego que había consumido el aparato. Se detuvieron junto al cordón de soldados y esperaron a que se acercase el

jefe del grupo de expertos estadounidenses. El investigador se movía lentamente entre los restos, ocupado en tomar fotos con una cámara digital, mientras que su acompañante lo filmaba todo en vídeo. Cuando el investigador se dio cuenta de la presencia del ministro y el embajador, dijo un par de palabras a su compañero y se acercó deprisa. Su rostro era delgado y largo; la boca con las comisuras hacia abajo.

—¿Embajador Moon? —llamó cuando estaba al alcance del oído.

—Yo soy Moon. Me acompaña Ali Ghami, el ministro de Asuntos Exteriores libio.

Se dieron la mano.

—Me llamo David Jewison.

Moon vio que Ghami hacía un movimiento apenas perceptible al escuchar el nombre.

—¿Puede decirnos algo? —preguntó Moon.

Jewison miró por encima del hombro y luego miró de nuevo al embajador.

—Nosotros no hemos sido los primeros en estar aquí. Eso es seguro.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Ghami en tono vivaz.

Moon sabía que el manejo de esta crisis por los libios tendría consecuencias en sus relaciones con Estados Unidos y los países occidentales mucho más allá de la conferencia de paz de Trípoli. La revelación de Jewison sin duda ponía a Ghami y a su gobierno en una posición difícil. Si había cualquier prueba de manipulación, no tardarían en escucharse acusaciones de encubrimiento.

—Por lo que hemos visto, un grupo de nómadas ha estado aquí. Han dejado centenares de huellas, además de hogueras y restos propios de su estilo de vida; también hay un camello al que le han disparado en la cabeza. Nuestro guía local ha dicho que el camello parecía estar muy cerca del final de su vida, a juzgar por el desgaste de los dientes, y quizá lo sacrificaron porque ya no tenía ningún valor.

—Han movido algunos de los restos y otros han desaparecido. Los cuerpos de los pasajeros también han sido movidos. Creo que la costumbre musulmana es enterrar a los muertos dentro de las veinticuatro horas posteriores al fallecimiento. Mi colega libio considera probable que los nómadas lo hiciesen. No tengo ninguna razón para dudar de sus observaciones, pero no lo sabremos a ciencia cierta hasta que no traigamos aquí a los sabuesos.

—¿Tiene alguna idea preliminar de lo que pudo ocurrirle al avión?

—Por lo que hemos visto, y es mucho conjeturar, el avión perdió parte de la sección de cola en algún momento del vuelo. No sabemos la causa, porque aquí no está. Enviaremos un helicóptero dentro de unos pocos minutos para que efectúe una exploración visual por la ruta que siguió. Esta avería también pudo haber provocado una pérdida de líquido hidráulico además del fallo del timón y los elevadores. Sin el sistema hidráulico, los alerones, las tablillas y los spoilers de las alas no habrían funcionado. En ese caso, hubiese sido muy difícil, por no decir imposible, pilotarlo.

—¿Hay alguna indicación de qué parte de la cola se perdió? —preguntó Ghami.

—Todavía no hay nada —respondió Jewison—. Tendremos una idea cuando la encontremos.

—¿Qué ocurrirá si no la encuentran? —quiso saber el embajador. La pregunta no era una provocación intencionada, pero sentía curiosidad por ver la reacción de Ghami. Solo porque ese hombre le cayera bien no quería decir que hubiese olvidado cuál era su papel allí.

—Si no aparecen nuevas pruebas, se clasificará oficialmente como ocurrido por razones desconocidas.

Ghami miró al embajador.

—Charles, le prometo que la encontraremos. Entonces quedará explicada la razón de esta tragedia.

—Perdón, ministro —interrumpió Jewison—, pero quizá sea una promesa que no pueda cumplir. Investigo accidentes aéreos desde hace dieciocho años. He visto todo lo que hay que ver, incluido un avión que estalló en pleno vuelo y cuyos restos se rescataron del mar, frente a Long Island. Aquella fue una investigación relativamente sencilla comparada con esto. No sabemos cuáles son los daños provocados por el choque y cuáles los provocó su gente. —Jewison se adelantó a la protesta de Ghami con un gesto—. Me refiero a los nómadas. Solo he querido decir que son libios y, por tanto, su gente.

—Los nómadas no son ciudadanos de ningún país excepto del desierto.

—En cualquier caso, han alterado tanto este escenario que no sé si encontrar la cola nos dará una respuesta definitiva.

Ghami sostuvo la mirada del experto aeronáutico.

—El embajador Moon y otros representantes de su gobierno me han dicho que es usted el mejor en su trabajo, señor Jewison. Comparto la seguridad y confianza que tienen en que encontrará una respuesta. Estoy seguro de que trata cada desastre aéreo con el máximo esfuerzo, pero sin duda está al corriente de la gravedad de la situación y de la importancia de lo que encuentre.

La mirada de Jewison pasó de un hombre al otro. Su expresión se agrió todavía más cuando entendió que la política tendría una importancia fundamental en sus investigaciones forenses.

—¿Cuánto falta para la conferencia? —preguntó.

—Cuarenta y ocho horas —respondió Moon.

Jewison sacudió la cabeza en una muestra de cansada resignación.

—Si encontramos la cola y no ha sido demasiado dañada por los nómadas, podría tener un informe preliminar para entonces.

Ghami le tendió la mano y Jewison se la estrechó.

—Eso es todo lo que le pedimos —dijo el ministro.

El *Oregon* funcionaba en estado de máximo silencio. Aunque había poco que se

podría hacer con el chapoteo de las olas contra el casco excepto mantener la proa al viento. Aparte de eso, nada en la posición el barco se había dejado al azar. Max Hanley había rodeado el barco con una serie de boyas pasivas colocadas a una distancia de treinta millas que captaban las ondas de radar y las retransmitían a través de enlaces seguros al ordenador de a bordo. Esto les permitía tener un primer aviso de la presencia de otro barco en la zona sin necesidad de utilizar su radar. Si un objetivo parecía navegar en su dirección, el sistema de posicionamiento dinámico movería el *Oregon* utilizando la energía de sus enormes bancos de baterías de plata-cinc, con un leve susurro del agua que pasaba a través de los propulsores. Con el casco y la superestructura cubiertos con una pintura que absorbía las ondas de radar, cualquier barco tendría que estar al alcance de la vista para detectarlo.

Un sistema de sónar pasivo instalado dentro de la piscina colgaba por debajo de la quilla. Los micrófonos acústicos captaban cualquier amenaza debajo de la superficie en un radio de trescientos sesenta grados. Otros sensores filtraban los datos electrónicos y las conversaciones radiofónicas de los barcos, aviones e instalaciones costeras libias. Esta capacidad para captar y recoger, o como lo llamaba Murphy «merodear y trabajar», era el tipo de misiones para las que Juan había diseñado el *Oregon*. Su capacidad para actuar con sigilo permitía a la tripulación fondear el barco frente a una costa hostil durante días —o semanas, si era necesario— y recoger información del movimiento de flotas, señales electrónicas, o cualquier otra cosa que pidiesen sus clientes.

Habían estado veintiocho días frente a las costas de Cuba mientras la enfermedad de Fidel Castro le había obligado a traspasar el poder a su hermano, Raúl, y habían escuchado todo lo que se decía detrás de las puertas cerradas de la residencia particular del dictador comunista. Habían facilitado a los servicios de inteligencia estadounidenses una información sin precedentes del funcionamiento interior del régimen y eliminado cualquier incertidumbre sobre lo que ocurría.

Poner el *Oregon* en funcionamiento ultrasilencioso también significaba suspender todos los trabajos de mantenimiento de rutina, algo que nadie de la tripulación lamentaba. Sin embargo, el gimnasio del barco estaba cerrado para evitar que las pesas pudiesen chocar, y las comidas se habían reducido a bolsas preparadas y calentadas en ollas atornilladas a los fogones. El personal de cocina se había superado al preparar las raciones, pero seguían siendo un pobre sustituto de los platos de alta cocina que los hombres y las mujeres de la corporación estaban acostumbrados a degustar. La porcelana y los cubiertos de plata fueron reemplazados con platos de papel y cuchillos y tenedores de plástico, y los programas de radio y televisión debían escucharse con auriculares.

Max Hanley estaba en su camarote entretenido construyendo un modelo a escala de una lancha Swift, una de las rápidas embarcaciones de río que había mandado mientras servía en Vietnam. Aunque Hanley no era un hombre que recordara mucho su pasado o que se entregara al canto de las sirenas de la nostalgia. Guardaba las

medallas obtenidas en una caja de seguridad en Los Ángeles, que no había abierto en años, y se encontraba con sus antiguos camaradas solo en los funerales. Construía la maqueta solo porque podía hacerlo de memoria y mantenía su mente ocupada con otra cosa que no fuesen sus responsabilidades.

La doctora Huxley le había propuesto ese pasatiempo como una manera de reducir el estrés y mantener controlada su presión sanguínea. Hasta ahora había conseguido practicarlo más tiempo que el yoga que le había recomendado anteriormente. Ya había construido y regalado a Juan una hermosa réplica del *Oregon*, que este guardaba en una vitrina en la sala de conferencias, y tenía pensado construir un barco de palas del Mississippi cuando acabase con la lancha Swift.

La llamada a la puerta fue tan suave que no podía ser otro que Eric Stone, que siempre estaba dispuesto a llevar todo este asunto del silencio al límite.

—Entra —dijo Hanley.

Eric entró llevando un ordenador portátil y una gran carpeta. Tenía el aspecto de no haber dormido en una semana, lo que probablemente no era una exageración. Por lo general, Stone mantenía el comportamiento militar aprendido en Annapolis, pero hoy llevaba la camisa con los faldones fuera, y los pantalones estaban tan arrugados como una bola de papel de aluminio.

Aunque Max se preocupaba cada vez que su gente estaba en un entorno hostil, Eric lo llevaba todavía más lejos. Max había sido el mentor de Stone cuando este se había unido a la corporación, pero desde entonces el joven había pasado a idolatrar a Juan Cabrillo, y Mark Murphy era como el hermano que nunca había tenido. Las arrugas de la fatiga marcaban su rostro siempre terso, y aunque nunca le crecía mucho la barba era obvio que llevaba días sin afeitarse.

—¿Tienes algo? —preguntó Max sin rodeos.

Eric le mostró la carpeta.

—Mapas detallados de la ubicación de Juan y la historia del lugar.

—Sabía que eras capaz de hacerlo. —Hanley despejó un gran espacio en la mesa para que Eric desplecase el mapa. Se puso de pie para verlo mejor—. Cuéntame qué estoy mirando.

Se veía un pequeño campo de entrenamiento, construido muy alto en las montañas, a unos treinta kilómetros de la costa. El campo estaba bien oculto por los picos, así que, de no haber sido por su proximidad a una especie de gran pozo abierto, se podría pasar por alto con facilidad, incluso conociendo su ubicación gracias al chip de Juan. Había una línea oscura que serpenteaba desde la costa hasta el pozo que seguía el contorno del suelo. Donde la línea llegaba a la costa había un par de viejos edificios y un largo muelle. También había edificios alrededor del valle donde habían excavado la tierra.

Eric señaló primero la zona portuaria.

—Esto es lo que queda de un puerto carbonero construido por los británicos alrededor de 1840. Fue remozado con un muelle más grande en 1914, quizá como

una medida de preparación de la Primera Guerra Mundial. El muelle fue parcialmente destruido durante la campaña de Rommel en el norte de África, y los alemanes lo reconstruyeron para utilizarlo como punto de abastecimiento en su avance hacia Egipto. Esta línea oscura es el ferrocarril que une el puerto con la mina de carbón. — Su dedo siguió la vía férrea hasta los edificios que daban a la mina a cielo abierto—. Antes, había un canal para las barcazas que transportaban el carbón, pero el acuífero se secó y entonces construyeron el ferrocarril.

—A mí me parece que alguien ha reabierto la mina —comentó Max.

—Sí, señor. Hará unos cinco meses. La vía férrea fue reacondicionada para los vagones de carga más grandes, como paso previo a la reapertura de la vieja mina.

—¿Alguien se preguntó si esto tiene sentido en un país con una reserva de cuarenta mil millones de barriles de petróleo?

—Yo me lo pregunté en cuanto supe qué era este lugar —contestó Eric—. No lo tiene. Sobre todo a la vista de la nueva política medioambiental del gobierno, como muestra la nueva central eléctrica accionada por las mareas construida en la costa no muy lejos de la estación de carga.

—Entonces, ¿qué es esto en realidad?

—La CIA cree que es una tapadera para unas instalaciones de investigación nuclear subterránea.

—Creía que el tío Muammar había renunciado a su programa atómico —señaló Max—. Además, la CIA sin duda creyó que mi suegra hacía lo mismo cuando mandó construir su nuevo sótano.

—Los servicios de inteligencia extranjeros descartaron la suposición de la CIA —dijo Eric en tono divertido—. Creen que es una empresa legítima. El problema es que no he encontrado ninguna compañía que se encargue de la gestión. Aunque tampoco debe sorprendernos. Los libios no son muy conocidos por su transparencia. Había un artículo en una revista del ramo donde se decía que Libia está interesada en conseguir la gasificación del carbón como una alternativa al petróleo, y afirman que disponen de un sistema más limpio que el gas natural.

—No parece muy convencido —dijo Max.

—Tuve que buscar bastante, pero conseguí registros de los barcos que alguna vez habían cargado carbón en ese puerto. A partir de allí compuse un cuadro y, al parecer, los barcos que repostaban allí mostraban un cincuenta por ciento de aumento en los trabajos de mantenimiento y una reducción del veinte por ciento en eficacia.

Como ingeniero, Max comprendió de inmediato el significado de los hallazgos de Eric.

—¿El carbón es sucio?

—En uno de los registros, el capitán de un barco de cabotaje llamado *Hidra* dijo que habría preferido llenar los depósitos con serrín y no tener que utilizar el carbón de aquella mina.

—No hay ninguna tecnología de gasificación del carbón que pueda hacerlo

limpio. Entonces, ¿qué es este lugar?

—Las instalaciones al norte de la mina fueron utilizadas en otros tiempos por los militares libios como base de entrenamiento.

—Entonces todo este asunto está aprobado por el gobierno —afirmó Max, en una conclusión apresurada.

—No necesariamente —le recordó Eric—. Dejaron de utilizarla hace un par de años.

—De vuelta al punto de partida —dijo Max, con un tono de amargura.

—Eso me temo. En los últimos dos días, se han producido algunas maniobras militares sospechosas en Siria, así que nuestros satélites se han desplazado al este para mantenerlas vigiladas. Esta foto corresponde a dos meses atrás, y es la más actual que he podido encontrar.

—¿No has podido conseguir ninguna foto de alguna compañía de satélites comerciales?

—Lo he intentado. Incluso ofrecí pagarles el doble, pero no tendrán más fotografías hasta dentro de una semana.

—Demasiado tarde para Juan o para Fiona Katamora.

—Sí —admitió Eric.

—¿Has intentado atravesar el velo corporativo de la compañía que explota la vía férrea?

—¿Las cebollas tienen capas? Están mejor protegidos de lo que he visto jamás. No encontré más que callejones sin salida cuando intenté averiguar quiénes son los propietarios. Pero sí me enteré de que, por lo general, las compañías que trabajan en Libia tienen participación del gobierno hasta casi llegar a la nacionalización.

—¿Así que hemos dado toda la vuelta, y el gobierno libio está detrás de todo esto?

—Tú sabes qué es Cosco, ¿verdad?

—Es una compañía naviera china.

—Que muchos sospechan que en realidad es propiedad del Ejército de Liberación Popular. Me pregunto si aquí no tendremos algo parecido.

—¿Me estás diciendo que no es el gobierno central libio quien está involucrado sino solo una parte? —preguntó Max. Eric asintió—. ¿Los militares?

—Si no son ellos, entonces el OSJ, el Organismo de Seguridad Jamahiriya, su principal agencia de espionaje. Desde que Gadafi comenzó a portarse como un buen chico, la organización ha quedado marginada. Esto podría ser una jugada para recuperar parte del prestigio perdido.

—Menuda jugada, ya que sabemos que estas personas están relacionadas de algún modo con el derribo del avión de Katamora —dijo Max. Stone no lo contradujo, así que Hanley continuó—: ¿Es posible que los terroristas estén pagando a esta facción rebelde para que miren a otro lado? Eso le funcionó a Bin Laden en Sudán y también en Afganistán hasta que nosotros echamos a los talibanes.

—Fue lo que pensé después —comentó Eric—. Sabemos que en el pasado Libia protegió a los terroristas. La mina y el ferrocarril pueden ser una fachada para un campo de entrenamiento, y de paso utilizar las ganancias para financiar sus actividades. Al-Qaida hizo esto en África cuando comerció con diamantes.

Max se tomó un momento para encender la pipa, y aprovechó la pausa para poner en orden sus pensamientos. Cuando prendió bien y el humo comenzó a formar una nube en el techo, comentó:

—Estamos elucubrando. No tiene ningún sentido que tú y yo intentemos averiguar quién está haciendo qué. Es probable que Juan tenga una respuesta. Tal como yo lo veo, nuestra prioridad es sacarlo de allí y averiguar qué ha descubierto.

—Estoy de acuerdo.

—¿Alguna propuesta? —preguntó Hanley.

—No en este momento. Tenemos que esperar hasta que establezca contacto.

Max Hanley era conocido por la tripulación como un hombre poco dado a manifestar sus emociones; por ello Eric se sorprendió cuando de pronto exclamó:

—Detesto todo esto.

—Sé a qué te refieres.

—Juan no tendría que haberse ido sin más.

—Le pareció la mejor táctica. ¿De qué otra manera podríamos saber de dónde salen?

—Hay mejores maneras. Podríamos haber rastreado el helicóptero en el radar.

—No lo vimos cuando voló hacia el lugar del accidente —señaló Eric—. ¿Cómo podríamos haberlo rastreado? Volaban siempre a ras de tierra, y serían totalmente invisibles para nosotros desde esta distancia. Como has dicho antes, no había tiempo para conseguir de nuevo la cobertura de satélites. Juan tomó la única decisión posible.

Max se pasó la mano por los cabellos rubios.

—Tienes razón. Lo sé. Pero no me gusta. Aquí hay tantas variables en juego que no sé si vamos o volvemos. ¿Se trata de un grupo terrorista patrocinado por el Estado, una facción rebelde dentro del gobierno, o algún otro grupo, como el equipo de Suleiman al-Jama? No sabemos a quiénes nos enfrentamos o qué quieren. No sabemos si Katamora está viva o muerta. En resumen, no sabemos nada de nada. Linc, Linda y Mark descubrieron un helicóptero que parecía equipado para derribar el avión de la secretaria de Estado, pero, de nuevo, no sabemos quién está detrás. Después tenemos a un grupo de arqueólogos desaparecidos que podrían o no estar relacionados, y un tipejo académico que solo sabe mirarse el ombligo y al que únicamente le interesa poder pagarle la pensión a su exesposa. ¿Me he olvidado alguna pieza de este rompecabezas? Ah, sí, la conferencia de paz más importante desde Camp David comienza dentro de un par de días. Y con Juan incomunicado, no sé qué pieza encaja dónde.

Ahí estaba el problema, pensó Eric. Ese era el principal problema de Max. Hanley no era un líder natural, como lo era Cabrillo. Le dabas a Max un problema técnico y

no dejaría de trabajar hasta resolverlo, o si le presentabas un plan se encargaría de realizarlo hasta la última coma. Pero cuando se trataba de decisiones difíciles, sufría porque no era su fuerte. No era un estratega ni un táctico, y él lo sabía mejor que nadie.

—Si tuviera que decidir yo —dijo Eric con mucha diplomacia—, mandaría a Mark y a los demás que se acercasen lo más posible al campamento terrorista, para cuando Juan llamase.

—¿Qué pasa con los arqueólogos y los pergaminos?

—De momento, son solo una distracción. Nuestras prioridades son el director y después la secretaria de Estado Katamora.

Sonó el teléfono de Max. Vio que lo llamaba el oficial de comunicaciones. Conectó el altavoz.

—Hanley.

—Max, acabo de recibir una alerta de seguridad de Overholt.

—¿Qué pasa?

—Un helicóptero que concuerda con la descripción de aquel en el que voló Juan se ha presentado en el yacimiento arqueológico romano al otro lado de la frontera en Túnez. Unos hombres armados han secuestrado al profesor Emile Bumford, al representante del gobierno tunecino y a un miembro del personal del campamento, un chiquillo que podría estar relacionado con él.

Max miró a Eric a los ojos y enarcó una de sus gruesas cejas.

—¿Una distracción? —Luego se dirigió al encargado de comunicaciones—. Está bien. Envía una confirmación a Langston de que hemos recibido el mensaje. —Apagó el teléfono y se reclinó en su sillón acolchado—. Otra maldita pieza que no encaja.

Eric, prudentemente, se abstuvo de decir que esa pieza podía pertenecer a otro rompecabezas completamente diferente.

Su precioso rostro era una mezcla de decisión y deleite. Su boca formaba una O diminuta, y sus ojos estaban abiertos a pesar del picor del cloro. Las gotas de agua se aferraban a sus largas pestañas como trozos de diamantes. Su cuerpo se movía casi al ritmo de sus piernas, y los brazaletes hinchables en los brazos le golpeaban en la barbilla con cada torpe brazada.

Alana sintió que el corazón le iba a estallar, mientras permanecía sumergida con el agua hasta la cintura en la piscina comunitaria y Josh nadaba al tiempo que ella retrocedía muy poco a poco. Él conocía el juego, así que o bien se quejaría amargamente si se cansaba antes de alcanzarla o bien se sonrojaría de orgullo si conseguía llegar al santuario de los brazos maternos.

Las nalgas de Alana tocaron el borde de cemento de la piscina. Josh estaba solo a unos pocos pasos, con la boca abierta en una sonrisa de triunfo. Sabía que iba a conseguirlo. Pero, de repente, los flotadores desaparecieron, y su rostro se hundió en el agua. Alana intentó apartarse de la pared, pero era como si su piel y el bañador estuviesen pegados a los azulejos.

Josh asomó la cabeza, escupiendo agua. Una mirada de terror apareció en sus ojos cuando el primer trago de agua sacudió su pequeño cuerpo. El agua y la saliva escaparon de sus labios. Alcanzó a gritar: «¡Mamá!», antes de que su cabeza volviese a desaparecer debajo de la superficie.

Alana tendió los brazos, sentía como si estuviesen a punto de soltarse de las articulaciones, pero no conseguía alcanzarlo. No podía moverse. Había personas por toda la zona de la piscina, sentadas en las tumbonas o en el borde con los pies metidos en el agua. Intentó llamarlas, pero ningún sonido salió de su boca. Parecían indiferentes a su desesperación.

Los movimientos de Josh se hicieron menos frenéticos; su largo pelo flotaba alrededor de la cabeza como una criatura marina arrastrada por la marea. Apretaba los pequeños puños como si quisiera sujetarse; sin embargo, Alana no podía hacer nada. El sistema de filtración de la piscina lo apartaba de ella. Sus brazos intentaban desesperadamente alcanzarlo, y su cabeza la torturaba con un terrible dolor: el castigo merecido por ser una mala madre.

Su bebé se moría.

Ella se moría.

Podría aceptar ese destino, pero la realidad era mucho más cruel.

Despertó de la pesadilla.

El dolor en la cabeza se debía a un golpe de porra que había recibido de uno de los guardias. Los brazos le dolían porque se la llevaban a rastras de la mesa, donde momentos antes había estado sirviendo una papilla aguada en los platos de hojalata

de los demás prisioneros. Tenía la espalda entumecida porque el suelo era pedregoso y el hombre la arrastraba a paso rápido.

Otro de los guardias gritó al hombre que le había pegado. Él se detuvo de inmediato y la soltó. Alana no prestó atención al rápido diálogo en árabe entre los dos hombres. Se limitó a permanecer inmóvil, con la esperanza de que se olvidasen de ella.

La imagen de su hijo ahogándose, algo que su imaginación inventaba para añadir más dolor a su existencia ya terrible, era como un dolor sordo en el pecho. Josh tenía ahora once años, y no cinco, y era un excelente nadador.

La pelea a gritos entre los dos guardias se hizo más acalorada hasta que apareció un tercer hombre. Ella sabía que era uno de los jefes en el campo de trabajo, así que con tan solo una palabra acabó en el acto con la discusión. El agresor le tocó las costillas con la punta del pie para hacer que se levantase y con un gesto le ordenó que volviese a ocupar su lugar en la mesa plegable en la que se repartía la comida a los prisioneros. Las que servían eran todas mujeres, y los que hacían cola eran casi todos hombres; hombres que iban convirtiéndose en esqueletos bajo aquel calor, mientras los harapos que vestían colgaban más y más de sus frágiles huesos y sus mejillas se hundían y creaban sombras.

Alana llevaba allí menos de una semana, pero sabía que muchas de aquellas pobres personas llevaban ya meses. No tenían mejor aspecto que los prisioneros de los campos de concentración nazis.

Cuando volvió a ocupar su lugar en la mesa, la mujer a su lado le murmuró algo en árabe.

—Lo siento, no la entiendo.

La mujer, que en otro tiempo debía de ser gorda, a juzgar por los pliegues de piel que le colgaban del cuello, miró a Alana a los ojos y luego hacia la mesa. Intentaba decirle que no mirase a los guardias. Al menos eso fue lo que dedujo Alana. Quizá le avisaba de que solo se ocupara del trabajo. En cualquier caso, cuando el siguiente prisionero se acercó, alzó la mirada lo justo para ver el plato que sostenía con una mano temblorosa.

Después de recibir su ración y una taza de agua tan caliente como para quemar la lengua, los prisioneros comían en el suelo. Unos pocos tenían la fortuna de poder descansar la espalda apoyados en uno de los viejos edificios. Todas las construcciones tenían dos y tres pisos, con techos de cinc oxidados. Las paredes eran de madera, y el sol y el viento las habían agrietado y partido. Al otro lado de los edificios estaba el patio ferroviario donde había varios vagones y dos locomotoras; una de ellas no era mucho mayor que un camión. A diferencia de los edificios y los vagones, las locomotoras eran nuevas, aunque cubiertas de polvo. Un poco más allá de la vía principal, que desaparecía tras una curva en las montañas a casi un kilómetro de distancia, había una enorme estructura metálica con cintas transportadoras y rampas que se combaban por el abandono.

Alana no había tardado mucho en darse cuenta de que era una antigua mina y de que los prisioneros trabajaban para reabrirla. Los hombres más fuertes se marchaban cada mañana hacia las vías al norte, mientras otros trabajaban en el enorme pozo abierto en el fondo del valle. Había muy poca maquinaria pesada, solo una grúa montada en un vagón plataforma que servía para poner las traviesas, y un par de excavadoras. Todo lo demás se hacía a mano ante las miradas vigilantes y los rápidos puños de los guardias.

De pronto, unos suaves susurros recorrieron las filas de prisioneros que estaban comiendo y todas las miradas se volvieron hacia el este, a lo largo del borde del valle. Un vehículo se aproximaba levantando nubes de polvo detrás de los neumáticos mientras descendía por el angosto sendero.

El vehículo era idéntico al que había capturado a los dos estadounidenses: un camión equipado para el desierto, con grandes neumáticos todoterreno y una ametralladora montada en el techo de la cabina. A medida que se acercaba, Alana vio un bulto atado al capó. Al acercarse más, le pareció que era el cuerpo de un hombre. Las prendas habían desaparecido, y la piel que debió de ser oscura se veía ahora roja y comenzaba a desprenderse en grandes tiras. Un animal se había ensañado con el cuerpo, porque había agujeros sanguinolentos en los brazos y el pecho. El rostro era una máscara de carne despellejada.

La patrulla había salido en busca de un prisionero fugado.

El camión se detuvo casi pegado a las mesas plegables y se abrió la puerta del pasajero. El hombre que salió habló por un momento con el capitán de la guardia. Él, a su vez, se dirigió a los prisioneros reunidos. Alana no necesitaba comprender el lenguaje para saber que les estaba advirtiendo que aquello era lo que les ocurriría a los que intentaran escapar. Desenvainó un cuchillo, cortó las cuerdas que sujetaban el cuerpo al capó y se alejó. El cadáver golpeó el suelo con el sonido de un odre lleno y las moscas, que revoloteaban constantemente sobre los platos, de pronto encontraron un bocado mucho más apetecible.

Alana no tenía suficiente comida en el estómago para vomitar. En cambio, se dobló por la cintura, se sujetó las rodillas con las manos y tuvo arcadas secas hasta que su estómago se hizo un nudo. Cuando se irguió, un guardia al que no conocía la observaba con cierto interés.

Media hora más tarde, se acabó la comida. Alana y las otras mujeres limpiaron las fuentes con puñados de arena, aunque los prisioneros que debían continuar trabajando en la mina o a lo largo de la vía férrea no dejaban precisamente mucho en los platos. Uno de los principales métodos de los guardias para mantener el control era que los prisioneros estuviesen siempre al borde de la inanición.

Alana estaba de rodillas, ocupada en limpiar el interior de un cuenco con un puñado de arena, cuando una sombra se irguió sobre ella. Alzó la mirada. Las otras mujeres que trabajaban a su lado continuaron con sus tareas como si no ocurriera nada. De pronto, Alana notó que la levantaban y le daban la vuelta con gran

violencia. Era el guardia que la había abofeteado antes. Estaba lo bastante cerca para que pudiera oler el tabaco en su aliento. No tenía más de veinte años, y su mirada no tenía vida. No la veía como otro ser humano. No había nada en sus ojos para hacerle creer que la veía como un objeto animado.

Los otros guardias destinados a vigilar a la docena de mujeres miraban hacia otro lado con toda intención. Habían hecho un pacto: mientras él quisiera, Alana Shepard le pertenecería.

Intentó darle un rodillazo en las ingles pero debió de revelar sus intenciones, porque él se hizo a un lado y recibió el golpe en el muslo. La expresión lujuriosa en su rostro no cambió, incluso cuando la abofeteó en la misma mejilla hinchada y que ya comenzaba a ponerse morada.

Alana se negó a gritar o desplomarse. Se bamboleó sobre los pies hasta que pasó el dolor y se le despejó la cabeza. El guardia la hizo girar de nuevo y, con una mano huesuda, le hundió los dedos en la carne del hombro mientras la apartaba de los demás.

A unos cien metros había un viejo cobertizo. Le faltaba la mitad del techo, y las paredes estaban curvadas como el lomo de un viejo caballo. La puerta colgaba de una sola bisagra oxidada. Al llegar al umbral, el guardia la hizo caer de bruces de un empujón. Alana tuvo claro qué sucedería a continuación. Había pasado por lo mismo en el colegio universitario, y había jurado que no permitiría que le ocurriese nunca más. Mientras se volvía para enfrentarse con el violador desde su posición supina, barrió el suelo con la mano para recoger unos cuantos guijarros y tierra.

El guardia le dio un puntapié en la muñeca. Alana abrió los dedos y perdió la sensibilidad en el brazo. Su pobre arma quedó desparramada de nuevo por el suelo. Él dijo algo en árabe y se rió.

Alana abrió la boca para gritar, pero antes de que pudiese emitir un sonido, el hombre se le echó encima, con una sucia mano puesta sobre su nariz y su boca y con la otra... ni siquiera quería pensarlo. Intentó moverse debajo de su peso, morderle los dedos, borrar el horror que estaba a punto de suceder, pero él la mantenía sujeta contra el suelo. No podía respirar. Al caer se había quedado sin aire en los pulmones y su mano le cerraba las vías respiratorias. La cabeza comenzó a darle vueltas y al cabo de unos pocos segundos de defensa en los que creyó que no se entregaría, su cuerpo la traicionó. Los movimientos se hicieron menos frenéticos. El desvanecimiento acechaba como una sombra oscura.

Entonces, se escuchó un sonoro chasquido, como el de una rama al quebrarse, y ella consiguió volverse y respirar. Encima de ella, vio el dorso de la mano de un hombre y la nuca de su atacante. Apartaron al guardia de su cuerpo, y Alana pudo respirar más a fondo, en cortos y espasmódicos jadeos que sin embargo llenaron sus pulmones. El violador fracasado cayó a su lado, su rostro a unos centímetros del suyo. Si aquello era posible, parecía que la muerte hubiera dado algo de vida a sus ojos inmóviles.

El guardia que había visto sus arcadas a la hora de la comida estaba de rodillas junto a ella. Le había partido el cuello al agresor con las manos desnudas.

El desconocido le hablaba con voz suave; Alana tardó unos segundos en darse cuenta de que comprendía las palabras. Le hablaba en inglés.

—Ahora ya está usted bien —dijo—. El ardor de ese hombre se ha calmado. De forma permanente.

—¿Quién? ¿Quién es usted? —Su salvador se apartó el pañuelo del rostro. Era mayor que el resto de los guardias que había visto, con la piel curtida por una vida al aire libre.

También advirtió que, a diferencia de todas las personas que había visto en los últimos tiempos, uno de sus ojos era castaño y legañoso y el otro de un azul brillante.

—Mi nombre es Juan Cabrillo, y si quiere vivir tenemos que largarnos de aquí ahora mismo.

—No lo entiendo.

Cabrillo se levantó y tendió una mano a Alana.

—No es necesario. Solo tiene que confiar en mí.

Después de una noche moviéndose a la luz de la luna a través del valle hacia la obra en construcción, entrar en las instalaciones había sido muy simple. Los guardias tenían orden de mantener a las personas encerradas. Pero nadie les había ordenado impedir que entrasen otros hombres vestidos como ellos.

Cuando preguntaron a Juan por su presencia, mientras hacía cola para el desayuno con los otros guardias después de la plegaria del amanecer, respondió que lo habían enviado desde otro campo como un castigo por sus malos registros en la pista de obstáculos. El joven curioso se había dado por satisfecho con la respuesta y no preguntó nada más.

Con toda naturalidad, Cabrillo se convirtió en parte del paisaje: otro árabe con ropa de fajina y la mitad del rostro oculto por un pañuelo de cuadros. Aunque tenía que ir con cuidado.

Cuando había caído por la montaña había perdido una de las lentes de contacto de color castaño. La otra la había limpiado lo mejor que había podido con saliva, pero tenía arena pegada y cada vez que parpadeaba era como si le estuviesen raspando la córnea con papel de lija. El ojo le lloraba sin cesar.

Había pasado la mañana recorriendo las obras; permanecía lo bastante cerca de los demás guardias para no llamar la atención de nadie. Muy pronto se había dado cuenta de que se trataba de un campamento de trabajos forzados, y, a juzgar por las condiciones de los prisioneros, o llevaban allí mucho tiempo o no habían llegado en su mejor estado físico. Lo más probable era lo segundo, porque no parecía que se hubiese llevado a cabo mucho trabajo.

Le bastaron un par de horas para comprender que ese era el objetivo. No se

pretendía que aquellas personas hicieran nada concreto. Los agujeros que habían cavado en el fondo del valle parecían haberse hecho al azar, sin la supervisión de un ingeniero de minas. Le dio la sensación de que reabrir aquellas instalaciones era un trabajo inventado, algo para mantenerlos cansados, hambrientos y agradecidos por las magras raciones que les daban. Pero la persona que los había enviado allí tampoco los quería muertos. Al menos por el momento.

Esto le hizo pensar en la secretaria de Estado Katamora y en cómo, también ella, ahora vivía en el limbo. No estaba ni muerta ni viva, al menos oficialmente.

Después de escuchar a los otros guardias, Juan se había hecho una idea del lugar; no de qué era —nadie lo decía—, sino de quiénes lo controlaban. Había escuchado hablar árabe en todos los acentos imaginables, desde el peor lenguaje de las chabolas de Marruecos al lenguaje culto de un universitario saudí. La sospecha de que eran terroristas reclutados por todo Oriente Próximo, e incluso más allá, quedó confirmada al escuchar la diversidad de tonos y dialectos.

En determinado momento del día, logró acercarse lo bastante a la tienda de mando para escuchar a quien debía de ser el capitán de la guardia, hablando por radio o, más probablemente, por un móvil. Juan se había detenido para atarse el cordón de la bota, ante la atenta vigilancia del centinela junto a la entrada de la tienda, pero estaba seguro de haber escuchado el nombre de Suleiman al-Jama. Fue lo suficientemente listo para no demorarse y alejarse antes de que el guardia sospechase.

Durante la hora de la comida descubrió que no todos los prisioneros eran árabes. Vio a un hombre de piel blanca y cabellos rubios entre los detenidos. El sol lo había maltratado con saña. Cuando uno de los guardias pegó a una de las mujeres que servían, advirtió que tampoco era nativa. Era una mujer bonita, con el pelo corto rizado que asomaba por debajo del pañuelo que le habían dado, y sus ojos eran de un verde brillante. Podía ser turca, se dijo, pero su aspecto saludable y campechano, tan propio de los estadounidenses, le hizo cambiar de opinión.

La mantuvo vigilada, e incluso cuando el atacante regresó para vengar la humillación de haber recibido una reprimenda del capitán de la guardia delante de todos.

Cabrillo llevaba lo que él denominaba su pierna de combate, una prótesis hecha por Kevin Nixon en el taller de magia con la ayuda del jefe de la armería del *Oregon*. La pantorrilla de plástico ocultaba un garrote de alambre, que podía utilizar si no quería derramar sangre, además de una pistola Kel-Tec calibre 380. El arma no llevaba silenciador, así que se quedó en el bolsillo. Finalmente decidió romperle el cuello al hombre con las manos desnudas.

—Creo que no tengo otra alternativa —dijo Alana al tiempo que cogía la mano de Juan.

El cobertizo estaba bastante lejos del resto de los edificios y ninguno de los

guardias podía verlo claramente. Sabían qué estaría ocurriendo en el interior, así que tampoco se esforzaban en mirar con disimulo. Juan llevó a Alana desde el edificio hasta un risco bajo que estaba más allá. Una vez al otro lado se tendieron en la piedra caliente y esperaron. Cabrillo vigiló el campamento, atento a cualquier señal de alarma.

Todo parecía normal.

Pasados unos minutos, Juan decidió que podían moverse. Su protegida y él bajaron por la ladera del risco y se dirigieron al desierto, con la intención de alejarse el máximo posible del campamento terrorista.

Calculó que tendrían por lo menos una hora antes de que a alguien se le ocurriese buscar al guardia desaparecido, y cuando realizasen el recuento de los prisioneros capaces de partirle el cuello a otro hombre descubrirían que estaban todos. La confusión los retrasaría si decidían enviar una patrulla. Sin embargo, una vez lejos del campamento, no le preocupaba la persecución. Había visto lo que habían hecho con el fugado a la hora de la comida. Los guardias dejaban que el desierto hiciese el trabajo por ellos y esperaban a que los buitres los llevasen hasta su presa.

Lo más probable era que envasen un vehículo al cabo de un par de días, para buscar a los buitres que sobrevolaban el lugar.

Para entonces, él ya esperaba estar en la bañera de cobre de su camarote en el *Oregon*, con una copa en una mano y un puro cubano en la otra. Aunque, al haber perdido el móvil, tendría que resignarse a llevar un vendaje empapado en sangre en la pierna.

Una alarma desconocida despertó a la doctora Julia Huxley. Su camarote estaba junto al despacho, y siempre dejaba la puerta abierta. La alarma sonaba en el ordenador, y cuando lo miró vio que la pantalla se encendía con un resplandor lechoso que se derramaba sobre el impoluto escritorio y se reflejaba en los brazos de acero inoxidable de la silla con ruedas.

Julia apartó las mantas y sus manos se levantaron en un movimiento instintivo para recogerse la larga cabellera en una coleta que sujetó con una goma de pelo que había sobre la mesilla de noche. Dormía con un camisón de satén blanco con puntillas que se pegaba a sus curvas como una segunda piel, y que era su única concesión a la coquetería femenina, aunque secreta. Si esperaba una posible llamada de emergencia en plena noche, por lo general cuando el *Oregon* se preparaba para entrar en combate, dormía con una camiseta, pero cuando las cosas estaban tranquilas tenía un armario lleno de camiones a cuál más *sexy*. Un par de veces casi la habían descubierto, pero siempre tenía una bata quirúrgica doblada al pie de la cama, así que podía cambiarse en unos segundos y nadie se enteraba.

Julia fue descalza a sentarse delante del ordenador. Antes de encender la lámpara del escritorio, ya sabía qué era la alarma. Uno de los chips biométricos implantados en las piernas de los operadores en tierra había fallado. Gracias a los diversos tonos generados por el ordenador sabría la naturaleza del fallo. El más frecuente era que se agotase la carga eléctrica, pero lo que escuchó la estremeció. El agudo pitido electrónico significaba que habían retirado el chip o que el propietario estaba muerto.

El historial aparecía escrito en la pantalla.

El chip de Juan Cabrillo ya no transmitía su ubicación a la red de satélites GPS. Buscó el registro de los movimientos correspondientes a las últimas horas y vio que se había alejado del campamento terrorista y de la vieja mina, para dirigirse hacia el sur avanzando a seis kilómetros por hora. Había recorrido casi cuarenta kilómetros. Entonces, se había detenido diez minutos, y, sin previo aviso, el chip había dejado de funcionar.

Tendió la mano para coger el teléfono y llamar a Max, pero de repente la alarma se detuvo. El chip transmitía de nuevo. Julia escribió una orden para hacer un diagnóstico del sistema, y observó que el director no se había movido. Los chips rastreadores eran una tecnología bastante nueva y, si bien no habían dado demasiados problemas, sabía que no eran infalibles. Según el sistema, Cabrillo había estado muerto durante treinta y ocho segundos o habían retirado el chip de su cuerpo y luego habían vuelto a colocarlo; de ese modo se cargaría con la sangre oxigenada y completaría el circuito que necesitaba para transmitir.

Sin embargo, de la misma manera que la alarma se había apagado, ahora comenzó a sonar de nuevo, durante unos treinta segundos. Después se encendió y apagó aparentemente al azar.

Blip, bip bip. Blip, bip. Bip, blip, bip. Blip. Blip, blip, bip. Blip, bip bip, blip.

A través de los caóticos tonos, le pareció reconocer un patrón. Se aseguró de que el ordenador estuviese registrando la telemetría del chip de Juan, abrió la conexión con internet y comprobó su palpito. Le llevó casi un minuto descifrar la primera serie de sonidos, mientras llegaban más.

Despierta...

Blip, blip, blip, blip. Blip, blip, bip. Bip, blip, blip, bip.

Hux...

Juan estaba interrumpiendo de alguna manera la señal del chip para enviarle un mensaje utilizando el antiguo código Morse.

—Astuto hijo de puta —murmuró Julia, admirada.

Entonces, la alarma sonó con un pitido continuo que siguió ininterrumpidamente.

A Julia se le cayó el portalápices con las prisas por coger el teléfono.

Después de caminar los primeros seis kilómetros desde el campamento terrorista, Cabrillo había encontrado un lugar resguardado del sol donde ocultarse. Él y su nueva protegida, Alana Shepard, tendrían que esperar el anochecer para continuar la marcha por el desierto. Le dijo que durmiese mientras él retrocedía un par de kilómetros para asegurarse de que el viento había borrado sus huellas. Sabía que los musulmanes no tenían perros, ni siquiera para el trabajo de rastreo, así que tenía la seguridad de que nadie los seguiría, al menos por un tiempo.

Cuando se pusieron en marcha otra vez, tras ponerse el sol, quiso distanciarse tanto como pudieran del campamento, porque sabía que si se detenían no estaría en condiciones de caminar mucho más. Si Alana y él aún estaban solos en el desierto cuando llegase el amanecer, los buitres comenzarían a sobrevolarlos. Como la comida era tan escasa, los buitres los seguirían durante días a la espera de que sus presas muriesen. Era como llevar un cartel que dijera: «Los fugados están aquí». Si los terroristas enviaban una patrulla, sobre todo el helicóptero, los descubrirían muy pronto.

También tenía que considerar la resistencia de Alana. Parecía estar en mejores condiciones que los otros prisioneros que había visto, pero aún sufría las

consecuencias de la escasa alimentación. Había robado un par de cantimploras durante sus primeros recorridos por el campamento, lo que le permitió beber a placer, aunque estaba muy deshidratada. Tampoco podía hacer nada para aliviar los ruidos en su estómago, por los que ella se sentía obligada a disculparse cada vez.

A las tres de la mañana, Juan se dio cuenta de que ella estaba agotada. Quizá podría caminar otros dos kilómetros, pero tampoco era necesario. Había llegado el momento de confiar en su gente y no en su resistencia.

—Cuénteme un poco más de la excavación —la animó para distraerla, y se acomodó en el suelo con la espalda apoyada en una piedra. La había llevado hasta un pequeño saliente rocoso con una concavidad natural en la parte superior que los protegía y al tiempo les daba un buen punto de observación.

Debido a que habían mantenido un paso rápido, apenas habían tenido tiempo de hablar, aparte de las presentaciones.

—Es frustrante. —Bebió un sorbo de la cantimplora. A pesar de la terrible sed, tenía buenos instintos de supervivencia, ya que bebía con moderación—. La fuente original indica que el barco de Suleiman al-Jama, el *Saqr*, todavía está enterrado en una cueva en algún lugar, pero que me cuelguen si hemos podido encontrar una señal. Para empezar, la geología no es la que corresponde para que haya cuevas y cavernas.

—Y por lo que saben, podría ser que ese tal Lafayette se equivocara en las coordenadas y ahora estén buscando en el lecho equivocado del río —dijo él para completar el pensamiento de la arqueóloga. Se levantó la pernera del pantalón.

Alana miró el miembro de titanio y plástico sin decir palabra.

—Me corté cuando me depilaba —dijo Juan con una sonrisa torcida.

Ella le siguió el juego.

—Tendría que utilizar crema depilatoria. El tercero, y más probable escenario, es que los sirvientes árabes que mencionó Lafayette en su diario regresaran a la cueva tras la muerte de aljama, saquearan todo lo que pudieron y destruyesen el resto.

—En realidad es el menos probable de los tres —afirmó Juan. De la pierna de combate sacó un cuchillo de lanzar, que no era más que un trozo de acero quirúrgico equilibrado y afilado como una navaja—. Si eran leales a al-Jama en vida, el respeto habría continuado tras su muerte. Un musulmán devoto no profanaría una tumba, como tampoco comería jamón en la cena de Pascua.

—Pero los musulmanes no comen... ah, ya lo entiendo.

—Si aquella generación de sirvientes se calló la historia del barco sepultado, entonces estoy seguro de que sigue allí.

—No donde estuvimos buscando. —A la luz de la luna, sus ojos se veían apagados—. ¿Lograremos rescatar a Greg Chaffee?

Cabrillo la miró.

—No quiero mentirle. Mi equipo y yo tenemos una prioridad que pasa por delante de su rescate. Lo siento. Pero en cuanto hayamos acabado, volveré. Eso sí que puedo prometérselo.

—¿Está buscando el avión de Fiona Katamora? —Interpretó el silencio de Juan como una confirmación—. Vimos cómo caía. Fue por eso por lo que Greg, Mike y yo cruzamos la frontera y entramos en Libia. Nosotros también lo buscábamos.

—Eso explica por qué los hicieron prisioneros.

—Nos descubrió una patrulla. Ellos... ellos mataron a Mike Duncan. Lo mataron por intentar acudir en mi ayuda.

Juan vio las lágrimas que resplandecían en sus mejillas a la luz de la luna. Sabía que algunas mujeres querían escuchar unas palabras de consuelo, pero descubrió un gesto de desafío en la barbilla de Alana Shepard. No necesitaba su compasión, solo su ayuda. Su respeto por ella aumentó otro punto.

—Está a punto de celebrarse una conferencia de paz muy importante —continuó él en voz baja—. Su presencia allí garantizaría el éxito.

—Lo sé. El Departamento de Estado me contrató para encontrar el barco de al-Jama. Ellos creían que sus escritos podrían ayudarla durante la reunión.

—Por lo tanto, no se trata solo de arqueología... —Ella sacudió la cabeza—. Cuéntemelo todo desde el principio.

Alana solo tardó unos minutos en relatarle toda la historia. Desde la llamada al despacho de Christie Valero en el Departamento de Estado, para reunirse con ella y St. Julien Perlmutter, hasta su captura por lo que ella había creído que era una patrulla militar de vigilancia rutinaria.

—Conozco la reputación de Perlmutter —comentó Juan cuando acabó—. Quizá sea el mejor historiador e investigador naval del mundo, y si él está convencido de que el *Saqr* está enterrado en el desierto, a mí me vale. Me pregunto por qué no llevó este asunto a la NUMA. Creía que él los asesoraba.

—No lo sé. Nunca había oído hablar de él. Supongo que debido al aspecto diplomático del asunto, creyó que el Departamento de Estado debía ocuparse de ello.

—De todos modos tendría que haberse encargado la NUMA —insistió Juan al pensar en el profesionalismo que había encontrado en dicha agencia a lo largo de los años—. ¿Tiene alguna idea de quiénes son los demás prisioneros del campo de trabajo?

—No —admitió Alana—. Quizá Greg lo sepa. Habla árabe. Fuera de la hora de comer, me mantenían apartada de los hombres, y ninguna de las mujeres con las que intenté hablar comprendía el inglés o el poco español que sé.

—Un misterio para otra ocasión —murmuró Juan—. Ahora es el momento de llamar a la caballería.

Cabrillo se desabrochó el cinturón y se bajó los pantalones, para dejar a la vista el muslo. Para Alana, había sido todo tan extraño desde el momento en el que la rescató que nada de lo que hiciese podía sorprenderla. Vio una cicatriz de casi tres centímetros de largo en la parte más gruesa del cuádriceps.

Sin pensarlo ni un segundo, Juan se abrió la cicatriz con el puñal. La sangre oscura brotó de los labios abiertos de la herida.

—¿Qué está haciendo? —preguntó ella, de pronto alarmada.

—Llevo un chip de rastreo en la pierna —explicó Juan—. Puedo utilizarlo para pedir a mi gente que venga a buscarnos.

Metió dos dedos en la herida y buscó, con los dientes apretados para soportar el dolor. Un momento más tarde, sacó el chip, un objeto de plástico negro del tamaño y la forma de un reloj de plástico barato. Limpió la parte inferior en su camisa, esperó en silencio que pasaran treinta segundos y luego lo apretó contra la sangre que manaba de la pierna. Repitió la misma operación, y a continuación comenzó a hacerlo con más rapidez; mojaba y secaba el chip de forma que sus manos estaban en constante movimiento.

—D... E... S... P... I... E... R... T... A... H... U... X —transmitió, letra a letra.

Como un espectro del desierto que se levantara del suelo, una figura saltó por encima del parapeto de piedra que ocultaba a Juan y Alana. Cayó sobre Juan y el impacto hizo que el chip se perdiese en la oscuridad. Unos dedos huesudos se clavaron en su cuello, y las uñas afiladas se hundieron en la carne.

Con una herida sangrante en la pierna y los pantalones bajados hasta las rodillas, Cabrillo estaba en absoluta desventaja. La sucia criatura soltó un chillido gutural mientras intentaba darle un rodillazo en el pecho y sus pies arañaron sus piernas como un gato que intenta destripar a su presa. Las uñas, duras como cuernos, abrieron surcos en la piel de Juan.

La pistola estaba en el bolsillo de los pantalones bajados, y el puñal fuera de su alcance. Juan echó la cabeza hacia atrás con toda la fuerza que pudo y la estrelló contra la nariz del atacante. No tenía la fuerza suficiente para romper el hueso, pero obtuvo una recompensa al notar la sangre que le empapaba el rostro y oír el aullido de dolor provocado por el golpe.

Se retorció para ponerse sobre el vientre debajo del agresor, recogió las piernas y golpeó hacia arriba con todas sus fuerzas. La criatura salió despedida de espaldas y voló a través de la concavidad para estrellarse en el lado opuesto. Cabrillo ya se había puesto en cuclillas, así que apenas tardó un segundo en recoger el puñal. Lo tenía en la mano y en alto cuando el hombre cayó sobre él hecho un ovillo.

La mano que empuñaba el arma bajó, con la hoja resplandeciendo; habría alcanzado el objetivo de no haber ocurrido dos cosas en el último instante. El atacante pesaba muy poco y vestía los mismos harapos que había visto que llevaban los prisioneros. Ya era demasiado tarde para detener el movimiento, pero consiguió desviarlo en el último momento. La hoja se clavó en la piedra arenisca a un par de centímetros de la cabeza del hombre.

Apenas habían pasado cinco segundos desde que Juan había sido atacado. Y en aquel tiempo, Alana únicamente había conseguido levantar las manos para taparse la boca en una señal de horror.

Juan soltó el aliento.

—Oh, Dios mío —jadeó Alana—. Greg me dijo que dos prisioneros habían

escapado hace un par de días. Solo llevaron a uno de vuelta.

Juan consideró las probabilidades de que se hubiesen encontrado con el único ser humano en un radio de cuarenta kilómetros y aceptó que era posible. Al salir del campamento, Juan había seguido casi en línea recta por el terreno más fácil para ganar el máximo de distancia. Era la elección más lógica y el prisionero había hecho lo mismo.

Habían avanzado mucho más rápido que el hombre, lo que, a la vista de su estado físico, no tenía nada de particular. El milagro era que hubiese conseguido llegar hasta allí. Sin duda había utilizado el saliente de piedra como puesto de observación, había visto a Alana y a Juan caminando hacia él y había permanecido oculto hasta que Cabrillo estuvo vulnerable.

Juan se acercó al prisionero y tendió la mano a Alana para que le diera la cantimplora.

—Beba —dijo Juan en árabe—. No vamos a hacerle daño.

Debajo de la suciedad y una barba de semanas, vio que el hombre aparentaba más o menos su misma edad, con una nariz fuerte y la frente despejada. Tenía las mejillas hundidas por el hambre y la deshidratación, y los ojos velados. Pero había tenido la suficiente fuerza para llegar hasta allí y lanzar un ataque bien planeado. Cabrillo estaba impresionado.

—Lo ha hecho muy bien, amigo —añadió—. Falta muy poco para que nos rescaten.

—Usted es saudí —afirmó el hombre con voz ronca después de beberse media cantimplora—. Reconozco el acento.

—Soy estadounidense. Aprendí el árabe en Riad.

—Bendito sea Alá.

—Y Mahoma, su profeta —añadió Juan.

—Que la paz sea con él. Estamos salvados.

—¿Estamos?

Juan no volvió a transmitir después del aviso que Julia había descifrado laboriosamente, y Max tomó la decisión de que Linc, Linda y Mark se dirigiesen con el Pig a sus últimas coordenadas.

El trío tardó dos horas de duro viaje en llegar a la zona.

Hanley se encontraba en el centro de operaciones. El ordenador del barco mantenía su posición, así que no había necesidad de que nadie, aparte de una guardia mínima, estuviese en la sala, pero una docena de hombres y mujeres estaban sentados o de pie apoyados en los mamparos. Los únicos sonidos que se oían eran el del aire acondicionado que entraba por las rejillas de ventilación y algún sorbo de café. Eric Stone ocupaba su puesto al timón; a su lado, George Adams dormitaba en la butaca de Mark Murphy. Con su figura de estrella de cine y el mono de vuelo, el piloto de helicópteros tenía un aspecto impresionante. Era uno de los mejores jugadores de póquer del *Oregon*, después del director; la única señal que lo delataba era que jugueteaba con su bigote de piloto de combate cuando estaba nervioso. Al ritmo que llevaba esa noche, acabaría arrancándose en menos de una hora.

La pantalla principal por encima de sus cabezas mostraba una vista de la oscuridad previa a la aurora. Solo había un atisbo de color por el este. Pero no era tanto una luz, sino la ausencia de negrura. Una pantalla más pequeña mostraba el avance del Pig.

Los puntos resplandecientes correspondientes al vehículo y a la última posición de Juan estaban separados por milímetros.

Cuando sonó un teléfono, todos se sobresaltaron. El técnico sentado en el puesto de comunicaciones de Ali Kasim miró a Max. Hanley asintió, se colocó los auriculares y ajustó el micro.

—Hanley —dijo, intentando evitar cualquier muestra de preocupación en su voz. No pensaba darle a Juan la satisfacción de saber lo inquieto que había estado.

—Ah, Max. Langston Overholt.

Max gruñó, irritado ante aquella inesperada llamada.

—Nos pillas en un momento un tanto difícil, Lang.

—Espero que no sea nada serio.

—Ya nos conoces. Siempre es serio. ¿Estás acabando la noche o comienzas temprano? —Era medianoche en Washington.

—Para ser sincero, ya no lo sé. Todo se ha mezclado en uno de los días más largos de mi vida.

—Entonces, debe de ser malo —señaló Max—. Tú ya estabas en la compañía durante la crisis de los misiles cubanos.

—Por aquel entonces era un novato al que ni siquiera le daban el código para

utilizar el lavabo de los ejecutivos.

Max Hanley y Langston Overholt procedían de los polos opuestos de la sociedad estadounidense. Max provenía de una familia trabajadora. Su padre había sido tornero en una fábrica de aviones en California, y su madre, maestra. Había conseguido llegar a los puestos de mando en Vietnam gracias a sus méritos y capacidad. Overholt, en cambio, había nacido en una familia tan adinerada y aristocrática que aún consideraban que los Astor eran unos nuevos ricos. Había cursado doce años de escuela preparatoria, cuatro años en Harvard y otros tres en la facultad de derecho. Sin embargo, los dos hombres se respetaban profundamente.

—Creo que uno de los retretes lleva ahora tu nombre —se burló Max.

—Disfruta de tu próstata sana mientras dure, amigo mío.

—Bien, ¿qué pasa?

—Los libios han informado de que un piloto de combate en una misión nocturna de entrenamiento vio algo en el desierto muy cerca de la frontera con Túnez. Enviaron una patrulla y descubrieron una base secreta con un helicóptero Hind. El lugar había sido atacado. El helicóptero estaba destruido y al parecer no había supervivientes.

—Sí, tenía la intención de contártelo. Nuestra gente lo encontró. Destruyeron el Hind y descubrieron que lo habían modificado para que disparara misiles aire-aire, del modelo —miró a Eric, que movió los labios para formar la palabra Apex—. Apex. Es de fabricación rusa.

—Maldita sea, Max, tendrías que habérmelo dicho cuando te informé de que habían secuestrado al profesor Bumford.

—No te ofendas, Lang, pero nos contrataste para buscar a la secretaria de Estado. Consideré que todo lo demás era secundario.

Max intuyó que Overholt estaba intentando calmarse, porque no dijo nada durante casi medio minuto. No le preocupó en absoluto. Contrataban a la corporación porque no tenían a nadie más a quien recurrir. Cómo ejecutar las misiones, pese al reciente fiasco en Somalia, era algo que únicamente les correspondía decidir a él y a Juan.

—Tienes razón. Lo siento. Algunas veces olvido que vosotros actuáis con un grado de autonomía con el que yo solo puedo soñar.

—No te preocupes. ¿Qué decías del helicóptero?

—Los libios afirman que encontraron un ordenador enterrado debajo de la tienda de mando, o lo que quedaba de ella.

Max abrió la boca para decir que su gente había buscado en el lugar, aunque sabía que la busca había sido un tanto superficial. En cambio, preguntó:

—¿Qué había en el ordenador?

—Vínculos que relacionan el helicóptero con Suleiman aljama, e indicaciones de que habían abierto el campo de entrenamiento terrorista delante mismo de las narices de los libios valiéndose de una falsa compañía que, al parecer, quería reabrir una vieja mina de carbón.

Max y Eric Stone compartieron una mirada elocuente. Precisamente habían estado hablando de eso la noche anterior.

—¿Cómo estamos consiguiendo esta información? —preguntó Hanley.

—A través de una filtración deliberada hecha al jefe de la sección de la CIA en Trípoli, un tipo llamado Jim Kublicki. Su contacto tiene el mismo cargo en el OSJ, el...

—Organismo de Seguridad Jamahiriya. Sabemos quiénes son. ¿Hasta qué punto es fiable la fuente?

—Dado el grado de cooperación que estamos recibiendo de los libios con la cuestión de la cumbre y la ayuda que han prestado para buscar el avión de Fiona Katamora, yo diría que bastante buena.

—Aunque también podría ser un truco. Los malditos libios podrían estar metidos en esto hasta el cuello.

—No según el resto de mis noticias.

—Max —interrumpió el técnico de comunicaciones—, tenemos una llamada del Pig.

Max miró hacia la gran pantalla. El punto que representaba al Pig y el último conocido de Cabrillo estaban superpuestos.

—Espera un momento, Lang. Adelante, pásame la nueva llamada. Soy Hanley.

—Buenos días, Max.

Por el tono de Cabrillo, Hanley supo que el director estaba bien.

—Espera un momento, Juan. —Volvió a la llamada con Overholt—. Continúa, Lang.

—¿Algo importante?

—Nada. Solo Juan en una llamada de rutina. Puede esperar. ¿Cuál es la noticia que me convencerá de que esto no es un engaño del OSJ o de alguna otra facción?

—Los libios bombardearán el campo de entrenamiento dentro de unas dos horas. Jim Kublicki está en una de sus bases aéreas preparándose para acompañarlos en un helicóptero como testigo. Si eso no es suficiente, también existe la posibilidad de que Fiona Katamora se encuentre en la base mientras hablamos. Además, el ordenador dio una pista para encontrar a al-Jama. El helicóptero y otros equipos entraron en el país con la ayuda de un práctico corrupto llamado Tariq Assad. Tienen un expediente de ese tipo. Lleva cinco años trabajando para la autoridad portuaria, pero en el sistema no hay nada anterior. Ningún expediente escolar. Tampoco antecedentes laborales. Nada. Creen que el tal Assad es en realidad un nombre falso de al-Jama, y ya van de camino para detenerlo.

Esta vez la mirada que intercambiaron Max y Eric era de absoluto horror.

Juan y el equipo estaban a unos cuarenta kilómetros del campo de entrenamiento terrorista, así que tenían tiempo más que suficiente para ponerse a cubierto antes del ataque libio. El horror que compartían los dos hombres se debía a que Eddie Seng y Hali Kasim llevaban vigilando a Tariq Assad desde la noche en la que había atracado

el *Oregon*. Teniendo en cuenta lo que estaba en juego, Juan no había confiado totalmente en el contacto chipriota, L'Enfant, y por lo tanto había ordenado a su mejor agente encubierto, Seng, y al único árabe, Kasim, que vigilaran a ese hombre y estuvieran atentos a cualquier señal de traición.

Aparte de que Assad gastaba el dinero como si fuese agua en numerosas amantes por todo Trípoli, no habían descubierto nada sospechoso. Por ello, habían creído que el tiroteo en el control de carreteras en la salida de la ciudad aquella primera noche había sido una coincidencia. Pero ahora, Max comprendía que Assad les había tendido una trampa desde el principio.

Según fuera el tamaño de la red que el OSJ tendiese para capturarlo, Eddie y Hali corrían el grave peligro de verse atrapados en ella.

Hanley acabó recuperando la voz.

—Lang, esta información cambia radicalmente nuestra táctica. Necesito coordinarla con Juan o nos veremos metidos en un enorme lío.

—De acuerdo. Mantenme infor...

Max cortó la comunicación y pasó a la otra llamada.

—Juan, ¿sigues ahí?

—No sé si quiero seguir hablando contigo —dijo Cabrillo, que intentó fingir estar de mal humor.

—Tenemos un problema, amigo.

La gravedad en la voz de Max acabó con el alivio que Juan sentía después de haber sido rescatado por Linc, Linda y Mark.

—¿Qué pasa?

—Los libios atacarán dentro de dos horas el campo de entrenamiento donde estuviste. Creen que la secretaria de Estado puede estar allí, así que ahora la misión es de busca y destrucción, además de un intento de rescate. Por otro lado, van a arrestar a Tariq Assad porque es Suleiman al-Jama.

—¿Qué hay de la mina? —preguntó Juan en tono vivaz.

—No estoy seguro —admitió Max—. ¿Por qué?

Cabrillo no respondió. Hanley escuchaba su respiración en el micro. Conocía al director y sabía que debía de estar pensando en tomar una decisión difícil.

—Maldita sea —murmuró Juan, pero luego su voz sonó firme—. Lo primero que debemos hacer es avisar a Eddie y a Hali para que tengan cuidado.

—Eric está ahora mismo en ello.

—Hay más de doscientos terroristas en aquel campo. Si Fiona Katamora está allí, y puede ser que esté, ya podemos darla por muerta. A los libios les llevará veinte o treinta minutos hacerse con el campamento, tiempo más que suficiente para que alguien le dispare en la cabeza. Tenemos que igualar las posibilidades.

—¿Cómo?

—Estoy en ello. ¿Dónde estáis vosotros?

—A unas ochenta millas de la costa.

—¿Y tenemos dos horas?

—Más o menos.

—Max, no quiero que protestes por tus preciosos motores, pero te necesito en la costa lo más rápido que puedas. Toca zafarrancho de combate y que Adams esté listo en quince minutos.

—Timonel, energía de emergencia —gritó Max—. Adelante a toda máquina. Llévanos al muelle de la carbonera. No te preocupes, Juan. Te sacaremos de allí.

Tumbado en el banco trasero del Pig, mientras Linc le suturaba la herida de la pierna después de haberle inyectado un anestésico local, Cabrillo miró más allá del asiento delantero donde estaba el prisionero libio que él y Alana habían salvado. Se llamaba Fodl, y las pastillas de sales minerales y las botellas de agua de litro que había consumido lo habían reanimado de forma notable.

—Sé que lo haréis —dijo Juan a Fodl y a Max—. Que nos sacaréis a todos.

En un país donde la población era étnicamente homogénea, Eddie Seng tendría que haber estado en desventaja cuando el director le encargó a él y a Hali Kasim que vigilaran al práctico. Sin embargo, no se había quejado. Como Juan, tenía la intuición de que había algo sospechoso en Assad, algo que le erizaba los pelos de la nuca.

Claro que tener una sospecha y probarla eran dos cosas distintas, y no había manera de evitar que todos los parientes de Eddie hasta doscientas generaciones atrás fueran chinos y que casi todas las personas que caminaban por las calles de Trípoli hubieran nacido en Oriente Próximo.

Pero tampoco era tan malo. No había ni una sola ciudad en el planeta en la que no hubiera un barrio de inmigrantes chinos. Aquella primera noche, mientras Hali seguía a Tariq Assad, con una tarjeta donde decía que era mudo, para encubrir que no hablaba árabe, Eddie había ido a buscar el barrio chino de Trípoli.

Se encontró con toda una sorpresa, aunque, pensándolo mejor, no tendría que haberlo sido. Con la abundancia de petrodólares, Libia, y en particular Trípoli, estaban viviendo un boom de la construcción, y muchos de los proyectos los edificaban empresas de Hong Kong y Shangai. Aparte de los trabajadores inmigrantes, había una enorme cantidad de restaurantes, bares, tiendas y prostíbulos para satisfacer a la clientela china; era idéntico al barrio chino de Nueva York donde había nacido Eddie.

Y, también como en Nueva York, existían los bajos fondos. Le había llevado solo unos minutos de paseo encontrar los símbolos de las bandas pintados en un par de fachadas, y poco después había visto el símbolo que necesitaba. Era pequeño, solo de unos centímetros de alto y de color rojo, y estaba pintado en una puerta metálica gris que daba acceso a un almacén, con una hilera de ventanas en el segundo piso.

Eddie llamó con un código que sabía de antaño. Nadie respondió, así que llamó de nuevo, pero esta vez tal como haría un visitante cualquiera: unos golpes fuertes con los nudillos. A juzgar por el eco sordo que escuchó, la puerta debía de ser de acero.

La abrieron al cabo de unos pocos segundos y un chico de unos diez años asomó la cabeza. Sin duda había otros tres o cuatro hombres armados escondidos. El chico no dijo ni una palabra.

Tampoco Eddie.

Sacó los faldones de la camisa del pantalón y se volvió, para dejar a la vista la espalda hasta los omóplatos.

El chico soltó una sonora exclamación y, de pronto, Eddie notó otras miradas. Se bajó la camisa sin prisa y se volvió hacia la puerta. Consideró una buena señal que dos de los miembros de la banda, que ahora lo miraban, hubiesen bajado las pistolas.

—¿Quién eres? —preguntó uno.

—Un amigo —respondió Eddie.

—¿Quién te dio ese tatuaje? —preguntó el segundo.

Eddie lo miró con todo el desdén del que fue capaz.

—Nadie me lo dio. Me lo gané.

En la espalda llevaba un intrincado tatuaje, aunque un tanto borroso, de un dragón que luchaba contra un grifo. Era el viejo símbolo del Tong del Dragón Verde, de cuando habían luchado contra una banda rival por el control de los muelles de Shangai en la década de los treinta. Solo los miembros superiores del Tong o los valientes soldados de infantería podían llevar el tatuaje, y, dado el alcance en todo el mundo de los bajos fondos chinos, Eddie sabía que le permitiría la entrada.

Solo esperaba que no se les ocurriese tocarlo, porque el supuesto tatuaje no era más que una vulgar calcomanía que Kevin Nixon le había puesto unas pocas horas antes después de copiarla de un catálogo de tatuajes de bandas y presos que guardaba a bordo del *Oregon*.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el primer matón.

—Hay un hombre que trabaja en el puerto. Debe a las personas a las que represento una gran cantidad de dinero. Quiero contratar a algunos de vosotros para que me ayudéis a mantenerlo vigilado hasta que pague.

—¿Tienes dinero?

Eddie no se molestó en responder. Nadie en su sano juicio haría semejante petición si no pudiera pagarla.

—Cuatro o cinco días. Entre ocho y diez hombres. Diez mil dólares.

—Difíciles de cambiar. Que sean euros. Diez mil.

Según la cotización actual, eso significaba casi un cincuenta por ciento más. Eddie asintió.

Con esa extrema facilidad se había hecho con hombres suficientes para mantener vigilado a Tariq Assad las veinticuatro horas del día mientras Hali y él esperaban en un hotelucho propiedad del Tong. La banda le informaba de los movimientos de Assad cada seis horas con móviles desechables, de modo que en unos pocos días dispusieron de un exhaustivo informe de sus andanzas.

Assad trabajaba ocho horas en el turno de noche en el muelle, aunque por lo general se marchaba un par de horas antes si no había barcos que debían entrar. Esas noches, iba a un apartamento, no muy lejos del puerto, donde tenía una amante. No era la más bonita de las que frecuentaba, pero era la más conveniente.

Después del trabajo se iba a casa con su familia, dormía unas seis horas y luego iba a tomar un café con los compañeros antes de visitar otros apartamentos en otros barrios de Trípoli. Eddie pidió a sus nuevos empleados que hiciesen una lista con los nombres de las mujeres y se la pasó a Eric Stone para que los investigase en el ordenador del *Oregon*. Resultó que Assad se estaba acostando con las esposas de una serie de funcionarios del nivel medio. Incluso la más fea, la que vivía cerca del

puerto, era hermana del director delegado del Ministerio de Energía.

Dado que Assad no era muy atractivo, sus conquistas resultaban todavía más impresionantes.

Eddie y Hali llegaron a la conclusión de que Assad no era más que un práctico un tanto corrupto con una libido hiperactiva y un método para ligar insuperable. Eso fue hasta que Max Hanley llamó con la noticia bomba. Las relaciones de cama de Assad revelaron de pronto un aspecto mucho más oscuro y siniestro.

Juan escuchaba atentamente a Eric Stone mientras este le describía el trazado de la vieja línea férrea a través de las montañas hasta la costa, a unos treinta y tantos kilómetros de distancia. Las fotos del satélite no precisaban la pendiente de la línea, pero el chip de Juan la había situado a poco más de trescientos metros de altitud sobre el nivel del mar cuando había descendido del helicóptero en el campo de entrenamiento terrorista.

El esbozo del plan que se estaba formando en su mente, mientras Eric hablaba, le bastó para saber que sería un viaje infernal.

Los tiempos para realizar las acciones eran muy ajustados, y no se le ocurría ninguna excusa para dar a Overholt con la que pudiera convencer a los libios para retrasar el asalto sin descubrir su jugada.

Para complicar más las cosas, tan solo había dormido unas seis horas en las últimas cuarenta y ocho aunque, a juzgar por el aspecto de sus tres compañeros, estos no estaban mucho mejor.

—¿Qué pasa? —preguntó Linc, con los guantes quirúrgicos sucios de sangre mientras le cosía el último punto. Había hecho una triple sutura en el corte en la pierna de Juan, desde la parte más profunda hacia arriba, para evitar que volviera a abrirse. Gracias al anestésico local que convertía el dolor en apenas una molestia, Juan confiaba plenamente en las capacidades de su cuerpo.

—¿Qué?

—Acabas de reírte —respondió Linc, que se quitó los guantes y los guardó en una caja de desechos contaminantes.

—¿Me he reído? Solo pensaba en que estamos metidos en tal follón que ahora mismo no sé si lo que se me ha ocurrido funcionará.

—No será otro de tus infames planes C, ¿verdad? —gimió Linda. Estaba fuera del vehículo y miraba por encima del enorme hombro de Linc.

—Es por eso por lo que me reía. El humor del patíbulo. Ya hemos dejado atrás el C y el D, E o F.

Cabrillo se enfrentaba a dos opciones sin ninguna alternativa real. Estaba a punto de meterlos a todos en una galería de tiro, con el Pig haciendo de diana.

Linc cubrió la herida con una gasa y la sujetó con esparadrapo.

—Si la doctora Huxley tiene alguna queja sobre mi trabajo, dile que lo hable con

tu médico de cabecera.

Juan se puso los pantalones. Estaban rotos en una docena de lugares y con tantos pegotes de arena que crujieron cuando se los pasó por encima de las caderas, pero no llevaban en el vehículo ningún uniforme de recambio. Hizo un par de flexiones cuando saltó al suelo. Le tiraba la herida, pero la sutura y la anestesia aguantaron.

El sol aún no había asomado por encima de las lejanas montañas, y las estrellas brillaban frías e implacables en el cielo. Cabrillo las observó por un segundo y se preguntó —no por primera vez— si viviría para verlas de nuevo.

—Arriba. El espectáculo casi habrá acabado cuando llegue el *Oregon* y tenemos por delante una dura jornada.

—Solo por curiosidad, Juan —dijo Linc en tono despreocupado—. ¿Quiénes son estas personas que vamos a rescatar? Presos políticos, criminales comunes, ¿qué?

—Creo que quizá sean la clave de todo este asunto.

Linc hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo.

—Pues si me lo preguntáis a mí —intervino Mark—, tengo un mal presentimiento...

Cabrillo lo hizo callar con una mirada.

Pasaron cuarenta y ocho minutos, según el reloj de Juan, antes de decidir que estaban preparados. A duras penas. Juan conocía la preparación de los guardias que vigilaban a los prisioneros y sabía que no eran una amenaza seria en grupos pequeños, pero eran cuarenta o cincuenta, y si no seguían el horario previsto los doscientos o más que pensaba alejar del campo de entrenamiento llegarían a la mina antes de que todos consiguiesen escapar.

Se acercaron a la mina y Linc los dejó para ir a una posición elevada por encima del patio de maniobras, detrás del viejo edificio de administración. Con su fusil Barrett de calibre 50, el ex SEAL podía acertar a sus objetivos desde mil quinientos metros. Su puntería con el fusil de asalto REC7, más pequeño, también era impresionante a seiscientos metros; además, por lo que Juan había calculado, Linc dispararía a distancias mucho más cortas. El Pig estaba fuera de la vista de la mina, en lo alto del angosto sendero por donde el día anterior la patrulla del desierto había vuelto con el cadáver del fugitivo.

El alba era una pincelada en la distancia, así que la oscuridad se mantenía en las hondonadas y barrancos a su alrededor, y el aire traía el frescor del lejano mar.

Juan lamentaba no poder dejar a Alana y a su nuevo compañero, Fodl, fuera del combate, pero no podía arriesgarse a que se quedaran en el desierto, por si se daba el caso de que él y su equipo no regresaran. Les había explicado el plan, para asegurarse de que comprendiesen los peligros a los que se enfrentaban y ambos manifestaron estar dispuestos a hacer lo que les pidiesen.

—Solo para que no desentones con todos los demás arqueólogos aventureros que andan por aquí, te conseguiré un sombrero —dijo, y sonrió a Alana después de que

esta respondiera que se apuntaba.

—¿Y un látigo? —añadió la joven.

—Pervertida —le recriminó con otra sonrisa.

—Prueba de comunicaciones —avisó Linc por la red táctica.

—Te recibo perfectamente, grandullón.

—Estoy en lo alto del edificio de carga de mineral —informó el francotirador—.

Los guardias están comenzando a reunir a los prisioneros para el desayuno. Es ahora o nunca.

—Recibido —contestó Juan, y tragó con dificultad; de pronto, notó la garganta rasposa como la arena del desierto. Miró a Mark Murphy. El éxito o el fracaso del plan de Cabrillo dependía del virtuosismo de Murphy con el sistema de armamento del vehículo—. ¿Preparado?

Mark asintió.

—¡Jerónimo! —gritó Juan.

Mark tecléo la orden a los morteros instalados en el techo. Ya los habían apuntado con la ayuda de Linc, gracias a un medidor de distancias láser. Dispararon al mismo tiempo; el sistema automático de carga colocó un segundo proyectil en cada uno de los cuatro tubos antes de que los primeros hubiesen recorrido cien metros en sus parábolas.

Un cómico sonido a hueco acompañó la segunda descarga, y Mark gritó:

—¡Vamos!

Juan ya tenía el motor revolucionado y cuando puso la marcha, los cuatro neumáticos giraron rápidamente. Subieron el risco, y el campamento quedó a la vista. Tal como pensaba, nadie había escuchado el disparo de los morteros. Los prisioneros andrajosos estaban formados para recibir sus frugales desayunos mientras los guardias se dedicaban a golpearlos con cualquier excusa. Vio a uno que golpeaba con la porra en los riñones a uno de los hombres con tanta fuerza que este se dobló como un arco y cayó al suelo.

Los proyectiles llegaron a lo alto de su vuelo y comenzaron a caer, cada uno cargado con un kilo de explosivos de alta potencia. Mark se había pasado parte del viaje al campamento ocupado en quitar la metralla de las balas para minimizar el riesgo de herir a los prisioneros.

Linc fijó la retícula de la mira del REC7 en el guardia que acababa de pegarle al preso, soltó el aliento y apretó el gatillo.

—Tenemos niebla rosa —informó cuando estalló la cabeza del guardia.

Mató a otros dos antes de que el contingente de seguridad comenzase a inquietarse. El capitán de la guardia salió de su tienda. Llevaba el pecho desnudo y los dobladillos de los pantalones del uniforme metidos en las botas de combate. Linc advirtió la antena de radio que asomaba por un agujero en el techo de la tienda y buscó otro objetivo.

Los cuatro proyectiles impactaron contra el suelo en el mismo instante. El camino

que llevaba al pozo de la mina a cielo abierto estalló en surtidores de piedras y fuego. Poco después, los otros cuatro proyectiles estallaron más cerca del campamento.

Los guardias y los prisioneros echaron a correr hacia los grandes edificios de madera mientras Linc continuaba diezmado las filas de terroristas; un disparo un muerto, cada vez. Se centraba en aquellos que llevaban armas.

Cabrillo condujo el Pig hacia el campamento como un piloto de *rally* que llega a la meta. A su lado, Murphy luchaba para mantener la retícula de la pantalla de disparo de los misiles centrada en uno de los camiones de los terroristas. Escuchó el pitido de blanco fijado y disparó.

El cohete salió de las lanzaderas, trazó una trayectoria errática en el aire y estalló contra la cabina del camión. El chasis se partió en dos trozos que se levantaron por las puntas como un barco que acaba de ser torpedeado.

El estallido acorraló a los aterrorizados prisioneros cerca del edificio, mientras los guardias corrían a las tiendas donde muchos habían dejado sus armas automáticas.

El Pig estaba a cien metros del campamento cuando los terroristas armados comenzaron a salir de las tiendas, empuñando sus AK y disparando ráfagas en todas las direcciones. En la torreta del camión, Linda los miraba a través de la mira de la ametralladora M60. El arma saltaba en sus brazos y le pegaba en el hombro como un martillo, pero su puntería no fallaba.

El suelo alrededor de los terroristas que corrían pareció cobrar vida con los impactos de las balas. Los hombres caían, sujetándose las horribles heridas; algunos habían sido alcanzados por las ráfagas de sus camaradas, que se habían girado para hacer frente a esta nueva amenaza y disparaban sin cesar a diestro y siniestro.

—Ya ha tenido bastante tiempo —gritó Juan por encima del rugido del motor—. Es hora de acabar con la tienda de mando.

El plan de Cabrillo tenía dos objetivos. El primero era rescatar el máximo posible de prisioneros, porque no tenía ninguna garantía de que los militares libios se tomaran la molestia de diferenciar entre amigos y enemigos. Ni siquiera sabía cuál era en esos momentos su definición de estos términos. El segundo era apartar el mayor número posible de terroristas del campo de entrenamiento antes del ataque principal. Si Fiona Katamora estaba allí, cualquier pistolero ocupado en la mina sería un pistolero menos intentando matarla antes de ser rescatada. Esa era la razón por la cual Linc había recibido la orden de permitir que el capitán de la guardia se pusiese en contacto con el campo de entrenamiento. Necesitaban que diese la alarma. Pero ahora que lo había hecho...

Mark disparó un misil a través de la entrada de la tienda del capitán en el ángulo indicado para que impactase en el suelo antes de salir por el otro lado. La lona se alzó en una columna de llamas y el material bélico apilado en el exterior quedó arrasado por la onda expansiva. La tienda se incendió como si fuese yesca y se convirtió en una nube de cenizas que cayeron como nieve sucia.

Ahora estaban muy adentro del campamento. Por encima de Juan y Murphy,

Linda continuaba su trabajo con la M60. Abatía los grupos de guardias y utilizaba las balas trazadoras para dirigir a los prisioneros hacia el patio donde los terroristas tenían los vagones y las locomotoras.

Cabrillo vio que la voluntad de los guardias estaba afectada por el rápido y furioso asalto. Muchos de ellos corrían hacia la mina o por encima del risco para huir al desierto. Más de cincuenta prisioneros estaban acurrucados junto a una de las paredes del edificio de oficinas de la vieja mina. Un pistolero apareció de pronto detrás de una excavadora. Tenía el campo de tiro despejado para acabar con los hombres y mujeres indefensos, y un lanzagranadas RPG-7 apoyado en el hombro.

Murphy pasó el control de misiles a armas, y enseguida se escuchó el tableteo de la ametralladora calibre 30 debajo del parachoques delantero. El terrorista cayó, pero no sin antes haber disparado la granada. El proyectil de dos kilos y medio no recorrió más de tres metros desde el tubo antes de estallar en pleno vuelo.

—Maldita sea, Linc —dijo Juan, asombrado—, ¿has sido tú?

—Basta con saber leerlos —respondió Linc. Aunque más tarde admitió que disparaba al terrorista y por azar la bala había encontrado la granada en su camino.

Juan llevó el Pig al otro lado del edificio y frenó con tanta violencia que el gran camión se deslizó sobre unos raíles y la parte trasera quedó a unos sesenta centímetros de un vagón con una manivela en el techo que servía para accionar los frenos. La vía era unos treinta centímetros más angosta que los neumáticos del camión, así que Juan buscó en el salpicadero durante un segundo hasta que encontró el control que permitía alterar el despeje del vehículo moviendo las ruedas en las juntas de suspensión articuladas.

Tuvo que mover el camión hacia atrás y hacia delante mientras se acortaba el camino, hasta que los neumáticos quedaron sobre los raíles y con más de sesenta centímetros de espacio entre el chasis y el balasto en el suelo.

Con otro botón, Juan desactivó el sistema de hinchado automático de los neumáticos y luego saltó de la cabina.

—Mark, Linda, a trabajar —llamó por la radio táctica—. Linc, cúbrelos. Fodl, conmigo.

Cogió el fusil de asalto REC7 y tenía la FN5-7 en la mano cuando tocó el suelo. Disparó a los neumáticos del lado izquierdo. El peso del camión hizo que se deshincharan totalmente en un instante, y, como si fuera lo más normal, las llantas de acero se encajaron en los raíles, con el caucho como un agarre añadido. No pudo contener una sonrisa de satisfacción. Colocar el vehículo en los raíles era la piedra fundamental de su plan.

Corrió hasta una esquina del edificio mientras su nuevo amigo libio bajaba del Pig vestido con sus harapos. Al otro lado, vio a unos pocos guardias que buscaban objetivos, pero por el momento nadie prestaba atención a los prisioneros.

Un par de ellos, que estaban apoyados en el edificio, miraron a Juan asustados cuando vieron sus armas. Entonces, Fodl apareció a su lado.

—Venid con nosotros —dijo Fodl con una voz de mando que no sorprendió al director—. Estas personas están aquí para ayudarnos.

Unos pocos de los demacrados prisioneros lo miraron titubeantes.

—Vamos. Es una orden.

Como un dique roto, los pocos que iban hacia el vagón que Linda había abierto se convirtieron al instante en una riada. Cabrillo permaneció en la esquina, atento a los guardias. Si alguno miraba en su dirección lo abatía, mientras a su lado Fodl llamaba a su gente. Un grupo de mujeres apareció de debajo de las mesas tumbadas y corrieron hacia el edificio, pero alguien abrió fuego contra ellas desde el flanco. Una cayó antes de que Juan pudiese disparar a la pila de cajones de donde provenían los disparos.

Las otras mujeres ayudaron a la herida a levantarse. La sujetaron por debajo de los brazos y se la llevaron casi en volandas hacia un lugar seguro.

—Dios lo bendiga —dijo una de ellas a Juan cuando pasaron por su lado y quedaron a cubierto.

Otro prisionero se detuvo junto a Juan, que solo lo miró de reojo antes de volver a centrar su atención en el campamento. El prisionero le tocó la manga y Juan lo miró con mayor detenimiento. No era un árabe como los demás. El pelo y el rostro eran claros, aunque la piel estaba quemada por el sol.

—¿Usted es Chaffee? —preguntó Juan.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Tiene que dar las gracias a Alana Shepard por su rescate.

Chaffee se relajó a ojos vistas.

—Gracias a Dios. Anoche nos dijeron que la habían matado por el intento de fuga.

—¿Está en condiciones de combatir?

El agente de la CIA se irguió en toda su estatura.

—Deme un arma y lo comprobaré.

Juan señaló hacia Mark Murphy, que estaba sujetando el viejo vagón a los ganchos traseros del Pig. Desde esa distancia, el vagón parecía enorme y la cadena delgada como un collar de plata, pero no podía ayudarlo.

—Preséntese a aquel tipo que está allá. Él se encargará de usted.

—Gracias.

Cabrillo consultó su reloj. Habían pasado ocho minutos desde el primer disparo. Disponía de menos de diez antes de que una tropa de pistoleros llegase desde el campo de entrenamiento y solo de una hora hasta que apareciesen los militares libios y disparasen contra cualquier cosa que se moviera.

Los prisioneros continuaban yendo hacia el vagón; por mucho que Juan intentase que fueran más rápido no podían ir más deprisa. Estaban tan desnutridos y agotados que ni siquiera la expectativa de la libertad conseguía que sus cuerpos se moviesen más rápido que con aquel penoso arrastrar de pies. Le parecía escuchar el tictac de su

reloj.

Al mirar sobre su hombro, Juan vio que subían al tren; cada uno haciendo una pausa para ayudar al siguiente de la fila.

No era el reloj lo que Juan había creído escuchar. Era el rítmico batir de las palas de un helicóptero. George Adams aún estaba a veinte minutos. Tenía que ser el Mi-8 de los terroristas.

No importaba que el vagón estuviese lleno y que solo faltase una anciana que caminaba por las vías mientras a su espalda ardían las tiendas y los equipos, enviando columnas de humo al cielo rosa.

Se les había acabado el tiempo.

Cuando las balas acribillaron el suelo detrás de la vieja, Cabrillo estaba colocando otro cargador en su fusil de asalto. No había terminado el primero, así que no necesitaba amartillar el arma.

En ese momento, los más de cien prisioneros apiñados en el vagón no tenían importancia para Juan. Solo la vieja.

Quizá se debía a algún fallo en su lógica, una sinapsis que no hacía buen contacto. No hacía distinción entre la necesidad de muchos y la necesidad de unos pocos. En aquel momento, la vida de aquella mujer significaba tanto como las de todos los demás.

Salió del refugio y disparó una larga ráfaga que silenció el arma del terrorista. La mujer se había quedado paralizada. Como un ciervo atrapado en la luz de los faros, pensó Juan.

La alcanzó con una docena de largas zancadas; de camino, iba agachándose para cargarla en el hombro izquierdo sin tener que hacer una pausa. Pesaba sus buenos ochenta kilos, a pesar de la dieta de hambre, por lo que sin duda debía de pasar de los ciento quince antes de que la encarcelaran. Juan se tambaleó bajo su peso, y la pierna herida casi cedió. La mujer soltó un grito de sorpresa pero no se resistió, mientras Cabrillo corría tambaleándose de regreso al edificio, con la cabeza medio vuelta para vigilar la retaguardia y el fusil en una mano.

De pronto, la mujer gritó. Juan se volvió. Un guardia había aparecido de la nada. Iba armado solo con la porra, en lo que era una carga suicida, pero el fusil de Cabrillo aún apuntaba en la dirección errónea. Al girarse, los pies de la vieja pasaron a unos centímetros de la cabeza del atacante, y cuando Juan acabó el giro para apuntar el arma, la mujer aprovechó el impulso para lanzar un puñetazo a la barbilla del guardia un instante antes de que la porra cayese sobre su cuello indefenso.

El terrorista se tambaleó hacia atrás; cuando comenzó a acercarse de nuevo, una bala disparada por Linc desde la torre de carga lo tumbó al suelo.

—Señora —jadeó Juan en árabe—, tiene una derecha como Muhammad Ali.

—Siempre he creído que George Foreman tenía mejor golpe —respondió ella.

Juan casi la dejó caer cuando se echó a reír. La subió al vagón e hizo un gesto a Linda para que cerrase la puerta.

—Murphy, ¿estás preparado? —preguntó por la radio.

El sonido del helicóptero se acercaba por momentos.

—Lo estoy.

—Linc, prepárate. Nos ponemos en marcha en treinta segundos.

De camino hacia el asiento del pasajero, Mark Murphy deshinchó los neumáticos derechos del Pig. Necesitó dos balas para cada uno, a pesar de que disparaba a

quemarropa. Linda ya había ayudado a Fodl a acomodarse en el compartimiento de carga, y George Chaffee estaba con medio cuerpo asomado por la escotilla abierta.

Juan se sentó al volante. Delante de ellos había una locomotora diésel eléctrica, una enorme máquina capaz de arrastrar los vagones cargados de mineral a través de las montañas. Existía la posibilidad de que los siguieran, pero los motores estaban fríos y tardarían por lo menos media hora en alcanzar la temperatura de funcionamiento.

Max Hanley había diseñado para el Pig una caja de velocidades de veinticuatro marchas. Juan seleccionó la más baja de las cuatro marchas atrás. Pisó el acelerador y sintió cómo las revoluciones aumentaban mientras los turbos gemelos chillaban. El vagón detrás de ellos pesaba nueve toneladas, según marcaba el rótulo en un costado, y las personas en su interior sumaban otras cinco toneladas. A partir de que estuvieran en punto muerto, no tenía ni idea de cómo conseguiría que semejante carga se moviese.

El camión se sacudió cuando los neumáticos pinchados resbalaron sobre los raíles de acero.

Juan quitó la clavija del mecanismo de seguridad sujeto a la palanca de cambio y pulsó un botón rojo. De los tanques integrados, el óxido de nitrógeno entró en los cilindros donde se descompuso con la elevada temperatura, para suministrar mayor cantidad de oxígeno a la combustión.

El Pig no tenía la potencia, como había proclamado Max, «para lograr que el *Oregon* subiese las cataratas del Niágara», pero los doscientos caballos de fuerza añadidos por el óxido de nitrógeno dieron el empuje que Juan necesitaba para superar la inercia del tren.

A paso de tortuga, el Pig comenzó a empujar el vagón, y con cada centímetro aumentaba la velocidad. El velocímetro digital del salpicadero marcó un kilómetro y medio por hora, y había llegado a los cinco cuando el tren comenzó a pasar por debajo de la estructura de la vieja torre de carga donde se había apostado Linc.

Cuando el director había avisado que estaban preparados para marcharse, Linc había bajado desde lo alto de la oxidada cinta transportadora y permanecía atento en la boca abierta de un tubo de descarga que apuntaba a los raíles. En cuanto apareció la primera parte del vagón se dejó caer. Tocó el techo con las rodillas flexionadas y rodó sobre sí mismo en un suave movimiento. La torre de carga había sido diseñada para los volquetes, no para los altos y cuadrados vagones de carga, así que en el momento en el que iba a incorporarse vio el borde afilado de otro tubo de descarga que estaba a punto de cortar la cabeza.

Se tendió de espaldas; el filo pasó a un centímetro por encima de la nariz. Permaneció inmóvil como una esfinge mientras aceleraban lentamente. Esperó a que hubiesen dejado atrás la torre de carga para atreverse a respirar.

—Estoy a bordo —transmitió.

—Bien —respondió Juan—. Tú eres quien más tiempo ha conducido este trato.

Ven aquí y conduce.

Durante los primeros dos kilómetros fuera de la mina, el terreno era nivelado y el Pig aceleraba con suavidad, así que Juan pulsó el botón de velocidad de crucero y dejó el asiento. En la zona de carga, recogió más cargadores para su fusil Barrett REC7 y se los guardó en los bolsillos.

—¿Qué tal estáis? —preguntó a Alana y a Fodl sin mirarlos.

—Tengo esperanza por primera vez en seis meses —contestó el libio—. Nunca me he sentido mejor.

—¿Alana? —preguntó, ahora que podía dedicarle su atención. Se había abrochado un cinto con dos pistoleras para las FN5-7.

—Aún no he hecho nada para ganarme el sombrero.

—Has hecho mucho.

—¿Quién lleva el tren? —quiso saber Linc, que se descolgó por la escotilla donde estaba Chaffee.

—Todavía falta un kilómetro para la primera curva. Si lo hacemos todo según el plan lo conseguiremos. ¡Maldición! —exclamó Cabrillo al recordar una cosa. Asomó la cabeza en la cabina—. Mark, el vagón pesa nueve toneladas. Añade otras cinco para las personas. Vamos, calcula.

—Necesito las dimensiones.

—Adivina.

Mark lo miró, incrédulo.

—¿Que adivine? ¿Es una broma?

—No.

—Calcula, dice —protestó Mark a la espalda de Juan—. Adivina.

Juan salió por la escotilla. Calculó que avanzaban a veinticinco kilómetros por hora y continuaban acelerando. Hasta ahora, todo está en orden, pensó por un momento antes de mirar al cielo, donde no se veía señal alguna del helicóptero.

Fue hasta el final y se preparaba para saltar al techo del vagón cuando Greg Chaffee comenzó a disparar con la M60. Cabrillo se volvió y vio un camión camuflado que se dirigía a toda velocidad hacia el patio de maniobras. Era el primero que llegaba del campo de entrenamiento. Había una docena de terroristas que se sujetaban a los costados de la caja para no salir despedidos a causa de los violentos bandazos. Los cañones de sus fusiles eran como púas de erizos.

La carretera seguía el contorno de la colina un poco más arriba y corría paralela a la vía férrea. Chaffee había sido rápido con la ametralladora, y había apuntado a los neumáticos antes de que el conductor pudiese recuperar el control del vehículo. Las balas levantaron tierra en el camino cerca del neumático delantero antes de que estallara, lanzando trozos de goma al aire como una rueda de fuegos de artificio.

El camión se desvió cuando la llanta se hundió en el blando arcén de gravilla. Se escucharon los gritos de los hombres en la caja a medida que el vehículo se inclinaba. El exceso de velocidad hizo el resto. Se tumbó de lado y se deslizó colina abajo.

Algunos de los terroristas salieron despedidos, y otros se sujetaron para permanecer en el interior, cuando el vehículo volcó sobre el techo. La cabina abrió un surco en la ladera antes de que una nueva vuelta de campana lo enviase rodando como un tonel, en medio de una nube de polvo que ocultaba a los hombres y los trozos de metal que volaban por los aires.

Un segundo vehículo apareció antes de que el primero acabase de asentarse sobre el chasis destrozado. El conductor tuvo la suerte de pillarlos en una pausa. George Chaffee había acabado la última cinta de munición y miraba impotente mientras Linda le mostraba cómo cambiarla. El camión bajó la colina y frenó para ponerse a cubierto detrás de la locomotora. Los hombres en la caja abrieron fuego desde muy lejos, pero unos pocos proyectiles llegaron lo bastante cerca para obligar a Linda y a Chaffee a agacharse.

Cabrillo había perdido unos preciosos segundos contemplando el espectáculo y se lo reprochó con una violenta sacudida. El techo del vagón estaba a un metro veinte por encima de su cabeza, así que necesitó tomar impulso para que al saltar el pecho tocase el borde. Se valió de los pies para buscar un punto de apoyo en el metal y forcejeó con los brazos; finalmente consiguió encaramarse y miró hacia delante. La primera curva estaba a cuatrocientos metros, y habían acelerado hasta una velocidad de treinta y dos kilómetros por hora.

Por el mapa que Eric les había enviado desde el *Oregon* sabía que era una curva abierta alrededor de la cumbre, y que en cuanto entrasen en ella se encontrarían con el comienzo de la pendiente. Una velocidad de treinta y dos kilómetros por hora estaba bien para entrar, pero si continuaban acelerando terminarían perdiendo el control del vagón.

Juan fue hasta la parte delantera donde estaba el volante de metal oxidado que servía para controlar los frenos mecánicos. Antes de la invención de los frenos neumáticos, los operarios viajaban en lo alto de los vagones y utilizaban volantes como aquel para ajustar las zapatas contra las ruedas en un trabajo descoordinado y a menudo mortal. Cabrillo apoyó las manos en el volante y rezó para que no estuviese solidificado por el óxido y para que después de décadas de uso aún quedase algo de ferodo en las zapatas.

Preparado para tirar con toda su fuerza, maldijo cuando el volante giró fácilmente en sus manos. Tuvo la sensación de que no estaba conectado a nada, pero luego escuchó el chirrido del metal contra el metal cuando las viejas zapatas tocaron las ruedas. Después de todo, funcionaban y las habían engrasado hacía poco. Satisfecho con su suerte, giró el volante otra media vuelta, pero su entusiasmo se convirtió en desesperación. La presión añadida tendría que haber ajustado las zapatas un poco más y haber cambiado el chillido de la fricción. No era así.

Tenían frenos, pero pocos.

El Pig empujó el vagón por la curva, y Juan perdió de vista la torre de carga cuando desapareció al otro lado de la cumbre.

A su derecha, tenía una impresionante vista de otro valle y, como si quisiera recordarle la situación en la que se hallaban, al fondo vio una hilera de vagones que habían quedado en los raíles cien años atrás y que parecían juguetes abandonados. Si tenía que adivinar, diría que la locomotora de vapor que los había arrastrado probablemente tenía cinco veces la potencia del camión.

—Linc, ¿estás ahí? —llamó.

—Sí.

—¿Cuál es nuestra velocidad?

—Cuarenta y cinco.

—No permitas que pase de los cuarenta y ocho. No nos queda mucho freno en el vagón.

—¿Eso es malo? —preguntó Linda por la red.

—No es bueno.

Unos peldaños soldados en el frente del vagón le permitieron bajar. A su lado estaba el eje que unía el volante con el tornillo sin fin que movía los frenos. Juan rodeó con las piernas el enganche delantero y se sujetó con una mano a un saliente para mirar debajo del vagón. Las traviesas negras a causa de la creosota pasaban a centímetros de donde estaba colgado. Había una piedra encajada entre el eje y el tornillo sin fin. Al girar el volante, la piedra había desencajado los dientes del engranaje de tal forma que giraba sin mover las zapatas. Se sujetó con más fuerza y se estiró hasta que su pecho quedó por debajo del vagón. Los hierbajos que crecían entre el balasto le azotaron el rostro.

Sus dedos se hundieron en la grasa que cubría el tornillo sin fin, pero por mucho que lo intentó no pudo sujetar el trozo de piedra encajado.

—Al demonio con esto —murmuró, y echó mano de una de sus pistolas.

Su cuerpo se bamboleó mientras la desenfundaba y por un momento se encontró mirando los raíles. Un bidón había caído de un tren anterior o había sido abandonado entre los raíles por uno de los trabajadores. Juan se movía a casi cincuenta kilómetros por hora y no tenía ni tiempo ni un punto de apoyo para apartarse. Colgado cabeza abajo, apuntó al bidón y comenzó a disparar. Los proyectiles de alta velocidad de la FN lo atravesaron sin moverlo. Estaba a tres metros de ver cómo su cara se estrellaba contra el recipiente cuando una bala lo alcanzó en una esquina y lo desplazó.

Se giró de nuevo y disparó el último proyectil al tornillo sin fin. La piedra salió despedida.

—Bien, de eso se trataba —murmuró, entusiasmado por el logro y por la adrenalina.

—Repíete eso, director —le pidió Linc.

—Nada. Creo que he reparado los frenos. —Se enderezó y tendió la mano para sujetarse a la escalerilla—. ¿Cuál es nuestra velocidad?

—Cincuenta y cuatro kilómetros. Estoy utilizando los frenos del Pig, pero el polvo de las pastillas de fibra de carbono forma una nube.

—Ningún problema. Por eso arrancamos marcha atrás. Pon la primera y utiliza el motor para reducir velocidad. Yo frenaré el vagón y entre los dos lo tendremos todo controlado.

Juan llegó al techo. Habían bajado más de treinta metros desde la cumbre mientras la rodeaban. Por encima de ellos únicamente había hierbajos secos. Entonces descubrió una carretera paralela, un poco por encima de las vías. La vio porque un camión camuflado acababa de aparecer por detrás de una curva. En unos pocos segundos se puso a la par y a la misma velocidad que el convoy.

Un hombre con la cabeza envuelta con el sempiterno pañuelo de cuadros rojos y blancos estaba de pie en el borde de la caja. Cabrillo había dejado el REC7 en el techo cuando había bajado para reparar los frenos. Se lanzó hacia la parte delantera para recuperarlo en el mismo momento en el que el fanático saltaba del camión.

El grito de desafío que lanzó durante el vuelo se perdió en el viento. Los dedos de Juan se cerraron alrededor del cañón del fusil justo cuando el hombre caía en el techo, lo bastante cerca para que el arma se deslizase hacia un costado. Estimulado por más adrenalina incluso que Cabrillo, repitió el grito de combate y descargó un puntapié que dio de lleno en el rostro de Juan.

El mundo de Cabrillo se volvió oscuro un instante y salió de las tinieblas poco a poco. Cuando Juan tomó más o menos conciencia de lo que estaba pasando, el terrorista ya había cogido el AK-47 que llevaba en bandolera y se disponía a apuntar. Juan rodó sobre sí mismo sobre el caliente techo de acero y descargó un golpe de tijera con las piernas, con la buena fortuna de que lo alcanzó en la tibia. Las balas del AK abrieron cuatro agujeros cerca de la cabeza de Juan y en el interior del vagón alguien soltó un grito de dolor.

Dominado por la furia, Cabrillo levantó una mano y sujetó el arma por la empuñadura delantera. El árabe se echó hacia atrás para liberar el fusil y sin pretenderlo ayudó al director a levantarse. Juan le asestó dos terribles puñetazos en el rostro. Su oponente estaba tan desesperado por no perder el arma que no se defendió. Juan descargó otros dos buenos golpes, y por encima del hombro del terrorista vio a otros dos que se preparaban para saltar al tren.

Descargó un codazo en el estómago de su oponente y lo sujetó para hacerlo girar, de forma que cuando le cogió la mano derecha y lo obligó a apretar el gatillo, el cañón del fusil apuntaba hacia el camión. Las balas alcanzaron a uno de los hombres cuando tomaba impulso para saltar. Cayó por el costado y desapareció debajo de las ruedas traseras. El vehículo saltó sobre la suspensión cuando pasó por encima de su cuerpo.

El segundo hombre voló como un pájaro y aterrizó en el techo con la agilidad de un gato.

Cabrillo continuó haciendo girar al primer terrorista; luego lo soltó y el tipo retrocedió un paso, dos, hasta que de repente se acabó el vagón. Cayó dando volteretas, mientras el pañuelo suelto aleteaba detrás de él como una mariposa.

Juan arrojó la pistola descargada a su nuevo oponente y cargó contra él antes de que pudiese sacar el fusil de asalto que llevaba en una funda de lona. Lo embistió por debajo de la cintura y acto seguido se incorporó para levantarlo en el aire casi un metro y medio antes de soltarlo. El pistolero cayó contra el techo y su aliento escapó de su cuerpo en una exhalación rancia. Si no se había roto la espalda al menos estaría fuera de combate durante mucho tiempo.

A menos que Linda o Linc hubiesen visto cómo el primer tipo caía por el costado del vagón, no estaban en el ángulo correcto para ver lo que estaba ocurriendo detrás, y como el auricular de Juan se había desprendido de la oreja no podía avisarles. El Pig estaba haciendo todo lo posible para aminorar la velocidad del tren, pero sin la ayuda de los frenos del vagón continuaban acelerando. Calculó que se movían a setenta kilómetros por hora. La bajada era constante y la curva todavía era suave, pero si continuaban acelerando temía que ya no pudieran frenar cuando llegasen a la primera curva cerrada.

Otros tres terroristas saltaron al vagón. Dos cayeron sobre el techo. El tercero se estrelló contra el costado, pero salvó la vida porque sus dedos consiguieron aferrarse al borde en el último momento.

Uno de los pistoleros se lanzó sobre Juan, lo sujetó con fuerza y le dio un brutal puñetazo en los riñones. El gruñido de Cabrillo ante el terrible dolor animó todavía más a su atacante. Descargó otros dos puñetazos y los nudillos se hundieron cada vez en la carne de Cabrillo. Entonces, Juan sintió que le sacaban la pistola de la funda. Logró girarse con violencia justo en el instante en el que le disparaba a la columna. La bala rozó la tela de la camisa de Cabrillo y alcanzó al segundo terrorista en la garganta. La sangre manó de la herida al compás marcado por el corazón del hombre.

Ver cómo se le escapaba la vida a su camarada distrajo al pistolero, pero no afectó a Cabrillo en lo más mínimo. Juan le arrebató la pistola, retrocedió un paso y le disparó dos balazos al corazón.

Ambos cuerpos cayeron sobre el techo al mismo tiempo.

—¡Juan! ¡Juan! Contesta.

Cabrillo se acomodó el auricular y ajustó el micro para poder comunicarse.

—Sí.

—Necesitamos los frenos —gritó Linc—. Ahora.

Juan miró hacia delante. Estaban saliendo de la curva y los raíles bajaban otros cien metros antes de doblar en una curva cerrada a la derecha. Corrió hacia el volante; ya casi había llegado cuando el terrorista que había creído que tenía la espalda rota tendió un brazo para tumbarlo con una zancadilla. Cabrillo cayó de bruces y no tuvo tiempo de incorporarse antes de que el tipo se le echara encima y comenzase a darle puñetazos. Sus golpes apenas tenían fuerza, pero Juan solo pudo defenderse mientras el tren entraba en la curva.

Sintió una súbita bajada y comprendió que solo disponía de unos segundos. Encogió las piernas, consiguió apoyar los pies en el pecho del terrorista y, con un

movimiento de judo, lo lanzó por encima de su cabeza. El hombre cayó de espaldas sobre el techo. Juan se volvió y, utilizando la mano derecha para dar impulso al codo izquierdo, se lo clavó en la garganta. El ruido del cartílago, los tendones y la piel aplastados fue repugnante.

Cabrillo llegó al volante y comenzó a girarlo con todas sus fuerzas. Iban a ochenta kilómetros en una curva por la que debían ir a cincuenta. Los frenos chirriaron y soltaron chispas cuando entraron en la curva. Juan comprendió que era tarde. Demasiado tarde.

La fuerza centrífuga hizo que el vagón se levantase sobre las ruedas exteriores, y a pesar del enorme peso comenzaron a perder contacto con los raíles. Juan giró al máximo el volante del freno. Detrás, el motor del Pig rugía con la entrada del óxido de nitrógeno que Linc había bombeado a los cilindros, y el caucho de los neumáticos reventados quedaba destrozado al girar contra los raíles de acero. Las ruedas exteriores se levantaban y caían, se levantaban y caían, más arriba con cada salto. Deseó tener alguna manera de comunicarse con los hombres y mujeres que estaban en el interior. Su peso podría ser decisivo.

La inspiración nacida de la necesidad hizo que Juan cogiese uno de los fusiles de los terroristas y se acercase al borde del vagón. El valle se extendía abajo, interminable. Apuntó a lo largo y vació todo el cargador. Las balas golpearon el acero en un ángulo que las hizo rebotar, pero el ruido en el interior fue suficiente para asustar a los rescatados y hacer que se moviesen al lado opuesto del vagón.

El contrapeso hizo que el tren se asentase de nuevo sobre los raíles.

El vagón salió de la curva y entraron en otro tramo recto. Juan sacudió la cabeza para despejarse; estaba a punto de sentarse para dar a su cuerpo un descanso cuando la voz asustada de Mark sonó en sus oídos.

—¡Quita el freno! ¡Deprisa!

Cabrillo comenzó a girar el volante para aflojar las zapatas y durante una fracción de segundo miró hacia atrás. La carretera ya no se veía, y tampoco el camión cargado con los terroristas, al menos de momento, pero más arriba había otro camión modificado para poder utilizar las vías; se acercaba a toda velocidad. Sin la carga de las catorce toneladas del vagón ni la de las personas que iban en su interior, avanzaba hacia ellos a una velocidad de vértigo. Sobre la cabina había más hombres dispuestos a la lucha; e incluso a esa distancia, vio que iban armados con lanzagranadas.

El parabrisas del Pig estaba tan agrietado que no soportaría la descarga de armas automáticas, así que se negó a tan siquiera pensar en lo que podría hacer una granada.

Linc había puesto la marcha atrás, sin preocuparse ya de las marchas cortas, y utilizaba las largas con la esperanza de que la potencia del motor y la inercia del vagón bastasen para darles unos minutos más de ventaja. Mientras continuasen moviéndose por las suaves curvas, los terroristas no podrían disparar.

—¿Cuándo es la próxima curva cerrada? —preguntó Juan. Sabía que Mark tenía un mapa en el ordenador conectado al GPS del camión.

—En tres kilómetros.

—¿Misiles?

—Solo uno.

—Resérvalo. Tengo una idea.

Corrió hacia la parte de atrás y saltó al techo del Pig. Linda sustituía a Greg Chaffee en la M60. El agente de la CIA estaba sentado en la zona de carga con Alana y Fodl. Parecía agotado.

—Los instructores de la Granja estarían orgullosos, sobre todo... —Juan mencionó el nombre de un legendario instructor del centro de entrenamiento de la CIA, un nombre solo conocido por aquellos que habían estado allí.

Chaffee abrió los ojos como platos.

—¿Eres...?

—Retirado.

Juan quitó los ejes de las bisagras de la puerta de uno de los armarios. La puerta medía unos cincuenta centímetros por lado y pesaba unos treinta kilos. La pasó a través de la escotilla con la ayuda de Linda y luego se encaramó a la cabina del Pig. El tiempo no contaba mucho, pero necesitaba que lo acompañase la suerte. El camión tren estaba a medio kilómetro de distancia, y continuaba avanzando deprisa. Uno de los hombres vio a Cabrillo al aire libre y disparó con su AK. Juan levantó la puerta para utilizarla de escudo y la lluvia de plomo la golpeó con la fuerza de una maza.

El Pig entró en otra curva suave, lo suficiente para que sus perseguidores los perdiesen de vista. Juan deslizó la plancha por delante del parabrisas casi verticalmente y la soltó. La plancha golpeó el raíl exterior con un gran estrépito y se deslizó durante varios segundos antes de chocar con una traviesa y detenerse. Quedó apoyada sobre una de las vías.

Treinta segundos más tarde, el perseguidor apareció en la curva. Iba a noventa y cinco por hora. Esta vez, el Pig era un blanco demasiado tentador para los hombres con los lanzagranadas, así que varios de ellos se prepararon para disparar.

El conductor del camión tren solo tuvo unos segundos para reaccionar, pero al salvar su vida salvó también la de Caballo y la de los demás. Vio la plancha apoyada en el raíl y comprendió en el acto que si la tocaba descarrilaría. Pisó los frenos y movió una palanca en el suelo junto al asiento. Los pistones hidráulicos levantaron las ruedas del tren por el interior de los neumáticos, y cuando quedaron recogidas debajo del chasis, los neumáticos hicieron contacto con las traviesas.

Entre la brusca desaceleración y las sacudidas provocadas por el choque contra las traviesas, los terroristas con los lanzagranadas que estaban en el techo de la cabina no tenían posibilidad de acertar. Las granadas volaron en todas las direcciones: hacia el cielo, donde giraron como gigantes petardos, o hacia el valle, donde detonaron sin causar daño alguno.

El camión pasó sobre la plancha metálica y, una vez que estuvieron a salvo del obstáculo, el conductor tuvo que frenar todavía más para volver a colocar las ruedas del tren en los raíles.

La idea de Cabrillo solo les había conseguido un kilómetro de ventaja, no tanto como él esperaba. La siguiente curva cerrada estaba cerca, y tenía que ocuparse de nuevo de los frenos. Volvió a subir por la parte de atrás del Pig; casi vomitó a causa del olor de la goma quemada de los neumáticos destrozados. Estaban yendo otra vez a sesenta kilómetros por hora, y el viento hacía que saltar al vagón resultase una maniobra arriesgada. Abajo, veía cómo las traviesas oscuras pasaban como un rayo por debajo de la estrecha separación entre el Pig y el vagón.

Las vías subían un poco cuando se acercaban a la curva, lo que significaba una ayuda para frenar el convoy, pero muy pronto volverían a bajar, y la velocidad continuaría siendo demasiado elevada para pasar la curva. El desnivel del balasto había sacudido tanto el vagón que los cuerpos de los dos terroristas habían caído por un costado. Solo el cadáver del hombre cuya garganta había aplastado Cabrillo continuaba donde lo había dejado.

El vagón llegó a lo alto y, a pesar de la impresionante potencia del Pig, el tren ganó velocidad.

Juan pasó por encima del cadáver y ya se disponía a coger el volante cuando el terrorista se le echó encima. Cabrillo recordó demasiado tarde que el hombre al que había matado llevaba un pañuelo azul y la cabeza de este estaba envuelta en uno rojo. Recordó que tres hombres habían saltado del camión y que solo dos habían alcanzado el objetivo. El tercero supuestamente había caído. Sin embargo, por lo visto había trepado cuando Juan estaba en el Pig y había ocupado la posición del compañero muerto.

Todos estos recuerdos pasaron por su mente en menos de lo que se tarda en

pestañear, pero fue suficiente para que el terrorista lo sujetara por las piernas y lo arrastrara. Cayó con todo el peso, incapaz de amortiguar el impacto. Cuando el terrorista apretó su peso contra los muslos de Juan, este descubrió que su atacante era enorme; por lo menos debía de pesar veinticinco kilos más que él.

Juan echó mano de la pistola que le quedaba. El fanático vio el movimiento y le sujetó la mano, pero Juan consiguió liberarla e intentó girarse. La curva estaba cada vez más cerca.

—Si no me sueltas —gritó, desesperado—, ambos moriremos.

—Entonces que así sea —respondió el hombre, y descargó un codazo en una de las corvas de Juan. Parecía haber comprendido la situación y se daba por satisfecho sujetando a Cabrillo boca abajo hasta que el tren quedara fuera de control y los matase a ambos.

Juan giró el cuerpo hasta que los tendones de su espalda protestaron y descargó toda la fuerza que le quedaba en un puñetazo que golpeó la mandíbula en el punto donde se sujetaba al cráneo. Se escuchó un crujido cuando se le dislocó; por un segundo, Juan había conseguido aturdirlo. Sin dejar de forcejear y de dar puntapiés, apartó el peso muerto del hombre y descargó otro puñetazo en el mismo lugar. El árabe rugió de dolor. Juan se puso de pie, cogió el volante y lo hizo girar con furia. Solo consiguió darle dos vueltas antes de que el terrorista lo sujetase con una llave de estrangulación. Juan dobló las rodillas en cuanto sintió que el grueso brazo pasaba alrededor de su cuello, y luego descargó un puntapié hacia arriba. A continuación apoyó un pie en la rueda y se levantó en una voltereta que le hizo pasar por encima de su rival. Se soltó de la llave y cayó de pie detrás del gigante que le sacaba una cabeza; cuando el hombre se volvió, Juan tuvo que descargar un tercer golpe en la mandíbula en una trayectoria ascendente. Esta vez, el hueso se rompió.

Cegado por el dolor, el hombre intentó sujetar a Cabrillo en un abrazo de oso. Juan se agachó por debajo de los brazos extendidos y le descargó un puñetazo en la ingle; después volvió al volante, aunque sabía que se le había acabado el tiempo. Lo hizo girar otras dos veces, para forzar las zapatas recalentadas contra las ruedas.

Intuyó el siguiente ataque y sacó la pistola antes de volverse. Mientras tendía la mano, el atacante la sujetó debajo del brazo y la usó de palanca, de forma que de pronto Juan se encontró de puntillas. El coloso descargó un codazo en el hombro en un intento de romperle la clavícula. Juan encogió los hombros antes de recibir el golpe, de forma que impactara en la articulación y no en la vulnerable clavícula.

Su atacante hizo una mueca de placer porque incluso el golpe defectuoso causaba un dolor insoportable. Juan relajó el cuerpo y levantó la rodilla al tiempo que buscaba detrás de su espalda. Había dos correas que solía utilizar para sujetar la pierna cuando entraba en combate; sus dedos las desabrocharon. Se quitó la prótesis y la utilizó como una porra. La puntera de acero golpeó en la comisura de uno de los ojos y el corte hizo que la órbita se llenase de sangre. El golpe no había tenido mucha fuerza pero al ser tan inesperado gozó del factor sorpresa.

El revés de Cabrillo lo golpeó de nuevo en el rostro. Esta vez no solo le aflojó algunos dientes sino también la sujeción del brazo. Al intentar soltarse, la pistola se le escapó de los dedos y cayó en el techo, así que volvió a valerse de la pierna. El golpe atontó a su oponente, y Juan no perdió ni un segundo. Después de tantos años de valerse de una sola pierna, su equilibrio le permitió saltar detrás del hombre, al tiempo que movía la prótesis como un leñador que maneja el hacha.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha; invertía la sujeción con cada golpe. Consiguió separarse lo suficiente para quitar los dos cierres de seguridad de la pierna y apretar el gatillo integrado en el tobillo. Había una pistola calibre 44 de un solo disparo —poco más que un cañón y un percutor— que disparaba a través del tacón. Esta última mejora hecha por el taller de magia en la pierna de combate lo había salvado en más de una ocasión y en cuanto disparó supo que lo había salvado de nuevo. El pesado proyectil alcanzó al terrorista en el pecho y lo arrojó por el costado del vagón como un muñeco de trapo.

El tren acababa de entrar en la curva cuando el director aplicó los frenos; como la vez anterior, había ido tan justo que las ruedas exteriores comenzaron a despegarse del raíl. Alguien en el interior del vagón debió de comprender la situación, porque de pronto las ruedas volvieron a posarse y ya no se movieron. Habían utilizado su peso para mantener el vagón estable.

Cabrillo miró atrás y vio que el camión tren llegaba a lo alto del lugar por el que acababan de pasar. Una nube de humo apareció por debajo de la cabina del Pig, y el tableteo de un arma automática llegó al director un instante más tarde. Mark Murphy había centrado la retícula del ordenador de tiro en la cumbre y había esperado a que los cazadores aparecieran.

Los proyectiles calibre 7.62 mm alcanzaron el frontal desprotegido del vehículo perseguidor. El parabrisas desapareció y las astillas de cristal se clavaron en los cuerpos de los ocupantes de la cabina. El radiador recibió media docena de impactos. Un géiser de vapor escapó por la parrilla y envolvió el camión en una nube ardiente, mientras las balas encontraban su camino por el compartimiento del motor. El suministro eléctrico se cortó cuando el vulnerable distribuidor quedó hecho trizas, y una bala acabó con el sistema hidráulico que mantenía las ruedas del tren en posición extendida.

El camión cayó sobre el segundo juego de ruedas con tanta fuerza y rapidez que el conductor no pudo reaccionar. Los neumáticos golpearon en una traviesa y la parte trasera se levantó lo bastante para que dos de los hombres que estaban en la caja volasen por encima de la cabina. Cayeron en las vías y un segundo después desaparecieron debajo del camión.

Con la suspensión delantera rota, la cabina se desplomó en el balasto. El vehículo se detuvo completamente en medio de una nube de vapor y polvo.

Cabrillo gritó de satisfacción al ver al enemigo inmóvil y atravesado en los raíles. Un fuerte pitido resonó por las laderas del valle.

Con el silbato a tope, la locomotora que Juan había creído que no podría perseguirlos apareció por encima de la pequeña elevación como un monstruo desatado. Se alzaba cinco metros por encima de las vías y pesaba más de cien toneladas. El humo del escape era de un negro oleoso, testimonio de su mal mantenimiento, pero el motor tenía fuerza más que suficiente para perseguir a los prisioneros.

Un par de hombres afortunados que todavía estaban en la caja del camión saltaron antes de que la locomotora arrollase el vehículo averiado, que se deshizo como si estuviera cargado de explosivos. Planchas de metal, partes de motor y el chasis volaron como si no pesaran nada. La bola de fuego que apareció cuando estalló el depósito de combustible creó la imagen de que el tren atravesara el infierno.

Luego todo volvió a distinguirse con claridad. El camión convertido en chatarra había quedado apartado despectivamente.

Juan soltó una maldición y comenzó a aflojar el freno, sin preocuparse de que la curva fuese mortal o no.

Desde un costado del vehículo, una flecha voló dejando una ardiente estela. Mark había disparado el último misil. Juan contuvo el aliento mientras el proyectil devoraba la distancia hasta el objetivo. Lo alcanzó un instante más tarde. La explosión fue varias veces mayor que el impacto con el camión. La locomotora quedó envuelta en fuego y la onda expansiva se extendió por el valle; parecía un meteoro que volara por los raíles, con una nube de fuego y humo desprendiéndose de su piel.

Pero pese a toda su furia, el misil apenas afectó a aquel monstruo de cincuenta toneladas. Se sacudió como un tanque alcanzado por un tirachinas y continuó con la persecución.

El pequeño convoy ganó velocidad de nuevo, pero no eran rivales para la locomotora. Se les echaba encima con el doble de rapidez. Por un segundo, Cabrillo pensó en saltar. Pero descartó la idea antes de que acabase de formarse. Nunca abandonaría a sus camaradas para salvar su pellejo.

La locomotora estaba situada a unos cuarenta metros, y las llamas se habían apagado. En la parte inferior de la cubierta había un cráter humeante y un poco de pintura ennegrecida. Aparte de eso, no había ninguna otra prueba visible de que los dos kilos de explosivos del misil tierra-tierra hubiesen hecho más daños.

Sin embargo, lo que Juan no podía ver debajo del frente de la locomotora, donde el conjunto de ruedas delanteras estaba asegurado al marco de acero, era que las sujeciones habían recibido un impacto directo del chorro de plasma ardiente producido por el misil. La máquina saltó en una de las juntas de los raíles y las sujeciones fallaron. El conjunto de cuatro ruedas delanteras descarriló. Las endurecidas ruedas hendieron las traviesas y arrancaron trozos de las vías.

Sin el tren delantero, la locomotora se escoró en cámara lenta hasta caer sobre el costado. La fricción añadida de rozar el balasto y arrancar docenas de traviesas no bastó para detener su impresionante inercia. Incluso en las garras de la muerte iba a

chocar con el Pig.

Estaba a seis metros de ellos y seguía avanzando con la misma fuerza. Linc sin duda estaría pisando a fondo el acelerador en un esfuerzo final por salvarlos. El Pig y el vagón continuaron trazando la curva, apenas sujetos a los raíles mientras rodeaban la montaña.

Sin las ruedas delanteras para guiarla, la locomotora continuó en línea recta, impulsada por su enorme peso y por la velocidad que había conseguido durante la persecución de su presa. Pasó a no más de un metro del morro del Pig en su viaje hacia el borde del profundo valle. No había protecciones; nada que la mantuviera en las vías. El morro arrancó una cuña del suelo cuando llegó al borde del precipicio y arrojó una lluvia de piedras colina abajo; luego, se precipitó dando un salto mortal.

En la cabina del camión, Linc y Mark ya no podían verlo, pero en el techo del vagón, donde ya estaba apretando los frenos de nuevo, Cabrillo contempló cómo la locomotora se despeñaba colina abajo ganando velocidad con cada giro. El enorme depósito reventó y el combustible se incendió en el acto. La explosión resultante y el manto de polvo oscurecieron sus momentos finales antes de que se estrellase en el rocoso fondo del valle.

El vagón pasó por el final de la curva solo apoyado en las ruedas exteriores, en un ángulo que Juan creyó que no podría mantener. Pero de alguna manera, el viejo vagón acabó el trazado de la curva y volvió a colocarse sobre los raíles. Juan se apoyó en el volante del freno y recuperó el aliento antes de sujetarse de nuevo la pierna ortopédica en el muñón.

Calculó que les quedaban unos dieciséis kilómetros hasta la estación de carga y el muelle donde los esperaba el Oregon y donde estarían a salvo.

Lo único que no conseguía comprender era qué había sido del helicóptero. Estaba seguro que lo había escuchado antes de escapar de las viejas construcciones de la mina. Los terroristas no habían intentado perseguirlo con él, algo que para Cabrillo no tenía sentido. Ciertamente, un helicóptero de carga no era la plataforma más estable para montar un asalto, pero considerando hasta qué punto los terroristas se habían esforzado en detenerlos, le sorprendía que no lo hubieran utilizado.

Durante los siguientes cinco minutos, el tren pasó por varias curvas, todas tan abiertas que Juan apenas utilizó los frenos. Estaba a punto de cambiar la frecuencia de comunicaciones para conectarse con Max a bordo del barco cuando salieron de una curva que les había ocultado lo que había delante.

La sangre se le heló en las venas.

La vía férrea dejaba la relativa seguridad de la ladera y se desviaba por encima del valle a través de un puente que parecía sacado del Viejo Oeste. Era como un trozo de una montaña rusa de madera y se alzaba a más de treinta metros sobre el suelo del valle, formando un intrincado armazón de maderas descoloridas por décadas de sol y viento. En su base, con los rotores todavía girando, estaba el helicóptero.

Juan no necesitó ver con claridad qué hacían los hombres que se movían con

mucho cuidado por la estructura para saber que estaban colocando explosivos para volarla.

Cuando por fin alguien descolgó el teléfono, Abdullah, el comandante del campo terrorista, no supo si tener miedo o sentir alivio.

—Diga —respondió una voz que en una sola palabra transmitió toda la maldad que anida en los rincones más oscuros del alma humana.

No hacía ninguna falta que Abdullah dijese quién era. Solo un puñado de personas tenían el número de ese móvil. Detestaba pensar que el equipo estaba hecho por los malditos israelíes, pero los teléfonos eran totalmente seguros.

—Necesito hablar con él.

—Está ocupado. Hable conmigo.

—Es urgente —insistió Abdullah, pero juró que no insistiría si lo rechazaba. En el fondo se escuchaba la sirena de un barco y el alegre sonido de la campana de una boya. Aparte de eso, el resto era silencio. Hizo honor a la promesa que se había hecho—. Muy bien. Dígale al imán que los prisioneros intentan escapar.

Abdullah no conocía los detalles, así que su informe fue un tanto vago.

—Al parecer, redujeron a los guardias y robaron uno de los pequeños camiones diseñados para circular por la vía férrea y también un vagón. —Una vez más, el hombre en el otro extremo no dijo nada. Abdullah continuó—: Los intentos para detenerlos en la mina han fracasado, y algunos de los reclutas del campamento tampoco han podido detenerlos. He enviado a algunos de nuestros mejores hombres en helicóptero. Volarán el puente. De esa manera los pillaremos a todos.

El comandante terrorista tragó saliva.

—He pensado que con la información obtenida de la arqueóloga estadounidense, nuestra presencia aquí ya no es necesaria. Ahora sabemos que nuestra creencia de que la base secreta del primer Suleiman al-Jama estaba en este valle al sur del «negro que arde», como dice la leyenda, es errónea. Al-Jama y su barco estaban en otro viejo lecho fluvial en Túnez. Los hombres que hemos enviado allí no tardarán en encontrarlo.

De nuevo, solo escuchó la campana de la boya y alguna que otra sirena de barco.

—¿Dónde está usted? —preguntó Abdullah de pronto.

—No le interesa. Continúe.

—Dado que ya no necesitamos el pretexto de abrir la vieja mina de carbón, el negro ardiente que confundimos con la señal legendaria, pensé que volar el puente era lo mejor. Dos al precio de uno. Matamos a todos los fugados y comenzamos a dismantelar las instalaciones.

—¿Cuántos miembros quedan de nuestras tropas de élite?

—Unos cincuenta —respondió Abdullah en el acto.

—No arriesgue a esos combatientes en algo tan trivial como los prisioneros.

Envíe a otros reclutas, si debe hacerlo. Dígales que si se convierten en mártires en esta misión disfrutarán de las gracias especiales de Alá en el paraíso. Eso es lo que dispone el imán.

Abdullah lo pensó y decidió no decirle que no había tiempo para retirar a sus mejores tropas del puente. En cambio, preguntó:

—¿Qué hacemos con la secretaria de Estado?

—Dentro de media hora llegarán los helicópteros. Uno de ellos tiene órdenes de encargarse de la mujer. Su cometido principal es matar a los prisioneros y asegurarse de que nuestras fuerzas en Trípoli estén dispuestas. Serán el personal de seguridad legítimo en la reunión, así que entrarán en la sala principal. Una vez dentro los altos cargos del gobierno no estarán armados. Será una gloriosa matanza y el final de este estúpido intento de conseguir la paz.

Era la explicación más larga que Abdullah había oído de ese hombre. Creía en la causa tanto como cualquiera de ellos, tanto como el imán al-Jama. Pero incluso él debía admitir que había grados de fanatismo que era incapaz de imaginar.

A menudo había escuchado hablar a los chicos que reclutaban, jóvenes de las chabolas y también privilegiados. Casi se divertían pensando en las sádicas torturas que infligirían a los enemigos del islam; era su manera de aumentar la confianza en ellos mismos. Él había hecho igual años atrás, durante la guerra civil del Líbano, cuando había alcanzado la mayoría de edad. Pero en secreto, cada uno de ellos sabía, aunque nunca lo admitiría, que solo era una diversión, una manera de aumentar el compromiso y el odio. Al final, la mayoría estaba tan asustada, que ni siquiera sabía empuñar una pistola, y los chalecos suicidas se fabricaban a prueba de tontos.

Aunque ese no era el caso del hombre al otro extremo de la línea. Abdullah sabía que había cortado la cabeza a occidentales con una cimitarra que se remontaba a las cruzadas. Había quemado vivos a soldados rusos en las desoladas montañas de Chechenia y ayudado a colgar los cuerpos mutilados de soldados estadounidenses en Bagdad. Había reclutado a su propio sobrino, un adolescente con la mente de un niño de dos años que no hacía más que separar granos de arena y formar pilas de cien, para que entrase en una lavandería suní en Basora cargado con veinte kilos de explosivos y clavos con el propósito de inflamar la violencia sectaria. Cincuenta mujeres y niñas habían muerto en el estallido, y las represalias y contrarepresalias habían matado a centenares de personas.

Abdullah cumpliría con su deber, tal como él lo interpretaba, por Alá. Su contacto dentro del círculo íntimo del imán, el guardaespaldas personal de al-Jama, mataba y torturaba porque le divertía. Era un secreto a voces dentro de la organización que ese hombre ni siquiera era musulmán. Aunque había nacido musulmán, nunca rezaba, no ayunaba durante el Ramadán y no respetaba ninguna de las otras leyes dietéticas de la fe.

Por qué el imán permitía semejante abominación había sido tema de discusión entre los comandantes superiores como Abdullah, hasta que la noticia de tales

conversaciones llegó a oídos de al-Jama. Dos días más tarde, a los cuatro que habían puesto en duda la elección de su principal lugarteniente les habían cortado la lengua, arrancado los ojos, amputado las puntas de los dedos y la nariz, y perforado los tímpanos.

El mensaje estaba claro. Al hablar de ese hombre a su espalda habían demostrado no tener ningún sentido y, por lo tanto, ya no tendrían ninguno.

—La voluntad del imán será hecha, la paz sea con él —se apresuró a decir Abdullah, cuando comprendió que debía haber respondido algo. La comunicación ya se había cortado.

—Linda, mueve el culo y sube aquí con la M60 —gritó Juan por la radio—. Trae toda la munición que puedas. Mark, necesito que desenganches el vagón.

—¿Qué? —respondió Murphy—. ¿Por qué?

—No puedes ir lo bastante rápido marcha atrás.

Linc apareció en la red táctica.

—Creía que nuestro problema era reducir la velocidad de esta loca caravana.

—Ya no.

Segundos más tarde, la ametralladora de calibre 30 de la escotilla del Pig cayó con un sonoro golpe sobre el techo del vagón. Cabrillo se apresuró a echar una mano a Linda con el arma. Detrás de ella, Alana Shepard llevaba una cinta de munición como un mortal collar alrededor del cuello. A sus pies había otras dos cajas de municiones. Le alcanzó las cajas y él la ayudó a subir.

—Veo que intentas ganarte el sombrero. —Juan sonrió.

Al ver el puente por primera vez, Linda Ross comprendió por qué el director necesitaba potencia de fuego. En cuanto llegó a la parte delantera del vagón, extendió las cortas patas de la M60 y se tendió detrás del arma, lista para que él colocase la primera cinta de munición. Mientras Alana sacaba una segunda cinta con cien balas, Juan cargó la ametralladora y bajó la tapa del cargador. Linda accionó el cerrojo y comenzó a disparar.

El puente estaba bastante más allá del alcance efectivo del arma, pero los proyectiles que impactasen contra el armazón de madera obligarían a los terroristas a buscar refugio y con un poco de suerte les darían el tiempo que necesitaban.

El cuerpo de Linda se sacudía como si estuviese sujetando un cable eléctrico, mientras un fogonazo de treinta centímetros de largo escapaba de la boca de la ametralladora. El vuelo de las trazadoras que cruzaban en arco la distancia le indicó las correcciones necesarias. Levantó el cañón hasta que las balas con punta de fósforo encontraron el objetivo. A esa distancia, Juan solo veía las nubecillas de polvo que se levantaban de los maderos blanqueados cuando los perforaban las balas. Tuvieron que disparar casi un tercio de la primera cinta antes de que los dinamiteros que estaban debajo de la vía férrea se diesen cuenta de qué pasaba. Hasta donde podían

ver nadie había sido alcanzado, pero muy pronto comenzaron a esconderse detrás de las vigas.

Con ráfagas cortas, para evitar que se recalentase el cañón, Linda mantuvo a los hombres inmóviles, y con un disparo afortunado consiguió matar a un terrorista oculto entre los maderos. Su cuerpo cayó del puente, sin sonido y como en cámara lenta, hasta que chocó con una de las vigas y continuó el descenso dando volteretas. Chocó contra el suelo en una silenciosa nube de polvo que se disipó con la brisa.

Mark Murphy escuchaba el tableteo de la ametralladora, pero no sabía a qué disparaban. Se quitó los cinturones de seguridad y salió fuera del camión. Se descolgó para acurrucarse sobre el parachoques trasero. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no prestar atención a las traviesas que pasaban como un relámpago bajo sus pies.

Había enrollado el cable de arrastre varias veces entre el parachoques y el enganche del vagón para mantenerlos unidos. Linc corría un poco más que el vagón, así que no había tensión en el acople. Con un par de tenazas, comenzó a cortar el acero trenzado lo más rápido que pudo. Si el vagón comenzaba a separarse del Pig, la tensión cortaría el cable, y Mark se quedaría sin piernas por debajo de las rodillas.

Entraron en una curva. Mark advirtió que la ametralladora de Linda se había quedado en silencio, lo que significaba que las colinas le impedían ver el objetivo. El vagón también comenzó a ganar velocidad. El delgado cable se tensó y los hilos de acero comenzaron a romperse, curvándose como una voluta de humo de plata.

—Linc, acelera un poco —gritó Mark, y Linc pisó el acelerador.

Tan pronto como la tensión se alivió, Mark volvió a utilizar las tenazas con todas sus fuerzas.

—Cuando hayas acabado con el último cable —gritó Juan por la radio—, salta al acople, así no perdemos tiempo para recogerte a bordo del Pig.

Mark tragó saliva, porque no sabía qué le gustaba menos: la perspectiva de estar sujeto al acople oxidado o pensar en lo que el director sabía de la situación como para pedirle que hiciese aquello.

—¿Lo has escuchado, Linc? —continuó Cabrillo—. En cuanto Mark acabe, invierte la marcha y empuja el vagón con todo lo que tengas. ¿Me escuchas?

—He acabado —avisó Mark antes de que el ex SEAL pudiese responder.

En el Pig, Linc pisó el freno y nubes de polvo negro escaparon de las pastillas casi quemadas. Movié el volante tan pronto como se sintió seguro. Los neumáticos golpearon las traviesas con unas terribles sacudidas, y el pesado camión perdió adherencia por un lado. Puso la primera antes de frenar del todo; se levantaron dos surtidores de balasto. El camión saltó detrás del vagón que se alejaba y Linc se centró en poner de nuevo las ruedas en los raíles. Se le nubló la visión y sintió como si se fuesen a desprender los dientes antes de lograr centrar el Pig en las vías.

En cuanto las ruedas estuvieron alineadas, persiguió al vagón hasta que el parachoques reforzado tocó el enganche. Observó, asombrado, cómo Mark Murphy

ponía un pie en el parachoques, se agachaba para sacar más cable de la polea y lo enrollaba en el enganche para unir los dos vehículos. Linc nunca había dudado de la valentía del joven, pero incluso él lo habría pensado dos veces antes de hacer aquella peligrosa maniobra.

—Director —llamó—. He dado la vuelta y empujo con fuerza. Murphy está atando el cable al acople.

—Mark, ¿has hecho los cálculos? —preguntó Cabrillo. Miraba desde lo alto cómo trabajaba el joven experto en armas.

Mark sujetó el gancho con un par de lazadas y subió al parabrisas antes de responderle.

—Todo está calculado. El vagón tiene flotabilidad suficiente para mantenernos en la superficie. El factor desconocido es a qué velocidad lo llenará el agua.

—Max tendrá que darse prisa con la grúa del *Oregon*.

—Dile que no utilice el gancho sino el imán.

Juan comprendió en el acto la lógica de la propuesta de Murphy. El enorme electroimán no requeriría que un tripulante asegurase el cable de la grúa al vagón.

El tren debía de haber dejado atrás otra colina, porque escuchó que Linda disparaba de nuevo la M60. Olió el humo de cordita en el aire mientras el vagón continuaba acelerando. Se volvió. El puente aún estaba lejos, y se veía tan frágil como una maqueta. A causa de la lluvia de trazadoras que volaban hacia la estructura, los hombres que colocaban los explosivos se habían ocultado una vez más detrás de las vigas. A la velocidad que el Pig empujaba el viejo vagón, pasarían por la siguiente curva en segundos, y los terroristas podrían acabar su trabajo.

Cabrillo se puso pálido debajo del bronceado. Tuvo muy claro que no lo conseguirían. El motor del Pig iba al máximo, pero se encontraban demasiado lejos y, sin un campo de tiro despejado que les permitiera mantener inmóviles a los terroristas, estos estarían preparados para volar el puente casi en el mismo momento en el que ellos entrasen en la cabecera.

Iba a ordenar a Linc que frenase, con la vana ilusión de poder hacer bajar a los pasajeros y montar una defensa, cuando un movimiento en el otro extremo del puente le llamó la atención. En un primer momento no supo qué veía, porque los gruesos pilares le tapaban la visión.

Entonces, sin previo aviso, el helicóptero McDonnell Douglas MD-520N negro de la corporación voló sobre el puente. La turbina movida por los gases de escape eliminaba la necesidad de un rotor trasero y utilizaba toda la protección que podía; George «Gómez». Adams había conseguido provocar una sorpresa mayúscula.

El sonido de los rotores y el grito rebelde de Adams llenó el auricular de Cabrillo. El ruido quedó apagado casi en el acto por el tableteo de una ametralladora pesada. Una figura en la puerta abierta del helicóptero disparaba casi a quemarropa. Los gruesos soportes de madera que llevaban secándose con el implacable calor del desierto desde hacía más de un siglo, se habían vuelto duros como el hierro. No

obstante, los proyectiles arrancaban trozos de madera, dejando atrás grandes heridas blancas y una continua lluvia de polvo y arena. Allí donde las balas encontraban carne, el daño era mucho peor.

—Ya era hora de que aparecieras —transmitió Juan.

—Lamento la espectacular entrada —respondió Gómez Adams—. He tenido el viento en contra todo el camino.

—Mantenlos en el puente hasta que crucemos, y luego protégenos hasta que lleguemos al muelle. —Juan cambió de frecuencia—. Max, ¿estás ahí?

—Claro que sí —respondió Max como si no tuviese la menor preocupación, lo que demostraba todo lo contrario.

—¿Cuál es la hora estimada de llegada?

—Estaremos en el muelle unos dos minutos antes de que tú aparezcas. Solo para que lo sepas, es un muelle flotante, y a la velocidad con la que pegarás contra los toques acabarás matando a todos los que van en el vagón.

—¿Esta es tu idea de un salvamento? ¿Tienes un plan?

—Por supuesto. Ya lo tenemos todo controlado.

—De acuerdo —dijo Juan, con absoluta confianza en su segundo. Con todo lo que pasaba en el tren y alrededor, tendría que dejar los detalles a Hanley.

Ahora entraban en la curva a toda velocidad. Los ingenieros que habían construido la línea, habían recortado una angosta cornisa en la ladera, apenas lo bastante ancha para permitir el paso del vagón. Dedujo que cuando pasaban con la gran locomotora por la curva cerrada, lo hacían a paso de tortuga. La separación entre el vagón y la roca viva era de menos de un palmo.

Esta ajustada tolerancia les salvó la vida.

Las ruedas exteriores se levantaron de los raíles, y el borde superior del vagón chocó contra la piedra; se abrió un grueso surco en la roca que echó sobre Cabrillo fragmentos afilados como el vidrio. El impacto hizo que las ruedas encajasen de nuevo en los raíles y permanecieran así por un momento antes de que la terrible fuerza centrífuga los levantase de nuevo. El borde superior volvió a chocar contra la piedra, pero esta vez Juan ya se había girado de tal forma que fue la espalda y no el rostro la que recibió los impactos de los fragmentos.

—Director... —Había algo en la voz de Franklin Lincoln que Cabrillo no había escuchado nunca. Miedo.

—¡Ni se te ocurra frenar ahora! —gritó Juan. Bajo sus pies sonaban los gritos aterrorizados de los pasajeros. Si ya era terrible viajar en el techo, no podía ni imaginar cómo lo vivirían en la más absoluta oscuridad.

Chocaron contra la roca otras dos veces, antes de que la curva comenzase a abrirse y las ruedas se colocaran de nuevo firmemente en los raíles calientes. Esta era la última curva antes de llegar al puente. Delante había un tramo recto que bajaba en una pendiente poco pronunciada que los llevaría hasta él. Un destello de luz brilló en los prismáticos de un observador que estaba en el valle, debajo del puente. Juan casi

pudo leer los pensamientos del hombre a pesar de la distancia. Segundos más tarde, alguien dio una orden, porque los hombres que colocaban los explosivos comenzaron a correr sin hacer caso del fuego graneado de Gómez Adams desde el MD-540.

Cabrillo se acercó al borde donde estaban Linda y Alana detrás de la M60.

—Esto es lo que yo llamaría el viaje de mi vida —comentó Linda, con el rostro un tanto pálido debajo de las pecas—. Hace que escalar el Matterhorn parezca una tontería.

Ya no tenía ángulo para disparar a los terroristas, pero Adams estaba convirtiendo la retirada en un infierno.

—No hay nada más que podamos hacer —gritó Juan por encima del aullido del viento que llenaba sus oídos. Iban a noventa kilómetros por hora, y la fuerza del viento amenazaba con lanzarlos al vacío si se erguían un poco—. Volvamos al Pig.

Levantó la pesada ametralladora, con la cinta de resplandecientes proyectiles de latón colgada del cargador, para que Linda y Alana pudiesen arrastrarse hasta el fondo del vagón. Se descolgaron sobre la cabina del Pig y después desaparecieron por la escotilla abierta. Cabrillo se detuvo un momento y entornó los ojos para mirar hacia el puente. Adams se contoneaba con el helicóptero para eludir el fuego enemigo, mientras que el artillero —a Cabrillo le pareció reconocer la corpulenta silueta de Jerry Pulaski— disparaba contra los soportes cada vez que el aparato se estabilizaba.

De pronto, el sonido de las ruedas contra los raíles cambió. Habían llegado a la primera sección del puente. Una mirada por el costado del vagón le confirmó que el suelo comenzaba a desaparecer debajo de ellos.

La explosión se produjo un poco más adelante, en el fondo del valle cerca de uno de los pilares. El humo y las llamas subieron por los maderos para abrirse como un hongo letal. Cabrillo se arrojó de bruces cuando el tren pasó entre las llamas y salió por el otro lado sin más daños que un poco de pintura quemada.

Detrás de ellos, la explosión había debilitado la estructura, pero Linda y después Adams habían evitado que los terroristas acabasen de colocar los explosivos en los lugares correctos. Los soportes siguieron firmes durante diez segundos después de que pasara el tren, lo que les permitió llegar casi al final del largo tramo antes de que la estructura comenzara a hundirse. Los grandes maderos se plegaban sobre sí mismos, y el valle quedó oscurecido por las grandes nubes de polvo lo bastante espesas como para ocultar el Mi-8 y las diminutas figuras de los terroristas que corrían.

El puente se desplomaba como fichas de dominó; los raíles de acero se doblaban como si no fuesen más fuertes que un alambre. Linc debió de ver por los retrovisores laterales lo que pasaba detrás, porque el ritmo del motor cambió cuando llenó los cilindros con oxígeno de nitrógeno.

La madera y el hierro cayeron en una avalancha que perseguía al vagón fugitivo. Cabrillo miraba atónito cómo el puente desaparecía en su estela. Tendría que haber

sentido miedo, pero su destino no estaba en sus manos, así que contemplaba el espectáculo con un distanciamiento casi clínico. A medida que el Pig ganaba velocidad, también se aceleraba el impresionante derrumbe de la estructura. A treinta metros del parachoques trasero, los raíles temblaban y después desaparecían en una nube de polvo. No se atrevía a mirar hacia delante para ver cuánto les quedaba por recorrer. Era mejor no saberlo.

Justo en el momento en el que las vías comenzaban a desaparecer debajo de ellos, el sonido del aire debajo del vagón cambió de nuevo y las gruesas traviesas de madera aparecieron debajo de los raíles. Habían conseguido cruzarlo justo cuando el último trozo del puente caía al fondo del valle, destrozándose de tal manera que no se veía nada por encima de la nube.

Cabrillo agitó el puño y gritó a pleno pulmón, hasta el punto de que casi se cayó de entusiasmo.

—Eso es lo que yo llamo conducir —dijo a Linc—. ¿Todo el mundo está bien?

—Todos sanos y salvos —respondió Linc.

Había algo en su voz que a Cabrillo no le gustó.

—¿Qué pasa, grandullón?

—Rompí la transmisión la última vez que bombeé el nitro. Estoy mirando los raíles por el espejo retrovisor y no veo más que una gran mancha de aceite.

Hasta que no se lo dijo, Juan no había notado que ya no escuchaba el rugido del motor. Sin marchas, no tenía ningún sentido dejar el motor funcionando.

—Mark dice que el resto de la pendiente es bastante suave, pero... —La voz de Linc se apagó.

—A ver si lo adivino —dijo Juan—, tampoco tenemos frenos.

—Tengo el pie hundido hasta el suelo, pero no sirve de nada.

Juan miró en la dirección en la que iban. El mar era una mancha gris en la distancia. El final de la línea quedaba oculto en un desnivel del terreno, aunque calculó que solo les quedaban unos pocos kilómetros. También estaba de acuerdo con la afirmación de Mark Murphy de que irían en una suave pendiente hasta el agua. Solo podía confiar en que lo que hubiese preparado Max funcionase, porque cuando intentó girar el volante de los frenos se encontró con que ya no quedaba ferodo en las zapatas.

—Max, ¿me escuchas? —dijo en el micro.

—Alto y claro.

—¿Dónde estás?

—En posición y preparados para recibirte.

—¿Alguna noticia de los helicópteros de la fuerza de ataque libia?

—No. Sospecho que llegarán por el sur, así que no los veremos. Pero lo más importante es que tampoco nos verán a nosotros.

—Tan pronto como nos recojas con el electroimán, quiero que Eric vaya a la máxima velocidad posible a aguas internacionales.

—Tranquilo, Juan. Todo está a punto. La doctora Huxley y su gente han dispuesto, en la bodega de proa, catres, mantas y suero en abundancia. El personal de la cocina está preparando comida suficiente para alimentar a todas las personas que has encontrado y tengo todos los sistemas de seguridad del barco listos para actuar si alguien intenta recuperarlos.

—De acuerdo. Muy bien. Estaremos allí en unos tres minutos.

El último tramo de la vía férrea salía de las montañas a través de un valle que corría recto al mar. La gente de la corporación, junto con Alana, Greg Chaffee y el nuevo amigo libio, Fodl, se habían abrochado los cinturones de seguridad, mientras que los ocupantes del vagón habían recibido el aviso de sujetarse lo mejor posible.

La vieja estación de carga era una ruina; apenas quedaban las estructuras metálicas de un par de edificios con trozos de madera aún sujetos a los costados. Las grúas que en otros tiempos cargaban el carbón en los barcos habían desaparecido hacía mucho, y el desierto había ocultado el lugar donde se alzaban las montañas de carbón a sotavento de un acantilado.

El *Oregon* estaba muy cerca del muelle flotante recién instalado. La grúa principal se hallaba en posición y el gran electroimán colgaba a menos de seis metros sobre el muelle.

Juan se sentía orgulloso siempre que veía su creación, pero esta vez su mente estaba centrada en la velocidad del tren mientras corría hacia la estación. Luchó contra el deseo de mirar el velocímetro, pero supuso que habían pasado de los cien. Esperaba que Max colocara algún tipo de barrera elástica para detener el tren, pero no vio nada en los raíles. Entonces advirtió que el muelle estaba más sumergido en el agua de lo que era normal. De hecho, el extremo más alejado estaba totalmente sumergido.

Se echó a reír cuando el tren dejó las viejas vías y entró en el muelle. Max había agujereado los cilindros de plástico unidos que formaban el soporte del pantalán, probablemente con la ametralladora Gatling del *Oregon*. El peso del muelle había hecho que se hundiera, y a medida que pasaba el vagón se hundía todavía más.

Dos cortinas de agua se levantaron a los costados del vagón; el mar absorbió la inercia del tren con tanta suavidad que ninguno de los ocupantes del Pig notó tensión en los cinturones de seguridad. Cuando llevaban recorridos dos tercios del muelle, la velocidad del Pig había bajado a treinta y dos kilómetros por hora y el agua estaba por encima de los neumáticos destrozados.

El vagón apenas se movía cuando cayó por el final del muelle arrastrando al camión con él. Flotó solo unos segundos antes de que el electroimán apareciese por encima y cuando se aplicó la corriente quedó sujeto con fuerza. Momentos más tarde, el viejo vagón, con el Pig colgado del enganche trasero, era sacado del mar. Juan supuso que Max Hanley debía de estar en los controles, porque el operador había calculado con toda exactitud el centro de gravedad del tren.

Con el vagón chorreando agua, los pasaron por encima de la borda y los

depositaron en cubierta. Juan abrió la puerta en el instante en el que los neumáticos tocaron el suelo. Un tripulante con un soplete de acetileno ya se ocupaba de cortar los cables que unían el Pig al vagón. Juan pasó a su lado y casi chocó con la doctora Huxley con las prisas por abrir las puertas del vagón. Con ella había varios grupos de asistentes con las camillas preparadas.

—Por lo visto, no me gano suficientemente el sueldo remendando a tus hombres —comentó Julia—, y no se te ha ocurrido nada mejor que traerme un vagón lleno de pacientes.

Bajo sus pies, Juan notó la vibración de los motores magnetohidrodinámicos.

—¿Qué más se le puede ofrecer a una doctora como regalo después de unas pequeñas vacaciones en tierra?

Juan abrió la puerta y otra cascada de agua cayó sobre la cubierta. Del oscuro interior salió el primer prisionero esquelético, con el miedo reflejado en los ojos y empapado de pies a cabeza.

—Está a salvo —dijo Juan en árabe—. Todos están a salvo. Pero tienen que darse prisa.

Fodl se unió a él y a la doctora Huxley al cabo de un instante y entre todos convencieron a los hombres y a las mujeres aterrados de que salieran del vagón. Aparte del hombre que había recibido un balazo en la muñeca disparado por uno de los terroristas cuando Juan había luchado con él en el techo del vagón, y un par de brazos fracturados, el resto solo presentaba contusiones de poca importancia. Como era habitual en él, Juan lamentaba haber lastimado a estas personas en vez de sentir alegría por haber salvado sus vidas.

Vio a Mark Murphy. El larguirucho experto en armas caminaba hacia la escotilla que lo llevaría a su camarote con el macuto al hombro y el ordenador portátil en la mano.

—Olvídelo, señor Murphy. A partir de este momento, usted y el señor Stone están asignados a un trabajo de investigación de máxima prioridad.

—¿No puede esperar hasta que me duche?

—No. Ahora. Quiero saber todo lo que se conoce sobre algo llamado la Joya de Jerusalén. Alana Shepard ha mencionado que podía estar enterrada con Suleiman al-Jama, pero en realidad no está segura de qué es.

—Me suena a leyenda sacada de una novela barata.

—Quizá lo sea. Averígualo. Quiero un informe dentro de una hora.

—Sí, jefe —respondió Mark sin mucho entusiasmo, y se alejó arrastrando los pies.

—¿Quiénes son todas estas personas? —le preguntó Julia Huxley, al tiempo que ayudaba a una mujer a ponerse en manos de un asistente.

—Todas estas personas ocupaban los cargos más importantes del Ministerio de Asuntos Exteriores libio —respondió Juan—. Es posible que uno de estos pobres diablos sea el ministro en persona.

—No lo entiendo. ¿Por qué eran prisioneros?

—Porque a menos que esté muy equivocado, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, el estimado Ali Ghami, es Suleiman al-Jama.

Los helicópteros pintados con los colores militares libios aparecieron por el sur en el desierto como avispas enfurecidas. Cuatro de los cinco helicópteros de fabricación rusa llevaban el camuflaje color tierra, y el quinto iba pintado con el gris plomo de la Marina libia.

En sus quince años de servicio en la CIA, Jim Kublicki nunca había imaginado que sería un observador en un asalto libio contra un campamento terrorista. El embajador Moon había arreglado su presencia en el ataque en una conversación personal con el ministro Ghami. Aparentemente, el nuevo clima de cooperación por parte de Trípoli era sorprendente, pero tanto Moon como Kublicki tenían sus dudas. La principal de ellas procedía de un informe secreto que habían recibido de Langley. Kublicki no tenía ni idea de cómo unos agentes habían entrado en el espacio aéreo libio durante el punto álgido de la busca del avión de la secretaria de Estado, pero de alguna manera lo habían conseguido. La prueba que habían encontrado llevaba a una única conclusión posible: el avión había sido obligado a aterrizar antes del choque, al parecer, para secuestrar a la secretaria de Estado. Después, habían estrellado el Boeing contra la cumbre de una montaña.

El informe también documentaba cómo un equipo había llegado en un helicóptero al lugar de la catástrofe y había contaminado intencionadamente la escena. Las palabras exactas del documento eran «pasaron por el lugar del choque como un tornado por un parque de caravanas».

El equipo de la National Transportation Safety Board había emitido un informe secreto y todavía preliminar que respaldaba la teoría de Langley. A pesar de los esfuerzos de los terroristas, había incongruencias en el lugar que no podían explicarse fácilmente. Moon se había reunido con David Jewison de la NTSB y le había mencionado el informe de la CIA. El experto había asentido y manifestado que era muy posible que el avión hubiese aterrizado antes del choque.

Cuando Kublicki había llegado a la base aérea en las afueras de Trípoli donde estaban preparando el asalto, se había reunido con el jefe de la operación, un coronel de las fuerzas especiales llamado Hassad. Este le había explicado que el desierto libio estaba sembrado de centenares de viejos campos de entrenamiento dejados allí de los días en los que su gobierno les había dado cobijo. En los pocos años transcurridos desde que el gobierno había cambiado su postura ante el terrorismo, él y sus hombres habían destruido la mayoría de los que conocían, pero admitió que aún había docenas de los que no sabían nada.

Hassad se sentó a la derecha del piloto, y Kublicki se acomodó lo mejor que pudo en un asiento plegable detrás de la cabina. Solo había un puñado de hombres en la

sección trasera del helicóptero de carga. El grueso de la fuerza de asalto viajaba en los otros aparatos.

El coronel libio puso una mano sobre el micro y se echó hacia atrás. Tuvo que alzar la voz por encima del estrépito de las palas de los rotores.

—Aterrizaremos dentro de un minuto.

Kublicki se sorprendió un poco.

—¿Qué? Creía que entraríamos después del asalto.

—No sé usted, señor Kublicki, pero yo quiero cargarme a unos cuantos terroristas. —Hassad le dirigió una sonrisa de lobo.

—Lo mismo digo, coronel, pero el uniforme que me ha prestado no venía con un arma.

El coronel libio sacó la pistola que llevaba al cinto y se la alcanzó por la culata.

—Solo asegúrese de que en su informe no aparezca que le he dado una pistola.

Kublicki sonrió como un conspirador y sacó el cargador para verificar que estuviese lleno. La estrecha rendija a lo largo del cargador mostraba trece brillantes cartuchos de latón. Volvió a colocarlo en la culata, pero no amartillaría el arma hasta que estuviesen en tierra.

Desde su posición, Kublicki no alcanzaba a ver a través del parabrisas pero supo que estaban a punto de aterrizar cuando su visión del cielo se oscureció por el polvo que levantaban los rotores. No había estado en una situación de combate desde la primera guerra del Golfo, pero la combinación de miedo y entusiasmo era una sensación que nunca se olvidaba.

Cuando el aparato se posó en tierra, Kublicki se quitó los cinturones de seguridad. Se levantó para mirar por encima del hombro de Hassad y vio que el campamento terrorista estaba a unos cien metros. Los hombres con pañuelos a cuadros y armados con AK-47 corrían hacia ellos. No vio ninguna señal de los soldados que los seguían en los otros helicópteros.

El miedo comenzó a imponerse al entusiasmo.

Hassad abrió la puerta y saltó al suelo. Desapareció de la vista por un momento, y luego se abrió la puerta lateral del helicóptero.

Kublicki parpadeó para protegerse del resplandor de la luz que inundó la cabina.

Los dos hombres se miraron; a Kublicki le pareció una eternidad, pero en realidad fueron solo unos segundos. Una corriente de comprensión pasó entre ellos. El veterano agente de la CIA amartilló la pistola y apuntó al libio en un fluido movimiento. Lo que le habían parecido gritos de miedo de los terroristas eran en realidad de entusiasmo, y salían de un centenar de gargantas.

Kublicki apretó el gatillo cuatro veces antes de darse cuenta de que el arma no había disparado. El cañón de un arma se apoyó en su espalda; el agente permaneció inmóvil mientras Hassad tendía una mano y le arrebatava la pistola.

—No tiene percutor —dijo. Repitió la frase en árabe, y los terroristas se echaron a reír.

En aquellos últimos segundos de vida que le quedaban, Jim Kublicki se prometió que no caería sin luchar. Sin hacer caso del fusil de asalto que le apuntaba a la espalda, se lanzó fuera del helicóptero, con las manos buscando el cuello de Hassad. Meritoriamente, llegó a unos pocos centímetros de su objetivo antes de que el terrorista que tenía detrás abriese fuego. Una ráfaga de la AK le perforó la espalda desde los riñones a los hombros. La energía cinética lo lanzó al suelo a los pies de Hassad. El libio permaneció a su lado en el silencio que siguió al ataque. En vez de saludar a un valiente rival que había caído en una emboscada, Hassad escupió sobre el cadáver, giró sobre sus talones y se alejó.

Encontró al comandante del campamento, Abdullah, fuera de la tienda. Los dos hombres se saludaron cordialmente. Hassad cortó esa charla amable que forma parte importante de la vida musulmana y fue al grano.

—Hábleme de los fugados.

Los dos hombres tenían el mismo rango en la organización terrorista de al-Jama, pero Hassad tenía una personalidad más fuerte.

—Los tenemos.

—¿A todos? Por cierto, escuché que iban a volar el puente. Funcionó, ¿verdad?

—No —admitió Abdullah—. Pasaron. Sin embargo, iban tan rápido que cuando llegaron al final del muelle cayeron al mar.

—¿Alguien lo vio?

—No, pero solo transcurrieron unos quince minutos desde que cruzaron el puente hasta que nuestro helicóptero llegó a la vieja estación de carga. No había ninguna señal de los prisioneros en el muelle y vieron el vagón a unos ciento setenta metros de la costa. Solo asomaba el techo por encima del agua, y acabó de hundirse mientras observaban.

—Excelente. —Hassad le dio una palmada en el hombro—. El imán, la paz sea con él, lamentará no haber podido presenciar la muerte de nuestro antiguo ministro de Asuntos Exteriores, pero se sentirá aliviado al saber que la fuga fracasó.

—Hay otra cosa —dijo Abdullah—. Los informes de mis hombres no son precisos, pero parece que los prisioneros tuvieron ayuda.

—¿Ayuda?

—Varios hombres, y quizá una mujer, atacaron el campamento en el mismo momento en el que los prisioneros iniciaban la fuga. Iban en un camión.

—¿Quiénes eran esas personas?

—No tengo ni idea.

—¿Qué hay del vehículo?

—Al parecer, se hundió con el vagón. Como he dicho, los relatos de los testigos corresponden a algunos de nuestros reclutas más bisoños, y es posible que llevados por el entusiasmo confundiesen uno de nuestros vehículos con otro.

Hassad se rió con una risa carente de humor.

—Estoy seguro de que algunos de estos chicos ven a agentes israelíes detrás de

cada piedra y de cada colina.

—Después del ataque de mañana, cuando nos vayamos de aquí a nuestra nueva base en Sudán, al menos la mitad de ellos se quedarán atrás. Los más capacitados vendrán con nosotros. Para el resto no valdrá la pena el esfuerzo.

—Reclutar tropas nunca ha sido un problema. Reclutar gente válida es otra cosa. Y hablando de...

—Ah, sí.

Abdullah dijo unas pocas palabras a un ayudante que estaba cerca. Un momento más tarde, el subalterno volvió con otro de sus hombres. El uniforme de camuflaje sucio de polvo y harapiento y el sudado pañuelo habían desaparecido. El hombre vestía un uniforme negro nuevo con las perneras metidas en unas botas relucientes. Llevaba el pelo bien cortado y el rostro mostraba un afeitado impecable. El cuero del cinturón relucía gracias a horas de cuidadoso pulido, y los galones en los hombros brillaban como el oro.

Mientras los reclutas entrenaban con los AK-47, que ya utilizaban los terroristas desde antes de que muchos de ellos nacieran, el arma que llevaba el hombre era flamante. No había ni un raspón en el cargador ni una raya en la pulida culata de madera.

—Sus credenciales —ordenó Hassad.

El hombre se llevó el fusil al hombro y de un bolsillo de la manga sacó un billetero de cuero. Lo abrió para mostrarlo. Hassad lo miró con mucha atención. Un simpatizante de la causa había hecho la identificación militar en el mismo despacho en el que se hacían las auténticas. Estaban infiltrados en todos los niveles del ejército libio; era así como habían conseguido los helicópteros para esta operación y el Hind utilizado para averiar el avión de Fiona Katamora.

Al otro lado de la identificación había un pase que autorizaba al portador a formar parte del pelotón de seguridad en la cumbre de paz que comenzaba al día siguiente. Se había considerado demasiado peligroso falsificarlo en el despacho, así que lo habían hecho en el campamento. Hassad tenía amigos en el ejército que estarían en la conferencia formando parte del enorme dispositivo de seguridad, así que conocía muy bien los pases. Lo que estaba mirando era una copia impecable. Devolvió el documento.

—¿Qué espera conseguir mañana? —preguntó.

—Convertirme en mártir en nombre del islam y de Suleiman al-Jama.

—¿Se cree digno de tal honor?

La respuesta tardó unos segundos.

—Me basta saber que el imán cree que soy digno.

—Bien dicho —afirmó Hassad—. Usted y sus compatriotas asestarán un golpe contra Occidente del que les llevará años recuperarse, si es que lo consiguen. El imán al-Jama ha dispuesto que ya no podrán continuar dictando cómo debemos vivir nuestras vidas. La corrupción que han sembrado con la televisión y las películas, la

música y la democracia ya no serán permitidas. Muy pronto veremos el comienzo del final de todos ellos. Por fin comprenderán que su modo de vida no es para nosotros y que será el islam el que reinará en el mundo. Este es el honor del que al-Jama le cree digno.

—No le fallaré —juró el terrorista, con voz firme y los ojos brillantes.

—Puede retirarse —dijo Hassad, y miró de nuevo a Abdullah—. Muy bien hecho, amigo mío.

—El entrenamiento militar fue relativamente sencillo —explicó el comandante—. Mantenerlos leales a la causa sin que parecieran unos fanáticos con los ojos desorbitados fue la parte difícil.

Ambos hombres sabían que innumerables ataques suicidas habían fracasado porque los autores se mostraban tan nerviosos y tan fuera de lugar que incluso los civiles se daban cuenta de que algo estaba a punto de ocurrir. Además, los cincuenta hombres que enviarían hoy a Trípoli estarían rodeados por fuerzas de seguridad auténticas y en máxima alerta para defenderse precisamente del tipo de ataque que estaban preparando. Habían reclutado a centenares de hombres de los campos de entrenamiento y escuelas de todo Oriente Próximo para encontrar a los idóneos.

Hassad consultó su reloj.

—Dentro de dieciocho horas todo habrá acabado. La secretaria de Estado estadounidense estará muerta y el salón de la conferencia, bañado en sangre. La marea de la paz será rechazada de nuevo y en su ausencia nosotros continuaremos propagando nuestro modo de vida.

—Como escribió el primer Suleiman al-Jama: «En la lucha para mantener nuestra fe libre de la corrupción, encontraremos que nuestra voluntad flaquea, nuestra decisión se apaga y nuestras fuerzas se debilitan. Entonces, en ese momento, debemos hacer el esfuerzo supremo, y el sacrificio supremo si es necesario, para mostrar a nuestros enemigos que nunca seremos derrotados».

—Yo prefiero otra frase: «Aquellos que no se someten al islam son una ofensa a Alá y solo merecen nuestras balas».

—Muy pronto las tendrán.

—¿Por qué no me presenta a la mujer estadounidense? Dispongo de un poco de tiempo antes de que la lleven a la fragata para su cita con el destino, y me gustaría verla.

La ilusión de Cabrillo de disfrutar de un largo baño tras su regreso al *Oregon* no pudo cumplirse. Solo se permitió una rápida ducha después de que todos los prisioneros estuviesen acomodados lo mejor posible en la bodega. Fodl, que había sido su segundo, le había presentado al antiguo ministro de Asuntos Exteriores. A mediodía, Juan les había señalado en qué dirección se encontraba La Meca en relación con el barco, para que pudiesen rezar por primera vez desde que habían sido encarcelados.

Se estaba vistiendo cuando Max Hanley llamó a la puerta del camarote y entró sin esperar. Lo seguían Eric Stone y Mark Murphy, que aún vestía el uniforme sucio.

Al ver a Cabrillo, protestó:

—Tío, esto es injusto.

—Privilegios del rango —respondió Juan tranquilamente y acabó de atarse las botas negras de combate—. ¿Qué tenéis para mí?

—Al parecer se tragaron el truco del vagón que se hundía —dijo Max—. Enviaron un helicóptero para investigar unos quince minutos después de que tú embarcaras. El cálculo de Mark para hundirlo fue exacto. Tuvieron que verlo unos segundos antes de que se sumergiera.

—Luego envié el avión no tripulado al campamento terrorista —interrumpió Eric—. Debido a la altura, para evitar que lo escuchasen, la resolución de la cámara no es la mejor, pero tenemos una idea bastante aproximada de lo que sucedió.

—¿Sí?

—Tenías razón —manifestó Max—. Los helicópteros militares libios aterrizaron sin oposición. Al parecer, solo había unos pocos hombres a bordo.

—A mí me suena a una operación de transporte —conjeturó Juan.

—Esa también es nuestra interpretación —asintió Eric—. Van a trasladar a más hombres de los que podían llevar en aquel viejo helicóptero que te sacó del escenario de la catástrofe.

—¿Cuál es la capacidad de los helicópteros?

—Cincuenta hombres por lo menos.

—Es una fuerza de asalto muy grande.

—El objetivo tiene que ser la conferencia de paz —dijo Mark.

Eric Stone sacudió la cabeza.

—No lo lograrán. La seguridad es impenetrable. Es imposible que un terrorista se acerque a más de un kilómetro de cualquier dignatario.

—Lo conseguirán si el gobierno libio está metido en ello —señaló Max.

—Ésa es la pregunta del millón de dólares. Si el ministro Ghami es Suleiman al-Jama, ¿Gadafi lo sabe?

—¿Cómo podría no saberlo? Él lo designó.

—De acuerdo, pongamos que lo sabe, Max. Pero eso sigue sin decirnos si sabe lo que al-Jama está planeando.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Hanley.

—Quizá ninguna, pero es algo que debemos saber.

—¿Cómo lo averiguamos?

—Llegaré a esa parte en un minuto. Mark, ¿tenemos alguna posibilidad de seguir a esos helicópteros?

—Tuvimos que lanzar otro avión no tripulado —manifestó Eric antes de que Mark pudiera responder—. El primero se quedó sin combustible y tuve que estrellarlo. Aunque no antes de grabar esto.

Entregó a Juan una película obtenida con la cámara de vídeo del avión no tripulado. Los detalles eran borrosos pero parecía como si dos hombres armados escoltasen a una tercera persona hacia uno de los helicópteros.

—¿Es la secretaria de Estado Katamora?

—Es posible. Si tomamos la estatura media del varón libio y la comparamos con la figura que va en medio, la estatura es la correcta y la constitución física encaja. Lleva la cabeza tapada, así que no podemos verle el pelo, que sería una prueba concluyente; el suyo le llega hasta la mitad de la espalda.

—¿Qué opináis?

—Es ella, pero para cuando nosotros aparezcamos, llevará tiempo desaparecida.

Juan frunció el entrecejo. Había tomado conscientemente la decisión de salvar a los prisioneros libios en vez de acabar con los terroristas. Una vida frente a un centenar inclinaba la balanza siempre hacia el mismo lado, por muy importante que fuese quien se sentara en el otro platillo. Pero dolía haber estado tan cerca y no salvarla.

—Está bien. ¿Qué pasa si abatimos a los otros helicópteros? —propuso para volver al asunto, con los ojos fijos en la foto.

—Podríamos cazarlos desde el segundo aparato y puedo garantizar el impacto con un misil, pero debemos considerar los daños consiguientes si la secretaria de estado Katamora viaja en uno de ellos.

—¿Opciones?

—Derribar los helicópteros en marcha si vuelan sobre el océano, pero, una vez más, arriesgamos su vida si está a bordo de uno de ellos.

—Yo creo que volarán sobre el desierto —dijo Eric.

Max se aclaró la garganta.

—Escuchad, ¿por qué no le pasamos lo que sabemos a Overholt y que él avise a los delegados de la posibilidad de un ataque en toda regla?

—Se lo diremos a Lang —asintió Juan—, pero no quiero que la información se difunda.

—¿Por qué demonios no quieres?

—Por dos razones. Una: si saben que se producirá un ataque, anularán la

conferencia, y la oportunidad de que estas personas se reúnan para hablar de paz habrá desaparecido. La conferencia tiene que celebrarse. En segundo lugar: no tenemos nada concreto que relacione a Ghami con al-Jama. Esta es nuestra única oportunidad de desenmascararlo a él y toda su operación.

—Estás arriesgando muchas vidas importantes.

—La mía para empezar —dijo Mark.

—Admito que es una jugada muy arriesgada, pero sé que vale la pena. Overholt estará de acuerdo. Sabe que pillar a al-Jama antes de la conferencia de paz significaría tal empuje que los delegados serían capaces de establecer un tratado claro y duradero. De un solo golpe eliminaríamos al segundo terrorista más buscado en el planeta y garantizaríamos una paz duradera.

—Chico, no estoy seguro. De acuerdo, el premio es impresionante. Pero el precio, ya sabes...

—Confía en mí.

Todavía dudoso, pero incapaz de poner en duda las palabras del director, Max preguntó:

—¿Cómo conseguiremos que esto funcione?

—Te lo diré en un minuto. —Volvió su atención hacia Murphy y Stone—. ¿Qué habéis encontrado?

—No hay mucho en la red que no caiga en el terreno de la fantasía.

—Espera —interrumpió Max—. ¿Qué les has pedido que investiguen?

—Alana dijo que podía haber algo llamado la Joya de Jerusalén, y que se encontraba en la tumba del primer Suleiman aljama. Se la mencionó St. Julien Perlmutter. Ni siquiera él estaba seguro de qué era. ¿Qué habéis encontrado?

—No nos has dado mucho tiempo, y por lo tanto nuestro informe es un tanto breve. Hay dos corrientes de pensamiento.

Bueno, tres, si incluyes a la gran mayoría de los eruditos, que creen que todo este asunto es una tontería. En cualquier caso, una corriente dice que la joya es un rubí del tamaño de una pelota de béisbol con algunas palabras grabadas. Creen que puede ser la sura 115 del Corán, el capítulo final del libro sagrado musulmán, que no aparece en ninguna otra parte porque Mahoma lo creía tan perfecto y especial que solo se podía escribir en una joya sin mácula.

—¿Alguna idea de qué dice? —preguntó Juan.

—Depende de lo alejado que estés del bando radical. Los chiflados la interpretan como una autorización para pasarse el día matando a infieles. Los moderados insisten en la idea de que promueve la paz entre el islam y la cristiandad.

—Por lo tanto, nadie lo sabe.

—Así es —admitió Mark en tono escéptico—. Si tomas cualquier objeto y le atribuyes la capacidad de ofrecer un conocimiento especial o algún poder, tendrás una leyenda que perdurará durante generaciones. Algo así como el Arca de la Alianza. Una trola increíble, pero que la gente aún sigue buscando.

—Evita los comentarios y continúa con la historia.

—Está bien. Dicen que fue Saladino quien llevó la joya a Jerusalén después del asedio a la ciudad en 1187, y que la piedra fue guardada en una caja de cedro en una cueva debajo de la Cúpula de Roca. La leyenda dice que cualquier hombre que se atreva a mirar la piedra se quedará ciego o se volverá loco, o ambas cosas. Muy conveniente, ¿no crees?

»La piedra permaneció en una cripta subterránea hasta la Sexta Cruzada en 1228. Federico II del Sacro Imperio Romano firmó un tratado con el sultán de Egipto, que entregó el control de todo Jerusalén a los cristianos excepto la Cúpula de la Roca y la cercana mezquita de al-Aqsa. Fue durante este período cuando los mercenarios alemanes al servicio de los caballeros templarios asaltaron la Cúpula y robaron la joya.

—¿Por qué querían los caballeros cristianos una reliquia islámica?

—Porque creían que era otra cosa. Te he dicho que había dos corrientes de pensamiento. Es aquí donde se cruzan sus caminos. Verás, los templarios creían que la Joya de Jerusalén no era un rubí. Creían que era un pendiente hecho mil años atrás por un hombre llamado Dídimos.

—Nunca he oído hablar de él —gruñó Max.

—Probablemente lo conoces como Tomás el Dudoso, uno de los doce apóstoles —explicó Eric.

—¿Qué pasa con el pendiente? —quiso saber Juan.

—Como sabes, en el relato bíblico, Tomás no creía en la resurrección de Cristo y exigió poner el dedo en la herida. La Biblia no dice si lo hizo o no pero los templarios estaban convencidos de que sí. Creían que la Joya de Jerusalén era un cristal donde un alquimista llamado Jho'acabe había guardado los restos de sangre que habían quedado en los dedos de Tomás. El cristal fue después enganchado en un collar que cayó en manos musulmanas cuando Saladino tomó la ciudad.

—Si eso es verdad, ¿los musulmanes no lo habrían destruido? —preguntó Hanley.

—No lo hicieron —contestó Eric—. Según todos los relatos, Saladino trató a los cristianos y las iglesias de la ciudad con todo respeto. Quizá no les devolvió el pendiente, pero dudo que llegase a destruirlo.

—Por lo tanto, ahora tenemos la joya, ya sea un rubí o un collar, en manos de los templarios. ¿Cómo es que acabó enterrada con Suleiman al-Jama?

—Porque el barco que los llevaba de regreso a Malta...

—... fue atacado por los corsarios berberiscos —acabó Juan en respuesta a su propia pregunta.

—Para ser precisos, por uno de los antepasados de al-Jama —señaló Eric—. El cofre de cedro con la joya en su interior pasó de padres a hijos hasta la muerte de al-Jama. Henry Lafayette lo dejó en la tumba, y allí ha permanecido hasta hoy.

—¡Todo esto son cuentos chinos! —exclamó Mark—. Director, si lees algunas de las páginas webs que encontramos sobre este asunto verás que no hay ni una pizca de

verdad. Es un puro mito como el monstruo del lago Ness, el Yeti o la mina del Holandés Errante.

—Había algo de verdad detrás del mito del Arca de Noé, si recuerdas nuestra pequeña aventura de unos meses atrás. —El director guardó silencio por unos momentos—. Sabemos a ciencia cierta por Lafayette que, en sus últimos años, al-Jama vio que había una esperanza de paz entre cristianos y musulmanes. Esto es algo que se sabe desde hace poco, ¿no es así? No es algo de lo que los maniáticos de las conspiraciones estén al corriente. A ver qué os parece esto. ¿Qué pasa si la primera versión de la historia es correcta, la de que la joya es un rubí con una inscripción, y que al-Jama tras leer las últimas palabras de Mahoma cambió de opinión? Le da cierto viso de autenticidad, ¿no creéis?

—Es posible, pero lo dudo. ¿Cuáles son las probabilidades de que acabase en poder de al-Jama?

—¿Por qué no? Era un famoso imán de una familia con un largo historial de corsarios. Incluso si uno de sus antepasados no tomó parte en el ataque al barco templario, es posible que le diesen la joya como un tributo.

—Caballeros, no nos apartemos de la cuestión —aconsejó Max—. A estas alturas del juego no importa qué es la joya ni tan siquiera el lugar donde esté. Nuestro objetivo es salvar a la secretaria de Estado e impedir el ataque de al-Jama.

—Max, dijiste algo de que los libios afirman que nuestro viejo camarada del puerto, Tariq Assad, es al-Jama.

—No es más que una pantalla de humo si estamos en lo cierto.

—¿Eddie ha informado de algo que te lleve a creer que Assad está relacionado con la facción de al-Jama?

—No, pero esta mañana han visto que la casa y el despacho de Assad están rodeados por agentes de paisano. Los libios parecen dispuestos a cumplir con la promesa de detenerlo.

—Y cuando se disipe el polvo, tendrán a su chivo expiatorio —señaló Eric—. Lo someterán a un juicio rápido y lo ejecutarán por el ataque.

—Los libios tienen que haberlo elegido por alguna razón. Debe de haber algo más en este tipo. Max, ponte al teléfono y dile a Eddie que pille a Assad. Tenemos que interrogarlo.

Cabrillo observó a Mark Murphy por un momento. La barba había crecido en su mandíbula y estaba encorvado en la silla como si se hubiese fundido en ella, pero aún le brillaban los ojos. En los últimos meses, después de soportar muchas burlas por parte de la tripulación, había comenzado a hacer ejercicio físico por primera vez en su vida. Había pasado por muchas cosas en las últimas cuarenta y ocho horas, pero Juan estaba seguro de que aún podía dar mucho más de sí.

—¿Estás preparado para otra operación?

—Insisto en darme una ducha antes, pero sí.

—Quiero que tú y Eric vayáis a Túnez para buscar la tumba de al-Jama. —A

Cabrillo no le gustaba perder su mejor timonel en un momento como aquel, pero Murphy y Stone trabajaban juntos de una forma tan coordinada e intuitiva que consideraba necesario enviarlos a los dos.

—Será mejor que os llevéis a un par de mastines —propuso Max—. No te olvides de los terroristas que secuestraron al cuarto miembro del equipo de Alana Shepard.

—Bumford —dijo Mark—. Emile Bumford. Linda y Linc dicen que es un cero a la izquierda.

—Solo para que sepáis a lo que os enfrentaréis —continuó Hanley—; los otros arqueólogos informaron de que por lo menos participaron una docena de terroristas en el secuestro.

—Gómez puede llevaros en el helicóptero y volver en un par de horas.

—Todavía tenemos el combustible del depósito que colocamos en el desierto la primera vez que hablamos con Bumford.

—Bien. Os quiero en el aire dentro de dos horas. Por ahora, solo deseo que encontréis la tumba. Si se os han adelantado, manteneos cerca y vigilad. No importa lo que pase, no os enfrentéis a ellos. Greg Chaffee se ofreció voluntario para interrogar a los prisioneros, pero por lo que he conseguido de ellos hasta ahora, al-Jama desea encontrar la tumba tanto como nosotros. Toda aquella operación en el desierto fue un intento por encontrarla. Estad preparados para lo que sea.

—Preparado es mi segundo nombre.

—Tu segundo nombre es Heriberto —se burló Eric.

—Es mejor que Bonifacio.

Sonó el teléfono de Cabrillo. Era el oficial de guardia desde el centro de operaciones.

—Director, el radar ha captado un aparato que vuela muy bajo paralelo a la costa, cerca de la posición del campamento de entrenamiento terrorista.

—¿Puedes rastrearlo?

—No. Solo apareció un segundo. Diría que están volando a la altura de la cresta de las olas.

—¿Tienes la velocidad o el rumbo?

—Nada. Solo un punto, y después desapareció.

—De acuerdo. Gracias. —Dejó el auricular de nuevo en la horquilla—. Los hombres de al-Jama están saliendo.

Max consultó su reloj.

—No han tardado mucho.

—Me gustaría creer que nuestra pequeña intervención ha acelerado su programa —dijo Juan—, pero dudo que sea así. —Guardó silencio un momento—. ¿Qué demonios estaban haciendo cerca de la costa?

—¿Eh?

—El helicóptero. ¿Por qué arriesgarse a acercarse tanto a la costa, donde podrían verlos? Eric está en lo cierto. No tendrían que apartarse del desierto. Max, quiero que

busques en las fuerzas navales libias. Quiero saber dónde están ahora mismo todos los barcos preparados para recibir a bordo un helicóptero.

—¿Tú qué harás? —preguntó Hanley.

—Llamaré a Langston y lo convenceré para que se atenga a mi guión. Quiero que la doctora Huxley eche una mirada a la herida que me hice para sacar el chip y que me dé otra dosis de anestésico. Tengo la sensación de que voy a necesitarla.

Eddie Seng cerró la tapa del móvil. Aunque había contenido el suspiro, desde el otro lado de la calurosa habitación de hotel, Hali Kasim preguntó:

—¿Qué pasa?

Max ya les había informado brevemente de lo que había estado pasando, así que la llamada solo había durado unos cinco segundos, pero por la expresión en el rostro de Seng las noticias no debían de ser buenas.

—El director quiere que pillemos a Tariq Assad.

—¿Cuándo? ¿Esta noche?

—Ahora.

—¿Por qué?

—No preguntes.

Debido a que la miserable habitación que habían alquilado a la banda china carecía de aire acondicionado y agua corriente, ambos hombres estaban en calzoncillos. Sus cuerpos estaban bañados en sudor, pero Hali parecía llevarse la peor parte. Tenía el pecho y los hombros cubiertos por un vello muy espeso, un legado de su origen libanés.

Eddie estaba reclinado en la cabecera de la cama cuando había sonado el móvil. Se puso de pie y comenzó a vestirse. Quitó las cucarachas antes de ponerse los pantalones. Una delgada nube de aromático vapor del restaurante que estaba debajo de la habitación se colaba por una grieta en el viejo suelo de madera.

—¿De verdad queremos hacer esto? —preguntó Hali, con el rostro bañado por gruesas gotas de sudor.

—Juan dice que Assad es la clave, así que queremos.

—¿La clave? ¿Assad es la clave? Ese tío no es más que un vulgar funcionario corrupto.

Seng miró al especialista de comunicaciones de la corporación.

—Razón de más para preguntarse por qué vigilan su casa y su despacho en el muelle. Ayer, Max dijo que el gobierno lo relaciona con el grupo de al-Jama, aunque no tiene ningún sentido. El estilo de vida de Assad llama demasiado la atención. Los verdaderos terroristas no tienen media docena de amantes ni atraen el interés de la policía aceptando sobornos.

Hali lo pensó por un momento.

—Vale, estoy de acuerdo. Pero, si no está con al-Jama, ¿por qué los libios quieren pillarlo?

—Por la misma razón que Juan. Sabe algo de todo este embrollo, aunque nadie sabe qué es.

Kasim se puso de pie y guardó una Glock 19 en la pistolera del tobillo antes de

ponerse los pantalones.

—Por eso siempre permanezco en el barco. Allí el trabajo es fácil. Llega una llamada, la cojo. Alguien quiere hablar con un tipo al otro lado del mundo, yo lo consigo. El equipo de operaciones terrestre necesita teléfonos encriptados que parezcan paquetes de cigarrillos, también los consigo. Andar por ahí a plena luz del día con la intención de secuestrar a un hombre buscado por la policía secreta libia no es precisamente mi especialidad.

Con el acento de un sabio chino, Eddie dijo:

—Aumenta tus apetitos, pequeño saltamontes, y el mundo alimentará tu alma.

Seng no era famoso por su sentido del humor. Disfrutaba con un buen chiste, pero pocas veces era quien lo contaba, por consiguiente, la risa de Hali fue demasiado larga y sonora. Con aquella broma, Eddie había intentado, a su manera, asegurar a su compañero que confiase en él.

—No te preocupes. Nuestro último informe sitúa a Assad en la casa de su amante número tres. No hay agentes por allí. Ahora mismo, ya debe de saber que lo buscan, así que cualquiera que le eche un cabo le parecerá enviado por Dios. No tenemos más que ir hasta allí, explicarle que no tiene más alternativas y traerlo aquí. Así de sencillo.

La tercera amante de Assad, la esposa de un juez que parecía una modelo de Rubens, vivía con su marido en un barrio de edificios de cuatro y cinco pisos construidos hacía más de cien años. Las ventanas y los balcones estaban cerrados con verjas de hierro forjado, y las azoteas eran un mar de antenas parabólicas. Los locales en las plantas bajas estaban ocupados en su mayoría por tiendas de alimentación y de moda que atendían a los residentes de alto nivel.

Las aceras eran anchas a diferencia de la mayoría de las calles, angostas y serpenteantes; eran como un recuerdo de cuando en el vecindario circulaban coches con caballos y no automóviles. La sinuosa disposición de las calles daba al barrio una sensación de exclusividad, un tranquilo remanso en la bulliciosa capital.

Los miembros de la banda china que habían contratado para seguir a Tariq Assad se encontraban a plena vista en una furgoneta de reparto averiada. Habían aparcado al otro lado del edificio de la amante, con el capó levantado y las piezas de recambio colocadas sobre una lona en la acera. Los peatones, algunos vestidos con túnicas, otros al estilo occidental, pasaban junto a ellos sin siquiera mirarlos.

Eddie encontró un lugar para aparcar el coche de alquiler delante de una pequeña verdulería un poco más allá de la furgoneta. El olor de las naranjas en los canastos a ambos lados de la puerta llenaba el aire.

Buscó en la guantera al tiempo que miraba hacia la calle, atento a cualquier cosa que se apartase de lo ordinario. No había nada fuera de lugar y el instinto, que tan bien le había servido a lo largo de los años, le dijo que la zona estaba despejada. Los dos viejos que jugaban al *backgammon* en la terraza de un café eran lo que parecían ser. El chico que quitaba el polvo a una mesa en el escaparate de una tienda de

muebles mantenía la mirada en el trabajo y no en el tráfico que pasaba. No había nadie sentado en su coche bajo el implacable sol de la tarde. Aparte del vehículo de los chinos no había ninguna otra furgoneta donde un equipo de observación tuviese instalada su base.

Al final de la manzana había una obra en construcción, con una grúa que levantaba materiales hasta el piso diez de la estructura de cemento y acero de lo que muy pronto sería un bloque de apartamentos de lujo. Una vez más, Eddie no vio nada sospechoso en el desfile de los camiones hormigoneras y de transporte que cruzaban las puertas.

—¿Preparado? —preguntó a Hali.

Kasim hinchó las mejillas como si fuese un trompetista.

—¿Cómo conseguís tú, Juan y todos los demás manteneros tan tranquilos?

—Juan es de los que piensan en todos los escenarios posibles y se asegura de tener un plan de contingencia para lo que pueda suceder. En cuanto a mí, no pienso en absoluto en lo que haremos. Solo despejo mi mente y reacciono sobre la marcha. No te preocupes, Hali, todo irá bien.

—Entonces, vamos allá.

Abrieron las puertas. Eddie se ajustó el sombrero y las gafas oscuras, el único disfraz que llevaba para ocultar sus facciones asiáticas. Ambos vestían pantalones anchos de color canela y camisa con el cuello desabrochado, la vestimenta que te convertía en un ser anónimo en casi todo Oriente Próximo.

En el momento de pasar junto a la furgoneta, Eddie dio un teléfono móvil desechable a uno de los chinos y le susurró:

—Ampliad el perímetro, y vigilad el Fiat rojo que hemos aparcado. El uno del mercado rápido llama a mi móvil.

El joven chino no dio ninguna señal de haberlo escuchado aparte de cerrar el capó de la furgoneta. Eddie y Hali continuaron caminando con toda normalidad.

La puerta principal del edificio no estaba cerrada, pero había un portero vestido con un uniforme oscuro sentado en un sofá en el vestíbulo, leyendo un periódico. La pareja pasó por delante como si uno de ellos acabase de contar un chiste. Se reían y no hicieron caso cuando el portero dejó a un lado el periódico y preguntó algo en árabe que ninguno de los dos comprendió.

Hali no vio el movimiento. Ni siquiera creía que estuviesen tan cerca.

Eddie había atacado como un espadachín, con los dedos de la mano derecha extendidos y rígidos. Golpeó en el hueco de la garganta del portero, justo por debajo de la nuez. Podría haberlo matado, pero el golpe era controlado. El libio comenzó a ahogarse, y Eddie descargó otro golpe, esta vez con el borde de la mano en el costado del cuello. El portero puso los ojos en blanco y se desplomó sobre el sofá.

Seng miró a través de la puerta de cristal para ver si alguien se fijaba en ellos; luego, con la ayuda de Hali arrastró al portero inconsciente hasta una habitación trasera donde los buzones de correo ocupaban una de las paredes.

—¿Durante cuánto tiempo permanecerá inconsciente?

—Más o menos una hora. —Eddie buscó una identificación en los bolsillos del hombre. El portero se llamaba Ali—. Vamos, sigamos. Assad está en el cuarto piso, en la esquina derecha que da al frente.

Desenfundaron las pistolas mientras subían la escalera. No les preocupaba encontrarse con algún vecino. Las personas que vivían en edificios como ese siempre utilizaban el ascensor.

Eddie abrió con mucha cautela la puerta del rellano del cuarto piso. El pasillo estaba alfombrado e iluminado con luces indirectas. Las puertas de los seis apartamentos se veían sólidas, hechas de madera tallada; otro recuerdo del trabajo artesano de antaño. Agradeció que no tuviesen mirillas.

Se acercó a la puerta del apartamento de la amante y llamó con discreción. Un momento más tarde, se escuchó la voz ahogada de una mujer. Supuso que le estaba preguntando quién era, así que respondió:

—Ali, *sayyidah*.

Ella habló de nuevo, sin duda para saber qué quería. Eddie respondió lo primero que le pasó por la cabeza y rezó para que la pronunciación fuese aproximada.

—*Al-Zajal, sayyidah*. —Era el nombre en árabe de *Federal Express*. Había visto los camiones de la empresa por toda la ciudad.

Eddie formó las palabras: «Quédate aquí» para Hali, mientras en el interior del apartamento se escuchaban los ruidos de una cadena y un par de cerrojos al descorrerse. Cargó con el hombro contra la puerta; aunque encontró más resistencia de la esperada, consiguió apartar a la mujer. Se agachó al tiempo que una bala disparada por una pistola con silenciador silbaba en el aire unos centímetros por encima de su hombro.

La mujer gritó. Seng rodó sobre sí mismo y se agazapó de rodillas detrás de un sofá.

—Tariq, no dispare. —Mantuvo la voz serena hasta donde se lo permitió la descarga de adrenalina—. Por favor. Estamos aquí para ayudarlo.

El grito de la mujer se transformó en un parloteo, mientras el tictac del reloj de péndulo junto a una de las paredes marcaba el paso de los segundos.

—¿Quién eres? —preguntó Tariq Assad.

—Un par de noches atrás, usted se encargó de los trámites necesarios para que desembarcásemos un camión en el puerto.

—¿Los canadienses?

—Sí.

—¿A través de quién os pusisteis en contacto conmigo?

—A través de L'Enfant.

—Puedes levantarte —dijo Assad.

Eddie se levantó poco a poco y se aseguró de que Assad viese que mantenía el dedo apartado del gatillo.

—Estamos aquí para ayudarlo a salir.

Hali entró en la habitación con mucha cautela. Assad lo miró por un momento y después volvió su atención hacia Eddie. Seng se había quitado el sombrero y las gafas para que el práctico pudiese verle el rostro.

—Te recuerdo de aquella noche. Hacías de timonel. Desde entonces he creído que me estaba volviendo loco. Tenía la sensación de que me vigilaban, y cada vez que me volvía veía a unos jóvenes chinos que actuaban de manera extraña. Supongo que tú eres la explicación.

—Contraté a algunos muchachos locales para que lo vigilaran —explicó Eddie, y guardó la pistola en la cintura.

Assad se acercó a la mujer llorosa y la ayudó a levantarse sobre sus gruesas piernas. Ella se limpió la nariz con el dorso de la mano y dejó una huella húmeda en su fino bigote. Eddie calculó que pesaba más de cien kilos, y como medía poco más de un metro cincuenta parecía una pelota de baloncesto con un albornoz naranja.

Tariq Assad no era un Adonis, con el pelo canoso y cejijunto, pero tenía una personalidad agradable, por lo que Eddie creía que podría haber conseguido algo mejor que esa mujer un tanto bovina. Si no era por amor o lujuria, se dijo que debía de ser por la información. Después de todo, era la esposa de un juez.

Mientras el libio murmuraba palabras de consuelo a aquella oreja que parecía una coliflor, Eddie echó una ojeada al apartamento. La casa del juez estaba bien amueblada, con un sofá de cuero nuevo, sillas y una mesa de centro de mármol con un montón de revistas apiladas encima. Había una impresionante alfombra persa en el suelo de *parquet* y unos estantes llenos de libros encuadernados en cuero. Las paredes estaban adornadas con tapices enmarcados en bordados con diseños geométricos. Serían labores hechas por la mujer. La brisa movía las cortinas de gasa de las ventanas del balcón y el apartamento estaba lo bastante alto para que el sonido del tráfico solo fuese un ligero rumor.

Assad dio una palmada en las nalgas a su amante para enviarla de regreso al dormitorio.

—Es una buena chica —comentó antes de que se alejase mucho—. No es demasiado brillante y, de acuerdo, tampoco muy bonita, pero es una tigresa donde cuenta.

Eddie y Hali se estremecieron.

—¿Puedo ofreceros una copa, muchachos? —preguntó Assad cuando se cerró la puerta del dormitorio—. Al juez le gusta la ginebra, pero he traído *whisky* escocés. Oh, y siento haberte disparado. Fue un acto reflejo. Creí que era él.

—Puede dejar de actuar, señor Assad.

Nadie habló durante unos segundos. Eddie podía leer perfectamente en el rostro de Assad. Había estado en la intemperie, como decían los espías, durante mucho tiempo, y se estaba preguntando si aquellos dos desconocidos le proporcionarían una manera de escapar.

Sus hombros se hundieron un poco.

—Está bien. Basta de actuar. —Aunque aún hablaba inglés con acento, había un cambio sutil—. Estoy metido en un lío y no importa lo que pase ahora; ya no tiene importancia. ¿Quiénes sois? Cuando os vi en el barco pensé que erais de la CIA.

—Casi —respondió Eddie—. Él es Hali Kasim. Yo me llamo Eddie Seng.

—¿Estáis en Libia para averiguar qué ha pasado con la secretaria de Estado?

—Sí. Pero la misión también se ha convertido en la caza de Suleiman al-Jama.

—Tal como suponía. Su organización es como un pulpo con tentáculos en todo el gobierno libio. Trabajan en la sombra y se infiltran poco a poco en todos los altos cargos.

—¿Quién es y qué hace aquí?

—Mi nombre es Lev Goldman.

Su respuesta golpeó a Eddie como un puñetazo en el estómago.

—Dios mío, el Mosad. Según la información de que disponemos lleva usted aquí cinco años.

—No. Es mi tapadera la que se remonta tan atrás. Llegué a Trípoli hace dieciocho meses. Tel Aviv sospechaba que al-Jama iba a apoderarse de un país norteafricano a través de subterfugios. Enviaron agentes a Marruecos, Argelia, Túnez y aquí para mantener un ojo en el gobierno. Cuando quedó claro que Libia era el objetivo, retiraron a los otros agentes y yo me quedé.

—¿Por qué las mujeres?

Goldman bajó la voz todavía más.

—Las esposas solitarias de hombres poderosos. El truco más viejo del mundo.

—¿Qué me dice de su trabajo en el puerto?

—Nada entra y sale sin que yo lo sepa. Armas, suministros, todo lo que al-Jama trae aquí. Incluido el helicóptero Hind modificado que compraron a los paquistaníes. Lo utilizaron en las montañas de Cachemira, y alcanza unas alturas imposibles para cualquier helicóptero normal. No tenía ni idea de para qué lo querían hasta que se estrelló el avión de Fiona Katamora.

—Los miembros de nuestro equipo lo destrozaron —dijo Eddie—. También rescataron a unas cien personas que trabajaban para el Ministerio de Asuntos Exteriores libio.

—Hubo rumores de una purga cuando Ali Ghami fue nombrado ministro, pese a los informes de prensa que decían que todos se habían retirado o habían sido transferidos a otros despachos del gobierno. Este es todavía un estado policial, y todos saben que no deben poner en duda las palabras oficiales.

—Escuche, hablaremos de esto más tarde. Tenemos que sacarlo de aquí. La policía secreta tiene vigilada su casa y el despacho.

—¿Por qué crees que me ocultaba aquí?

—¿Cuál es su plan de fuga?

—Tengo un par, pero pensé que recibiría algún tipo de aviso de algunos de mis

contactos. Ahora mismo estoy moviéndome a ciegas. Había planeado asaltar al juez cuando llegase a su casa del trabajo y robarle el coche. Tengo un aparato electrónico que transmite mi ubicación a un satélite israelí. Mis órdenes son ir al desierto, tan lejos como pueda, y esperar a que venga a recogerme un helicóptero del ejército camuflado con las insignias de una agencia no gubernamental que trabaja con los refugiados de Darfur en el Chad.

—Podemos sacarle de aquí más rápido y de forma más segura, pero tenemos que marcharnos ahora.

Apenas Eddie había acabado de decir estas palabras cuando sonó el móvil. Lo atendió sin hablar, escuchó durante unos segundos y cortó la comunicación.

—Demasiado tarde. Nuestra gente informa de que una furgoneta de la policía viene hacia aquí. También han oído que se acerca un helicóptero. Establecerán un amplio perímetro antes de presentarse.

—Conozco una salida secreta de este edificio, pero no nos llevará lo bastante lejos. La tenía por si el juez alguna vez llegaba a casa más temprano.

Eddie tomó una decisión instantánea.

—Vamos a separarnos. Hali, quédate con Lev. Llévalo a una embajada, pero no a la nuestra. Prueba en la de Suiza, o la de algún otro país no aliado. Allí estaréis seguros hasta que todo esto acabe.

—¿Qué pasa contigo?

—Yo los distraeré. Lev, ¿dónde está el baño principal?

—Tienes que pasar por allí. —Señaló la puerta cerrada del dormitorio.

Los tres entraron en la habitación. Lev y la esposa del juez hablaron unos momentos. Intentaba consolarla mientras ella lo acusaba de Dios sabe qué. Eddie no les hizo caso y encendió la luz del baño. Buscó entre varios cajones hasta que encontró lo que necesitaba.

Primero, se mojó el pelo para conseguir tener los rizos de Goldman y luego se echó polvos de talco para simular las canas. Rellenó el espacio entre sus cejas con un lápiz de maquillaje y utilizó un trozo de papel higiénico y el contenido de un frasco de rímel para dar a su rostro la sombra de barba de Goldman.

Lev vio lo que Eddie hacía y ya tenía preparada su camisa de práctico lista para el cambio. Eddie le pasó la suya y se puso la de Goldman.

El agente israelí los guió fuera del baño y fue al armario de la mujer. Apartó una parte de las prendas colgadas sin hacer caso de las preguntas que esta le hacía en tono plañidero. Apartó el zapatero un tanto maloliente para dejar a la vista un trozo de madera apoyado en la pared. Cuando lo apartó, apareció un hueco de unos sesenta centímetros de ancho que se perdía en las profundidades del edificio. En el lado opuesto, se veían los listones de madera del apartamento contiguo. Trozos de argamasa rellenaban los huecos entre los listones. En lo alto, la luz entraba a través de un par de claraboyas polvorientas.

—Esto quedó así cuando transformaron las oficinas en apartamentos —explicó

Lev—. Lo encontré en los viejos planos. Abajo, abrí otro agujero que lleva al garaje.

—De acuerdo, vosotros dos abajo. Hali, ve a buscar nuestro coche y recoge a Lev en el garaje. El cordón aún no debe de estar muy apretado, y con un poco de suerte la policía se centrará en mí.

—Si es la policía —dijo Goldman—. No olvides que al-Jama tiene un gobierno en las sombras dentro del de Gadafi.

—¿Tiene eso alguna importancia? —preguntó Hali, y pasó una pierna por el agujero.

Apoyó un pie en cada pared y comenzó a bajar poco a poco. Sus movimientos desprendieron una espesa nube de polvo blanco, y su peso hizo que los viejos listones se curvasen. Los trozos de argamasa que se soltaban desaparecían en la oscuridad.

Goldman tuvo que desprenderse a la fuerza de su desesperada amante. El maquillaje de ojos caía en oscuros churretes por sus gordas mejillas y sus voluminosos pechos se sacudían con cada sollozo.

—Mujeres —comentó cuando por fin pudo librarse e ir con Hali.

Eddie lo siguió, pero se movió un poco hacia un lado, de forma que el revoque que desprendiese no golpease a los hombres más abajo, y comenzó a subir. No era más que un piso, así que solo tardó unos minutos en colocarse debajo de una de las claraboyas. El calor en el pozo era asfixiante, un peso que lo tiraba hacia abajo como si fuese la fuerza de la gravedad.

Escuchó los rotores del helicóptero de la policía y juzgó que disponía de unos segundos más. La masilla que sujetaba el vidrio al marco de metal estaba reseca y se desprendió con solo una ligera presión.

Una sombra pasó por encima de la claraboya. El helicóptero.

Eddie tragó saliva y quitó uno de los grandes paneles de vidrio. El sonido del helicóptero se amplificó y aunque estaba expuesto al sol del mediodía tuvo la sensación de que estaba en un recinto con aire acondicionado.

Rodó sobre la azotea alquitranada y se puso de pie. El helicóptero estaba a un par manzanas de distancia, suspendido a un centenar de metros por encima de los tejados. Eddie tuvo que esperar casi un minuto a que lo viesen. El gran aparato viró en el aire y se le acercó. Se abrió la puerta lateral y apareció un francotirador con un fusil apoyado en el hombro.

Eddie corrió hacia el murete que separaba el edificio del siguiente; sus pies se hundían un poco en el alquitrán caliente. La pared tenía una altura de metro cincuenta y en la parte superior había trozos de cristal para impedir que la gente hiciese precisamente lo que Seng intentaba. Pero a diferencia del alambre de espino, que nunca pierde el filo, el vidrio se había gastado con el roce del viento a lo largo de décadas y era casi romo. Los trozos se rompieron cuando saltó el murete. Aterrizó al otro lado.

La azotea era idéntica a la primera: una amplia superficie donde estaba la caseta del ascensor y una docena de antenas parabólicas y viejas antenas desconectadas.

El helicóptero voló muy bajo sobre la terraza. Eddie se aseguró de que el francotirador viese su rostro y esperó que se pareciera bastante al de Tariq Assad. Tuvo la respuesta un segundo más tarde, cuando una descarga de tres disparos golpeó el suelo junto a sus pies.

Ahora que la policía creía que el sospechoso estaba en el tejado, Hali y Goldman podían escapar sin ser vistos.

Eddie corrió hacia la parte de atrás del edificio, en un trayecto zigzagueante para dificultar los disparos del francotirador; se disponía a saltar cuando advirtió que a diferencia del edificio de la amante, este no tenía una escalera de incendios. No había más que una simple escalerilla de metal atornillada en la medianera, una trampa mortal si comenzaba a bajarla con el francotirador tan cerca.

Miró por donde había venido. Iría en línea recta hacia el helicóptero si volvía atrás, así que corrió hacia el edificio siguiente y saltó la pared. Se hizo un tajo en la palma de la mano; no todos los cristales se habían desgastado.

Las balas seguían impactando en la terraza y los trozos de alquitrán caliente le salpicaban la mejilla. Sacó la pistola y respondió a los disparos. Los proyectiles pasaron lo bastante cerca del piloto para que este apartase el aparato por un momento.

A toda velocidad corrió al edificio siguiente, se lanzó por encima de la pared y se encontró con el vacío. El edificio era un piso más bajo que los anteriores y más allá estaba el espacio abierto de la obra en construcción. Consiguió sujetarse al murete con las puntas de los dedos en el último momento. Miró a un lado y a otro para ver si había una escalera de incendios, pero no vio ninguna, ni siquiera la caseta del ascensor.

Tomó la decisión de volver a subir la pared y buscar otra ruta, pero entonces el francotirador apuntó a sus manos. Las balas destrozaron el mortero y el ladrillo y Eddie tuvo que soltarse. Rodó sobre sí mismo para absorber el impacto cuando cayó en la azotea, pero sobrevivir a una caída de tres metros no significaba que no siguiese atrapado.

Cuando Hali Kasim llegó al fondo del pozo de ventilación, estaba cubierto de polvo, y sentía un dolor insoportable en los hombros y las rodillas. Se prometió a sí mismo que cuando regresara al *Oregon*, pasaría más tiempo en el gimnasio del barco. Había visto la facilidad con la que Eddie había trepado, y el exagente de la CIA era casi diez años mayor que él.

El suelo estaba cubierto con fragmentos de mampostería y capas secas de deyecciones de paloma. Lev Goldman bajó el último par de metros. El sudor había dejado surcos de suciedad en su rostro, y el polvo que cubría su barba lo envejecía por lo menos veinte años.

—¿Está bien? —preguntó Hali, entre jadeos, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Quizá tendría que haber pensado en una ruta de escape más fácil —admitió el israelí, que hacía lo posible por no toser en el aire cargado de polvo—. Vamos. Por aquí.

Llevó a Kasim hacia la parte trasera del edificio, donde había cortado los listones muy cerca del suelo. Juntos la emprendieron a puntapiés con un tabique de un metro cuadrado. Al principio, los golpes solo agrietaron el revoque, pero luego se desprendieron unos trozos. Goldman utilizó las manos para arrancar unos pedazos de un par de centímetros de grosor hasta que el agujero fue lo bastante grande para cruzarlo.

Salieron a un garaje subterráneo. El recinto estaba en su mayor parte vacío, con solo unos pocos coches, que por lo general conducían las esposas que se quedaban en casa. De haber visto algún modelo antiguo, Hali habría considerado la posibilidad de hacer el puente, pero todos eran nuevos y estarían equipados con alarmas.

—Encuéntrese conmigo en la salida y permanezca fuera de la vista —dijo—. Nuestro coche está a la vuelta de la esquina.

Hali se quitó el polvo lo mejor que pudo mientras trotaba por la rampa y salía al sol. La calle era un caos. Los disparos efectuados desde el helicóptero habían obligado a los transeúntes a buscar refugio. Las naranjas de la frutería estaban dispersas por la acera porque alguien se había llevado por delante los canastos. Las sillas donde los viejos habían estado jugando al *backgammon* estaban tumbadas. En ese momento comenzaban a llegar las furgonetas de la policía.

A Hali no le costó fingir que era otro peatón asustado. Llegó al coche de alquiler y abrió la puerta. Las sirenas resonaban por doquier y ahogaban incluso el fuerte batir de las palas del helicóptero.

El motor del Fiat arrancó a la primera. A Hali le sudaban tanto las manos que se

le escapaba el volante, de modo que golpeó el parachoques trasero del coche aparcado delante y la alarma se sumó al estrépito de las sirenas.

Un agente, vestido con un uniforme negro, salió de una furgoneta. Tendrían rodeada la manzana en cuestión de segundos. No obstante, ninguno parecía estar interesado en otra cosa que no fuese la puerta principal del edificio. La distracción de Eddie funcionaba. Creían que lo tenían arrinconado y no seguían el procedimiento adecuado.

Hali rodeó la esquina y aminoró la velocidad, pero no se detuvo para recoger a Lev Goldman, ya que este se arrojó al interior del vehículo; desaparecieron en el tráfico en la siguiente calle lateral.

Cada manzana que dejaban atrás aumentaba la zona que la policía debería cubrir para encontrarlos. Después de pasar ocho semáforos, Goldman se consideró lo bastante seguro para asomar la cabeza por encima del salpicadero.

—Entra en aquella estación de servicio —dijo.

—¿No se puede aguantar?

—No es por eso. Tenemos que cambiar de asiento. Es obvio que no conoces las calles ni conduce como un local. Aquí nadie obedece las leyes de tráfico.

Hali entró en la estación de servicio y detuvo el coche. Lev esperó a que Kasim bajase para colocarse frente al volante. Pero como no lo hacía, se vio forzado a bajar y Kasim se pasó al asiento del pasajero.

Goldman se rió sin humor cuando puso la marcha.

—En una situación como esta, el Mosad dice que el conductor debe salir del vehículo.

Kasim lo miró con expresión escéptica.

—¿De verdad? Hacerlo a su manera significa que no hay nadie en el volante durante unos segundos. Tendría que hablar con sus instructores.

—No importa. —Lev sonrió, esta vez con aire risueño—. Lo hemos conseguido. —Mientras daban vueltas al azar por el barrio de su amante, preguntó—: Perdona, ¿cómo has dicho que te llamabas?

—Kasim. Hali Kasim.

—Es un nombre árabe. ¿De dónde eres?

—De Washington.

—No. Me refiero a tu familia. ¿De dónde son?

Tomaron lo que Hali supuso que era un atajo por un callejón entre dos grandes edificios.

—Mi abuelo emigró del Líbano cuando era un niño.

—¿Eres musulmán o cristiano?

—¿Eso qué importancia tiene?

—Si eres cristiano, no me sentiría tan mal por hacer esto.

El disparo sonó como un fuerte escupitajo dentro del pequeño interior del Fiat. Unas finas gotas de sangre salpicaron la ventanilla del pasajero cuando la bala salió

de entre las costillas de Hali. Goldman disparó de nuevo la pistola con silenciador en el mismo instante en el que el coche pasaba por un bache. Le falló la puntería, y el proyectil convirtió el cristal de la ventanilla lateral en una lluvia de minúsculos fragmentos.

Hali se había quedado tan atónito tras el primer instante del ataque que no hizo nada por detener el segundo disparo. Tenía la sensación de que le habían atravesado el pecho con un hierro al rojo, y notaba una humedad caliente que le caía por debajo de la cintura.

Sujetó el arma cuando se levantó debido al retroceso. Goldman tuvo que soltar el volante para lanzarle un torpe puñetazo que de todos modos le golpeó en el orificio de entrada de la bala. Hali soltó un alarido debido al terrible dolor y apartó la mano del cañón caliente de la pistola.

En vez de luchar en una batalla que tenía perdida, utilizó el codo para mover la palanca de la puerta y se dejó caer del coche. Circulaban a unos cuarenta kilómetros por hora. Cayó de culo, así que no rodó sino que se deslizó sobre el pavimento, que le abrasó la piel.

Las luces de freno del Fiat se encendieron en el acto, pero cuando el coche se detuvo, Hali ya había sacado su pistola de la funda en el tobillo. Disparó en cuanto vio que asomaba por el coche la cabeza de Goldman. Hali falló, así que disparó de nuevo, pero esta vez apuntando al interior del coche. Los cristales se rompieron con un sonido de campanillas. El retroceso de la pistola hacía que sintiera como si le diesen cada vez una coz, pero continuó apretando el gatillo. Tres proyectiles alcanzaron al coche, otros se aplastaron en la fachada del edificio que estaba al otro lado. El hombre que Hali tomaba por un agente israelí decidió que matarlo no valía el esfuerzo.

—Si te hubieras apeado en la estación de servicio, me habría marchado sin más —gritó Goldman. Se cerró la puerta del Fiat y el coche se alejó con un rechinar de neumáticos.

Hali cayó de espaldas; su pecho subía y bajaba como una bomba mientras la sangre manaba por los orificios de entrada y salida. Se levantó la camisa para ver las heridas. Había unas pequeñas burbujas en el orificio del lado derecho. No necesitaba a la doctora Huxley para saber que había recibido un disparo en el pulmón, y que si no lo llevaban pronto a un hospital era hombre muerto.

El callejón donde se había producido el ataque era largo, así que no alcanzaba a ver el tráfico que pasaba por delante de ninguna de las dos entradas. Ha sido el engaño perfecto, pensó por un instante. Apretó los dientes para aguantar el dolor cuando se levantó. Fuera quien fuese Goldman, los había engañado como un maestro.

Hali no había dado más que un par de pasos cuando se desplomó contra la pared del edificio; cayó al suelo entre botellas rotas, matojos y basura.

El último pensamiento antes de hundirse en la oscuridad fue de alivio al saber que Eddie se salvaría. Nada podía detener al nervudo exagente.

Eddie Seng solo deseaba que Hali y Goldman estuviesen a salvo, porque estaba metido en un grave apuro. El helicóptero de la policía apareció por encima de su cabeza; lo alcanzó con dos disparos en la parte inferior del fuselaje antes de que quedase fuera del alcance de la pistola. El francotirador no tenía los mismos problemas, así que continuó disparando. Las balas impactaron en la pared detrás de Eddie y lo obligaron a correr de nuevo. El tirador ajustó la distancia un poco por delante de Eddie; la bala se enterró en el techo a menos de dos centímetros del dedo gordo del pie derecho.

Eddie se sentía tan expuesto como un actor en un escenario vacío. Sin ninguna protección, era solo cuestión de tiempo que las balas encontrasen su objetivo. Delante de él, la azotea acababa en una cornisa ornamental, y más allá se alzaba el esqueleto del nuevo edificio en construcción. Desde donde estaba, incluso un saltador olímpico no alcanzaría el edificio por trece metros. La pluma de la grúa que Hali y él habían visto estaba más cerca, pero no tenía manera de sujetarse a ella si conseguía llegar.

Se movía a través del cielo; Eddie vio que el cable subía, pero no tenía ni idea de cuál era la carga que transportaba a uno de los últimos pisos.

Aunque en ese momento, no tenía importancia.

Tomó impulso, corrió hacia el horizonte, sin desviarse en ningún momento. En lo alto, el francotirador afinó la puntería para descargar una lluvia de fuego que pisaba los talones de Eddie. Justo antes de llegar a la cornisa, vio que la grúa estaba levantando un palé de paneles de piedra artificial. Cambió el ritmo de la carrera, apoyó un pie en la cornisa y se lanzó al espacio a través de una nube de revoque creada por las balas.

Se precipitó en una caída de doce metros que tiraba de su cuerpo, con el estómago en un puño por la rápida aceleración hacia el suelo. El palé se encontraba cuatro metros por debajo de él y estaba subiendo cuando Eddie saltó, así que cuando chocó contra la carga, el impacto hizo que se torciera el tobillo y casi cayó por el otro lado.

Antes de que pudiese sujetarse a uno de los cables, su peso desequilibró la carga. Se inclinó y tuvo que moverse apoyándose en la pierna herida. Las planchas de piedra artificial comenzaron a deslizarse las unas sobre las otras a medida que aumentaba la inclinación. Saltó para alcanzar el cable justo cuando las dos toneladas de la carga se desprendieron. Las planchas se separaron a medida que caían, desparramándose como si un gigante hubiese lanzado una baraja al aire.

Los dedos de Eddie sujetaron el cable, pero su cuerpo se sacudía como un pelele porque el cable bajaba y subía para acomodarse a la pérdida de la carga. Consiguió sujetarse mejor y pasar una pierna alrededor del cable.

Afortunadamente, el operario de la grúa reaccionó rápidamente. Había estado vigilando la carga desde la cabina, así que al ver la figura que saltaba desde el edificio vecino entendió por qué habían caído las pesadas planchas. No se molestó en bajar poco a poco al hombre colgado hasta el suelo sino que detuvo la recogida del

cable y continuó girando la pluma hacia el edificio sin terminar.

El pesado gancho en el extremo del cable tenía el peso suficiente para mover como un péndulo a Eddie a través del lado abierto del edificio, así que se soltó y cayó sobre el suelo de cemento. Los trabajadores que habían visto sus peripecias estaban varios pisos por encima. Les llevaría unos minutos bajar la escalera de mano apoyada en el interior del pozo donde iría la escalera definitiva.

Con la precaución de no pisar con el tobillo torcido, fue a la pata coja hasta el borde del edificio, donde había un tubo de descarga de escombros. Se asomó. El tubo tenía un diámetro de poco más de un metro y terminaba encima de un gran contenedor verde colocado en la caja de un camión. Se metió en el tubo, encajó el pie sano contra la pared y apoyó las manos detrás. Hizo un descenso medido y controlado. Su única preocupación era que alguien de más arriba lanzase algo al contenedor.

Aterrizó con suavidad sobre los trozos de ladrillos y desechos de la construcción. Segundos más tarde, había salido del contenedor y cruzaba la obra. Todos seguían creyendo que estaba en el tercer piso, así que nadie le prestó la menor atención. Lo más importante era que el francotirador observaba la estructura y no la figura solitaria que cruzaba el patio.

Aparcada cerca del camión de bombeo que subía el cemento hasta el encofrado de los pisos superiores, había una hormigonera, con el tobogán extendido para descargar el cemento en la tolva de la bomba. Eddie saltó al parachoques delantero, se subió al escalón del conductor y se cogió del gran espejo retrovisor lateral antes de que el conductor se diese cuenta de su presencia. Eddie se lanzó a través de la ventanilla abierta, le golpeó en la barbilla con el pie bueno y ocupó el asiento mientras el hombre caía de lado.

Todo el camión se sacudía con el poder del enorme tambor de la hormigonera que giraba detrás de la cabina. Eddie apartó de un puntapié al conductor para lanzarlo al pozo de la escalerilla del pasajero, puso la primera y pisó el acelerador. No escuchaba los gritos de los sorprendidos trabajadores pero veía por los espejos retrovisores laterales cómo corrían detrás del vehículo.

Condujo el camión a través de la obra por el camino de tierra. En su estela, el cemento continuaba cayendo por la rampa de descarga como si la hormigonera fuese un enorme monstruo mecánico con diarrea. El helicóptero ya debía de haber avisado a sus hombres en tierra de que el fugitivo había saltado a la obra en construcción, porque media docena de policías corrían hacia la verja cuando Eddie pasó a toda velocidad; desparramó a los agentes como si fuesen bolos.

Cuando giró el volante, la rampa de descarga pivotó hacia fuera como un bate a plena potencia: tumbó a otros dos hombres y destrozó el parabrisas de un coche aparcado. Un vehículo de la policía inició la persecución, con la sirena en marcha. Cuando llegó a un lado, Eddie frenó a fondo y giró el volante. La hormigonera se montó sobre el capó del perseguidor. El enorme peso del camión y su carga de

cemento reventaron los neumáticos delanteros y partieron el radiador. Las ruedas traseras derraparon y golpearon al coche de tal forma que quedó atravesado en los dos angostos carriles de la calle.

El movimiento hizo que la rampa se moviese hacia el otro lado y destrozase los cristales del otro vehículo. Rebotaba de lado a lado como una cola de metal, y en su alocado batir aplastaba los automóviles aparcados al tiempo que mantenía a la policía atrás.

Eddie vio que se detenían para disparar, pero las balas rebotaban en el gigantesco tambor giratorio, y él aumentaba la distancia con cada segundo. El problema no eran los policías, era el helicóptero que lo sobrevolaba. No podía escapar si ellos observaban cada uno de sus movimientos y transmitían su posición.

La calle se volvió recta y ancha en cuanto salió del barrio. En la distancia vio otros tres coches de la policía, con las luces de emergencia parpadeando rítmicamente, que se acercaban a más de cien kilómetros por hora. Los acompañaba un vehículo acorazado. Eddie no dudó que llevaba una ametralladora pesada.

Puso una marcha corta y pisó el acelerador a fondo para aumentar la velocidad lo máximo posible. Cuando la separación entre él y los perseguidores fue de treinta metros, pisó el freno y dio un volantazo. El parachoques delantero se enganchó en la esquina trasera de un gran camión de reparto, lo que bastó para desequilibrar a la hormigonera. Se levantó sobre las ruedas exteriores mientras derrapaba hasta que acabó volcando.

Eddie se sujetó al volante para no caer sobre la puerta del pasajero, y se cubrió el rostro con el codo para protegerlo de la lluvia de fragmentos del cristal del parabrisas destrozado. El conductor encajado en el hueco de la escalerilla estaba lo bastante protegido para no sufrir daños mientras los cristales caían sobre su cuerpo.

La colisión contra el suelo fue tan fuerte que rompió los enganches que sujetaban el tambor en su lugar y soltó los eslabones de la cadena que lo hacía girar. La inercia hizo el resto.

Once toneladas de cemento y acero comenzaron a rodar por la calle, con un ligero balanceo mientras el cemento chapoteaba dentro de la enorme cuba. Dos de los coches de la policía se apartaron en el acto de su camino. Uno se subió a la acera y se estrelló contra una farola, y el otro acabó con el capó hundido en una pared. El vehículo blindado y el otro coche estaban más cerca y no tuvieron ninguna posibilidad. La cuba pasó por encima de la parte delantera del vehículo acorazado y le arrancó la pequeña torreta. El artillero habría acabado cortado en dos de no haberse agachado en el último segundo.

La cuba volvió a caer sobre la calle, destrozando el asfalto antes de golpear contra el cuarto coche con tal fuerza que aplastó el asiento trasero. Acabó su alocada carrera contra el costado de un edificio; el cemento, espeso como pasta dentífrica, se derramó por la boca abierta.

Eddie cogió una camisa de trabajo colgada en un gancho en la parte trasera de la

cabina y salió por el hueco del parabrisas. Quedaba oculto de la vista del helicóptero por el camión; aprovechó para tomarse unos segundos, quitarse el maquillaje y ponerse la camisa. El dolor que sentía en el tobillo era soportable, así que cuando se apartó del camión caminaba sin cojear. Anduvo unos pocos pasos y se mezcló con la gente que salía de las tiendas y los hogares para ver el accidente. Se transformó en otro mirón. Cuando llegó la policía y comenzó a interrogar a los testigos, casi no le hicieron caso. Buscaban a un libio, no a un asiático que no hablaba árabe. Se apartó del lugar a paso lento, y nadie lo detuvo. Cinco minutos después de llamar a los matones que había contratado, estaba en una furgoneta que se alejaba del barrio.

Ocho kilómetros más allá, en el Fiat alquilado, Tariq Assad hablaba por el móvil.

—Soy yo. Hoy ha habido una redada. La policía casi me pilla. En primer lugar, averigüen por qué no me avisaron. Esto nunca tendría que haber ocurrido. Suerte tuve de aquellos tipos de ese condenado barco, que me ayudaron a escapar. Les estaba sacando información cuando se presentó la policía.

Escuchó un momento, y luego dijo:

—Cuidado con ese tono. Ustedes organizaron la emboscada en la carretera y aquellos eran los hombres que escogieron. Ambos vimos la copia del informe de la investigación, gracias a nuestro topo en la policía. En vez de dejar el paso libre a los vehículos, sus hombres supuestamente escogidos intentaban sacar dinero a los automovilistas. No sé cómo esos mercenarios estadounidenses se las apañaron para matarlos a todos, pero lo hicieron. Luego destrozaron nuestro helicóptero, liberaron a la mayoría de los prisioneros y acabaron con lo que era un plan a primera vista perfecto... ¿Qué? Sí, he dicho liberado. El barco debía de estar amarrado en el muelle de la vieja estación carbonera. Lo que nuestros hombres vieron fue un vagón vacío que se hundía... ¿Cómo voy a saberlo? Quizá el barco es más rápido de lo que parece o los hombres del helicóptero eran todavía más tontos que los que enviaron a detener el camión.

Tras una breve pausa, prosiguió:

—Ahora tengo que salir de la ciudad. Mejor dicho, salir del país. Conozco un piloto que simpatiza con nuestra causa. Le pediré que me lleve en su helicóptero hasta donde los hombres están buscando la tumba de Suleiman al-Jama, y asumiré el mando. A pesar de los contratiempos, parece que usted tiene la situación controlada. Ahora Fiona Katamora debe de estar en la sala de ejecución, y el coronel Hassad me telefoneó para informarme de que nuestros mártires van de camino. No volveré a hablar con usted hasta que todo haya acabado. Así que permítame decirle que Alá nos bendiga a todos nosotros.

Apagó el móvil y lo arrojó en el asiento del pasajero. Era un hombre que siempre había sido capaz de mantener el control de sus emociones. No habría vivido mucho de no haber podido. La huida lo había enfurecido. No había mentido al decir que

tenían espías y simpatizantes en todos los niveles del gobierno libio. Le habían advertido con mucho tiempo que la policía vigilaba el despacho y el apartamento, así que también tendrían que haberle avisado de la redada.

Todo indicaba que el líder supremo, Muammar al-Gadafi, necesitaba que le recordasen que su autonomía seguía siendo limitada.

Tan lentamente como pudo, Eric Stone metió la mano debajo del pecho y giró con mucho cuidado la piedra que se le había estado clavando en las costillas durante el último cuarto de hora. Notaba la desaprobación que emanaba del cuerpo de Franklin Lincoln, que estaba tendido junto a él. Al otro lado se encontraban Mark Murphy, Linda Ross y Alana Shepard.

A pesar de todo lo que la arqueóloga había pasado y del peligro que ahora representaban los terroristas, había insistido en ir con ellos. La doctora Huxley le había hecho un rápido examen y la había autorizado a participar en la misión.

Debido a su rango dentro de la corporación, Linda estaba al mando del grupo y era quien decidía. Estaba segura de que Caballo rechazaría la idea, así que no se molestó en preguntar antes de autorizar que Alana los acompañase.

Se encontraban en un risco que miraba hacia el valle del río seco donde Alana y su equipo habían pasado varias semanas buscando la tumba perdida de Suleiman al-Jama. Abajo, había una docena de terroristas del campo de entrenamiento. Tal vez eran muy buenos matando, pero eran unos inútiles cuando se trataba de arqueología. El jefe del grupo no tenía ni idea de qué estaba haciendo, así que ordenaba a los hombres que subieran y bajaran por las laderas, movieran piedras aquí y allá y treparan por las empinadas riberas para buscar cualquier pista sobre la ubicación de la tumba. Al paso que iban, llegarían dentro de cuatro o cinco horas a la vieja catarata que el equipo de Alana había encontrado.

Con ellos estaba el profesor Emile Bumford. Aunque era difícil saberlo sin los prismáticos, que no podían utilizar por miedo a que el sol se reflejase en las lentes, parecía estar bien. Buscaba como los demás, y si bien se movía a paso lento no cojeaba ni parecía que tuviera ninguna otra herida. No había ni rastro del funcionario del Ministerio de Antigüedades tunecino o del chico. Le habían pagado para traicionar a los estadounidenses y con toda probabilidad ya estaba de regreso en Túnez.

No había señal del viejo helicóptero que los terroristas utilizaban como base, así que el equipo supuso que se encontraba más adelante y que se avanzaba a los buscadores cuando estos llegaban a determinada distancia.

Linc tocó la pierna de Eric, la señal para que se retirasen del risco.

Se deslizó hacia atrás con mucho cuidado, seguido por Linda, Mark y Alana. El ex SEAL permaneció en posición un par de minutos más para asegurarse de que nadie abajo había visto ningún movimiento.

Los llevó hacia el sur durante veinte minutos, antes de juzgar que podían hablar, aunque en susurros.

—¿Qué opinas? —preguntó Mark.

—Creo que debemos preguntarnos: ¿QHJ?

—¿Qué haría Jesús? —le preguntó Mark, desconcertado.

—No. Qué haría Juan.

—Eso es fácil —respondió Eric—. Acabar con los malos, encontrar la tumba y después arreglárselas para llevarse a la cama a alguna muchacha beduina.

Alana tuvo que taparse la boca para contener la risa.

—Seamos serios —dijo Linda—. Ahora sabemos dónde están los malos, pero solo disponemos de unas pocas horas antes de que lleguen a la catarata. ¿Alguno de vosotros dos, genios, tenéis alguna idea de cómo encontrar la tumba?

—Deberíamos ver la catarata para estar seguros, pero sí, tenemos algunas ideas.

Era la primera vez que Alana oía hablar de planes.

—Un momento. He visto la vieja catarata. No hay manera de que un barco pueda salvar los saltos. Son demasiado verticales. El de arriba de todo es una pared casi vertical.

—Deberías confiar más en nosotros —dijo Eric con voz suave.

—Éste es el plan. —Linda miró a cada uno de sus compañeros—. Intentaremos descubrir la tumba. Linc, quiero que te quedes atrás y vigiles a esos tipos. Comunícate por radio cuando creas que queda una hora para que lleguen a las cataratas, así podremos largarnos. ¿Alguna pregunta?

No había ninguna.

Pese a que habían llegado al *wadi* desde donde los había dejado el helicóptero, una distancia considerable, los dos hombres y las dos mujeres recorrieron a buen paso los casi diez kilómetros hasta los primeros saltos que cortaban el río sin nombre. Habían caminado por lo alto del acantilado que miraba al lecho, así que cuando llegaron tenían una vista de pájaro. Linda ordenó a Alana que permaneciese con los hombres mientras ella recorría la zona. Mark y Eric se colocaron en un lugar desde donde dominaban las riberas y las observaron palmo a palmo con los prismáticos.

Era solo desde arriba, una posición en la que Alana y sus compañeros nunca habían estado, donde la extraña naturaleza del cauce se hacía aparente. Río arriba de la primera catarata había una cuenca natural que ocupaba todo el ancho del lecho, una cuenca formada en la roca viva que había resistido la fuerza de la erosión durante milenios. Tenía unos treinta y tantos metros de largo, y el lado que daba corriente arriba era otro salto, pero este era un metro veinte más alto que el anterior. Un muro de piedra y mortero lo recorría en toda su longitud. A diferencia del lecho, que estaba limpio gracias a las poderosas corrientes que en otro tiempo habían pasado entre las riberas, el fondo de la cuenca estaba sembrado de cantos rodados.

También desde arriba, Alana veía la base de otra antigua pared que había desaparecido hacía mucho, que se extendía desde el pie del primer salto hasta más de treinta y cinco metros corriente abajo.

Pidió los prismáticos a Eric en cuanto vio los cantos rodados y dedicó varios

minutos a observarlos, como si esperara que fuesen a moverse. Nada cambió, pero le estaban contando lo que estaba ocurriendo más arriba en las montañas.

—Aquellas son piedras basálticas —dijo. Devolvió los prismáticos—. Igual que aquella pared.

—¿Qué significa?

—Es la primera indicación que veo de cualquier cosa que no sea piedra arenisca en este país abandonado de la mano de Dios. Significa que hubo actividad volcánica en algún lugar de por aquí.

—¿Y qué significa? —insistió Mark.

—La posibilidad de que haya cuevas.

—De eso no hay ninguna duda.

El tono de Alana reflejó su desilusión.

—Aunque eso no cambia nada. Al-Jama no pudo haber superado las cataratas con su nave. Punto final.

—Estás mirando este lugar como una geóloga, no como una ingeniera. —Giró la cabeza para hablar con Eric—. ¿Dónde crees que están?

—Las necesitaban en ambas riberas. El río era demasiado ancho para que hubiera solo una. —Señaló una cornisa llana justo por encima de la ribera—. Allí en cuanto a nuestro lado, y en aquel promontorio seis metros más alto en el otro.

—De acuerdo.

—¿De qué habláis? —preguntó Alana. Hasta entonces, los había visto únicamente como soldados. Pero no sabía qué pensar de Eric Stone y de Mark Murphy. Para ella eran dos maniáticos de la tecnología, no unos mercenarios, y parecían hablar en un código particular que solo ellos entendían.

—Grúas —respondieron a la vez, y Eric añadió—: Te lo mostraremos.

Bajaron hasta la cornisa, que habría permanecido por encima del nivel del agua incluso en la máxima crecida de primavera. Estaba casi al mismo nivel que el primer acantilado que cruzaba el río, y era lo bastante grande para contener un autobús. Los dos hombres miraron el suelo con mucha atención. Cuando algo les llamaba la atención, uno de ellos se agachaba para apartar la tierra que cubría la piedra arenisca.

—Lo tengo —anunció Mark en voz baja. Estaba en cuclillas y quitaba la arena de un agujero de cuarenta centímetros taladrado en la roca. No llegó a tocar el fondo ni siquiera cuando se tumbó en el suelo y hundió el brazo hasta el hombro.

—¿Qué es eso? —preguntó Alana.

—Aquí es donde colocaban el mástil para la grúa —respondió Murphy—. Lo más probable es que fuera un tronco de árbol con una pértiga que llegaba hasta la mitad del río. Como puedes ver por el agujero, el poste era muy grueso y tenía capacidad para soportar varias toneladas de peso. Tiene que haber otro en la ribera opuesta.

—No lo entiendo. ¿Para qué sirven?

—Con ellas podían bajar piedras al río...

—Nada de piedras —se apresuró a corregirle Eric—. Ya hemos hablado de esto.

Tuvieron que usar cestos o quizá bolsas hechas con la lona de las velas, que luego llenaban con arena. De esa manera después podían verterla en la corriente para que se la llevase.

—Perfecto —dijo Mark un tanto irritado. Alana podía ser doce años mayor que él, pero era atractiva, y la única posibilidad de Murphy de ligar con las mujeres era mostrar su intelecto—. Bajaban grandes sacos de arena a la pared que habían construido debajo de la primera catarata para dividir el canal del río. De esa manera podían crear un dique corriente abajo en un lado y no detener totalmente el río. Las obras nunca habrían soportado la fuerza de la corriente.

»Colocando el *Saqr* en lo que era en esencia una esclusa permitían que una cantidad controlada de agua entrase en la cámara, levantando las paredes cada vez más altas a medida que se llenaban, hasta que podían mover la embarcación hacia delante a la segunda esclusa, la que había creado la naturaleza y que sin duda inspiró al ingeniero del viejo Suleiman.

—Luego repetían el proceso —añadió Eric—, y llevaban el barco a la parte superior del río.

—¿Habíais deducido esto sin tan siquiera haber estado aquí? —Había respeto en la voz de Alana.

Mark abrió la boca para presumir, pero Eric se le adelantó, con su ansiedad habitual.

—Una esclusa es la única cosa que podría explicar qué había querido decir Henry Lafayette con «ingenioso artilugio». Partiendo de eso, observamos las imágenes de satélite para verificar nuestra hipótesis.

—Estoy impresionada —afirmó Alana—, y un tanto enfadada conmigo misma. Contemplé este montón de rocas durante horas y nunca lo vi.

Mark estaba dispuesto a utilizar sus palabras como otra oportunidad para vanagloriarse, pero Linda Ross se les acercó con tanto sigilo que nadie la oyó hasta que estuvo detrás de ellos.

—Chicos, tendréis que estar más atentos. Ni siquiera intentaba ser cautelosa. ¿Qué habéis encontrado?

—Lo que sospechábamos —respondió Mark, y miró a Eric—. Durante una sequía muy fuerte, cuando el río dejó de llevar agua, la gente de al-Jama convirtió los saltos en un sistema de esclusas que les permitía ocultar la nave donde a nadie se le habría ocurrido buscarla.

—¿Por lo tanto la cueva está más arriba?

—Tiene que estarlo.

—Entonces comencemos a caminar —dijo Linda.

Llamó a Linc para que la informase de qué estaba pasando, y para decirle que quizá perderían el contacto por radio debido a la distancia y la topografía. Debía de estar tan cerca de los terroristas que no se atrevió a contestar. Su única respuesta fueron dos rápidos golpecitos en el auricular.

Iniciaron la marcha hacia el sur. Recorrieron tres cuartas partes de la distancia por la ribera, para evitar que sus siluetas pudieran verse contra el lejano horizonte y también para protegerse de la fuerza del viento que se había levantado. Aquella región del desierto se bastaba para que cualquiera se sintiese insignificante. El resplandeciente cielo se alzaba sobre el grupo, y el implacable sol los castigaba mientras avanzaban. Cada uno llevaba agua suficiente para un día, así que la sed no era un problema, pero tres de los cuatro habían dormido tan solo unas horas y notaban los efectos de varios días de marcha.

Los miembros de la corporación se esforzaban porque lo consideraban su deber. Alana iba con ellos porque, si no lo hacía, nunca se borraría de su mente la imagen de los ojos muertos de Mike Duncan, cuando el geólogo yacía en el suelo con la sangre manando del agujero en la frente. Era arqueóloga y madre, y su lugar estaba muy lejos de allí, pero no habría podido vivir consigo misma si no hubiera ido con ellos. La decisión desde luego no era racional. No obstante, nunca había estado tan segura de algo.

Su vida se regía por las normas que los hombres que habían asesinado a Mike y la habían secuestrado a ella habían quebrantado y, para decirlo de una manera sencilla, quería vengarse.

Tres kilómetros más arriba de las cataratas, el lecho del río cambiaba radicalmente. Las riberas de piedra arenisca daban paso a una roca de color gris que había formado parte de un arrecife de agua salada millones de años atrás y que ahora era piedra caliza.

—Tiene que ser aquí —anunció Alana en cuanto identificó la geología—. La piedra caliza es lo mejor para las cuevas y las cavernas.

Mark tocó el brazo de Eric y señaló un lugar a través del cauce seco.

—¿Qué te parece?

Era un lugar donde un desprendimiento había arrancado parte de la ribera y había descargado toneladas de escombros en el lecho. El corrimiento tenía una extensión de cincuenta metros y detrás de la ribera era mucho más alto que en cualquier otra parte que hubiesen visto.

—¡Bingo! —exclamó Stone y chocó la palma con Murphy—. Volaron la entrada de la cueva por el lado del río para cerrarla. Detrás de todos aquellos escombros está el barco corsario de Suleiman al-Jama, el *Saqr*, su tumba y, tal vez, la Joya de Jerusalén.

Pero el entusiasmo inicial por haber dado con la tumba desapareció muy pronto.

Alana dio voz a la preocupación.

—No hay manera de apartar todos esos escombros sin maquinaria pesada y varias semanas de trabajo.

—¿Aún no nos has entendido? —preguntó Mark con voz grave.

—¿A qué te refieres?

—La puerta de atrás —respondieron Stone y Murphy con perfecta sincronía.

Les llevó diez minutos bajar hasta el cauce y cruzarlo antes de encontrarse en lo alto de la montaña de escombros. La parte de atrás de la colina, que miraba hacia el oeste, era una conejera de barrancos y gargantas abiertas cuando el Sáhara era una selva subtropical. Encontraron la primera entrada solo unos momentos después de haberse separado en parejas y comenzar una busca sistemática.

Eric sacó del bolsillo de la camisa una pequeña linterna halógena y entró en la abertura del tamaño de un hombre. Tres metros más adentro, la cueva giraba noventa grados y acababa en una sólida pared de rocas.

Linda y Alana encontraron una segunda caverna que iba un poco más adentro antes de acabar abruptamente. La tercera era más pequeña que las anteriores y Eric y Mark tuvieron que avanzar a gatas. Se adentraba en la ladera, en un trazo sinuoso que seguía los caprichos de la roca. Había momentos en los que podían levantarse y caminar erguidos, y al siguiente tenían que arrastrarse en el polvo. Stone utilizó un trozo de tiza para marcar las paredes cuando la cueva comenzó a ramificarse.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Eric pasados quince minutos. Señalaba una talla en una pared. Era un trabajo burdo hecho con la punta de un cuchillo o un punzón, y ninguno de los dos podía leerlo, aunque reconocieron la escritura árabe—. ¿La versión de al-Jama de «Kilroy estuvo aquí»?

—Tiene que ser esta —respondió Murphy—. Pero necesitaremos ayuda para explorar todos estos túneles laterales. —Intentó comunicarse por radio con Linda, pero no le fue posible a esa profundidad—. ¿Piedra, papel o tijera?

Los dos hombres hicieron su elección, y el papel cubrió la roca, así que Mark se volvió para iniciar el laborioso regreso a la superficie; el eco de sus protestas se perdía a medida que se alejaba.

Eric Stone apagó la linterna para ahorrar pila, pero cuando el peso de la oscuridad se convirtió en una sensación palpable se apresuró a encenderla. Respiró hondo unas cuantas veces para serenarse, cerró los ojos y apagó la luz de nuevo.

Pasaron treinta minutos antes de que escuchase a sus compañeros avanzando por el túnel.

Cuando la luz de Mark alumbró el rostro de Eric, Murphy soltó una carcajada.

—Tío, estás blanco como un fantasma.

—Nunca me han gustado los espacios cerrados —admitió Stone—. Con las luces encendidas no pasa nada, pero en la oscuridad es otra cosa.

Normalmente, Mark le habría chinchado un poco más, pero en vista de la situación solo dijo:

—Tranquilo, tío.

Linda trazó rápidamente un plan para recorrer el laberinto subterráneo de túneles y cuevas. Cada vez que llegaban a una bifurcación, un equipo entraba por el túnel izquierdo y el otro por el de la derecha. Volvían a encontrarse en el punto de partida transcurridos diez minutos, sin importar qué hubiesen encontrado. La opción que parecía más prometedora era el camino que seguían.

Pasó otra hora mientras investigaban a fondo cada sección. Las armas y las municiones que cargaban los tres miembros de la corporación les dificultaban la marcha. Tenían arañazos en las palmas y las rodillas por el roce con la áspera piedra, y sin el equipo adecuado, todos en algún momento se habían golpeado la cabeza. Eric se había puesto una tirita en el corte que se había hecho en la parte superior de la frente. La sangre se había secado entre las arrugas.

Los cuatro caminaban juntos por un largo túnel donde había montañas de escombros cuando Eric, por casualidad, alumbró el techo a tres metros por encima de sus cabezas. Al principio creyó que los centenares de protuberancias que colgaban eran estalactitas formadas por el agua rica en minerales que goteaba en la cueva, pero entonces vio que uno llevaba pantalones.

El horror le puso la carne de gallina.

—Oh, Dios mío.

Alana miró hacia lo alto y soltó una exclamación.

Colgadas del techo había docenas de pares de piernas momificadas. Algunas mostraban solo el pie y el tobillo, otras colgaban desde los muslos, como si naciesen de la roca viva. Un hombre estaba tumbado de lado, con la mitad del cuerpo sujeto en la roca y la otra mitad colgada. El cuello estaba girado de tal manera que la nuca quedaba oculta y la calavera los miraba a través de las cuencas vacías.

También había miembros de animales: largas y retorcidas patas de camello que acababan en grandes pies esqueléticos y de caballos con los cascos. El aire seco había evitado la putrefacción, por lo que la piel que envolvía los huesos era quebradiza como el pergamino y las prendas estaban intactas.

Mark observó el suelo desnivelado, se agachó y recogió una sandalia de cuero que comenzó a deshacerse casi de inmediato.

—¿Qué les pasó? —preguntó Linda—. ¿Cómo se fundieron en la roca?

Superada la conmoción inicial, Eric observó el techo con más detenimiento. A diferencia del resto de las cuevas, en esta era negro y brillaba debajo de la capa de polvo.

—Tapaos los oídos —dijo, y levantó el fusil de asalto. La detonación fue ensordecedora en el estrecho recinto.

La bala arrancó un pequeño trozo del techo. Lo recogió, lo miró solo un momento y se lo arrojó a Mark Murphy.

—Completamente solidificado —comentó—. Cuando se hundió el pozo los dejó a todos colgando.

—Por supuesto —dijo Alana, después de mirar el trozo.

—Deberíais echar una mano a los que no somos de ciencias. —Linda no se molestó en mirar el trozo del techo. Solo había asistido a unas pocas clases de geología de nivel básico en la universidad.

—Por encima de nosotros se encuentra el fondo del pozo de brea —respondió Eric—, como La Brea en Los Angeles, solo que más pequeña y totalmente inactiva.

—En realidad es arena asfáltica —corrigió Alana.

—Durante los meses de verano se calienta tanto que se vuelve pegajosa y atrapa a los animales. Yo diría que a estas personas las arrojaron al pozo como una forma de ejecución. Entonces, en algún momento de los últimos doscientos años, el fondo del pozo se hundió (son todos esos escombros en el suelo) y dejó a la vista a las víctimas sepultadas en lo más profundo.

—St. Julien Perlmutter me mencionó algo un par de días después de nuestro primer encuentro —dijo Alana, al recordarlo de pronto—. Había encontrado otra información. Procedía de una creencia local sobre la tumba de al-Jama. Se dice que lo enterraron debajo de «lo negro que arde». Es por eso por lo que nos hicieron cavar en la mina de carbón abandonada. Los terroristas creían que el negro representaba al carbón, pero era esto.

Eric cogió el trozo de alquitrán endurecido de su mano y le acercó la llama de un mechero. En un instante, se encendió, y lo dejó caer. Los cuatro miraron en silencio cómo ardía.

Linda lo apagó con el pie.

—Yo diría que nos estamos acercando.

Pero tras otra hora buscando siguieron sin encontrar ningún otro rastro de la tumba escondida.

Eric y Mark se habían separado de las mujeres en otra bifurcación. Llegaron al final de un túnel bastante recto muy por debajo del nivel del río. Eric hizo una pausa para beber un trago de su cantimplora antes de regresar al punto de encuentro. El final del túnel subía en una rampa pulida que se encontraba con el techo. Le intrigó algo en la rampa, así que subió por la pendiente hasta que su rostro estuvo a unos centímetros del lugar donde se juntaba con el techo.

En vez de roca sólida vio una línea irregular, una grieta que no tendría más de un milímetro y que cruzaba todo el ancho del túnel. Buscó el mechero en el bolsillo y dijo por encima del hombro:

—Apaga tu linterna.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Hazlo.

Encendió el mechero y acercó la llama a la grieta. La llama apenas osciló, pero lo hizo lo suficiente para convencerlo de que había un espacio abierto al otro lado de la rampa y que se colaba una ligera brisa. Encendió otra vez la linterna y recorrió cada centímetro cuadrado de la rampa. Encajaba en las paredes casi a la perfección. Las grietas apenas se veían.

—Esto está hecho por el hombre —anunció—. Creo que es como un gran balancín. Échame una mano.

Subieron la rampa, agachados, hasta donde pudieron, y apoyaron la espalda en el techo.

—A la de tres —dijo Eric—. Uno... dos... tres.

Empujaron con todas sus fuerzas. Al principio no pasó nada, y los sonidos de sus forcejeos llenaron el túnel. Luego, de forma casi imperceptible, la rampa comenzó a moverse, empujada hacia abajo por el peso de sus cuerpos. Cuando dejaron de hacer fuerza, volvió a subir.

—De nuevo. Más fuerte.

El segundo intento movió la gran palanca de piedra más o menos tres centímetros, lo suficiente para que Eric viese que había una gran cueva al otro lado. Metió el mechero en la grieta antes de apartarse, pero el peso de la piedra era demasiado grande y lo partió.

—Buen intento. Creo que entre los cuatro podremos hacerlo. Hay espacio suficiente para que nos pongamos lado a lado.

Encontraron a Linda y a Alana unos minutos más tarde sentadas con la espalda apoyada en una pared; compartían una tableta de proteínas.

—No quiero repetirme —comentó Linda, con la boca llena—, pero hemos llegado a otro callejón sin salida.

—Creo que Eric y yo hemos encontrado algo.

Momentos más tarde, Eric les explicó que la pendiente de piedra era un mecanismo que pivotaba, con el eje en la mitad de los tres metros de la pendiente. Los cuatro se colocaron en lo alto de la rampa, uno al lado del otro, con los hombros apoyados en el techo.

—Allá vamos —ordenó Linda.

La suma de sus pesos hizo que la piedra rozase la piedra y la pendiente comenzó a allanarse. Lo que había sido una pequeñísima grieta se convirtió en la entrada a un espacio con paredes de ladrillos. Empujaron todavía más fuerte, jadeando por el esfuerzo. El extremo del balancín bajó hasta quedar nivelado.

—Tened presente que una vez que entremos no habrá vuelta atrás —dijo Linda, su rostro de elfo bañado en sudor.

—Lo sé —respondió Mark—. Empujad.

La plataforma de piedra comenzó a inclinarse hacia la habitación de ladrillos más allá del túnel; muy pronto pudieron moverse hasta ponerse en el mismo borde, con los músculos temblorosos. Estaban medio metro por encima del suelo cubierto de arena.

Linda juzgó que ya tenían espacio suficiente.

—¿Preparados? ¡Ya!

Los cuatro saltaron del balancín y rodaron por el suelo. Detrás de ellos la enorme piedra volvió a la posición original con un terrible retumbar. El espacio que había debajo de ella equivalía al del hueco de un tramo de escalera. Vieron que el eje era un tronco muy grueso encajado en dos cuñas de piedra. Pegado a la grieta, donde el balancín tocaba el suelo, había otro pequeño artilugio de madera cuyo propósito desconocían.

No había acabado de apagarse el eco del golpe cuando se escuchó un nuevo

sonido, un profundo siseo en algún lugar por encima de ellos. Eric alumbró el techo que estaba a unos seis metros de altura, en el mismo momento en el que unos chorros de arena comenzaban a caer por docenas de agujeros que tenían el diámetro de un hombre.

—Tiene que ser una broma —dijo Mark.

El artilugio de madera era el gatillo de una trampa que se activaba cuando el balancín volvía a la posición original.

Alumbraron la habitación con las linternas. Tenía unos nueve metros cuadrados. Tres de las paredes eran de piedra arenisca, y una de ellas correspondía al balancín. La cuarta era de ladrillos con mortero entre las juntas. Se despreocuparon de las de roca y concentraron su atención en los ladrillos. No había agujeros ni aberturas de ningún tipo, ninguna manija u otro tipo de mecanismo para salir de allí.

En los cinco minutos que dedicaron a buscar en la pared, ya se habían acumulado sesenta centímetros de arena en el suelo en pilas desiguales que se movían y aumentaban a medida que caía arena por los agujeros. Linda desenfundó su puñal y rascó la argamasa de la junta de uno de los ladrillos. La argamasa se deshizo al contacto de la hoja y pudo aflojar el ladrillo lo suficiente para sacarlo de la pared. Detrás había otra hilera, y tal vez habría media docena más.

—Tendremos que intentar mover la palanca desde abajo —comentó Linda. Por descuido, al retroceder se puso debajo de un chorro de la arena y tuvo que sacudir la cabeza como un perro que intenta secarse.

Había tres agujeros en la parte de delante, que ya estaba llena hasta la mitad.

—Con tanta arena acabaremos enterrados antes de que podamos abrirla —señaló Eric.

—Estamos atrapados —dijo Alana. El miedo hizo que se le quebrase la voz—. ¿Qué vamos a hacer?

Stone miró a Mark Murphy. Por primera vez, ninguno de los dos tenía una respuesta.

Tariq Assad dio las gracias a su amigo piloto y bajó del helicóptero. Cerró la puerta, le dio un golpecito y se agachó para pasar por debajo de los rotores en movimiento. El pequeño helicóptero de servicio despegó del desierto creando una tormenta de arena con los rotores. Assad le dio la espalda y mantuvo los ojos cerrados.

Tan pronto como el helicóptero despegó, caminó hacia el jefe del equipo. La furia que había sentido después de la redada policial en Trípoli había dado paso a una alegría extraordinaria. Abrazó al líder terrorista y lo besó efusivamente en ambas mejillas.

—Ali, este será un gran día —dijo Assad con una sonrisa.

Había avisado por radio de que iba hacia allí y vio con satisfacción que sus órdenes se habían cumplido. Los hombres esperaban en la rampa de carga del helicóptero Mi-8. Cuando Assad saludó, le dedicaron una estruendosa ovación. El prisionero estaba atado en uno de los bancos, con una mordaza bien apretada.

Ali vio la mirada de Assad.

—Si no está amordazado grita como una mujer. De no ser porque es un experto en Suleiman al-Jama, bendito sea su nombre, ya le habría disparado a la cabeza.

—Qué notable giro en los acontecimientos —comentó Assad, sin preocuparse en absoluto de cómo trataban a Emile Bumford—. Hace unas pocas horas estaba a punto de ser capturado por la policía y ahora muy pronto descubriremos la tumba perdida.

—Dime otra vez cómo la encontraste —pidió Ali. Fueron hacia el helicóptero que los esperaba. Las palas empezaban a batir el aire caliente.

—Al venir hacia aquí, pedí al piloto que se desviase hacia el sur cuando cruzamos la frontera de Túnez; mientras seguíamos el viejo cauce, vi una zona donde parecía que habían volado un trozo de la ribera. De haber sabido que había una catarata un poco más abajo, no habría prestado ninguna atención, porque ningún barco hubiese podido superarla. Pero no lo sabía, así que pedí al piloto que aterrizase, para poder investigar.

—¿Cuándo fue eso?

—Momentos antes de llamarte. ¿Cuánto hará, media hora? Cuando aterrizamos vi señales de que unas personas habían estado allí hacía poco. Había cuatro pares de huellas. Dos son de mujeres, o quizá de hombres pequeños, pero creo que una de ellas puede ser la arqueóloga estadounidense que trabajaba con nuestro invitado. —Señaló a Bumford.

El ruido de las turbinas hizo que Assad tuviese que gritar para que el hombre sentado a su izquierda lo oyese.

—Todas las huellas desaparecían en una cueva detrás de una colina junto al río. Aún deben de estar dentro. Los tenemos, Ali, tenemos a los estadounidenses que

estropearon nuestros planes, y la tumba de Suleiman.

Juan aceptó la taza de café que le ofrecía Maurice, el sobrecargo principal del *Oregon*.

—¿Cómo se siente, capitán? —preguntó el adusto inglés.

—Creo que la expresión es «como si me hubiera pateado una manada de caballos» —respondió Juan, y bebió un sorbo del café muy cargado.

—Una referencia equina si no me equivoco. Unas criaturas repugnantes; solo son buenas para hacer jabón y para apostar en Ascot.

Cabrillo soltó una carcajada.

—La doctora Huxley me ha inyectado anestésicos en la pierna, y las pastillas de Ibuprofeno que me he tragado comienzan a hacer efecto. En general, diría que no me va mal.

El único secreto sobre el dolor que Juan solo había compartido con Julia Huxley, como oficial médico, era que siempre le dolía. Los doctores lo llamaban dolor fantasma, pero para él era muy real. La pierna amputada, aquella que le había arrancado un obús disparado por una patrullera china muchos años atrás, le dolía cada minuto del día. En los buenos, solo era una molestia sorda; en los malos era como terribles agujijones que lo obligaban a ejercer todo su control para soportarlo.

Por lo tanto, cuando había tenido que aguantar el dolor al hacerse el corte en el muslo para sacar el chip, no había sido una bravuconada lo que le había permitido no hacerle caso. Era la práctica.

A su alrededor, el centro de operaciones era un bullicio constante. Max Hanley y un par de técnicos habían desmontado el panel de acceso de una de las consolas para reemplazar una pantalla defectuosa. El oficial de guardia de la sección de armamento hablaba con los equipos que trabajaban por todo el barco para asegurarse de que todos los sistemas funcionaran a la perfección, y el timonel mantenía un rumbo firme lejos del límite territorial de doce millas libio.

El barco y la tripulación estaban preparados, solo que, por el momento, Cabrillo no tenía nada que ordenarles.

Aún no habían recibido una lista actualizada de los barcos libios en los que podía aterrizar un helicóptero, y hasta que no la tuviesen no podían hacer otra cosa que esperar.

Juan detestaba esperar. Sobre todo cuando tenía gente en tierra. Sus sentimientos hacia ellos hacían que todo lo que les pasara a ellos también le pasase a él.

—Llega una llamada —avisó la operadora de radio por encima del hombro.

Juan pulsó un interruptor en el brazo de su silla y de los altavoces ocultos llegó el sonido de una fuerte respiración, casi un jadeo.

—Ha escogido un mal momento para una llamada telefónica obscena —dijo a la persona desconocida.

—Director, soy Linc. Tenemos problemas.

—¿Qué ha pasado?

—Puedes olvidarte de tus teorías de que Ali Ghami era aljama. —Lincoln continuaba jadeando. Era obvio que estaba corriendo—. Nuestro buen amigo Tariq Assad acaba de aparecer, y después de darse unos besos al estilo árabe con el jefe del grupo que estaba buscando la tumba se han marchado en dirección sur en el viejo Mi-8. Él es al-Jama, Juan. He intentado llamar a Linda, pero todavía están bajo tierra. Ahora estoy yendo a reunirme con ellos. Calculo que todavía me quedan unos siete u ocho kilómetros.

—Eso lo confirma. —Inquieto, Juan se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro—. Hace un par de horas empezamos a sospechar porque Hali Kasim no se comunicaba, y su chip no se había movido en todo ese tiempo. Envié a Eddie a buscarlo. Hali recibió un disparo a corta distancia, y la última persona que estuvo con él no era otro que Tariq Assad.

—¿Hali está bien?

—Todavía no lo sabemos. Eddie ha dicho que no tenía buena pinta. Todo lo que pudo hacer fue estabilizarlo y pedir una ambulancia. Permaneció allí lo suficiente para seguirlo al hospital, pero no puede entrar y comenzar a hacer preguntas.

En ese momento, en el centro de comunicaciones comenzó a sonar un fax.

—Para que Assad aparezca como lo ha hecho —dijo Linc—, tiene que haber visto algo en la misma zona donde están Linda y los demás.

—Puedo mandarte un equipo de respaldo con el helicóptero, pero tardará unas dos horas —ofreció Juan con pesar, porque sabía que todo se habría acabado mucho antes.

El oficial de comunicaciones le entregó el fax. Le echó una ojeada. Era el informe de los barcos de la Marina libia que llevaba esperando desde hacía horas.

—No pasa nada. Estoy recorriendo un kilómetro cada cinco minutos, así que tendré algo de reserva en el depósito cuando llegue allí. Una docena de terroristas en la cueva no serán grandes rivales si cuento con el factor sorpresa.

Juan apenas prestaba atención. Se acercó al ordenador de navegación para introducir las coordenadas del GPS y confirmar los rumbos y los últimos movimientos de las naves.

Una de ellas resaltó de inmediato. Su instinto le gritó que la había encontrado. Estaba al alcance del radio de vuelo del helicóptero de los terroristas del campamento y, mientras todas las demás navegaban hacia Trípoli para tomar parte en un desfile naval en los actos inaugurales de la conferencia de paz, esta permanecía fondeada cerca de la frontera tunecina.

—Linc, llámame cuando llegues a la cueva. Tengo que irme.

—Recibido.

—Timonel, calcula el rumbo para este barco. —Señaló una luz que parpadeaba en la pantalla. La dureza en su voz hizo que aquellos que lo rodeaban interrumpiesen su

trabajo para mirarlo. Una oleada de expectante energía se apoderó de la tripulación en el centro de operaciones.

—Curso fijado, director.

—¿Cuál es la hora estimada de llegada a la mayor velocidad posible?

—Un poco más de tres horas.

—De acuerdo, adelante.

Comenzó a sonar una alarma que la tripulación conocía muy bien. Cuando el barco se acercaba a la velocidad máxima, el viaje solía ser muy duro y había que sujetar todos los objetos sueltos, desde los platos en la cocina a los botes de maquillaje del taller de magia de Kevin Nixon.

La aceleración fue suave mientras los revolucionarios motores del *Oregon* se ponían en funcionamiento; las bombas criogénicas giraban con un sonido muy agudo que era inaudible para los humanos pero que habría desquiciado a un perro.

Juan volvió a su butaca y buscó en el ordenador las especificaciones del navío libio. Era una fragata modificada de construcción rusa, comprada en 1999 y con un registro bruto de mil cuatrocientas toneladas. Tenía una eslora que era dos tercios la del *Oregon* —noventa y cinco metros—, y el barco de la corporación superaba al libio en cuanto a sistemas de armamento. Pero la fragata *Jalij Surt* tampoco se quedaba atrás en potencia de fuego, con cuatro cañones de tres pulgadas y múltiples lanzadores de misiles barco-barco SS-N-2c Styx, además de cohetes Gecko y cañones automáticos de 30 mm para rechazar cualquier asalto aéreo. El *Jalij Surt*, o *Golfo de Sidra*, también podía lanzar torpedos desde los tubos en cubierta y sembrar minas por la popa.

Juan observó la foto de la fragata en la página web de la *Jane's Defence Review*. Era una nave con un aspecto letal, con una alta y afilada proa y un mástil de radio erizado de antenas para sus perfeccionados sistemas de sensores protegido detrás de su única chimenea. Los grandes cañones estaban instalados en parejas en las torretas de acero en la popa y la proa, y justo detrás de la batería de proa se ubicaban los lanzadores de misiles.

Cabrillo no dudaba de que podía superarla en un enfrentamiento. Los misiles barco-barco del *Oregon* tenían el doble de alcance del que tenían los Styx del *Sidra*, pero volar la fragata libia con un disparo de misil desde el lejano horizonte no era el objetivo.

Tenía que abordar el *Sidra*, rescatar a Fiona Katamora, si su intuición era correcta, y llevarla a un lugar seguro.

—¿Esa es la nave? —preguntó Max. Se había acercado a Juan sin hacer el menor ruido y señalaba la pantalla.

—Sí. ¿Qué te parece?

—A juzgar por las especificaciones de radar, verán el helicóptero desde ochenta kilómetros. Además, parece estar equipada para defenderse de todo, con cañones antiaéreos y misiles.

—Eso significa que tenemos que ponernos a su lado y hacerlo a la antigua usanza.

—Pretendes acercarte para abordarla, ¿verdad?

—Necesitaremos una distracción para acercarnos, pero, sí, eso es lo que pretendo.

Max permaneció en silencio un momento. La doctrina de la guerra naval había cambiado enormemente desde que se habían perfeccionado los misiles. Los pesados acorazados ya no necesitaban atacar con las grandes piezas de artillería y rezar para acertar con el objetivo. Ahora, las batallas navales se libraban a menudo con los combatientes separados por centenares de millas. La potencia de las cargas explosivas de los misiles hacían superfluas las planchas blindadas, así que las Marinas modernas casi no las usaban.

El *Oregon* llevaba blindaje, pero no contra los cañones de tres pulgadas del *Sidra*, y desde luego no si conseguía impactar el costado del *Oregon* con un par de misiles Styx. Juan proponía acercarse lo bastante a la fragata libia para enviar a un grupo de abordaje por debajo de la capacidad de fuego del *Sidra*.

—¿Cuándo fue la última vez que dos buques se enfrentaron de esta manera? —preguntó finalmente Hanley.

—Creo que el 9 de marzo de 1862, en Hampton Roads, Virginia.

—¿El *Monitor* y el *Merrimack*? —Juan asintió. Max añadió—: Acabaron en empate. Aquí no hay esa opción. ¿Tienes en cuenta que si no la hundimos tan pronto como tengamos a la secretaria de Estado a bordo, lo pasaremos muy mal antes de poder separarnos? Quizá tengamos suerte cuando nos acerquemos, pero no creo que los libios dejen que nos marchemos sin más.

—Ya he pensado en eso.

—¿Tienes una idea?

—No —respondió Juan tranquilamente—. Pero lo he pensado.

—¿Qué me dices de la distracción? ¿Alguna idea por ese lado?

—Ni la más mínima. Sin embargo, dado que atacaremos al amparo de la oscuridad, tendremos hasta el anochecer para que se nos ocurra alguna. En cualquier caso hay algo que...

—¿Qué?

—Un barco del tamaño del *Sidra* tardará veinte minutos o más en hundirse, no importa cómo lo hagamos. Es tiempo más que suficiente para meterle al *Oregon* un enema de misiles.

Max puso una expresión de dolor.

—Me gusta porque siempre encuentras buenas noticias.

—Y tú siempre echando sal a las heridas. Antes de enfrentarnos al *Sidra*, trasladaremos a nuestros nuevos amigos libios a los botes salvavidas. No los quiero a bordo cuando entremos en combate. Por lo tanto, si algo sale mal no podremos abandonar el *Oregon*.

—¿Por qué se me ocurrió atender aquella primera llamada que me hiciste? —preguntó Max mirando al techo con gesto teatral.

—Director —dijo el oficial de comunicaciones—, tienes otra llamada.

—¿Linc?

—No, señor. Langston Overholt.

—Gracias, Mónica. —Juan se puso los auriculares y pulsó el botón para aceptar la llamada—. Lang, soy Cabrillo.

—¿Qué tal estás?

—Bien. Cansado, pero bien.

—¿Qué tal tus huéspedes?

—Agradecidos y hambrientos. Se han comido la mitad de nuestras provisiones en un día.

—Te llamo para pedirte que me pongas al día y para darte algunas nuevas noticias.

—Tariq Assad acaba de aparecer cerca del lugar donde mi gente busca la tumba de Suleiman.

—¿Es el funcionario que según el gobierno de Gadafi es aljama?

—Al parecer estaban en lo cierto, y nosotros lo ayudamos a escapar y casi perdimos a un hombre en el intento.

—¿A quién has estado a punto de perder?

—Hali Kasim, mi jefe de comunicaciones, recibió un disparo en el pecho. Eddie Seng lo llevó al hospital, pero no sabemos nada de su estado.

—Hablaré con el embajador Moon para que se ocupe.

—Te lo agradezco, muchas gracias.

—¿Esto elimina al ministro Ghami de tu lista de sospechosos?

—En absoluto. Los terroristas pudieron abatir el avión de la secretaria de Estado sin ayuda del gobierno, pero después hubo un encubrimiento. Pudo haber sido orquestado desde el más alto nivel o manipulado desde las sombras. Si la gente de al-Jama se ha infiltrado en el gobierno libio tal como sospechamos, entonces los terroristas pudieron recibir un aviso con el tiempo suficiente para poner la tapadera en marcha.

—O tal vez Ghami ocupa un puesto muy alto en la organización de al-Jama y ordenó destruir el escenario del accidente y también el oportuno descubrimiento.

—Así es. No olvidemos que la persona que Ghami reemplazó, además de la mayoría de sus principales subalternos, fueron detenidos y llevados a un campo de prisioneros. Pudo ser Ghami, o el mismo Gadafi, quien ordenase la purga.

—Menudo follón. —El veterano agente de la CIA suspiró—. A pesar de nuestras advertencias, el vicepresidente insiste en asistir a la recepción de esta noche en la residencia de Ghami.

—Mala idea —afirmó Juan, tajante.

—Estoy de acuerdo, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. El equipo del servicio secreto ha sido informado de la posibilidad de un asalto, pero el vicepresidente insiste en asistir.

—Ese tipo es idiota.

—También estoy de acuerdo. Sin embargo, no cambia los hechos. La única ventaja es que la casa de Ghami está totalmente aislada y el personal de seguridad es el mismo que se utilizará para la conferencia en Trípoli mañana por la mañana. Todos han sido investigados. Incluso si Ghami está de algún modo relacionado con los terroristas, no creo que pase nada en esa cena.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—¿Tú organizarías un ataque a gran escala a tu propia casa? Sobre todo cuando tendrás a las mismas personas reunidas al día siguiente con toda la prensa mundial vigilando cada movimiento que hacen. Sin duda recordarás el impacto del asesinato de Anuar el-Sadat cuando fue transmitido casi en vivo. Si va a producirse un ataque...

—No es «si», Lang —dijo Juan.

—Si se va a producir un ataque —insistió Overholt—, será mañana, o en algún momento durante la conferencia.

—Esto no me gusta.

—A nadie le gusta, pero no hay otra manera. Todos esos líderes saben que arriesgan su vida al asistir a la conferencia, ya sea en Trípoli o cuando vuelvan a sus países y se enfrenten con sus propios fundamentalistas. En estos tiempos de crisis, ser presidente de un país de Oriente Próximo es una ocupación de alto riesgo, sobre todo para aquellos dispuestos a trabajar a favor de la paz. Todos lo saben y pese a ello están dispuestos a seguir adelante. Es importante. —Overholt cambió de conversación, que era su manera de decir que se había acabado la discusión, y preguntó—: ¿Qué tal te va con el asunto de la secretaria de Estado Katamora?

—Creo que tenemos una pista. —Juan ya le había hablado a Overholt de la señal de radar que habían visto y de su teoría de que la trasladarían a una nave frente a las costas—. Puede que esté en una fragata llamada *Golfo de Sidra*. Ahora vamos a su encuentro.

—¿Qué piensas hacer?

—Abordarla, rescatar a la secretaria de Estado y hundir el *Sidra*.

—¡De ninguna manera! —gritó Overholt. Juan se encogió—. No puedes hundir una nave de guerra de una nación soberana. Ni siquiera puedo permitir que la abordes.

—No te estoy pidiendo permiso, Lang —respondió Juan, airado.

—Juan, pongo a Dios por testigo que si hundes ese barco me ocuparé de que te acusen de piratería. Puedo autorizarte a que descubras si ella está a bordo. Después, corresponderá a nuestros diplomáticos, y probablemente a nuestros militares, resolver la situación.

—¡Diplomáticos! —se burló Juan—. Hablamos de terroristas. De asesinos. No se puede negociar con ellos.

—Entonces nuestra Marina se ocupará del asalto, si es necesario. ¿He hablado

claro?

—En ese caso podemos recogerlo todo, Lang, porque si sigues ese plan ya puedes darla por muerta.

—¿Acaso crees que no sé lo que está en juego? —vociferó Overholt—. Sé que estamos poniendo en juego su vida, pero tengo que seguir unas reglas, y si yo lo hago, tú también. Se te contrató para encontrarla, así que si está en el *Golfo de Sidra* has hecho tu trabajo. Cobra tu dinero y vete.

—Maldita sea. —La cólera de Juan se reflejó en su voz. No tenía ni idea de por qué la conversación había tomado ese rumbo, pero no iba a tomárselo como un insulto—. Esto no es por dinero, y tú lo sabes.

—Lo sé, lo siento —se disculpó Lang, arrepentido—. Esto ha sido un golpe bajo. La culpa la tiene toda esta maldita situación.

—Lo comprendo. El marqués de Queensbury.

—¿Qué has dicho?

—Solo algo que Max mencionó tiempo atrás. No te preocupes. No destruiré ese barco, tienes mi palabra. Pero si hay una posibilidad de que pueda rescatarla, la aprovecharé. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Entiéndelo, no podemos tener otro incidente diplomático con Libia ahora mismo. Después del accidente aéreo, considerarán que la destrucción de una de sus fragatas es una represalia, no importa quién sea el responsable, y lo considerarán un acto de guerra. Hundirás la conferencia antes de que empiece.

—Estamos en el mismo barco, Lang. Relájate. Te llamaré más tarde. —Juan cortó la comunicación y miró a Max—. Es una suerte que no fuese una videoconferencia.

—¿Por qué?

—Habría visto que tenía los dedos cruzados.

Caía tanta arena del techo que el aire en la habitación subterránea se hacía irrespirable por momentos, pese a que se habían tapado la nariz y la boca con pañuelos. Las luces de sus linternas alumbraban poco a través del asfixiante velo. El resplandor se acercaba más al de una débil llama que al brillo normal del halógeno.

Linda, Alana, Eric y Mark no dejaban de moverse hacia arriba para mantenerse por encima de la pila que aumentaba. La arena caía a tal velocidad que incluso unos pocos segundos de descanso significaban que un miembro quedara enterrado. Se movían impulsados solo por el instinto de supervivencia, para conseguir ganar un poco más de tiempo antes de acabar enterrados vivos debajo de aquella susurrante marea. El montículo era ya tan alto que no podían permanecer erguidos, debían encorvarse debajo del techo.

Aquel que había diseñado la trampa más de doscientos años atrás, desde el cielo o desde el infierno encontraría consuelo en que aún funcionase.

Las mujeres, que lo tenían mejor que los hombres porque pesaban menos, ayudaban a Eric y a Mark a desenterrarse cada vez que tenían problemas.

Alana acababa de liberar un pie de Stone cuando el joven pensó en una cosa y gritó a Murphy:

—¿Estás seguro de que esta habitación se encuentra por debajo del nivel del río?

—Completamente. ¿Por qué?

—Somos idiotas. Uno coma seis.

—¿Uno coma seis?

—Uno coma seis —confirmó Eric—. Y añádele un cincuenta por ciento más de seguridad.

—Por supuesto. ¿Cómo no lo había pensado?

—¿Os importaría explicar por qué es tan importante eso del uno coma seis? —preguntó Linda por encima del siseo de la arena que caía.

—Esta parte del túnel está debajo del nivel del río, por lo tanto, la trampa fue diseñada para que se llenara de agua y ahogara a sus víctimas. Pero con el paso de los años, la arena llenó el depósito.

—¿Y qué?

—La arena es un uno coma seis más pesada que el agua en el mismo volumen.

Linda seguía sin entenderlo e hizo un gesto impaciente para que continuase.

—La pared de ladrillos fue construida para soportar la presión de una cierta cantidad de agua. Ahora que esta habitación se está llenando con arena, está soportando una presión uno coma seis superior a la que calcularon los constructores. Cualquier buen ingeniero añadiría un margen de seguridad de un cincuenta por ciento para no errar. Incluso si reforzaron la pared, la arena sigue siendo un diez por ciento

más pesada de lo que puede soportar. Solo es cuestión de tiempo que se derrumbe.

Linda miró a los dos hombres con expresión escéptica. Ambos continuaban luchando para mantenerse por encima de la montaña de arena, pero la resignación en sus rostros había desaparecido. Ahora estaban seguros de que saldrían con vida de aquella trampa. Para ella era suficiente.

Momentos más tarde, la pared seguía sin derrumbarse, y los cuatro se vieron obligados a ponerse a gatas. Resultaba mucho más difícil mantenerse por encima de la arena en esta posición. Ahora, Linda y Alana tenían las mismas dificultades que los hombres. Con la espalda apoyada en el techo solo quedaban unos sesenta centímetros antes de que la habitación se llenase totalmente. Esos últimos segundos pasarían deprisa.

El breve entusiasmo de Linda al creer que sobrevivirían desapareció, aunque estaba dispuesta a luchar hasta el final. Mark y Eric se retorcían y cavaban con frenesí para mantenerse por encima de la arena pero Alana Shepard había renunciado. Se escuchaban sus sollozos por encima del ruido de la arena.

—Maldita sea —fue todo lo que dijo Eric. Su mejilla estaba aplastada contra el techo, y había creado una pequeña bolsa de aire alrededor de la boca un momento antes de que la arena sepultase su rostro.

Seis metros por debajo de ellos, las múltiples capas de ladrillo en la base de la pared se curvaron por el peso de centenares de toneladas de arena; la argamasa se rajó en algunos lugares y comenzaron a pasar pequeñas columnas de polvo entre las grietas.

De pronto, los tres metros de pared cedieron. El muro se desplomó completamente hacia la cueva contigua como si fuese un dique roto. Una ola de arena cayó por la brecha empujando los restos de la pared como si fuesen hojas arrastradas por el agua.

Las cuatro personas que momentos antes estaban murmurando sus últimas plegarias se vieron arrastrados por el corrimiento y cayeron sin ninguna ceremonia en un enredo de miembros; la arena, que segundos antes había estado a punto de matarlos, los protegió en aquel alocado descenso.

Mark fue el primero en recuperarse; sus gritos de alegría resonaron de una pared a otra en la gran cueva. Levantó el puño y lo acercó al de Eric para chocar los nudillos.

—Buen cálculo, amigo. Un cálculo exacto.

Eric estaba un poco pálido.

—Al final no lo tenía muy claro.

—Nunca dudes. —Mark ayudó a Stone a levantarse, y después hicieron lo mismo con Alana y Linda.

Alana echó los brazos al cuello de Eric y lo besó como si al predecir el derrumbe de la pared hubiera conseguido que se desplomase.

—Gracias —le susurró al oído.

—No se merecen —respondió él con torpeza.

Tardaron unos minutos en encontrar las armas y limpiar la arena de los cañones y las recámaras. Los fusiles de asalto no habían sido diseñados para ese maltrato, así que tuvieron que esmerarse a fondo.

Se encontraban en otra caverna, que formaba parte del mismo complejo de cuevas de piedra caliza que llenaban la colina. Había una sola salida: una estrecha grieta a tres metros de altura en la pared más alejada y accesible por unos escalones cortados en la roca viva.

—Ahora que sabemos que en este lugar hay trampas —dijo Linda al pie de la escalera—, yo iré adelante. Eric, tú me sigues; luego Alana, y por último Mark. A partir de este momento permaneceremos juntos, nada de explorar por libre. Que todo el mundo permanezca alerta y que esté atento a cualquier cosa inusual: una piedra extraña, escrituras en las paredes, lo que sea.

Subieron la escalera. La altura era suficiente, pero el túnel era tan angosto que resultaba difícil caminar sin rozarlo con los hombros; subía en un ángulo muy agudo y, en un espacio tan reducido, resultaba difícil caminar. Un paso en falso podía hacer que se torcieran un tobillo. Linda iba concentrada en sus movimientos y al mismo tiempo muy atenta al peligro; gracias a ello, vio el alambre mucho antes de tocarlo.

Era un delgado filamento de cobre que se extendía a través del túnel a la altura de las pantorrillas; un extremo estaba sujeto a la pared con un tornillo de hierro, y el otro desaparecía en la oscuridad. Se lo señaló a los demás y pasó por encima con mucho cuidado.

La pendiente acababa treinta metros más allá del alambre, en una pequeña habitación con el techo bajo. Tuvieron que arrastrarse por debajo de un caballete de madera colocado en la salida del túnel. El alambre estaba enrollado en una palanca de metal que caía hacia atrás cuando se pisaba el filamento. Este, a su vez, soltaba una bola de piedra colocada en un soporte inclinado. La bola tenía unos noventa centímetros de diámetro y debía de pesar media tonelada. Un impacto directo, después de rodar y saltar por el túnel, aplastaría a un hombre, y bastaría un roce para partirle los huesos.

—Tendríamos que lanzarla —propuso Mark, sobre todo porque el niño que había en él quería ver la piedra rodando por el túnel.

—Déjala —dijo Alana. La arqueóloga detestaba alterar lo que era el hallazgo de su carrera.

—Prometido —manifestó Linda. Cogió una piedra del suelo y la calzó debajo de la bola. Incluso si alguien pisaba el alambre y movía la palanca, la calza impediría que se moviese.

Había otros objetos hechos por el hombre en la habitación: un viejo cofre de madera sin tapa, una vaina de espada vacía para una de las temibles cimitarras hechas de latón de los corsarios berberiscos, un par de rollos de cuerda y media docena de varillas de metal que Mark identificó como baquetas. Aprovecharon la pausa para cambiar las pilas de las linternas, y continuaron con la exploración.

Tres túneles salían de lo que ahora llamaban «la sala de la piedra». Recorrieron uno de ellos sin problemas y ya estaban a medio camino del segundo cuando Linda pisó un gatillo oculto. Solo cedió muy poco debajo del pie, pero supo al instante que tendrían problemas.

Justo debajo de la superficie del suelo arenoso, había una tabla de madera enterrada y disimulada con mucha habilidad. Su peso hizo que una punta de acero rozara un trozo de pedernal debajo de la tabla lo suficiente para producir una chispa que encendió una mecha. El barril de pólvora estaba oculto un poco más allá dentro del agujero y contenía explosivos suficientes para matarlos a los cuatro.

Linda saltó hacia atrás y, en un placaje que habría enorgullecido a un jugador profesional, empujó a sus tres compañeros y los hizo caer al suelo. Pero el estallido no se produjo. Sin embargo, la pólvora se encendió y ardió de forma desigual en un chisporroteo que llenó el túnel con un asfixiante humo blanco. Los doscientos años transcurridos desde que habían colocado la trampa habían hecho que la acidez de la pólvora carcomiera el barril de madera, así que cuando se incendió no había nada que retuviese el fuego y provocara la detonación.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Linda en cuanto se consumió el último resto de pólvora.

—Eso creo —respondió Alana, conteniendo la tos.

—Tengo la sensación de haber disputado tres asaltos con Eddie en su *dojo* —comentó Eric, que se frotó las costillas donde le había golpeado el hombro de Linda—. Nunca pensé que alguien tan pequeño pudiera pegar tan fuerte.

—Es asombroso lo que un poco de adrenalina puede lograr. —Linda se puso de pie y se quitó el polvo de las prendas—. El hecho de que haya trampas en este túnel me dice que vamos por el camino correcto.

Continuaron la marcha, y el túnel comenzó a subir. No había manera de saber a qué profundidad habían llegado o en qué punto estaban en relación con la ribera, pero todos ellos estaban convencidos de que se acercaban.

Vieron pruebas de que había gente que había pasado mucho tiempo en esta parte de la caverna. Distinguieron marcas en la arena que cubría el suelo donde habían caminado los hombres que probablemente habían construido las diabólicas trampas que habían superado. En dos ocasiones más, Linda detuvo al grupo para inspeccionar el suelo, pero no encontraron más bombas ocultas.

El túnel seguía en un ángulo cerrado. Linda asomó la cabeza antes de continuar y se detuvo de inmediato. A la vuelta había una puerta de hierro encastrada en la roca. El metal tenía un tono rojizo, un rastro de óxido debido a la exposición al aire húmedo cuando el río llevaba agua. No había cerrojos ni cerraduras. La puerta era una plancha de metal sin ninguna característica, así que dedujeron que las bisagras debían de estar al otro lado.

Linda hincó una rodilla en tierra para buscar en su mochila.

Mark se movió hasta ponerse delante mismo de la puerta y abrió los brazos en un

gesto teatral.

—Ábrete, Sésamo —exclamó. La puerta no se movió. Miró a Alana—. Vaya, creía que funcionaría.

—Esto sí funcionará. —Linda se irguió, con un trozo de explosivo plástico en la mano.

Utilizó un pedazo de cartón arrancado de una caja que había en su botiquín de primeros auxilios para deslizado entre la puerta y el marco. De ese modo sabría en qué lado estaban las bisagras y podría colocar las cargas sobre ellas. Buscó unos detonadores de dos minutos y los clavó en el explosivo.

—¿Vamos? —dijo con voz dulce, y los cuatro se retiraron a unos cincuenta metros. La distancia apagó el sonido, pero la onda expansiva llegó con la fuerza suficiente para agitarles las prendas.

Cuando volvieron, la puerta ya no estaba sujeta a las bisagras y descansaba tres metros más allá, en la siguiente parte del túnel. A diferencia de la claustrofobia que habían sentido en gran parte de la cueva, la cámara donde estaban ahora era enorme. Era más larga y más ancha que el alcance de la luz de las linternas. El techo estaba a más de doce metros por encima de sus cabezas. Parte de la cueva era de piedra caliza, como las demás que habían visto desde que habían entrado, pero la pared de la derecha era un montón de escombros; las piedras correspondían a la voladura de la entrada cuando Henry Lafayette emprendió el largo viaje de regreso a casa.

En el lado izquierdo había una plataforma elevada que parecía haber sido en otro tiempo el muelle de Suleiman al-Jama. Amarrada y un tanto inclinada, porque la quilla descansaba en el suelo y no flotaba como debía, estaba la nave del infame corsario, el *Saqr*.

Le habían quitado el mástil y guardado los aparejos para que pudiese entrar en la cueva, pero por lo demás parecía estar a punto para navegar de nuevo. El aire seco había preservado a la perfección el casco de madera. Desde la popa, las bocas de las grandes piezas de artillería parecían enormes agujeros negros.

Cuando miraron con más detenimiento, desde lo alto del muelle, vieron los daños que había sufrido durante el combate con el queche estadounidense *Siren*.

Partes de las bordas habían volado por los cañonazos, y había una docena de lugares donde el fuego había quemado la cubierta. Faltaba uno de los cañones y, a juzgar por los daños alrededor de su emplazamiento, había explotado en algún momento de la batalla y había caído al agua.

—¡Esto es increíble! —exclamó Alana, casi sin aliento—. Es un trozo de historia viva.

—Casi puedo escuchar el fragor de la batalla —manifestó Mark.

Había mucho más que explorar, pero durante varios minutos los cuatro se limitaron a admirar la nave.

Un fugaz movimiento a su derecha captó la atención de Eric y lo sacó de su ensimismamiento. Dirigió la linterna hacia los restos de la puerta destrozada justo en

el momento en el que entraba una figura. Estaba a punto de gritar «¿Quién va?» cuando un fusil de asalto comenzó a disparar a unos tres metros de su posición, a juzgar por los fogonazos en la oscuridad.

En el medio segundo transcurrido antes de que reaccionase, vio a varios pistoleros más en la luz desigual. Las balas silbaron alrededor del grupo cuando otras armas se sumaron al tiroteo.

No tenían idea de cómo los hombres de al-Jama los habían encontrado tan pronto, pero lo habían logrado. Su superioridad numérica era de casi tres a uno, tenían más municiones, estaban preparados para el combate y controlaban la única salida de la cueva.

Juan se tomó un momento para contemplar el mar. Era una visión que nunca lo cansaba. Para él, era el misterio, la majestuosidad y una promesa de lo que había más allá del horizonte. Podían ser las aguas de una laguna tropical o la furia de un ciclón asiático que levantaba la superficie en olas que se extendían a lo largo de varias millas. El mar era sirena y adversario, y esa dualidad hacía que su amor por él fuese todavía más fuerte.

Cuando había concebido la corporación, establecer la base en un barco había sido la decisión lógica. Les daba movilidad y anonimato. Pero, en secreto, le había complacido que necesitaran un barco como el *Oregon*, con el que podría disfrutar de momentos como este.

Apenas soplaba una ligera brisa, y las olas lamían con suavidad el casco como si el barco fuese un bebé mecido en la cuna. A esta distancia de la costa el aire era fresco, con ese regusto salino que le recordaba su infancia en las playas del sur de California.

—Capitán, si me lo permite —dijo una voz—, no deseo molestarlo, pero quería darle de nuevo las gracias antes de marcharme.

Juan se volvió. Delante, vestido con un traje del taller de magia estaba el exministro de Asuntos Exteriores libio. Le tendía la mano.

Cabrillo se la estrechó con sincero afecto.

—No es necesario.

Juan quería asegurarse de que todos los rescatados dejasen el *Oregon* antes del anochecer. Tenía la más absoluta confianza en la capacidad de su barco y en la tripulación, pero a ningún capitán le gusta dejar a otras personas en los botes salvavidas, y hacerlo durante la noche solo aumentaba los riesgos. Miró desde el puente a los hombres y las mujeres agrupados en la cubierta, a la sombra de uno de los botes salvavidas.

No habían podido dar prendas nuevas a todos, así que muchos aún vestían los harapos de cuando habían estado prisioneros. Al menos, habían tenido la oportunidad de comer y bañarse. Unos pocos vieron que miraba y lo saludaron. Al cabo de unos instantes todos lo aplaudían.

—Estarían muertos de no haber sido por usted —afirmó el ministro.

Juan miró de nuevo al diplomático.

—Entonces sus vidas son un agradecimiento suficiente. Estaremos en contacto con los tripulantes que los acompañarán, para que sepan en todo momento lo que está ocurriendo. Los recogeremos con la primera luz del alba. Si algo sale mal, mis hombres los llevarán a Túnez. Desde allí, será cuestión suya adónde vayan.

—Regresaré a casa —aseguró el libio con voz firme—, y de alguna manera

recuperaré mi trabajo.

—¿Por qué lo detuvieron? ¿Fue Ghami quien lo ordenó?

—No. El ministro de Justicia. Un rival político. Un día era el ministro de Asuntos Exteriores, y al siguiente me metieron en una furgoneta y Ghami ocupaba mi puesto.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—El 7 de febrero.

—¿Qué era antes Ghami? Trabajaba en su ministerio, ¿verdad?

—Es lo que él quiere que la gente crea. No sé qué hacía antes de ocupar mi cargo, pero no trabajaba en el ministerio. Por lo que he podido averiguar consiguió un encuentro con el presidente Gadafi, algo muy difícil. Al día siguiente se anunció que me habían detenido y que Ghami había sido nombrado en mi lugar.

—¿Podría tener algo con lo que hubiera presionado a Gadafi?

—No se puede presionar a un hombre que es presidente de por vida.

—Espere un momento. —Juan entró en el puente y cogió el micro montado en el mamparo. El oficial de guardia en el centro de operaciones respondió de inmediato—. Hazme un favor —dijo Cabrillo—. Busca en los archivos de la prensa internacional cualquier delito en el que estuvieran mezclados ciudadanos libios hasta un mes antes del 7 de febrero de este año.

—¿Qué sospecha? —preguntó el diplomático cuando Juan apareció de nuevo en el puente.

—No se da un trabajo como el suyo a un completo desconocido sin una razón. —Juan quería llamar a Overholt y por lo menos conseguir que el vicepresidente no asistiese a la cena de esa noche—. Todavía no sé si Ghami está relacionado con Suleiman al-Jama, pero no me fío ni un pelo de este tipo. Ha montado un gran espectáculo en los círculos diplomáticos, y organizar la cumbre es el logro de toda una vida... —La voz de Juan se apagó.

—¿Qué pasa?

—El momento y el hecho de que sea usted quien es. —Su voz se hizo más firme—. No es una coincidencia que estuviese prisionero en un campamento terrorista dirigido por al-Jama. Hay una relación entre él y Ghami.

—Capitán, debe usted saber algo de mi país de lo que no estoy particularmente orgulloso. Hemos acogido a muchos combatientes para que se entrenasen en nuestro suelo y permitirles utilizar a nuestros prisioneros políticos es bastante habitual.

—Creía que su gobierno había renunciado al terrorismo.

—Lo ha hecho, pero hay muchos que no están de acuerdo con esa política. Nuestro ministro de Justicia es uno de ellos. Sé a ciencia cierta que ha ayudado a al-Jama en el pasado.

—¿Me está diciendo que Ghami es de fiar?

—Por mucho que me duela admitirlo, es posible. Aunque tengo muchas más razones de las que usted cree para pensar mal de él. Ese hombre se quedó con mi puesto y ahora incluso vive en mi casa.

Sonó el intercomunicador del puente. Juan entró y pulsó el interruptor.

—¿Has encontrado algo?

—Nada espectacular, si es lo que buscabas. Un repaso rápido ha dado como resultado un par de libios detenidos por contrabando de heroína en Amsterdam, y uno muerto en un accidente de tráfico en Suiza, donde perdieron la vida otras cuatro personas. Un libio que vivía en Hungría fue arrestado por violencia doméstica, y otro por intento de asesinato tras una disputa con un tendero al otro lado de la frontera de Túnez.

—De acuerdo. Gracias. —Juan se volvió hacia el exministro—. Nada de nada.

—¿En qué pensaba?

—En realidad, no lo sé.

Debajo de ellos, estaban bajando de los pescantes el bote salvavidas de cuarenta asientos, para que los refugiados pudiesen subir a bordo a través de un paso en la borda. Tendrían que llenar los botes más allá de su capacidad normal para poder sacarlos a todos del *Oregon*. Las embarcaciones estaban totalmente cubiertas y podían resistir un huracán debido al diseño de sus cascos, que los mantenían siempre en la posición correcta. En el peor de los casos, los antiguos prisioneros estarían apretujados pero en ningún momento correrían un peligro real.

Juan estrechó la mano del diplomático por segunda vez.

—Buena suerte.

Cabrillo esperó hasta que el último de los libios estuvo a bordo. Hizo un gesto a Greg Chaffee, que no mostraba ninguna alegría por estar con ellos. Una vez más, Juan pensó que no le hacía ninguna gracia que Alana Shepard se hubiese marchado con Linda y los demás sin decírselo.

Antes de que cruzara la escotilla de plexiglás y la cerrase hizo un gesto al técnico de operaciones generales que estaría al mando del bote salvavidas. Los pescantes tensaron los cables y bajaron la embarcación por un costado del *Oregon*. Un minuto más tarde, desengancharon los cables desde el interior del bote y pusieron en marcha el motor. Se alejó lentamente del gran carguero.

Arriaron el segundo bote salvavidas por la banda de babor, y fue a reunirse con el primero. Ambos permanecerían juntos a lo largo de la noche y, con suerte, estarían otra vez a bordo para la hora del desayuno.

Juan bajó en el ascensor escondido detrás de la timonera hasta el centro de operaciones y se acomodó en su butaca. Aún no tenía un plan definido sobre cómo se acercarían al *Sidra* o cómo podrían no hundirlo después de haber rescatado a la secretaria de Estado. En una esquina de la pantalla principal aparecía el radar. Debido a la superior capacidad de los sensores del *Oregon*, los libios no tenían ni idea de que estaban siendo vigilados mientras navegaban a solo una milla de la costa, con rumbo este y a una velocidad de ocho nudos. La única embarcación en el radar era un superpetrolero que navegaba con un rumbo paralelo, probablemente hacia la terminal de Az-Zawiya.

Consultó su reloj. La recepción diplomática en la casa de Ali Ghami comenzaría en poco más de una hora. Era probable que los invitados ya estuviesen yendo hacia allí. Dentro de dos horas sería noche cerrada. La luna en cuarto creciente no aparecería hasta bien pasada la medianoche, lo que restringía mucho el tiempo para llevar a cabo la operación.

Para distraerse, y con la ilusión de despejar la mente y dejar paso a la inspiración, Cabrillo buscó en internet los informes de la policía relacionados con los casos de los libios. El accidente de tráfico había sido brutal. Tres de las víctimas se habían quemado hasta el punto de hacer imposible la identificación, así que habían tenido que apelar a los registros dentales para dar con los nombres. Al libio, un estudiante, lo habían identificado porque conducía un coche de alquiler.

Leyó otro par de informes, siempre pensando en la conversación que había mantenido un rato antes en la cubierta. Buscó una foto del ministro de Justicia libio, y se encogió. Era un hombre feo, con la nariz bulbosa y deformada, unos ojos pequeños y una enfermedad en la piel que le daba la apariencia de tener el rostro arenoso.

Además estaba desfigurado. Le faltaba la mitad de la barbilla, y los injertos para tapar el agujero habían dejado unas cicatrices tensas y brillantes. La biografía oficial decía que la herida había sido provocada por el bombardeo estadounidense a Trípoli en 1986, pero al investigar un poco más en la base de datos de la CIA, Cabrillo se enteró de que el ministro había recibido una brutal paliza a manos de un marido cornudo.

Cabrillo hizo una mueca. Comparó estos informes con la impresión que le había dado el anterior ministro de Asuntos Exteriores. Ese tipo tenía mucha clase, se dijo. Había perdido el trabajo, lo habían encarcelado y obligado a realizar trabajos forzados y no obstante se resistía a acusar a Ghami de haber orquestado todo el asunto. Parecía más alterado porque Ghami estuviese viviendo en su casa.

—Debe de ser una casa cojonuda —murmuró Juan para sí mismo.

Tardó unos minutos en entrar en la red un artículo de la casa de Ghami donde figuraba la dirección. También encontró las coordenadas GPS y las introdujo en Google Earth. Mientras el ordenador se enfocaba en la ubicación precisa, los píxeles se borraron por un momento. Cuando se definieron, Cabrillo saltó de su butaca con tanta violencia que sorprendió al resto de los ocupantes del centro de operaciones.

Pulsó el intercomunicador en el brazo de la butaca.

—Max, sube aquí de inmediato. Tenemos un problema.

Cabrillo miró de nuevo la imagen del satélite. La casa estaba aislada en el desierto, a kilómetros de cualquier otro edificio, y rodeada por un muro. El camino de coches llegaba hasta la casa antes de volver sobre sí mismo tras pasar por debajo de una marquesina. Había un solarío de cristal a un lado, y el jardín trasero era un laberinto de setos. En el techo destacaba una antena parabólica.

Había visto esta misma disposición por primera vez en un decorado hacía menos de cuarenta y ocho horas.

Lo comprendió todo en aquel momento. El ataque estaba planeado para esa noche. Al-Jama quería hacerlo antes de la conferencia, para demostrar simbólicamente que la paz nunca tendría una oportunidad. Como conocía la capacidad del terrorista para organizar un gran espectáculo y su preferencia por los decapitamientos, intuyó cómo comenzaría el ataque. Se imaginó el grácil cuello de Fiona Katamora inclinado y un hombre junto a ella con una espada.

Cuando cerró los ojos, la espada bajó con un brillante relámpago.

El verdugo observó la habitación con ojo crítico. De momento estaba solo, pero había mucho espacio para los testigos, aunque habían tenido que hacer un sorteo para escoger a los afortunados. El telón negro, un trozo de tela gruesa colgado de una tubería, estaba en su lugar. Ya habían probado la cámara montada en el trípode; la conexión funcionaba sin problemas. Había un grueso plástico en el suelo para facilitar la limpieza posterior.

Recordó la primera vez que había usado una espada para decapitar a un hombre. El corazón de la víctima estaba acelerado y la presión sanguínea muy alta, así que cuando cortó la cabeza parecía un surtidor. Salió tanta sangre que optaron por abandonar la casa segura que habían utilizado en Bagdad en lugar de ocuparse de limpiarlo todo.

Esta noche sería su undécima ejecución, y para él, la más satisfactoria. Nunca antes había matado a una mujer. Al menos, no con una espada. Aunque desde que había empuñado las armas había matado a docenas de mujeres en atentados desde Indonesia hasta Marruecos. Y en los combates con los estadounidenses en Afganistán e Irak, las balas perdidas sin duda habían matado a otras.

Pero no pensó demasiado en ellas. Al-Jama había dado unas órdenes y él las había ejecutado. Le pesaba en la conciencia tanto como si le hubiera ordenado que estrechase las manos de sus víctimas en lugar de volarlas en pedazos.

Por supuesto, la ironía, y un secreto a voces dentro de la organización era que él no era un musulmán practicante. Había nacido en la fe, pero sus padres nunca habían sido devotos seguidores, y solo había ido a las mezquitas los días santos. Fue en busca de al-Jama después de servir durante un tiempo en la legión extranjera francesa, donde había adquirido una sed de lucha que aún debía saciar. Combatía, mataba y hería porque era lo que deseaba, no por alguna insensata convicción religiosa que dijera que era la voluntad de Alá.

No intentaba comprender las motivaciones de aquellos que combatían con él, siempre que acatasen las órdenes. No obstante, admitía que el miedo a perder el paraíso mantenía a los combatientes motivados hasta un punto que solo los ejércitos mejor preparados podían conseguir. La capacidad de convencer a las personas para que se inmolaran era un arma con la que no podía competir ningún arsenal del mundo. Iba tan en contra del concepto de los occidentales de proteger la vida, que los efectos se extendían del epicentro de la explosión hasta el corazón de cualquiera que se enterase del hecho.

Un subalterno golpeó con suavidad en el marco de la puerta.

—¿Está todo como deseas, Mansur?

—Sí —respondió, con expresión ausente—. Está bien.

—¿Cuándo tendremos a la puta estadounidense?

—No llegará hasta momentos antes de la ejecución. Sé por experiencia que cuando están más aterrorizados es en los primeros instantes de darse cuenta de que van a morir.

—Como desees. Si necesitas cualquier cosa, estoy ahí fuera.

El verdugo no se molestó en responder, y el hombre se marchó. Dudaba de que la mujer suplicase por su vida. La había visto solo unos momentos pero había apreciado su desafío. En realidad lo prefería así. A los hombres les gustaban los llantos y los lamentos, pero a él le resultaban molestos. Sí, esa era la palabra, molesto. Mejor era aceptar el destino que rebajarse a suplicar inútilmente. Se preguntaba si de verdad creían que suplicar detendría su ejecución. Cuando se encontraban con él, la muerte ya era inevitable, y suplicar era tan inútil como pretender acabar con una avalancha levantando los brazos. No, la mujer no suplicaría.

—Vigilad el flanco derecho —dijo Linda y disparó una ráfaga por encima de la borda del *Saqr*—. Están intentando rodearnos moviéndose por la pared derrumbada.

El fogonazo provocó una respuesta desde cuatro puntos distintos.

Eric ya estaba preparado, seis metros más allá, en la cubierta. Disparó hacia donde se ocultaba uno de los terroristas, pero en la absoluta oscuridad de la cueva no tenía ni idea de si había hecho blanco.

Tras los primeros descontrolados segundos de la pelea, ambos lados se habían apresurado a organizarse. Linda le había ordenado a los suyos que subiesen a bordo, porque era donde tenían más protección, mientras que el jefe terrorista gritaba a sus hombres que no desperdiciaran la munición y se preparasen para el asalto.

Se acercaron deprisa; encendían y apagaban las linternas como luciérnagas para ver el terreno sin exponerse demasiado. El equipo de la corporación concentró sus disparos en los hombres con las luces antes de comprender su error. Solo las encendían cuando estaban a cubierto. La luz iba destinada a los que iban delante.

—Vamos, vamos —se animó Mark a sí mismo mientras buscaba en la mochila, arrojando las cosas sin el menor cuidado—. Sé que está aquí.

Las balas perforaron un costado de la nave; algunas de las que pasaron por una de las troneras arrancaron astillas de madera a unos pocos centímetros de donde estaba agachado.

Linda gritó a Eric:

—¡A mi señal! ¡Ya!

Ambos se levantaron y abrieron fuego. Mientras corría para buscar refugio, uno de los terroristas cruzó por accidente el rayo de luz de su compañero. Estaba trepando por la vieja ribera para subir al puente. De haberlo logrado, habría podido barrer la cubierta con sus disparos y acabar él solo con la batalla.

La luz apenas iluminó su pierna, pero fue suficiente. Linda ajustó la puntería,

calculó dónde estaría el torso y disparó de nuevo. Su recompensa fue un alarido que sonó por encima del tableteo de los fusiles de asalto.

Eric y ella volvieron a agacharse cuando las balas silbaron a su alrededor.

—Esto es una locura —jadeó Eric.

No podía ver la sonrisa de Linda, pero la adivinó en su voz cuando dijo:

—Nunca he estado en un combate que no lo fuese.

Algo pesado golpeó contra la popa del barco.

—¡Abajo! —gritó Linda.

Un instante más tarde, estalló una granada. La metralla voló sobre los cuerpos tendidos, y arrancó parte de la madera del barco.

A Linda le pitaban los oídos, pero no permitió que eso la distrajese. Con la granada solo pretendían mantenerlos inmóviles unos segundos, pero estaba decidida a no darles ni siquiera eso.

Espió por encima de la borda. Las luces se movían de un lado de la entrada de la cueva al otro. Dominó el miedo que recorría sus venas. En realidad, eran dos contra una docena, porque Alana no tenía un arma y Mark Murphy era incapaz de disparar aunque le fuese la vida en ello.

Linda buscó en la bolsa de munición colgada del arnés de combate y sacó un trozo de explosivo plástico. Al tacto escogió un detonador de sesenta segundos, lo colocó en el explosivo y lo arrojó por encima de la borda. Disparó tres veces y se agachó de nuevo.

—Tenemos que evitar que nos rodeen —dijo a Eric—. He lanzado un trozo de explosivo plástico. Cuando estalle busca algunos objetivos.

Aprovechó la oportunidad para cambiar el cargador, porque no tenía claro cuántos disparos había hecho. Si tenía tiempo, pediría a Alana que llenase los cargadores.

La explosión se produjo un momento más tarde. La onda expansiva fue como un puntapié en el pecho, a pesar de que estaba preparada. La bola de fuego chocó contra el techo e iluminó la cueva con una luz demoníaca.

Linda y Eric abrieron fuego. Los terroristas, pillados al descubierto, corrieron a buscar refugio, pero las balas pasaron junto a ellos antes de que pudiesen afinar la puntería y abatirlos.

La réplica llegó desde ocho puntos distintos. La barbilla de Linda empezó a sangrar después de que la alcanzara una astilla arrancada de la borda; por mucho que quisiera aprovechar el último resto de luz, tuvo que mantenerse agachada ante la brutal descarga.

Cuando disminuyó, disparó a ciegas hacia la ribera debajo del muelle, por si alguien intentaba trepar de nuevo. Entonces, por encima del fuerte hedor de la cordita, olió algo mucho más conocido: el humo de madera.

Miró a popa. Una parte de la cubierta alcanzada por el estallido de la granada comenzaba a arder. La llama era pequeña y humeante, pero crecía por momentos. Si no conseguían contenerla, podían darse por muertos. La nave se convertiría en su pira

funeraria.

—Mark, encárgate de eso. Te cubriremos.

Alana se arrastró desde su lado para acercarse a Linda.

—Está ocupado en algo. Ya lo haré yo.

—Mantente agachada —le advirtió Linda, impresionada por el coraje de la arqueóloga.

Las llamas crecieron. Primero iluminaron la popa, pero como un sol naciente, el alcance de la luz aumentó muy deprisa. Los terroristas lo aprovecharon de inmediato. Al ver la nave con más claridad, su puntería mejoró.

A diez metros de Linda, Alana se deslizó hasta el borde de la zona en llamas. Vio que no era la cubierta lo que ardía sino el banco del piloto. Se puso de espaldas, encajó los pies debajo del asiento y empujó. Pero en vez de volar por encima de la borda, el banco se partió en dos y una lluvia de chispas cayó sobre ella.

Alana se limpió los restos de ceniza donde las chispas le habían quemado la piel; luego se quitó la camiseta por encima de la cabeza y, sin nada para proteger su piel aparte del fino algodón, apagó el fuego con las manos. Mientras tanto, Linda y los terroristas disparaban por encima de su cabeza.

Cuando Alana logró apagar las resistentes llamas, la camiseta se había quemado y había desaparecido la piel de las palmas de sus manos, dejándolas en carne viva. El dolor era insoportable.

Las quemaduras le impedían avanzar a gatas, así que se vio obligada a reptar como una serpiente para regresar junto a los demás.

Linda alumbró con la linterna las heridas de Alana y soltó una exclamación.

—Estaré bien —consiguió decir la arqueóloga.

—Tapaos los oídos —susurró Mark Murphy.

Esperó un segundo para determinar la disposición de las luces de las linternas por encima del fogón de uno de los grandes cañones del *Saqr*. Cuando creyó que era el momento correcto, metió un detonador por el agujero del fogón hasta hundirlo en el explosivo plástico que había metido en el cañón. Mark había improvisado un proyectil con docenas de pequeñas bolas pegadas entre sí.

El detonador estalló, hizo explotar el plástico y el cañón disparó la metralla en un foganazo de tres metros. Las cuerdas que aseguraban el cañón para evitar que el retroceso lo enviase a través de la cubierta se partieron al tensarse demasiado, y las dos toneladas de bronce cayeron por la borda opuesta y se hundieron en la empinada ribera debajo del muelle.

El impacto de la metralla se perdió en el tronar del arma, pero cuando Murphy miró hacia donde había apuntado ya no estaban dos de las tres luces.

Fue como si el disparo de cañón hubiese marcado el final del primer asalto y el inicio del segundo. Los atacantes abrieron fuego con renovada furia, y las balas impactaron en el barco como si quisieran destrozarlo pedazo a pedazo. Los tres miembros de la corporación respondieron, pero la potencia del fuego enemigo los

mantenía inmovilizados.

Los gritos de la carga de los terroristas sonó por encima del estrépito. Avanzaban con todo lo que tenían.

Una bala rozó a Eric en el hombro cuando intentaba disparar para contener el ataque. Como no podía apoyar la culata en la herida para apuntar, puso el arma en automático y barrió el suelo a unos diez metros por delante de la banda del *Saqr*, para crear una cortina de plomo que los terroristas no pudieran atravesar.

Cuando el cerrojo saltó hacia atrás porque se había vaciado el cargador, Murphy cogió el relevo en un desesperado intento de detener la carga. También a él se le acabaron las balas. Linda gritó como una valquiria mientras disparaba. No importaba si alcanzaba a alguien; su única intención era contener a los terroristas hasta que les flaqueara el coraje y corriesen a buscar refugio.

Las balas zumbaban a su alrededor pero, para su alivio, oyó que los fogonazos eran cada vez más lejanos. Habían aflojado la carga. Los habían detenido.

Se deslizó por debajo de la borda, con los músculos temblorosos debido al retroceso del fusil y con todo el cuerpo cubierto con un sudor aceitoso.

—¿Estáis bien? —preguntó mientras el fuego de los terroristas disminuía.

—Me han dado en un hombro —informó Eric desde la oscuridad.

—Todavía estoy cabreado por no haber cogido las gafas de visión nocturna de Linc —dijo Mark, con voz amarga—. Vamos a explorar cuevas y me olvido la pieza de equipo más importante que podíamos necesitar.

—¿Alana?

—Aquí estoy —respondió la arqueóloga en voz baja, con evidente sufrimiento.

—Mark, dale algo de tu botiquín. —El sonido de los disparos que habían oído durante los últimos diez minutos se apagó completamente.

Les zumbaban los oídos, pero no tanto como para no escuchar la voz de un hombre que les hablaba desde la entrada de la cueva.

—Les daré una última oportunidad para que se rindan.

—Dios bendito —exclamó Eric—. Conozco esa voz.

—¿Sí? ¿Quién es?

—La escuché cuando él y el director hablaban a bordo del *Oregon*. Es el práctico, Hassad, Assad o algo así.

—Eso explica la emboscada en la carretera de la costa —dijo Murphy.

—Pero no cambia nada. —Linda pensó unos momentos y luego respondió—. Creo que el general Austin McAuliffe dio la mejor respuesta cuando le pidieron que se rindiese durante la batalla de las Ardenas: «Estáis locos».

—Eso también nos va bien a nosotros —dijo Murphy, en tono sarcástico.

El tercer asalto comenzó con renovada furia.

La primera buena noticia que Cabrillo recibía desde hacía rato era que conocía el superpetrolero que poco a poco adelantaba a la fragata libia. Se trataba del *Aggie Johnston* de la Petromax Oil ULCC, que varios meses atrás el *Oregon* había salvado de ser alcanzado por dos torpedos iraníes porque disparó uno de los suyos contra el submarino que los había lanzado.

Ahora estaban lo bastante cerca para suponer que desde el *Golfo de Sidra* podrían controlar cualquier comunicación. Para evitarlo, había buscado la dirección de correo electrónico del barco en la página de Petromax y había enviado un mensaje al capitán. No era muy práctico, y los mensajes fueron y vinieron durante casi diez minutos hasta que logró convencer al capitán de que le hablaba el comandante del carguero que los seguía a una distancia de un cuarto de milla y no algún chiquillo lunático que escribía desde el sótano de sus padres en cualquier ciudad de Estados Unidos.

Mientras Juan esperaba cada respuesta, lamentaba que Mark y Eddie no estuviesen a bordo. Ellos habrían conseguido entrar en el ordenador principal de la compañía y transmitir las órdenes directamente, en vez de tener que explicar qué querían del gigante marino y por qué.

Un nuevo correo apareció en la pantalla.

Capitán Cabrillo, va en contra de mis principios y de mis años de formación, pero aceptaré hacer lo que me pide, siempre que no nos acerquemos a menos de media milla de la fragata y que usted me dé la misma protección que en el estrecho de Ormuz si nos disparan.

Por mucho que quiera hacer más, debo anteponer el bienestar de mi barco y de la tripulación a mi deseo de ayudarlo sin reservas. He pasado la mayor parte de mi carrera navegando por los puertos de Oriente Próximo y detesto lo que estos terroristas han hecho a la región, pero no puedo permitir que le ocurra nada a mi barco. Como puede imaginar, si estuviésemos transportando petróleo en lugar de navegar con lastre la respuesta habría sido un rotundo no.

Con mis mejores deseos,

James McCullough

PD: Deles una buena zurra de mi parte. Buena caza.

—Por todos los demonios —gritó Juan—, lo hará.

Max Hanley estaba al otro lado de la mesa de cartas, con la boquilla de la pipa sujeta entre los dientes manchados de tabaco.

—Yo no me entusiasmaría tanto cuando pretendes jugar al escondite con una fragata tan bien armada.

—Todo irá como la seda —afirmó Juan—. Estaremos dentro de sus defensas antes de que sepan qué queremos. Prepararemos el abordaje mientras acortamos la distancia y mantenemos el petrolero entre nosotros y el *Sidra*. Hasta donde saben, solo hay un barco que va a adelantarlos. No tienen ni idea de que estamos aquí, y no lo sabrán hasta que el *Johnston* se aparte.

Escribió una respuesta en el ordenador portátil.

Capitán McCullough, usted es la clave para salvar la vida de la secretaria de Estado, y no tengo forma de agradecerle suficientemente a usted y a su tripulación lo que van a hacer. Solo desearía que después pudiese recibir los méritos que merece, pero este incidente debe permanecer secreto. Nos comunicaremos con su puente por medio de la lámpara de señales cuando queramos que comience a apartarse. Será dentro de unos diez minutos. De nuevo, mi más sincero agradecimiento,

Juan Cabrillo

Desplegado sobre la mesa había un esquema detallado de la fragata clase Koni de construcción rusa, donde aparecían todos los pasillos interiores. También estaban presentes Mike Trono y Jerry Pulaski, que dirigirían los equipos de asalto. Ambos eran dos tragasables bien preparados que habían participado en innumerables combates, pero Juan habría deseado que Eddie Seng y Franklin Lincoln hubiesen participado en el ataque. Detrás de Trono y Pulaski, otros diez hombres abordarían la nave libia.

Al otro lado de la ventana de estribor se veían las planchas de acero del casco del *Aggie Johnston*, con su eslora de trescientos metros. Con el *Oregon* lastrado para mantener bajo su perfil y el superpetrolero casi vacío, el *Johnston* parecía dominarlos con su altura incluso a esta distancia. La superestructura en la popa tenía el tamaño de un edificio de oficinas, y la chimenea parecía un vagón de ferrocarril puesto en vertical.

—Bien, volvamos a lo nuestro. ¿Todos estamos de acuerdo en que el lugar más probable para la ejecución es el comedor de la tripulación?

—Es el mayor espacio abierto del barco —dijo Mike Trono. Era un hombre delgado de cabellos castaños que había llegado a la corporación después de trabajar de paracaidista de rescate.

—Para mí tiene sentido —señaló Ski. El gigantesco polaco era un exinfante de Marina que les sacaba media cabeza a todos los demás. En vez de vestir uniformes de combate, los hombres se habían puesto uniformes de marinero que el personal de Kevin Nixon había modificado para que pareciesen los trajes de faena que solían llevar los marineros libios. El instante de confusión que provocaría en sus oponentes ver unos uniformes para ellos habituales pero con unos rostros que no encajaban

podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

—¿Por qué un barco? —preguntó Mike de pronto.

—¿Perdón?

—¿Por qué llevar a cabo la ejecución en un barco?

—Es casi imposible triangular dónde se origina la señal de la transmisión —contestó Max—. Incluso si lo consiguieras, el barco habría desaparecido cuando cualquiera se presentase para investigar.

—Entraremos en el *Sidra* por aquí —dijo Juan y señaló una escotilla en la cubierta principal en medio de la fragata—. Luego pasamos dos puertas a la derecha hasta la primera escalerilla. Bajamos un tramo y vamos a la izquierda, derecha, izquierda. El comedor estará justo delante de nosotros.

—Allí habrá muchísimos marineros como espectadores —señaló Jerry.

—Estaría de acuerdo contigo en otras circunstancias —manifestó Juan—, pero en cuanto hagamos nuestra entrada, llamarán a zafarrancho de combate. Los pasillos estarán desiertos, así que cualquiera que permanezca en el comedor será un terrorista. La tripulación auténtica estará en sus puestos. Matamos a los terroristas, cogemos a la señorita Katamora, y nos largamos de esa bañera antes de que sepan que hemos estado allí.

—Aún hay un problema con tu plan —manifestó Max. Encendió de nuevo la pipa—. No nos has explicado la estrategia de retirada. En cuanto nos apartemos, el *Sidra* nos destrozará. He estado pensando en ello y propongo que lo aborde otro equipo, con cargas explosivas. El *Oregon acabará* con parte de su armamento durante el ataque, y ellos volarán lo que no destruyamos nosotros.

Hanley no era particularmente conocido por sus ideas tácticas, así que Juan se sintió realmente impresionado.

—Vaya, Max, es un plan bien razonado y meditado a fondo.

—Así me lo parecía —dijo Max, orgulloso.

—El único problema es que esos hombres acabarán muertos mucho antes de que puedan acercarse al sistema de armamento primario del *Sidra*. —Juan señaló de nuevo el esquema—. Tienen ametralladoras de calibre 30 situadas en las cuatro esquinas de la superestructura. Podemos eliminar las que vemos, pero las dos que hay en el otro lado están protegidas por el mismo barco. Harían trizas a nuestros muchachos.

—Envía a Gómez con el helicóptero para que las destruya con un misil —dijo Hanley, a la defensiva, al ver que ponían en duda su plan.

—La cobertura de los proyectiles SAM es muy limitada. Nunca llegaría lo bastante cerca.

Max parecía decepcionado, y su voz sonó un tanto huraña cuando preguntó:

—Muy bien, listillo, ¿cuál es tu idea?

Juan apartó los bocetos navales. Debajo había una carta náutica de la costa libia, al sur de su actual posición. Juan señaló con el dedo un punto a diez millas al oeste.

—Ésta.

Max miró donde señalaba Juan y dirigió al director una sonrisa demoníaca.

—Brillante.

—Sabía que te gustaría. Es la razón por la que estamos retrasando el ataque unos minutos. Necesitamos que estén más cerca para que funcione. Si no hay nada más, nos pondremos en posición.

—Vamos allá —asintió Mike Trono.

Los hombres bajaron por las escalerillas exteriores para ir a la cubierta principal. Juan y Max se demoraron un momento.

—Todavía pareces un poco enfadado —dijo Cabrillo a su mejor amigo.

—Vas a meterte en la boca del lobo, Juan. Esto no es como cuando nos colamos en algún depósito en medio de la noche y nos libramos de un par de seguratas. Hay algunos tíos muy malos en aquel barco y me temo que en cuanto se den cuenta de que está pasando algo la matarán sin más, y todo esto no servirá de nada.

Una respuesta graciosa murió en los labios del director.

—Lo sé —afirmó en tono sombrío—, pero si no lo intentamos ya habrán ganado. En cierto sentido, esta guerra comenzó en estas mismas aguas doscientos años atrás. En aquel momento, nosotros, como nación, nos atuvimos a nuestros más profundos principios y dijimos basta. ¿No sería algo grande si cayéramos aquí luchando por la misma causa?

—Por lo menos sería justicia poética.

Juan le dio una palmada en la espalda, con una amplia sonrisa.

—Así me gusta. Ahora, baja al centro de operaciones, y no me estropees el barco en mi ausencia.

Max sacudió la cabeza como un perro fiel.

—Ésa es una promesa que sabes que no puedo cumplir.

En cuanto transmitieron la señal al capitán McCullough, el enorme superpetrolero puso rumbo al sur hacia la fragata libia. Lo hizo de forma sutil y sin previo aviso, pero la distancia entre los dos barcos comenzó a disminuir. Siguiendo el rumbo original, el *Aggie Johnston* habría adelantado al *Sidra*, con una separación de cinco millas, pero a medida que se acortaba la distancia entre los dos, también lo hacía la separación. Pegado a su flanco, el *Oregon* también se acercaba a la presa.

Las radios permanecieron en silencio hasta que el buque cisterna estaba a una milla a popa y a dos millas al norte de la fragata. Juan llevaba una radio portátil mientras esperaba detrás de la borda con sus hombres. El sol empezaba a ponerse detrás de ellos, así que había bajado un poco la temperatura pero de todos modos el metal de la cubierta estaba demasiado caliente.

—Al petrolero que viene por mi popa, aquí el *Golfo de Sidra* de la Marina libia. Se está acercando demasiado para un paso seguro. Por favor, cambie el rumbo y aumente la separación antes de ponerse a la par.

—*Golfo de Sidra*, soy James McCullough del ULCC *Aggie Johnston*. —La voz de

McCullough sonaba suave y culta. Juan se lo imaginaba de una estatura de metro noventa y, no sabía por qué, completamente calvo—. Ahora mismo nos encontramos en una corriente de resaca bastante fuerte. He mandado virar, y comienza a responder. Cumpliremos con sus indicaciones en cuanto podamos, se lo aseguro.

—Muy bien —fue la breve respuesta del *Sidra*—. Por favor comuníquenos si sigue teniendo dificultades.

McCullough se había atendido al guión de Juan, y el primer acto de la obra había ido a la perfección. Por supuesto, el capitán mantendría el rumbo y, al hacerlo, daría más tiempo al *Oregon*.

Pasaron diez minutos, y las velocidades relativas entre los dos barcos habían reducido la distancia en otra media milla. Juan creía que los libios llamarían mucho antes. Consideró una buena señal que no se mostrasen alarmados.

—*Aggie Johnston, Aggie Johnston*, aquí el *Golfo de Sidra*. —El tono del hombre seguía siendo sereno y profesional—. ¿Aún tienen dificultades?

—Un momento, por favor —respondió McCullough como si estuviese agobiado.

Como no respondió durante otros dos minutos, los libios repitieron la pregunta. Esta vez en tono más firme.

—Sí, lo siento. La corriente había aumentado. Ahora estamos saliendo de ella.

—Nosotros no notamos esa corriente que menciona.

—Eso es porque nuestra quilla está sumergida doce metros y se extiende a lo largo de trescientos.

Tranquilo, muchacho, pensó Juan.

Juan y el capitán habían dispuesto que la siguiente llamada la hiciese McCullough. Dos minutos después de la última comunicación estaba otra vez al micrófono.

—*Golfo de Sidra*, aquí el *Aggie Johnston*. Le comunico que acaba de averiarse el mecanismo del timón. He ordenado una parada de emergencia, pero a nuestra velocidad actual nos llevará varias millas. Calculo que pasaré junto a su banda de babor con una separación de media milla. ¿Puedo pedirle que altere su velocidad y rumbo?

En vez de aminorar, el buque comenzó a acelerar; su única hélice levantó un furioso torbellino en la popa. Eso no figuraba en el guión; por ello, Juan supo que McCullough había dejado a un lado sus propias condiciones para acercarse al *Oregon* todo lo posible. Cabrillo juró buscar al capitán y pagarle una copa cuando todo acabase.

El *Sidra* había comenzado a desviarse y a ganar velocidad, pero aún se movía bastante lentamente, así que la maniobra era torpe. El superpetrolero empequeñeció a la nave de guerra cuando comenzó a adelantarla a una velocidad de dieciocho nudos a un tercio de milla de la borda de los libios.

Juan sintió un leve temblor en la cubierta del *Oregon*. Las enormes bombas estaban vaciando el agua de mar de los tanques de lastre. Iban a entrar.

En el centro de operaciones, Max Hanley estaba al timón. Al igual que Juan, había escuchado toda la conversación pero, a diferencia del director, él había visto por lo menos parte de la acción. A su lado estaba el técnico en armamentos. Habían abierto todas las puertas exteriores y sacado toda la artillería. Los cañones de las armas eran como púas de un erizo rodeando todo el barco.

Apagó los chorros de propulsión y luego invirtió el sentido.

El agua estalló en una terrible ola en los tubos de proa, y el barco se detuvo con tanta celeridad que la popa se levantó un poco del agua. Tan pronto como quedó separado del *Aggie Johnston*, quitó la marcha atrás y de nuevo cambió el empuje hacia delante. Las bombas criogénicas que mantenían los motores magnetohidrodinámicos a una temperatura de treinta grados bajo cero comenzaron a zumbar a medida que los chorros exigían más y más energía.

El *Oregon* aceleró como un purasangre y pasó por la popa del superpetrolero trazando una grácil curva. Delante estaba la silueta gris de la fragata libia.

Pudo imaginar la sorpresa en el puente del *Sidra* cuando un barco del doble de su tamaño apareció de pronto sin aviso por detrás del superpetrolero. Después de unos treinta segundos de asombro, en la radio comenzaron a escucharse maldiciones, exigencias y amenazas.

Max colocó el *Oregon* entre los dos barcos en el mismo momento en el que McCullough viraba bruscamente al norte para ganar distancia y seguridad.

—Identifíquese o abriremos fuego.

Esta era la segunda vez que Max escuchaba el aviso, y dudaba que lo repitiesen una tercera. Aún había una brecha suficiente para que el *Sidra* acribillase al *Oregon* con los cañones de tres pulgadas. Resistió el impulso de coger el micro e identificarse como el *Siren*.

En la pantalla vio una nube parecida a una gran bola de algodón que escapaba del cañón de proa del *Sidra*. El proyectil pasó por delante de la proa y estalló en el mar a unos veinte metros de la banda un instante antes de que la onda explosiva del disparo sacudiese al *Oregon*.

—El primer disparo es gratis, amigo mío —dijo Max—. Otro más, y nos quitamos los guantes.

Esta vez disparó el cañón de popa. El obús alcanzó el puente y lo hizo trizas.

Max apenas pudo mantenerse en la silla.

—Ahora sí. Fuego a discreción.

La separación entre los dos combatientes se llenó de proyectiles cuando las ametralladoras Gatling de calibre 30 y los cañones Bofors comenzaron a descargar sus andanadas. Los antiaéreos del *Sidra* se sumaron al fragor de las baterías principales, que disparaban a una velocidad de cuatro disparos por minuto.

El *Oregon* sonaba como una campana con cada impacto. Los proyectiles antiaéreos penetraban el casco pero los detenía el siguiente mamparo blindado. Los obuses lo atravesaban.

Ya había tres camarotes destrozados, y trozos de mármol habían sido arrancados de las paredes del tanque de lastre, que también hacía de piscina. Cada impacto causaba una nueva destrucción. La sala de juntas donde se reunía la plana mayor recibió un impacto directo. La mesa de doscientos cincuenta kilos acabó patas arriba y las sillas de cuero convertidas en astillas.

El sistema antiincendios automático combatía media docena de fuegos simultáneos. Los equipos de bomberos habían recibido la orden de mantenerse en el lado opuesto del barco con el resto de la tripulación, para no arriesgarse durante el duelo.

El *Oregon* respondía a los golpes. Todas las ventanas del puente del *Sidra* estaban destrozadas, y las balas de tungsteno habían atravesado las aberturas y habían acabado con todo el equipo de navegación y dirección. Las balas rebotaban en el blindaje. El bote salvavidas se sacudió como una rata en las fauces de un terrier con los impactos de la Gatling. Al cabo de unos instantes, la embarcación estaba acribillada y colgaba como un borracho de uno de los pescantes.

Ninguna de las armas de menor calibre podía atravesar el blindaje de las torretas, así que el oficial de tiro disparó con el cañón de 120 mm montado en la proa. Como utilizaba el mismo sistema de control de estabilidad que un tanque M1A2, tenía una puntería increíble. El primer proyectil hizo blanco donde la torreta se unía a la cubierta del *Sidra*; todo el conjunto saltó metro y medio en el aire antes de caer, y un humo gris escapó por los cañones.

Los dos barcos continuaron atacando; ambos soportaban un duro castigo mientras continuaba estrechándose la brecha. A quemarropa, no había necesidad de apuntar. Los proyectiles hacían impacto casi en el instante en el que salían de las armas.

No se había visto nada igual en los anales de la guerra naval durante un siglo y, a pesar del peligro, Max Hanley no habría querido estar en ninguna otra parte del mundo.

No sentía lo mismo el director y los hombres en cubierta, que seguían acurrucados detrás de una sección de la borda que había sido reforzada tres veces. A pesar de ello, cuando la descarga de uno de los cañones antiaéreos de calibre 30 barrió la borda, todos se sintieron indefensos.

Juan no podía imaginar que combatir de esta manera pudiera ser algo habitual. La tecnología había convertido la guerra en algo aséptico; la había hecho fría y distante. Pulsar un botón era todo lo que se necesitaba para acabar con el enemigo. Sin embargo, esto era completamente diferente. Percibía el odio. Era como si cada disparo que recibiesen expresara un odio personal.

Lo querían muerto. No solo muerto sino aniquilado, como si no hubiese nacido.

Otro proyectil alcanzó el blindaje, y, por un momento, Juan tuvo la sensación de que sus intestinos se habían licuado. Durante una aterradora fracción de segundo, creyó haber cometido un terrible error.

Pero enseguida se dijo que no, que aquellos hombres no se detendrían hasta que

alguien les hiciese frente. Si no querían atender a razones, tendrían que enfrentarse a las consecuencias de su barbarie.

De repente llegó una brutal sacudida. El *Oregon* había golpeado el casco del *Sidra*. Max había equilibrado el lastre para que las dos bordas quedasen a nivel. Juan empuñó la metralleta y saltó por encima de la borda.

La resplandeciente estela de una granada autopropulsada disparada desde una posición situada detrás de la torreta de popa del *Sidra* pasó unos centímetros por encima de su cabeza y estalló contra el blindaje justo en el momento en el que el resto de su equipo de doce hombres lo seguía. El impacto no pudo ser más afortunado, o peor según para quién. Diez de los hombres se desplomaron en la cubierta, bañados en sangre y con conmoción cerebral. Los dos restantes salieron despedidos hacia delante en el momento en el que una ola separaba un poco las dos naves. Cayeron al agua por la angosta brecha al mismo tiempo.

Max había visto el desastre por el circuito cerrado de televisión y de inmediato apartó al *Oregon* de la fragata de forma que los cascos no chocasen y convirtiesen a los hombres en papilla. No sabía si estaban vivos o muertos, pero ordenó al equipo de rescate que estaba preparado en la bodega que lanzase una Zodiac.

Un técnico movió el joystick para girar la cámara y hacer un barrido de la cubierta del *Sidra*.

—Allí —gritó Max.

Cabrillo estaba solo en el barco libio. Su metralleta humeaba después de matar a un tripulante que intentaba volver a cargar el lanzagranadas. Fue casi como si supiese que la cámara lo enfocaba. Miró hacia ella con la expresión más salvaje que Max había visto nunca y luego desapareció por la escotilla de la fragata.

El embajador Charles Moon estaba fracasando en una de sus principales tareas de la velada. Había recibido la orden directa del presidente de ocuparse de que el vicepresidente no bebiese demasiado durante la recepción ofrecida en la casa del ministro Ghami.

El vicepresidente tenía la falta de control habitual en todos los borrachos, pero no la tolerancia, y ya se había tomado cuatro copas de champán en la escasa media hora que llevaban allí. Habría sido comprensible si supiera que la casa era el probable objetivo de un ataque terrorista, pero se había considerado que era mejor no informar de ello al vicepresidente si querían que el plan funcionase.

Moon dejó la copa, que todavía no había probado, sobre una mesa de mármol y se secó el sudor de las palmas en los pantalones. A su lado, el vicepresidente Donner acabó de contar un chiste obsceno. El grupo de diez invitados que lo escuchaban esperaron un momento antes de reír educadamente. Su secretario de prensa, que esta noche hacía la función de acompañante, lo apartó un poco antes de que comenzara a contar otro.

El diplomático aprovechó la oportunidad para echar una ojeada al elegante salón. La residencia del ministro Ghami era impresionante. Construida de piedra y estuco, parecía un castillo moro, enorme y seguro. La altura de la entrada principal llegaba al tercer piso. Unas elegantes balaustradas de hierro forjado rodeaban los pisos superiores, y la escalera tenía por lo menos seis metros de ancho. Una orquesta tocaba en el primer rellano, donde la escalera se dividía a izquierda y derecha. Interpretaban música clásica con un aire árabe.

Aunque si la casa era impresionante, no lo eran menos los huéspedes. Moon contó al menos diez jefes de Estado entre la elegante multitud. En un rincón, debajo de una palmera iluminada por detrás, el primer ministro israelí hablaba discretamente con el presidente del Líbano y al otro lado del salón el primer ministro iraquí departía con el ministro de Asuntos Exteriores de Irak.

El embajador esperaba que esas personas hablaran cordialmente en una recepción como aquella —después de todo, eran políticos y diplomáticos—, pero tenía la sensación de que había algo más profundo. Veía un sincero optimismo en el deseo de que los Acuerdos de Trípoli fuesen un éxito.

De repente, una voz lúgubre en su cabeza borró ese breve instante de confianza. Antes, debían sobrevivir a esta noche.

El grupo más numeroso rodeaba a Ali Ghami, que presidía la reunión cerca de una bonita fuente de mosaicos. Las miradas de los dos hombres se cruzaron por un momento.

Ghami levantó su copa en un gesto solemne con el que transmitió a Moon que

sabía que el huésped más importante para él no estaba allí.

Fiona Katamora era el tema de conversación de todos. Habían avisado a Moon de que Gadafi, vestido de paisano y no de uniforme, haría un discurso en el que aludiría a su pérdida.

El guardaespaldas de Moon para esa noche, vestido con un esmoquin que no le quedaba nada bien, le tocó el brazo e hizo un gesto en dirección a la entrada abierta de la sala contigua. Colocada con mucha discreción cerca del techo había una cámara de vídeo.

—Hasta el momento he contado cinco —dijo el guardaespaldas.

—¿Para seguridad?

—O para la posteridad. Creo que están encendidas y preparadas para filmar el ataque de esta noche. También he visto que el televisor de plasma de la sala está en modo espera. Los cables están sujetos al suelo en vez de pasar por debajo de la alfombra persa. De esta manera todos los presentes podrán ver la ejecución. Además, es una forma de agrupar a los presentes para el ataque. Creo que habrá una actuación doble, porque he visto una pequeña cámara junto al televisor.

—¿Esto va a pasar de verdad?

—Ése es su plan, pero no se preocupe. Sabemos lo que estamos haciendo.

—¿Han podido distinguir a los verdaderos agentes de seguridad de los terroristas?
—preguntó Moon.

—Los terroristas todavía están fuera. Quienes han planeado este ataque saben que no podrían mantener el disfraz durante mucho tiempo si estuviesen aquí. —El guardaespaldas parecía muy seguro de sí mismo pero no dejaba de mirar con atención a los pocos agentes libios mezclados entre los huéspedes.

Muammar al-Gadafi subió un par de escalones para ponerse por encima de la multitud, con un micro inalámbrico en la mano. La orquesta dejó de tocar, y los hombres y las mujeres se volvieron expectantes para escuchar su tributo a Fiona Katamora.

El líder libio tenía fama de perorar como Fidel Castro. Después de cinco minutos de palabrería, Moon dejó de escuchar. Se secó las manos dos veces durante ese tiempo; sabía que si se quitaba la chaqueta las manchas de sudor en las axilas le llegarían hasta la cintura.

Por sorprendente que fuese, el guardaespaldas a su lado parecía fresco como una rosa.

En la oscuridad de la cueva, Eric cambió a tuestas el cargador de su fusil. Solo le quedaban dos cargadores en la bolsa enganchada del arnés. El hombro le palpitaba al compás de su corazón, y no había tenido tiempo para ocuparse de contener la hemorragia. La sangre resbalaba caliente y pegajosa hasta la punta de sus dedos.

Otra granada lanzada a ciegas golpeó justo por debajo de la borda y cayó al suelo.

La explosión quedó ahogada por el casco, pero sacudió la nave hacia el muelle y de pronto se encontraron con una inclinación de diez grados. Esta vez, la madera reseca se incendió en el acto, pero como las llamas se extendían fuera de la nave no había nada que pudiesen hacer para contenerlas.

—En cuanto esto se ilumine, estamos fritos —sentenció Mark en tono grave.

Linda Ross comenzaba a ver el contorno de su silueta en la penumbra. Sabía que estaba en lo cierto. Hasta entonces, la oscuridad los había salvado, pero cuando el incendio alcanzase determinado volumen e iluminase la cueva la ventaja pasaría a manos de los terroristas. La pregunta era si debían esperar y confiar en que lograrían rechazar el ataque o retirarse y buscar otra manera de escapar de la ratonera.

Tomó la decisión en el momento en el que comprendió sus limitadas alternativas.

—Bien, haremos una cortina de fuego. Mark, Eric, llevaos a Alana, saltad al muelle y dirigíos hacia la entrada. A ver si encontráis alguna posición defendible. Os daré una ventaja de treinta segundos. Dispararé de nuevo y os seguiré.

Rápidamente, se pusieron en fila junto a la borda de la nave. El fuego que ardía a popa aún no era lo bastante grande para iluminar la totalidad de la cueva, pero sí podían ver a una distancia de unos cinco metros. El cadáver del terrorista yacía despatarrado en el suelo en el límite de la visión, una mancha negra debajo del pecho empapaba poco a poco el suelo.

—Fuego —ordenó Linda, y dispararon una descarga sobre los escombros que habían caído tras la voladura que había cerrado la entrada por el lado del río.

En cuanto vaciaron los cargadores, Eric y Mark levantaron a Alana por los brazos. Linda continuaba disparando detrás de ellos, para impedir que los terroristas hiciesen puntería. Los tres pasaron por encima de la borda y saltaron la brecha hasta el muelle. Alana tropezó y de no haber sido por Eric, que la sujetó de inmediato, habría caído sobre sus manos quemadas.

Tan agachados como podían, Mark los llevó hacia delante, con los brazos extendidos. Cuando tocó la pared del fondo, giró a la derecha y continuó avanzando a tientas por la superficie irregular. Alana no podía apoyar las manos en las piedras pero, detrás, Eric la guiaba con una mano en el hombro.

Caminaron a ciegas durante veinticinco metros; sin embargo, los disparos detrás de ellos no parecían alejarse debido a la acústica del reducido espacio.

Mark se arriesgó a encender la linterna. Habían llegado al final del muelle. Había equipos náuticos apilados delante, principalmente rollos de cuerda, pero también había algunos trozos de cadena guardados en cestos de juncos además de maderos para mástiles. Pero lo que más le llamó la atención fue la entrada a una cueva lateral. Había una barra metálica sujeta a la roca; de ella colgaban los restos de lo que una vez habían sido un par de tapices que cuando se unían proporcionaban cierta intimidad al interior.

—Quizá aquí estaremos bien —dijo, y entraron en la cueva.

Eric se apresuró a cerrar los tapices; luego cambió el cargador y montó guardia

mientras Mark alumbraba la caverna, con los dedos sobre la lente de la linterna para reducir la fuerza de la luz halógena.

—Esto es increíble —susurró Alana en tono reverente. Por un momento, olvidó el dolor en las manos y el estruendo del tiroteo en el exterior.

El suelo de la cueva estaba cubierto con varias capas de alfombras orientales para protegerlo del frío de la roca. Otros tapices cubrían la mayor parte de las paredes y daban al recinto el alegre aspecto de una tienda. Había dos catres de cuerdas a un lado; uno de ellos hecho, y el otro revuelto. Había también varios cofres y una gran mesa de escritorio con tinteros y plumas, que se habían marchitado con el paso de los siglos y habían caído a los lados de su soporte de oro. La superficie de la mesa estaba taraceada con adornos geométricos realizados en madreperla. Había libros apilados por el suelo y también en unas estanterías. Un Corán con una encuadernación de lujo ocupaba el lugar de honor junto a una Biblia muy manoseada.

Había un segundo cuarto junto a las estanterías, lleno de cofres del suelo al techo. La tapa de uno de ellos estaba abierta, y cuando Mark miró el interior, lo deslumbró el inconfundible destello del oro.

Intentó buscar alguna abertura detrás de los cofres, pero estaban tan apretados que era imposible encontrarla sin apartarlos. Empujó el que estaba más arriba, para desencajarlo. El cofre no se movió. Si estaba lleno de oro como el de abajo, pesaría casi quinientos kilos.

Le pasó la linterna a Alana, que la sujetó bajo el brazo porque no confiaba en que sus manos pudieran agarrarla con seguridad.

—No hay ninguna salida —informó Mark cuando se reunió con Eric. Este había cargado el fusil de Murphy y se lo dio—. El lado bueno es que moriremos millonarios. Debe de haber cien millones de dólares en oro metidos en la habitación de atrás.

Los disparos en el exterior no cesaban, aunque Linda debía de estar moviéndose porque no escuchaban su arma por encima de las agudas detonaciones de los AK de los terroristas. Ahora, la popa del barco pirata era una tea. Las llamas casi llegaban al techo de la cueva y cada vez el humo era más denso.

Eric no dejaba de susurrar «Marco» y alguien le respondía «Polo».

Linda llegó a la entrada y entró mucho antes de que los pistoleros se diesen cuenta de que se habían movido.

—Dadme buenas noticias.

—Somos ricos —respondió Mark—. Pero estamos atrapados.

Los dos barcos estaban tan cerca el uno del otro que era imposible disparar, así que habían llegado a un letal punto muerto, aunque el *Oregon* utilizaba su mayor tamaño y potencia para empujar la fragata libia hacia la costa. Cada vez que los cascos chocaban, el navío más pequeño se veía forzado a desviarse a estribor para no acabar

aplastado por el carguero. De vez en cuando, algún terrorista valiente, o suicida, asomaba en cubierta e intentaba disparar una granada autopropulsada, pero las ametralladoras calibre 30 antiabordaje lo apuntaban antes de que pudiese fijar el tiro. Las dos granadas que consiguieron lanzar contra el *Oregon* se perdieron por encima del barco, y la única recompensa que obtuvieron los terroristas por sus esfuerzos fue la muerte.

Los pasillos en el interior de la fragata parecían un manicomio, con los equipos de control de daños corriendo en todas direcciones. El humo procedente de un incendio en la parte de proa lo invadía todo, aunque los anticuados filtros funcionaban a plena potencia para despejarlo. Sonaban las alarmas y los hombres gritaban órdenes por encima de los estridentes aullidos.

Todo aquello era música para los oídos de Fiona Katamora, que yacía esposada a la cabecera de la cama en el camarote de un oficial. No tenía ni idea de qué estaba pasando a su alrededor, pero sus secuestradores tenían problemas.

Sabía que después del viaje en helicóptero desde el campo de entrenamiento terrorista la habían subido a bordo de una nave. Lo notaba por el aire salobre que se filtraba a través del saco que le habían colocado en la cabeza, por el rumor de los motores y por el batir de las olas contra el casco. No había sabido en qué tipo de nave estaba hasta que los cañones comenzaron a disparar.

No le sorprendió que Suleiman al-Jama hubiese sido capaz de conseguir una nave de guerra libia. Lo más probable era que todos los tripulantes fuesen miembros de su grupo.

Las explosiones sacudían la fragata, y con cada estallido aumentaba su sensación de bienestar. Desde luego la matarían antes de que se acabase, no se engañaba al respecto, pero la Marina de Estados Unidos se aseguraría de que no tuvieran la ocasión de disfrutar de su victoria.

Una explosión más fuerte que todas las anteriores sacudió la nave, que pareció tambalearse con el impacto. Cuando Fiona ya no escuchó los disparos del cañón de proa, comprendió que el barco de guerra estadounidense había destrozado una de las torretas principales.

La puerta del camarote se abrió. Sus carceleros ocultaban sus facciones con unos pañuelos envueltos alrededor de la cabeza y llevaban los AK-47 colgados a la espalda. Fiona tuvo apenas unos instantes de bienestar; después de quitarle las esposas para levantarla de la cama, la esposaron de nuevo con las manos detrás. Sin decir palabra, la sacaron del camarote.

Los marineros de uniforme apenas la miraron. Estaban demasiado ocupados salvando el barco para vanagloriarse de la recompensa. Fiona cayó contra uno de los mamparos cuando una nueva salva castigó el costado de la nave. La fiereza de la batalla la absorbió tanto mientras iba hacia otro salón mayor que se olvidó de rezar.

Sin embargo, en cuanto vio la tela negra colgada en la pared del fondo, la cámara de vídeo y al hombre con una enorme cimitarra, las palabras brotaron de sus labios.

Había otros hombres en la habitación; terroristas, no marineros libios. Uno estaba detrás de la cámara, otro cerca de él, trasteaba con los controles de una conexión vía satélite. El resto de los hombres enmascarados estaban allí como testigos. Los reconoció por los uniformes, ya que eran como los que llevaban los tipos que habían estado en la base del desierto. El hombre con la cimitarra vestía todo de negro.

Habían desconectado el altavoz de la alarma en el comedor, aunque aún se escuchaba en otras partes del barco.

—Lejos de salvarla —dijo el verdugo en árabe—, ese barco ha recortado nuestro horario en unos pocos minutos. —Miró con dureza a la secretaria de Estado, y ella le devolvió el desafío—. ¿Está dispuesta a morir?

—Por el bien de la paz —respondió Fiona; su voz sonó tan firme como pudo—. Estoy dispuesta a morir desde el momento en que comprendí el valor de ese concepto.

La ataron a una silla colocada delante del telón. Había una lona de plástico debajo de la silla. La amordazaron para negarle unas últimas palabras.

El verdugo hizo un gesto al cámara, que comenzó a filmar. El objetivo permaneció centrado en Fiona unos momentos, para asegurarse de que la audiencia supiese con exactitud quién iba a morir. Entonces, el verdugo se colocó delante de ella con la ornada cimitarra bien a la vista.

—Nosotros, los servidores de Suleiman al-Jama nos presentamos hoy ante ustedes para liberar al mundo de otro infiel. —Leía de un guión mecanografiado—. Es nuestra respuesta a los esfuerzos de los cruzados a obligarnos a aceptar su decadencia. De esta mujer infiel ha llegado la peor de las mentiras, y por eso debe morir.

Fiona se obligó a no escuchar todos aquellos desvaríos y solo atendió las palabras en su mente: «Padre nuestro que estás en los cielos...».

Ver que sus hombres estaban heridos fue un duro golpe para Cabrillo, pero ahora no podía volver atrás. En vez de considerar la retirada, se lanzó hacia delante él solo. Ninguno de los marinos libios le prestó la menor atención. Teniendo en cuenta que había terroristas de al-Jama que utilizaban la fragata como el escenario de la ejecución de Fiona Katamora, un rostro desconocido más no era motivo de alarma. Los pocos hombres que se movían por el interior estaban muy concentrados en su trabajo. Cuando un equipo de bomberos corrió hacia él, Juan se detuvo y se apretó contra el mamparo como haría cualquier marinero.

—Ven con nosotros —gritó el jefe del equipo sin interrumpir la carrera.

—Órdenes del capitán —respondió Juan por encima del hombro, y corrió en la dirección opuesta.

Encontró la escalerilla y bajó los escalones de dos en dos, llevándose por delante a un marinero que subía. En la siguiente cubierta, continuó corriendo hacia el

comedor de la tripulación. Había dos guardias armados delante de la puerta. Uno parecía mirar al interior, y el otro miró a Cabrillo, pero no le hizo caso al creer que formaba parte de la tripulación, por el uniforme. Si Juan necesitaba una confirmación de que había acertado en lo referente a la presencia de terroristas, se la estaban ofreciendo esos dos tipos, con los pañuelos y los AK.

A diez pasos de ellos, Juan escuchó una voz que provenía del comedor que decía: «... matado a nuestras mujeres y niños en sus hogares, bombardeado nuestros pueblos y desafiado la palabra de Alá».

Para él fue suficiente. Con una ira fría nacida de luchar durante tanto tiempo —le parecía que toda su vida— empuñó la metralleta. El terrorista abrió los ojos con sorpresa, pero esa fue la única reacción que le permitió el director. El arma de Cabrillo tableteó en sus manos, y los disparos alcanzaron a ambos hombres en el pecho. Una de las balas arrancó la parte superior del hombro de uno y la sangre manchó como un grafiti obscuro el mamparo a su espalda.

Juan se movía tan rápidamente que tuvo que empujar los cuerpos que caían para entrar en el comedor. Seis hombres armados estaban a su derecha, fuera del alcance de la cámara montada en el trípode. Dos más estaban cerca del equipo de vídeo y un tercero delante, con una hoja de papel en una mano y una cimitarra en la otra.

Fiona Katamora estaba sentada detrás del verdugo, con una mordaza pero con los ojos brillantes.

Cabrillo observó toda la escena en medio segundo e hizo una evaluación de las amenazas en el resto. El verdugo necesitaba apartarse para asestar el golpe mortal, y los hombres que se ocupaban de la cámara habían dejado sus armas en el suelo.

Juan se dejó caer de rodillas para tener una posición de tiro más estable, y luego disparó a los seis terroristas. Dos cayeron antes de saber que Cabrillo se encontraba en el comedor. Un tercero murió mientras intentaba empuñar su fusil. Debido a que el cañón de la metralleta se levantaba cuando disparaba en automático, el quinto hombre recibió dos balazos en la cabeza que esparcieron parte de sus sesos por el aire.

Cabrillo tuvo que soltar el gatillo por un momento para ajustar la puntería. El sexto terrorista abrió fuego antes de que él pudiese apuntar. Las balas golpearon el mamparo a la derecha de Juan y rebotaron en todas las direcciones mientras una lluvia de escamas de pintura caía sobre Cabrillo.

El director situó al atacante en la mira y lo acribilló con una ráfaga que lo lanzó contra un mamparo. Se volvió hacia el verdugo. Ese tipo tenía los reflejos más rápidos que Juan había visto nunca. Habían pasado cuatro segundos desde que había disparado el primer tiro. Cualquier humano normal habría tardado el doble en procesar lo que sus sentidos le decían.

Pero no era el caso del verdugo.

Se movió en cuanto los ojos de Juan lo miraron por primera vez. Se apartó con un ágil movimiento y con la cimitarra en alto; la hoja ya se movía hacia el cuello indefenso de Fiona Katamora antes de que cayese el sexto pistolero.

Estimulado por la adrenalina, Juan observó lo que pasaba como si ocurriese en cámara lenta. Comenzó a mover el cañón de la metralleta, aun a sabiendas de que era demasiado tarde. Disparó de todas maneras; desde el otro lado, el cámara desenfundó una pistola que Cabrillo no había visto.

Juan sintió un terrible dolor en un costado de la cabeza y su visión se oscureció.

Ali Ghami consultó su reloj por décima vez desde que Gadafi había comenzado el discurso. Tampoco dejaba de mirar a un ayudante que se movía cerca de la puerta principal, con un auricular en un oído. Cada vez que sus ojos se encontraban, el ayudante movía la cabeza con mucha discreción.

El guardaespaldas de Charles Moon ya le había hecho observar el comportamiento del ministro libio, y mientras lo observaba con mayor atención vio otras señales de su inquietud. Ghami no dejaba de balancearse sobre los pies, o metía las manos en los bolsillos de su chaqueta solo para sacarlas un segundo más tarde. Muchos de los huéspedes comenzaban a cansarse del largo discurso, que ya se acercaba a la media hora, pero Ghami parecía más agitado que aburrido.

Miró de nuevo a su ayudante. Se había vuelto un tanto, con la mano sobre el oído para escuchar mejor por encima de la voz monótona del líder libio. Al cabo de unos momentos, hizo a Ghami un gesto de asentimiento, con una sonrisa de triunfo en el rostro.

—Comienza la función —dijo el guardaespaldas de Moon con absoluta serenidad.

Ghami subió uno de los escalones para llamar la atención del presidente libio. Cuando Gadafi cortó sus divagaciones sobre Fiona Katamora, el ministro subió otro escalón para susurrarle algo al oído. Gadafi palideció.

—Damas y caballeros —dijo, y su voz, que había sido tan compasiva y clara momentos antes, ahora temblaba—. Acabo de recibir la peor de todas las noticias.

Moon tradujo las palabras al guardaespaldas.

—Al parecer nuestra amada secretaria de Estado consiguió sobrevivir a aquel terrible accidente aéreo. —Su declaración fue recibida con una exclamación colectiva, y por todas partes surgieron murmullos—. Por favor, damas y caballeros, reclamo su atención, por favor. Esto no es lo que parece. Después de la catástrofe, fue secuestrada por fuerzas leales a Suleiman al-Jama. Acabo de recibir el aviso de que están a punto de llevar a cabo su ejecución. El ministro Ghami también me ha dicho que pueden comunicarse con nosotros en esta casa.

Gadafi siguió a su ministro a la otra habitación; muchos de los huéspedes con más sangre fría se amontonaron en los rincones. El guardaespaldas retuvo a Moon en la sala y miraron por encima de los hombros de los demás. Habían encendido el televisor, y su débil resplandor hacía que los presentes tuviesen el aspecto de haberse quedado sin sangre en los rostros. Varias mujeres lloraban.

De pronto, apareció una imagen en la pantalla. La secretaria de Estado Katamora estaba sentada delante de un telón negro. Tenía el pelo desordenado después de todo lo pasado, y sus grandes ojos oscuros se veían inyectados en sangre. La mordaza le tiraba las mejillas hacia atrás en un gesto desagradable, pero de todos modos se veía

hermosa.

Los llantos se intensificaron.

Un hombre que ocultaba sus facciones con un pañuelo a cuadros apareció en la pantalla. Llevaba una cimitarra con una pequeña mella en el filo.

—Nosotros, los servidores de Suleiman al-Jama, nos presentamos hoy ante ustedes para liberar al mundo de otro infiel —dijo—. Es nuestra respuesta a los esfuerzos de los cruzados a obligarnos a aceptar su decadencia. De esta mujer infiel ha llegado la peor de las mentiras, y por eso debe morir.

El guardaespaldas de Moon observaba las acciones de Ghami con gran atención. Algo de lo que estaba pasando en la televisión lo había desencajado.

Gadafi cogió la pequeña cámara de televisión que estaba junto al televisor y la sostuvo a la distancia del brazo.

—Hermano —dijo—. Mi hermano musulmán que se calienta a la luz de Alá, la paz sea con él. Este ya no es el camino. La paz es el orden natural del mundo. La sangre solo trae más sangre. ¿No ves que quitándole la vida no se conseguiría nada? No traerá el final del sufrimiento del mundo musulmán. Solo las palabras pueden hacerlo. Solo cuando nos sentemos cara a cara con nuestros enemigos para discutir qué nos llevó a semejante estado podremos esperar vivir en armonía.

—El Corán nos dice que no puede existir la armonía con los infieles.

—El Corán también nos dice que debemos amar a todas las formas de vida. Alá nos ha dado esta contradicción como una oportunidad para que cada hombre decida. El tiempo para escoger el odio ha terminado. Nuestros gobiernos se han reunido para que podamos hacer esta misma elección para todos nuestros pueblos. Te ruego que bajes tu espada. Perdónale la vida.

Nadie conseguía ver las facciones del verdugo debido al pañuelo, pero su lenguaje corporal se leía fácilmente. Sus hombros se aflojaron, y dejó que la pesada cimitarra desapareciese de la vista.

Entonces, desde el fondo de la sala, se escuchó el sonido de unos pies que corrían, docenas de ellos taconeaban el suelo de mármol.

El plan se desmoronaba.

Ali Ghami arrancó la cámara de la mano de Gadafi.

—Mansur —gritó a su guardaespaldas—. ¿Qué haces? Nuestros hombres están aquí. ¡Mátala! ¡Ahora!

En vez de levantar la cimitarra para cortarle la cabeza, la figura en la televisión ayudó a quitar la mordaza de la boca de la secretaria de Estado.

—Mansur —gritó Ghami de nuevo—. ¡No!

Alguien arrancó la cámara al ministro en el mismo momento en el que sentía el cañón de una pistola en su espalda. Miró por encima del hombro y vio a un hombre asiático, el guardaespaldas de Charles Moon, que estaba detrás.

—El juego ha terminado, Suleiman —dijo Eddie Seng—. Eche una ojeada.

En la pantalla, la persona que Ghami había creído que era su hombre de confianza

se quitó el pañuelo de la cabeza.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó el director Cabrillo, con media cabeza vendada.

—Creo que, como suele decirse, lo has pillado con las manos en la masa.

El pelotón de guardaespaldas personales del presidente Gadafi se detuvo en la entrada para informar de que habían capturado a todo el personal de seguridad en el exterior sin disparar ni una sola bala.

Gadafi, a quien Charles Moon ya había informado de la operación a primera hora de la tarde, se volvió hacia su ministro.

—La farsa ha terminado. Tras recibir una llamada anónima esta tarde, tropas especiales del ejército suizo han asaltado la casa donde tenías prisionero a mi nieto después de simular su muerte en un accidente de tráfico. Está sano y salvo, así que ya no podrás continuar amenazando con morderme como un áspid si no te doy rienda suelta.

»En realidad no sabía que eras al-Jama. Creía que me chantajeabas para obtener tu actual posición, solo por ansia de poder. Pero ahora has confesado ante el mundo. Tu culpa está muy clara, y tu ejecución será rápida. Te prometo que trabajaré sin descanso para eliminar de mi gobierno a cualquiera que haya hablado bien de ti.

Gadafi abrió los brazos para abarcar con un gesto a todas las personalidades presentes en la sala.

—Estamos unidos y rechazamos tus métodos. El fracaso de tu plan para matar a los dirigentes de otras naciones musulmanas será un aviso para todos los que se interpongan en el camino de la paz. Llevaos a este infame lejos de mi vista.

Un fornido soldado libio sujetó a Ghami por el cuello y se lo llevó a través de la asombrada multitud.

Desde el televisor llegó la voz de una mujer.

—Señor presidente, yo no hubiese podido decirlo mejor. —Fiona Katamora estaba junto a Juan—. Quiero asegurar a todos los presentes que mañana por la mañana estaré en la mesa de negociación a las nueve de la mañana en punto, para que todos juntos podamos iniciar una nueva era.

La bala que había rozado la cabeza del director en el comedor de la fragata solo lo había aturdido unos segundos, mientras que la única bala que había conseguido disparar había logrado algo mucho más notable. Había golpeado la cimitarra cuando bajaba, y desviado el golpe del verdugo. La hoja se había clavado en el respaldo metálico de la silla, que había caído a un costado y había lanzado a Fiona a la cubierta.

Tumbado en el suelo, Juan había disparado otras dos ráfagas de tres disparos que habían matado al cámara y a su ayudante. El verdugo, que había perdido el arma, se apartó de Fiona con las manos por encima de la cabeza.

—Por favor —suplicó—, estoy desarmado.

—Quítale las esposas —ordenó Juan—, y la mordaza.

Antes de cumplir la orden, el hombre que había amenazado la vida de la secretaria de Estado se orinó encima.

—Es un poco más duro enfrentarse en combate con hombres armados que liquidar a inocentes con una bomba, ¿verdad? —se burló Juan. Cuando le quitaron la mordaza, preguntó a la secretaria de Estado—: ¿Se encuentra bien?

—Sí. Eso creo. ¿Quién es usted?

—Digamos que soy el espíritu del teniente Henry Lafayette; solo eso. —Juan sacó la radio del bolsillo del pantalón—. Max, ¿me recibes?

—Ya era hora de que llamas —respondió Max con tanta aspereza que Cabrillo comprendió que estaba desesperado.

—La tengo y vamos hacia la salida.

—Hazlo deprisa. El *Sidra* está acelerando, y solo disponemos de unos dos minutos para que funcione tu plan de huida.

Fiona se puso de pie y se masajeó las muñecas donde las esposas le habían lastimado la piel. Mantenía una distancia prudente del verdugo, pero tuvo la reacción más asombrosa que Juan pudiera imaginar.

—Le perdono, y rezo para que algún día venga a verme no como su enemiga sino como su amiga. —Miró a Juan—. No mate a este hombre.

Cabrillo la miró, incrédulo.

—Con el debido respeto, ¿está loca?

Sin mirar atrás, la secretaria de Estado salió del comedor. Juan simuló seguirla, pero se volvió hacia el verdugo y disparó. Cogió el guión, que había caído, y vio la frecuencia por la que se transmitiría por televisión la parte final de su plan. Cuando alcanzó a Katamora, le explicó:

—No podía permitir que nos siguiera, así que le he disparado a la rodilla.

La sujetó de la mano y juntos corrieron a la cubierta principal. Advirtió que el humo había disminuido. Un par de marineros estaban en el rellano superior. No reaccionaron hasta reconocer a la secretaria de Estado. Como si se tratara de una coreografía ensayada, ambos se arrojaron sobre ella al mismo tiempo. La bala de Juan alcanzó al que estaba en el aire; el impacto fue suficiente para alterar su trayectoria. El segundo chocó contra el pecho de Juan con la fuerza suficiente para quitarle el aire de los pulmones. Casi ahogado, Juan se encontró indefenso por unos segundos, ocasión que el marinero aprovechó para descargar varios puñetazos.

Fiona intentó apartarlo de su salvador, y de no haber estado tan débil por los sufrimientos padecidos los días anteriores lo hubiese conseguido, pero no le quedaban fuerzas. El marinero la empujó con desprecio y descargó un puntapié que alcanzó a Cabrillo en la barbilla.

Desde el exterior de la nave, se escuchó un rugido que sacudió la escalerilla.

Un misil había salido de un lanzador oculto en la bodega del *Oregon*. Se alzó en la creciente oscuridad como una columna de fuego que parecía dividir el cielo. El

cono explosivo del cohete comenzó a inclinarse en su corto vuelo.

El sonido hizo reaccionar al director con la furia de un demente. El puntapié le había sacudido el cerebro, así que luchaba guiado por el instinto. Se agachó para eludir el siguiente golpe y estrelló el codo en la tibia desnuda del marinero con la fuerza suficiente para romperle el hueso.

El hombre chilló al apoyar el peso, ya que las aristas rozaron la una contra la otra. Juan se levantó, clavó una rodilla en la ingle del rival y lo lanzó escaleras abajo. Cogió la mano de Fiona y continuaron corriendo hacia la salida.

La escotilla que había utilizado para entrar en el *Sidra* estaba cerrada. Cuando la abrió, con la ilusión de ver el *Oregon* pegado a la borda, se encontró con que estaba a diez metros de distancia. En su estela, el misil colgaba en el aire, como una serpiente retorcida que giraba como un tirabuzón en la noche.

Desde el lado más apartado de la fragata se escuchó una explosión mucho más fuerte que cualquier otra desde el comienzo de la batalla. El misil barco-tierra había hecho impacto en el interior de las compuertas principales de la central hidroeléctrica de Zonzur Bay.

Ocho fusiles de asalto dispararon sus proyectiles mortales en la boca de la cueva lateral. Los trozos de piedra y las balas rebotadas zumbaban en el aire como avispas furiosas. Los cuatro estadounidenses sangraban a causa de múltiples cortes, aunque ninguno revestía la gravedad de la herida que tenía Eric Stone en el hombro. Les disparaban con tanta saña que les era imposible devolver el fuego, así que permanecían acurrucados cerca de la entrada mientras los terroristas avanzaban detrás de un escudo de plomo.

Uno de los pistoleros entró de pronto en la cueva, gritando como un loco. Disparó sin apuntar acribillando las paredes, destrozando la cama y arrancando libros de las estanterías. Linda lo alcanzó con tres disparos en el pecho antes de que pudiese apuntar a cualquiera de ellos. El cuerpo salió despedido de vuelta a la cueva principal.

Había sido pura suerte haberlo matado antes de que pudiese herirlos, y sabía que probablemente no volvería a ocurrir. La próxima vez, todo el equipo iría a por ellos, y todo terminaría.

Linda comprobó la munición. No tenía más cargadores en el arnés, y el del fusil solo estaba lleno hasta la mitad. Eric se había quedado sin balas y sujetaba su arma como un garrote, dispuesto a defenderse cuerpo a cuerpo. Mark Murphy tampoco debía de tener muchas más.

Toda una vida defendiendo a su país para llegar a este último enfrentamiento en una cueva oscura, lejos del hogar, luchando contra un grupo de fanáticos que no querían otra cosa que seguir matando.

Los disparos desde el exterior de la cueva se habían reducido. Se estaban

preparando para el asalto final.

Una granada voló desde el pasillo lleno de humo y cayó en el cuarto de los cofres. La madera absorbió la mitad del estallido, pero una lluvia de astillas y resplandecientes monedas de oro cayó por el aire mientras la metralla acribillaba las paredes. Una vez más, no los habían alcanzado, pero el estruendo los había dejado atontados. Trozos de madera ardiendo habían caído sobre las camas y habían pegado fuego a las sábanas. En unos segundos, el aire se llenó de humo.

Eric gritó algo a Linda, pero ella no podía escucharlo con el zumbido en los oídos. Pronto entrarían; estaba segura. Tras la detonación de la granada, los terroristas debían de saber que ya los tenían. Sucia, dolorida, con las emociones en carne viva, cerró el dedo alrededor del gatillo del fusil.

Durante unos segundos que se hicieron eternos no ocurrió nada. De los siete terroristas supervivientes, solo uno o dos disparaban a la cueva. Nos están esperando, pensó Linda. Saben que el humo nos obligará a salir, o quizá confían en que muramos quemados.

Tumbada para evitar la parte más densa del humo, Linda apenas respiraba, pero cada respiración le quemaba los pulmones. Los hombres de Assad se saldrían con la suya, pensó fríamente. No podían permanecer allí mucho más tiempo. Miró a Eric y a Mark con una pregunta en los ojos. Pareció que leyeran sus pensamientos; ambos asintieron. Linda se puso de rodillas y luego se levantó, con los camaradas a su lado.

—Vamos allá —gritó Mark mientras corrían hacia las armas que los esperaban.

Atravesaron los tapices en llamas que tapaban la entrada de la cueva y avanzaron más de metro y medio sin haber atraído el fuego. Linda buscó un objetivo en la temblorosa luz de la nave que ardía a lo lejos, pero no vio a nadie que se enfrentase con ellos. Había un terrorista tumbado en el suelo a unos pocos pasos, con un agujero de bala entre los omóplatos. Después vio a otros que de alguna manera habían conseguido abatir. El suelo de la cueva estaba lleno de cadáveres. Aminoró la carrera hasta que se quedó inmóvil con ocho cuerpos a sus pies.

Sintió un cosquilleo supersticioso en la espalda.

Uno de los hombres se movió débilmente, con las manos hundidas en la arena. Jadeaba en un desesperado intento por llevar aire a los pulmones. Como el primero, había sido alcanzado en la espalda. De un puntapié, Mark apartó el AK fuera del alcance del hombre y lo puso boca arriba. La sangre que escapaba del pulmón perforado burbujeaba en sus labios. Linda nunca había visto a Tariq Assad, así que no reconoció su característica ceja.

—¿Cómo? —jadeó Assad.

—Sabes tanto como nosotros, amigo —respondió Mark.

De repente, por encima del crepitar de la nave ardiendo y a través del zumbido en sus oídos escucharon una melodiosa voz de barítono que cantaba: «Desde el salón de Moctezuma a las costas de Trípoli, libraremos las batallas de nuestro país, en el aire, la tierra y el mar».

—¡Linc! —gritó Linda.

—¿Cómo estás, preciosa? —Salió de su posición con el fusil amartillado junto a la cadera y las gafas de visión nocturna colgadas alrededor del cuello—. He llegado lo más rápido que he podido, pero este cuerpo no está hecho para correr a través del maldito desierto.

Linda abrazó al gigante y sollozó contra su pecho; la profunda determinación de enfrentarse con sus enemigos en una carga suicida se esfumó con el enorme alivio de estar viva. Mark y Eric lo palmearon en la espalda al tiempo que reían y tosían por culpa del humo.

—Por lo visto, tíos, os habéis comportado muy bien. —Dicho por Linc, aquello era una gran muestra de respeto.

Alana salió de la cueva, con el torso desnudo y el sujetador, que antes era blanco, ennegrecido por el hollín. Sostenía un par de libros con mucho cuidado. Las páginas humeaban. Cuando uno de ellos comenzó a arder, Mark se lo quitó, lo dejó caer al suelo y arrojó arena encima para apagar las llamas.

—Quería salvar más —alcanzó a decir la arqueóloga entre toses—, pero el humo... No he podido. Sin embargo, he sacado esto.

—¿Qué es? —preguntó Linda.

Colgado de una cadena de plata había un pequeño cristal. La joya no tenía ningún atractivo; es más, parecía el burdo intento de un niño de hacer un regalo a su madre con un limpiapipas y cola. Pero tenía algo que hechizaba, que iba más allá de su antigüedad, como si hubiese una presencia en la cueva con ellos.

Una bala había destrozado la piedra, así que en la montura solo quedaban pequeños trozos que parecían granos de azúcar; de ellos colgaba una única gota de un color rosado.

—Dios bendito —dijo Mark, y se puso de rodillas para recoger la arena empapada. Del bolsillo de la camisa, sacó una barra energética y le quitó el envoltorio.

Arrojó a un lado la comida y con mucho cuidado colocó el pequeño trozo de arena húmeda en el papel y lo cerró. En su palma, una huella roja se mezclaba con la sangre de un corte profundo que se había hecho en algún momento de la batalla.

—Cuando se quemaron las mantas —explicó Alana—, vi que había una momia en la cama, colocada de lado para mirar hacia La Meca como haría un buen musulmán. Tenía esto alrededor del cuello. Henry Lafayette tuvo que haber colocado a al-Jama de esa manera cuando el anciano murió y lo dejó con su mayor tesoro. Es la Joya de Jerusalén. Y esa era Su sangre, preservada durante dos mil años en un vacío dentro del cristal.

—¿Su sangre? —preguntó Linc—. ¿La sangre de quién?

—Guardada en ese envoltorio que tiene Mark en la mano, podría estar la sangre de Jesucristo.

La enorme esclusa de acero de la central eléctrica se extendía más de treinta metros por encima de la planta generadora instalada en la depresión del desierto. Cuando la central funcionaba a plena capacidad, la esclusa bajaba más de diez metros, para permitir que entrara el agua en las grandes tuberías que la conducían a la sala de turbinas a más de treinta y tres metros por debajo del nivel del mar. Como el sol ya se ponía por el oeste, habían cerrado la esclusa y las turbinas no funcionaban, para que los equipos pudiesen retirar el sobrante de sal dejado por la evaporación, que era la clave de la instalación de emisión cero.

El misil del *Oregon* había impactado en la maquinaria que hacía funcionar la esclusa y había destrozado los sistemas hidráulicos y los engranajes que funcionaban como un freno mecánico. Estaba calculado que soportara la presión del mar, pero no pudo mantener sujeta la pesada compuerta en su lugar, así que comenzó a bajar por su cuenta en un hueco construido en el dique artificial.

El agua se derramó por encima de la esclusa; primero en delgadas láminas erráticas impulsadas por las olas que lamían la estructura, y luego en una cortina sólida cuando cayó por debajo de la superficie. Con un área menor expuesta a las fuerzas titánicas que retenían al Mediterráneo, la esclusa bajó muy rápido. La cortina se convirtió en un chorro, y después en un torrente mucho más poderoso que la peor rotura de un dique en el río Mississippi. Millones de toneladas de agua de mar cayeron por la brecha. Las tuberías que transportaban el agua a la central estaban cerradas, protegiendo a las delicadas turbinas, y, por lo tanto, el aluvión corrió sin trabas por el dique hasta el desierto.

Incluso cuando la central no estaba en funcionamiento había una zona de exclusión de dos millas alrededor de las instalaciones para todos los barcos. Max Hanley no tuvo el menor reparo en saltarse esa regla. Cuando estalló el misil había llevado al *Golfo de Sidra* a la posición exacta. En la pantalla principal vio cómo el mar desaparecía por la brecha al otro lado de la fragata, pero, más importante aún, notaba el tirón de la corriente en la manera como su amado barco respondía a los controles.

El *Sidra* se apartó del *Oregon* tan pronto como el vórtice creado por la gravedad lo succionó hacia la abertura con la misma precisión que si hubiese apuntado hacia ella. Max ajustó los impulsores y cerró la brecha, con un ojo atento a las imágenes que mostraban el lugar por donde aparecería Juan.

—Vamos, chico. No tenemos todo el día.

El director apareció de pronto por la escotilla de la fragata, con la secretaria Katamora cogida de la mano. Max aumentó el ángulo y cerró la brecha de forma que los dos barcos se rozaron lo suficiente para arrancar un poco de pintura del casco. Juan estaba en la borda del *Sidra* en el momento exacto. Levantó a Fiona de la cubierta y la lanzó al *Oregon*, donde cayó en los brazos de Mike Trono, que la esperaba.

En cuanto las botas de Juan tocaron la cubierta, Max apartó el gran carguero de la

fragata averiada y movió los aceleradores al máximo. La nave de guerra también intentaba desesperadamente apartarse de la corriente del vórtice. El humo escapaba de la chimenea y sus hélices batían el agua con frenesí, pero de todos modos perdía terreno con cada segundo.

Los revolucionarios motores del *Oregon* tenían diez veces más potencia; así que en cuanto el agua entró por las toberas controló el desplazamiento lateral y comenzó a apartarse. Max redujo un poco la potencia, poco dispuesto a que sus juguetes sufriesen más de lo necesario.

El casco del *Sidra* golpeó de lleno contra la compuerta. El agua continuó pasando por debajo de la quilla, pero, de pronto, la inundación quedó contenida una vez más. En un equilibrio precario, con el mar presionando en el casco de forma que el acero gemía con la tensión, los tripulantes no podían hacer nada mientras que el barco que había estropeado su plan se alejaba sin problemas.

En la cubierta del *Oregon*, los tripulantes que habían sido alcanzados por la onda explosiva de la granada se agrupaban alrededor del director y su huésped. Había pasado tan poco tiempo desde aquel fatídico momento, que el personal médico aún no había llegado, pero parecía que la doctora Huxley y su equipo no tendrían mucho trabajo. Todas las heridas eran leves.

Juan tendió la mano a Fiona para presentarse con la adecuada formalidad.

—Quiero decirle que para mí es un honor conocerla. Mi nombre es Cabrillo, Juan Cabrillo. Bienvenida a bordo del *Oregon*.

Ella le apartó las manos y lo abrazó con fuerza, dándole las gracias una y otra vez al oído. Una característica de la adrenalina es que agudiza los sentidos y tiene el mismo efecto en todos, así que antes de que Fiona se diera cuenta de lo mucho que Juan disfrutaba con ese contacto, él se apartó con amabilidad de sus fuertes brazos.

—Sé que es una mujer que ha conseguido grandes logros, pero me pregunto si el teatro también es uno de ellos.

Ella lo miró, desconcertada.

—¿El teatro? Después de lo que acabamos de pasar me habla de teatro. ¿Me trata de loca?

Él le deslizó un brazo alrededor de la cintura para llevarla al interior del barco.

—No se preocupe, tendrá que interpretarse a usted misma. Acabamos de ensayar la escena que quiero reproducir para Ali Ghami.

—¿Usted lo sabe?

—Sé incluso qué tiene para presionar a Gadafi. Su nieto estaba en Suiza de vacaciones cuando se supone que murió en un accidente. El choque fue una farsa; secuestraron al chico. Si Gadafi quería volver a ver a su nieto con vida, tenía que nombrar a Ghami ministro de Asuntos Exteriores; pero él no sabía que acababa de convertir a uno de los más temibles terroristas del mundo en un funcionario de alto rango de su gobierno y que le daba acceso a todo lo que necesitaba para seguir adelante con su plan.

—¿Qué me dice de usted? —preguntó Fiona—. ¿Cómo encaja en todo esto?
Él le apretó la cintura.
—Cuestión de suerte, supongo.

Epílogo

La plana mayor estaba reunida en la popa cuando George Adams trajo de regreso a Hali Kasim desde un hospital de Trípoli. Hux tenía una silla de ruedas a su lado, que se desplazó a causa del viento de los rotores cuando el helicóptero pasó por encima de la borda del *Oregon*.

Los patines se posaron en el centro de la cubierta, y Gómez apagó las turbinas. Todos se apresuraron a correr por debajo de los rotores en marcha, para golpear la puerta trasera de cristal, riéndose y haciéndole muecas a Hali, que iba sentado en el interior con una bata suelta sobre el vendaje en el pecho. Había necesitado someterse a una intervención quirúrgica de cinco horas para reparar los daños que la bala de Assad había causado en órganos internos y luego soportar una semana de comida de hospital antes de que los médicos le permitiesen marcharse.

Era el último que volvía a casa después de lo que había sido quizá la misión más dura que había aceptado la corporación hasta entonces. Al amanecer, habían recuperado los dos botes salvavidas que ocupaban los antiguos prisioneros. El ministro de Asuntos Exteriores había regresado a su antiguo puesto y estaba en la conferencia. No mucho más tarde, Adams había recogido a Linda y a los demás en la cueva del desierto. Cuando salieron de la caverna, encontraron al profesor Emile Bumford atado y amordazado en la entrada. Recogieron, medio ahogados, a los dos hombres que habían caído al agua durante el ataque al *Sidra*, y los subieron a la lancha de rescate. Tan solo sufrían quemaduras leves en las manos y el rostro. Hux y su gente los habían atendido; habían vendado las manos de Alana, suturado la herida en el hombro de Eric y retirado lo que parecía un kilo de metralla de piedra en todos ellos. Mark los había bautizado como los Cuatro Fantásticos.

Alana permaneció en el *Oregon* solo una noche. No veía la hora de regresar a Arizona y estar con su hijo. Por desgracia, sin ninguna prueba de cuál era su origen y con el cristal roto, nadie arriesgaría su carrera diciendo que el collar que había encontrado era la fabulosa Joya de Jerusalén. El equipo de arqueólogos que había estado trabajando en las ruinas romanas fue enviado a las cuevas después de que desapareciera el humo. La nave pirata estaba reducida a cenizas, y solo quedaba el oro en la habitación lateral. Era el sueño de un numismático hecho realidad. La mayor parte del oro consistía en monedas que pertenecían a todas las naciones de Europa y a todos los rincones del antiguo Imperio otomano, que se remontaba a varios siglos atrás. Era el tesoro acumulado por generaciones de la familia al-Jama; incluso las estimaciones más conservadoras atribuían a las monedas un valor diez veces superior al valor del oro.

Los delegados en los Acuerdos de Trípoli ya habían declarado que los beneficios que se obtuvieran con la venta de tantas piezas en impecable estado servirían para

financiar un programa de lucha contra la pobreza en todo el mundo musulmán. Aquella era solo la primera de una serie de grandes reformas que los líderes tenían sobre la mesa.

Media docena de manos ayudaron a Hali Kasim a salir del helicóptero para sentarlo en la silla de ruedas.

—No te veo tan mal —comentó Max, con lágrimas en los ojos.

—Aún me están dando analgésicos, así que yo tampoco me siento mal —contestó Hali con una sonrisa.

—Bienvenido. —Juan le estrechó la mano—. Esta vez sí que has marcado un tanto para el equipo.

—Te diré una cosa, director, no sé qué fue peor: que me disparasen o que me engañasen de aquel modo. Agente del Mossad, y un cuerno. Solo espero que al final sufriera.

—No te preocupes por eso —intervino Linc—. Un disparo en el pulmón es una de las peores formas de morir.

La nota brillante en lo que se refería a hallazgos arqueológicos en la tumba eran los tres libros que Alana había conseguido rescatar. Uno era la Biblia de Henry Lafayette, que había dejado con su mentor, y otro el Corán personal de Suleiman al-Jama. El tercero era un tratado muy detallado de cómo las dos grandes religiones podían y debían coexistir si todos los fieles tenían la fuerza necesaria para seguir las normas morales escritas en los textos sagrados.

El texto ya había sido autenticado, y si bien había algunos fanáticos que declaraban que se trataba de una falsificación y un truco occidental, otros —muchos— ya escuchaban las palabras del imán que había sido corsario y luego pacifista.

Nadie se engañaba, y menos que nadie Juan Cabrillo, creyendo que el terrorismo fuese a acabar, pero tenía la impresión de que estaba en su ocaso. Deseaba estar en lo cierto, aunque ello significase que el *Oregon* acabara en el desguace y tuviera que largarse a su retiro tropical.

Todos siguieron a Hali cuando lo llevaban al interior del barco, excepto Max y Juan. Permanecieron un rato en la popa, junto al mástil donde ondeaba la bandera iraní. El agua burbujeaba en la estela del gran carguero mientras se ponía de nuevo en marcha.

Max sacó la pipa y se la puso entre los dientes. La popa era muy ventosa y estaba demasiado expuesta para encenderla allí.

—Tengo un par de buenas noticias para ti. Un pelotón de comandos de la OTAN asaltó la nueva base que la gente de Ghami estaba construyendo en Sudán. Con su líder en la cárcel, solo ofrecieron una leve resistencia. Sin embargo, no reaccionaron igual aquellos que todavía estaban en Libia. Los últimos que quedaban intentaron asaltar la cárcel donde está detenido.

—Y... —dijo Juan.

—Los mataron a todos. Solo un guardia resultó muerto, por la acción de un

suicida, cuando intentó tomar a uno de ellos prisionero. ¡Ah! —exclamó Max, que de pronto recordó algo—. Esta mañana he leído tu informe final sobre lo ocurrido. Tengo una pregunta.

—Adelante.

—En el *Sidra*, cuando te reuniste con la secretaria de Estado, que te había dicho que no matases al guardaespaldas de Ghami...

—Mansur.

—Sí, ese. Escribiste que le habías disparado en la rodilla. ¿Es verdad?

—Completamente —contestó Juan sin apartar su mirada del horizonte—. Las reglas del marqués de Queensbury, ¿recuerdas? Esas son las restricciones que nos impusimos a nosotros mismos. Ahora que lo pienso, quizá tendría que haber sido un poco más detallado en el informe. No mencioné que Mansur estaba inclinado sobre uno de sus hombres e intentaba coger su arma, de manera que su cabeza estaba al otro lado de la rodilla que le destrocé. Creo que el buen marqués no mencionó nada acerca de las balas que atraviesan.

Max soltó una risita.

—Es verdad. ¿Qué te dijo Hux antes de que llegase Hali?

—No estoy seguro de que quieras saberlo. —Juan habló en un extraño tono de voz—. Aún estoy intentando comprenderlo.

—Adelante, podré soportarlo —afirmó Max, pretendiendo borrar su humor sombrío.

—Consiguió analizar el líquido que goteó de la joya. Estaba muy degradado y solo había una minúscula cantidad, así que no pudo confirmar sus hallazgos. Su informe oficial señala «inconcluso».

—Pero...

—Era sangre humana.

—Podría haber sido de cualquiera. Tal vez al-Jama hizo la joya él mismo, con su sangre.

—La datación de carbono la sitúa entre el cincuenta antes de Cristo y el ochenta después de Cristo. Lo más curioso es que solo encontró ADN femenino.

—¿Es sangre de mujer?

—No, los cromosomas demuestran que la sangre proviene de un hombre, solo que tenía un ADN cien por cien mitocondrial, incluso fuera de la mitocondria, y por favor, no me pidas que te lo explique. Hux lo intentó y solo consiguió que me doliese la cabeza. Lo importante es que el ADN mitocondrial solo llega a nosotros a través de nuestras madres.

Max sintió un escalofrío pese a la alta temperatura.

—¿Eso qué significa?

—Significa que la madre de la persona a quien pertenecía esa sangre le dio todo su ADN. Completamente. El padre no hizo ninguna contribución. Es casi como si no existiera.

—¿Qué estás diciendo?

—Según sus palabras, si intentase imaginar la sangre de una persona que nació de un nacimiento virgen, eso sería lo que encontraríamos.

—Jesús.

Max lo dijo como una expresión de asombro, pero Juan respondió a su comentario.

—Eso parece.

Notas

[1] Cerdo en inglés. (*N. del T.*). <<